PATRICIA A. MILLER

Como Boston sin ti



PATRICIA A. MILLER

Como Boston sin ti

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Título original: Como Boston sin ti
© 2025 – Patricia A. Miller
International Standard Name Identifier: 0000 0004 8341 0258
Corrección: Carolina Ramos (Carol RZ)
Diseño de portada y maquetación: ADYMA Design

Primera edición, diciembre 2025
Imágenes de portada: Adobe Stock
Contacto:
https://patriciaamiller.com/

info@patriciaamiller.com

Depósito legal: A 645-2025

Todos los derechos reservados.
Gracias por comprar esta novela.

NOTA DE LA AUTORA

Antes de que empieces a leer, quiero dejarte una advertencia suave, casi un susurro.

Todo lo que encontrarás en estas páginas nació de la imaginación. Los personajes no existen más allá de las palabras. Si les ves similitudes con alguien que conoces, es porque la vida y la ficción respiran el mismo aire.

En esta historia hallarás momentos intensos de pasión, miedos que se sienten y decisiones que duelen. Se habla de deseo, de ansiedad, de aborto…, de esas zonas donde la vida se vuelve frágil y luminosa al mismo tiempo.

No escribí *Como Boston sin ti* para provocar heridas, sino para hacerte disfrutar. Por eso, si alguna palabra te pesa, si una escena te afecta más de lo que esperabas, no te culpes por cerrar el libro. Este viaje al fondo de mi corazón te estará esperando siempre.

Para ti, que eres el motor de mi imaginación.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
Epílogo
Agradecimientos

1

Nora

El personal deberá vestir conforme a los estándares
de presentación profesional estipulados por la institución.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición I, art. 4

Boston, Massachusetts, 22 de agosto de 2022

El tiempo se detuvo en los relojes de la ciudad cuando las campanas de Ashford Hall repiquetearon en lo alto de la torre. No había nadie que no contuviera el aliento al sentir el sonido ancestral que caracterizaba a la institución. Era el internado más prestigioso del estado de Massachusetts, uno de los mejores del país, y su solemnidad era evidente desde el cercado de hierro hasta la mismísima punta de lanza que coronaba el edificio principal, Ashford House.

No pude ir más allá de los pilares de piedra del acceso, mis pasos se negaron a traspasar la verja mientras mis ojos contemplaban la belleza gótica que se alzaba ante mí. Era una reacción familiar, algo a lo que debería estar acostumbrada: el latido acelerado, la sudoración, el contraste entre querer pasar y salir corriendo en dirección opuesta… Lo había sentido cada día durante el curso anterior y se había convertido en una especie de droga. La emoción era adictiva y daba miedo, mucho miedo.

Trabajar en un lugar como aquel implicaba una responsabilidad que a veces me causaba rechazo. Las normas eran muy estrictas, incluso arcaicas; la exigencia, máxima. La tradición superaba al sentido común en ocasiones y una opinión diferente podía causar una hecatombe de niveles épicos.

Yo lo sabía bien.

Era mi segundo año como orientadora de estudiantes, pero continuaba notando el nudo en el estómago cada vez que pisaba el lugar. Ashford House, al frente, dominando el jardín como un dragón que marca el territorio con celo; Northbridge Hall, a la derecha, cual serpiente de dos cabezas al acecho de su presa. Los estudiantes comparaban el edificio con Alcatraz, no porque fuera siniestro y cruel como la cárcel, sino porque era el lugar donde más tiempo permanecían, donde las aulas actuaban como celdas de enseñanza. Al otro lado de Ashford House, el auditorio Hawthorne, tan señorial como una catedral gótica.

Eran los tres gigantes que custodiaban la vida en el interior, los tres centinelas que protegían la sabiduría de las trescientas almas que comenzaban su andadura un año más. Detrás de ellos, Montsoroit y Humboldi Hall, las dos residencias de estudiantes, se escondían para preservar la intimidad de sus huéspedes.

—¿Nora? —La voz rasgada de Susan Hurt, eminente psicóloga, autora superventas de *thriller* psicológico y mi jefa directa, me devolvió a la entrada principal—. ¿Qué haces aquí fuera? La ceremonia de bienvenida empezaba a las diez.

—Sí, lo sé. —Le sonreí a modo de disculpa—. Todavía me impresiona, no puedo evitarlo. Es como si Ashford Hall tirara de mí contra mi voluntad.

—¡Oh, vamos! ¡Ni que esto fuera Hogwarts! —se burló—. Debería darte más miedo el barrio en el que vives. Esa parte del South Boston pone los pelos de punta, querida. También debería darte miedo cruzar la ciudad en bici, pero deduzco, por tu elección de calzado, que no has cambiado de hábitos. El vestido te sienta muy bien, pero ¿zapatillas de deporte? ¿En serio has venido a la ceremonia de bienvenida del curso académico con unas viejas zapatillas de deporte? Nora…

—¿Qué? No soporto los zapatos de tacón cuando tengo que pedalear.

—Pues haber pedido un taxi. ¿Cuál es el problema?

El problema era que mi salario no se podía comparar al suyo; que yo no era una importante psicóloga con media docena de novelas entre los *best sellers* del *New York Times*; que, pese a

provenir de una familia acomodada, me negaba a pedir dinero a mis padres en los momentos de más necesidad. Todavía estaba pagando el préstamo del último máster, mi casera me había subido el alquiler y estar a la altura de la vida en Ashford Hall implicaba ir vestida con cierta dignidad.

La dignidad, a veces, salía cara.

Las campanas de la torre de Ashford House repicaron de nuevo y las puertas del auditorio Hawthorne se abrieron de repente. Una marea de estudiantes ataviados con el uniforme azul marino del internado descendió por las escaleras de piedra, seguidos de sus familiares, e impregnaron los jardines del inconfundible tufo de la riqueza y la ostentación.

—¿Recibiste el correo electrónico que te envié sobre el artículo para la revista? —Asentí—. Necesito una respuesta, me están presionando. Y creo que sería una gran oportunidad para ti.

—No estoy segura, la verdad. Es un tema… complicado.

—Hablar del aborto siempre lo es, pero se trata de poner de manifiesto la proliferación de clínicas ilegales afincadas en Boston y el artículo necesita el punto de vista de alguien joven, reivindicativo y sin pelos en la lengua. Lo haría yo si no fuera porque pronto empezará la promoción de invierno del nuevo libro y no podré dedicarle el tiempo que necesita. Pero tú sí. Y, francamente, Nora, necesitas salir de tu caparazón de una vez y mostrarle al mundo lo que sabes. No puedes aspirar a quedarte aquí para toda la vida.

Nunca había pensado en dedicarme a la investigación, más allá de los trabajos que realicé en la facultad, pero que mi nombre apareciera en una revista importante no me disgustaba en absoluto.

—Vale, vale, si insistes…

—Buena chica. Lo harás genial. —Nos mezclamos con las familias que paseaban por el jardín mientras comentábamos los detalles de inicio del curso—. Por cierto, ¿has oído lo del nuevo administrador? —Negué sin perder de vista a los padres de un alumno de sexto grado. El niño estaba asustado; ellos, pletóricos, ajenos a los sentimientos de su pequeño—. El señor Archivald se ha jubilado y la junta ha contratado a un pez gordo de Nueva York para que ocupe el cargo. Dicen que habrá despidos.

«Estupendo», pensé. Otro asunto más del que preocuparme.

Mi permanencia en el puesto había sido objeto de un duro debate entre Susan, la junta y Lawrence Blackwell, el director del centro. Ella, como responsable del gabinete de psicología, defendía a ultranza la labor que yo realizaba con el alumnado y el respiro que le había reportado un apoyo semejante. Una única profesional para ocuparse de los problemas de trescientos estudiantes era insuficiente y la junta aprobó la propuesta al inicio del curso anterior. Susan Hurt me conocía bien, fue mi profesora en la facultad y mi mentora durante la especialización en terapia adolescente; sabía que no tenía experiencia, pero confiaba en mí y en la pasión con la que llevaba a cabo todo lo que me proponía.

Mi primer semestre en Ashford Hall fue sobre ruedas. Me encantaba el trabajo, me sentía cómoda y era agradable comprobar que los alumnos agradecían mi presencia y mis consejos. ¿Arrebatos catastróficos tras un corazón roto? ¿Disparidades con los padres acerca de la carrera universitaria que escoger? ¿Dudas sobre si un *piercing* en el glande elevaría la relación a un nivel superior? Por ridículos que parecieran, si eran importantes para ellos, también lo eran para mí.

Nadie me dijo que los errores que se cometían bajo el techo de Ashford Hall se convertían en fantasmas que te atormentaban el resto de tus días. Nadie me avisó de lo inflexibles que eran las normas y lo duras que resultaban las consecuencias. No me equivoqué con mis opiniones ni fallé en mis consejos, fue el sistema el que entendió que mi manera de trabajar no comulgaba con la de la institución. Y el sistema tenía nombre propio: Lawrence Blackwell.

—Ponte recta y sonríe. Se acerca Blackwell —me avisó Susan—. Y péinate un poco, Nora. ¿Qué le ha pasado hoy a tu preciosa melena rubia?

—Se me ha roto el secador.

—Una coleta alta habría solucionado el problema, ¿no crees? —Me aparté el pelo del cuello para mostrarle el regalo que el maldito David Grisson me había hecho el viernes por la noche—. ¿Eso es un chupetón? ¡Oh, por Dios, Nora! Tienes treinta y dos años.

—Gracias por recordármelo —ironicé.

—¿Fue ese tío de la tienda de motos? ¿El de los tatuajes? —Asentí. Era la tercera vez que salía con él en un mes—. Al menos dime que el sexo vale la pena.

—Nada memorable. —Susan gruñó—. No voy a volver a quedar con él, tranquila.

—Gracias al cielo. —Me reí—. Deja de enrollarte con universitarios y moteros. ¿Quieres a un hombre adecuado? Yo te presentaré a tu alma gemela.

Abrí la boca para decirle que no necesitaba ayuda de alguien que se había divorciado dos veces y que no creía en el amor verdadero, pero una sombra se cernió sobre nosotras justo en ese instante y el vello de la nuca se me erizó al enfrentar la mirada del director.

El pelo engominado, el traje impecable, la sonrisa de suficiencia que utilizaba cuando quería mostrarse intimidante… Pese a sobrepasar los sesenta, se conservaba bien, pero la frialdad en sus rasgos lo convertía en un ser espeluznante.

—Doctora Hurt. —Saludó a Susan sin apartar sus ojos de los míos—. El último libro ha causado furor este verano. Estarás satisfecha.

—Lo estoy, Lawrence. Gracias por notarlo. Te dedicaré un ejemplar con mucho cariño, como siempre. —Lo tuteó con la confianza que le daba llevar tantos años en la institución—. Me gusta tu corbata, por cierto. Es muy… elegante.

Blackwell se pasó la mano por la seda carmesí y se arregló el nudo con un movimiento estudiado.

—Señorita Clark, no la he visto en el discurso inaugural —observó con reprobación, y me repasó de pies a cabeza, con especial interés en mis deportivas—. ¿No recibió el código de vestimenta para la celebración de hoy?

En realidad, no, no lo recibí, pero Susan me había enviado un mensaje: vestido negro, chaqueta oficial. No dijo nada del calzado.

—Espero que haya hecho análisis del curso pasado durante las vacaciones, señorita Clark. No toleraré nuevos incidentes en su desempeño profesional, ¿ha quedado claro? —Asentí con firmeza—.

He propuesto a la junta un sistema de seguimiento continuo de sus funciones para evaluarla durante el semestre.

—No se me ha comunicado nada, Lawrence —se molestó Susan —. Y no me parece lógico que se tome una decisión así sin mi visto bueno. Nora está bajo mi responsabilidad.

—Hablaremos de esto durante la semana. Seguro que la propuesta te parece de lo más razonable, Susan. —«Capullo», pensé —. Ahora, si me disculpáis, debo ir a atender a nuestro nuevo administrador.

—He oído que viene de Nueva York.

—Efectivamente, Susan, el señor Woodward trabaja en JP Morgan Chase, una de las empresas financieras más grandes del mundo —presumió, como si lo hubiera pagado él—. Es un hombre con la mente fría y las cosas claras. El presidente de la junta, el señor Dreyfus, no ha escatimado en gastos al contratarlo. Es el mejor en lo suyo.

—¿Y qué es lo suyo? —quise saber.

Blackwell me miró con desagrado, como si no tuviera permiso para meterme en la conversación. Detestaba cuando hacía eso, pero odiaba más cómo reaccionaba mi cuerpo: la respiración contenida, el retraimiento, la sensación de estar a punto de ser devorada por un monstruo…

—Ganar dinero, señorita Clark. Ese hombre es experto en ganar dinero; también en deshacerse de la basura. No lo olvide.

2

Andrew

Artículo 6: Se fomentará el uso de fórmulas de cortesía,
saludos adecuados y actitud de cooperación
en todas las actividades cotidianas.
Reglamento de estudiantes de Ashford Hall.
Capítulo II: Normas generales de convivencia

—Deja de comportarte como un idiota, Luca. Ahora estudias aquí y más te vale no…

—¿Estropearlo todo? ¿Montar una escena? Ah, no, espera, ¿cómo dijo mi padre? ¡Cagarla! Como si estudiar en un colegio de niños ricos fuera a convertirme en el hijo perfecto. Tengo una noticia para ti, tío Andy: eso no va a pasar.

Me presioné el puente de la nariz e inspiré hondo un par de veces para no alterarme. La paciencia se me agotaba muy rápido cuando se trataba de mi sobrino.

Aun así, el chico tenía razón: un internado no era la solución a sus problemas, por muy convencido que estuviera su padre de lo contrario. Luca no necesitaba disciplina y normas, necesitaba al irresponsable de mi hermano y a la descerebrada de su exmujer.

—Está bien. —Suspiré con hartazgo. No era el momento de tener *otra* conversación sobre el tema—. Yo no insistiré en que te relaciones con nadie hoy si me prometes que no harás ninguna estupidez.

—¿Como cuál?

—Como mear en la fuente ornamental, secuestrar a la mascota del equipo de fútbol o inventarte alguna historia que escandalice al claustro —enumeré. Todas eran hazañas de su cosecha, nada que no hubiera hecho ya—. Por no hablar de sobarle el culo a alguna

alumna, desnudarte en público o demostrar tus dotes magistrales del canto con eructos.

—Gané un premio por eso.

—Y una expulsión. Luca, no estoy de broma —le advertí, y bajé la voz para que el resto de los familiares que seguían con detalle las explicaciones sobre los edificios del recinto no se molestasen—. Esto no es el Reeden East School de Nueva York ni la Academia Hilman de Boston. Esto es Ashford Hall, y no solo está en juego tu futuro académico, sino también mi trabajo, ¿entendido? Si me jodes, te mandaré de regreso con tu madre, y me importará una mierda si te cae bien o mal su nuevo marido o si tienes que cuidar de tu futuro hermano los fines de semana. Hago esto porque tu padre…

—Porque mi padre está muy ocupado para hacerse cargo de mí. ¿No fue eso lo que te dijo?

Chasqueé la lengua. No debería haber oído la conversación. Hamilton se había excedido con el *whisky* y no pensó en lo que decía ni en la posibilidad de que su hijo estuviera despierto en la habitación de al lado.

—No quiso decir eso. Está atravesando un bache en el trabajo y estos últimos meses han sido difíciles. Tu padre te quiere muchísimo.

—¿Y por qué no ha venido hoy? ¿Por qué estoy solo en la puta jornada de bienvenida de este sitio para ricos?

Una señora enjoyada hasta los dientes se giró con cara de estupefacción y apartó a su hija de nosotros mientras seguíamos a la comitiva hasta Northbridge Hall, el edificio que albergaba las aulas.

—No estás solo, y cuida esa boca, ¿quieres? Si empiezas con mal pie…

Perdí el hilo de mis pensamientos al ver a la mujer que hablaba con la esposa de Sebastian Fuller, el vicepresidente de la junta. Cada vez que asentía a las palabras de su interlocutora, le caía un mechón de pelo rubio sobre la frente y se lo apartaba con un manotazo nada refinado. La gente la miraba al pasar y cuchicheaba acerca de su curiosa elección de calzado. Tal vez asistir en zapatillas deportivas a un acto como aquel no fuera lo más adecuado, pero a ella nunca le gustaron los convencionalismos.

Era sorprendente que aún recordara ese detalle.

Cuando el señor Chase, uno de los socios principales de la empresa donde trabajaba, me pidió que lo acompañara a comer a su restaurante favorito, creí que había llegado el momento del ascenso que tanto me merecía. Llevaba cinco años en JP Morgan Chase y había demostrado que no solo tenía buen ojo para las finanzas, sino que era un puñetero tiburón a la altura de cualquiera de los socios de la corporación. Mis clientes estaban más que satisfechos —habían ganado millones de dólares con mis gestiones financieras—, las negociaciones sobre el terreno eran mi especialidad y pocos podían seguirme el ritmo desorbitado que me había marcado. Quería ser el mejor, porque solo los mejores tenían un ático en Manhattan, un chófer a su disposición, fines de semana en el yate de la compañía y botellas de *champagne* de mil dólares en la nevera.

Pero Arthur Chase no me ofreció nada de lo que yo me había imaginado. Al llegar a los postres, depositó un sofisticado *pendrive* en la mesa y lo empujó hacia mí sin apartar sus ojos de los míos.

—Uno de nuestros mejores clientes ha solicitado ayuda de la empresa para gestionar una de sus inversiones más importantes. Supongo que te sonará Ashford Hall.

—¿El internado, señor?

—El internado, sí. ¿Lo conoce? —Podría haberle dicho que sí, que tenía un vago recuerdo de cierta etapa de mi vida allí, pero no esperó respuesta, no era relevante para él—. Su administrador se ha jubilado y al presidente de la junta le preocupa que tome las riendas alguien que no sepa tratar debidamente los efectivos del colegio. —Jugueteó con la cucharilla de la *crème brûlée* sin perder de vista mi expresión consternada—. Hay mucho dinero en juego, Andrew.

—No lo dudo, señor. Conozco a algunos de los benefactores que hacen sus contribuciones al internado. —Mi padre era uno de ellos.

—No lo entiendes, muchacho. Cuando digo que hay mucho dinero en juego, no me refiero a los fondos de Ashford Hall, sino a Richard Dreyfus.

—Tiene razón. Discúlpeme, pero no le sigo…

—Orbe Corporation, la multinacional de soluciones tecnológicas, es uno de nuestros mayores clientes, ya lo sabes. El señor Dreyfus, el presidente de la Junta de Administración de Ashford Hall, es el

dueño del setenta y cinco por ciento de la empresa. Nos ha pedido ayuda y, como comprenderás, no podemos negársela. —Parpadeé, incrédulo. Todavía no tenía claro qué me estaba pidiendo, pero no me gustaba lo que se intuía—. Irás a Boston, te encargarás de las cuentas de Ashford Hall durante este curso y, cuando acabe el año, hablaremos de tu futuro en la empresa, Andrew. Tengo grandes planes para ti, te lo aseguro.

—Pero, señor Chase, ¿qué sé yo de administrar un internado?

Hizo un gesto vago con la mano para restarle importancia a mi pregunta y aprovechó para pedir la cuenta al mismo tiempo.

—¿Y qué más da lo que sepas? —Depositó la tarjeta dorada de la empresa en la bandejita que le trajo el camarero y se frotó la tripa por encima del chaleco del traje—. Tómatelo como unas vacaciones. Organiza alguna recaudación, que los benefactores se rasquen el bolsillo. Despide a un par de profesores sabelotodo y muéstrate a favor de lo que Dreyfus proponga, que esté contento. Pronto sacará al mercado una actualización de su sistema de empleo de bases de datos relacionales que hará aumentar su valor en bolsa un doscientos por cien y ha dejado caer que tiene una oferta de gestión financiera de la competencia. Es un hijo de puta de cuidado, pero no queremos que se vaya, ¿verdad?

Hacía tres meses de aquella conversación con el socio mayoritario y aún recordaba lo cabreado que me sentí al llegar a mi apartamento. Me resistí durante días a mirar el contenido del *pendrive*, soporté los rumores de mi marcha y el vuelo de los buitres a mi alrededor. Algunos socios se frotaron las manos al pensar que dejaría mis cuentas a su alcance. Ilusos e idiotas, eso eran.

También recordaba el momento en que repasé la lista de personal y me topé con algunos nombres conocidos. El profesor Sherman ahora dirigía el Departamento de Tecnología y la señora Donaldson, la encargada de las fotocopias, había llegado al puesto de secretaria de dirección. Me sorprendió ver al capullo de Jeff Holman al frente de la jefatura de estudios y Helen Mendoza, que entonces solo era una estudiante en prácticas, ostentaba la dirección de Arte.

Pero el nombre que más me impactó fue el de ella: Eleonora Clark, la hermana pequeña de mi viejo amigo Brandon.

Hacía mucho que habíamos perdido el contacto.

—¿Tío Andy? ¿Estás bien? —se preocupó Luca, y me devolvió al presente con un chasquido de dedos—. Te has quedado flipado mirando a… esa. ¡Joder! ¿Quién es la tía de las deportivas? Menudo polvazo…

—¡Luca! —Le di un coscorrón que lo hizo gruñir y frotarse la cabeza—. Cuidadito con los comentarios sobre tus profesoras.

—¿Esa va a ser mi profesora? —Abrió mucho los ojos—. La hostia, está buenísima. ¿Crees que…?

—Ni lo sueñes.

—No sabes lo que iba a decir —protestó—, pero no importa. Apuesto lo que quieras a que consigo que me apruebe sin esforzarme siquiera.

—Es la orientadora. Si tienes un problema…

—Tengo un problema: voy a soñar con esas tetas el resto de mi vida. Si me dejara enseñarle…

—Pero ¿qué vas a enseñar tú? Aprende a ser más respetuoso y quizá, dentro de veinte años, alguien te deje que le enseñes algo. —No me hizo caso, siguió mirando a Eleonora con los ojos brillantes y sentí deseos de soltarle otro pescozón—. Joder, no sabes las ganas que tengo de que empiecen las clases para que dejes de tocarme las narices.

—Seguro que sí —murmuró—. No hay nada como deshacerse de lo que nadie quiere.

—¿Intentas hacer que me sienta culpable?

—¿Funciona?

Era incorregible, pero sí, funcionó.

Le pasé un brazo por los hombros y lo atraje hacia mí. No le entusiasmaba que lo tocara, pero se dejó llevar y me gustó que no se resistiera. Si mi padre o mi hermano me hubieran abrazado más a menudo, quizá mi adolescencia no habría sido tan caótica.

—Yo no quiero deshacerme de ti y tus padres tampoco. Solo queremos que seas un chico responsable y que dejes de meterte en

líos. Tienes mucho que aprender, Luca. No tengas prisa. Tal vez deberíamos sentarnos a hablar sobre los entresijos de la vida…

—Uff, tío, déjalo, de verdad. La filosofía no me interesa. —Me dio un par de palmaditas en el pecho y se apartó de mí. Ambos recompusimos la chaqueta de nuestro traje con un gesto muy similar —. Además, el marido de mamá ya me soltó la famosa charla sobre abejas que se follan a las flores. Podría haberle evitado el mal trago, Mary Dickinson me había hecho una demostración práctica mucho más instructiva, pero vaya, ver a Jack tartamudear y sudar fue una puta pasada.

—No tienes remedio. —Le revolví el pelo. A mí tampoco me caía muy bien el nuevo marido de Daphne.

—Volviendo a la profe de las tetas…

—¡Olvídalo! Lárgate de una vez. Te toca la visita a los dormitorios. —Lo empujé hacia el grupo de nuevos estudiantes que seguían a los de último curso—. Te veré luego en la Ceremonia de la Llama. No me hagas ir a buscarte.

La sonrisa me curvó los labios al ver cómo se alejaba. Se parecía tanto a mí a su edad que podría haber pasado por mi hijo. Aunque tuviera las facciones afiladas de su madre, todo lo demás era puramente Woodward, desde el color café de los ojos hasta el temperamento explosivo, pasando por ese poder de seducción que iba a volver loca a más de una chica en Ashford Hall. También era muy nuestra esa forma de querer llamar la atención, la fanfarronería, la imagen de tipo duro, la falta de interés en las cosas importantes, ocultar los sentimientos…

Busqué a Eleonora por encima del mar de cabezas que ocupaban el jardín y la encontré muy atenta a las explicaciones de un alumno. Era increíble cómo había cambiado.

Le perdí la pista cuando se fue a la universidad. Su hermano me dijo que había puesto patas arriba la tranquilidad en casa de los Clark, que había desafiado la autoridad de su padre, militar retirado, y que amenazó con no volver a Salem si no la dejaban tomar sus propias decisiones. Siempre fue diferente a Brandon y a Lilianne: peleona, cabezota, una mocosa entrometida que se enfadaba con mucha facilidad.

Ver su nombre entre el personal del internado fue como un incentivo, sentía curiosidad por saber qué había sido de su vida desde la noche en que intentó besarme y terminó vomitándome en la camiseta.

Al menos el año en Ashford Hall sería entretenido. Estaba convencido de ello.

3

Nora

No hay nada más solemne y representativo
en Ashford Hall que las tradiciones que
se transmiten generación tras generación.
Libro de las Promesas. Página 5

La Ceremonia de la Llama era uno de los momentos más solemnes y tradicionales de Ashford Hall. Se celebraba desde que había registros de la institución y representaba el comienzo de un ciclo y el fin de otro, la bienvenida a los nuevos estudiantes y la despedida de los que finalizarían sus estudios al acabar el curso.

—Una secta acogiendo a sus nuevas víctimas —lo describió mi amiga Valerie en una ocasión. Pero no era de extrañar: a ella, todo lo represivo le parecía sectario.

El comité de actividades estudiantiles había hecho un trabajo espléndido en la organización. El jardín lucía precioso al atardecer: los dos robles centenarios, orgullo del colegio, estaban engalanados con cientos de lucecitas que se apagarían en el momento en que diera comienzo acto; sobre la mesa ceremonial, vestida de azul noche y oro, aguardaban los farolillos que los alumnos de último curso iban a entregar a los recién llegados como símbolo de la transmisión del conocimiento y la responsabilidad.

—*Privet*, señorita Clark —me saludó Oliver Navilov al recoger su farol encendido.

—Hola a ti también, Oliver. ¿Qué tal ha ido el verano en San Petersburgo?

—No quiera saberlo, señorita. Le arruinaré la inauguración del curso si se lo cuento. Pero le prometo que pediré una cita para hablar con usted en cuanto empiecen las clases.

—No es necesario que pidas cita, ya sabes que mi puerta siempre está abierta.

Fui entregando faroles encendidos y respondiendo a los saludos de todos conforme pasaban delante de mí. A algunos solo los conocía de vista, no habían estado en el gabinete. A otros les tenía especial cariño.

—¡Aila! —exclamé al ver a la jovencita que se escondía detrás de una cortina de pelo negro—. Estás preciosa. ¿Cómo han ido las vacaciones?

—Muy bien, señorita Clark. Estuve en París con mis tíos.

—*Oh là là*, París, qué maravilla. ¿La Torre Eiffel es tan impresionante como dicen?

—Sí, sí lo es. —La muchacha rio un poco avergonzada y sujetó el farol con ambas manos. Cuando ya creía que se pondría en la fila, se acercó más a mí—. ¿Recuerda aquello que me dijo sobre ser decidida y hablarles a mis padres de cómo me sentía y de lo que realmente quería hacer con mi vida? —Asentí—. Pues lo hice y fue muy bien, señorita Clark. Si no hubiera sido por usted…

—Yo no hice nada, Aila. El mérito es tuyo y me alegro de que así sea. —Solté un suspiro de alivio. Había dado un paso de gigante al confesar que no le gustaban los chicos—. ¿Y sobre tus estudios?

—¡Han aceptado! ¿No es increíble? —Esbozó una amplia sonrisa y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Iré a estudiar Arte a Italia cuando acabe el instituto.

—Me alegro por ti, cariño. Te lo mereces. Y seguro que la profesora Mendoza también se alegra. Tienes un talento extraordinario para la pintura. Ven a verme al gabinete un día y me cuentas los detalles, ¿quieres?

Aceptó mi proposición con un cabeceo y acudió con el resto de los compañeros. Era una criatura adorable y me alegré de que por fin hubiera superado esa barrera comunicativa que la separaba de sus padres adoptivos.

Unas suaves palmaditas al aire llamaron la atención de los presentes y el silencio recayó sobre el jardín de Ashford Hall. La Ceremonia de la Llama iba a empezar.

Había algo místico en el ritual, algo muy emocionante. El perfume de las dalias mezclado con el de la hierba húmeda era embriagador, la caída del sol dejó el cielo pintado de un tono rosado casi imposible, la brisa cesó y una sinfonía de violines se elevó por encima de nosotros cuando Oliver Navilov puso su farolillo en manos de un alumno de sexto grado.

—*Virtus et Veritas* —murmuraron los dos al unísono, y caminaron juntos, el uno al lado del otro, por la senda que formaban las filas de sillas donde los familiares contemplaban el acto.

Al final del camino, abierto sobre un atril centenario, se encontraba el Libro de las Promesas, un manuscrito encuadernado en cuero que contenía los nombres de todos los estudiantes desde 1871. La promesa simbólica de vivir según los valores del colegio que hacían al firmar en él era uno de los momentos más recordados por los alumnos durante su paso por la institución.

Cuando el último llevó a cabo el ritual, estalló una fuerte ovación que rompió el encanto.

—Ha sido una ceremonia preciosa —declaró unos minutos después Rose Evans, la bibliotecaria auxiliar, emocionada—. Siempre se me afloja la lágrima en estos actos. Están todos tan guapos y formales… Luego, cuando se retrasen en la entrega de los libros, los odiaré, pero ahora mismo son encantadores.

Jeff Holman, el jefe de estudios, levantó su copa de vino para brindar por las palabras de Rose.

—Nos espera un curso infernal —se quejó—: treinta y tres alumnos nuevos de sexto grado, dos incorporaciones en décimo y una en undécimo. Además de lidiar con cuarenta de último año que creen que el mundo está a sus pies. ¡Ah! Y un nuevo administrador, no nos olvidemos.

—¿Has conocido ya al señor Woodward? —curioseó Rose. Jeff asintió—. ¿Y tú, Nora?

—No, no he tenido el placer.

—Eso tiene remedio. ¡Señor Woodward! —exclamó el jefe de estudios. Varios rostros se volvieron hacia nosotros, pero solo uno se acercó.

Me quedé petrificada. «Woodward». ¿En qué estaba pensando? Esos ojos, ese rostro…

«No, no, no». Habían pasado, ¿cuántos?, ¿catorce años? ¡No podía ser!

—Deje que le presente a nuestra bibliotecaria, la señora Evans, y a la señorita Clark, la orientadora de estudiantes.

—Señora Evans, es un placer. —Rose aceptó con incomodidad la mano que él le tendió. Yo seguía sin respirar—. Eleonora…

—Joder, no —musité sin querer.

—Yo también me alegro de volver a verte.

4

Andrew

Apoyar activamente la incorporación de nuevos colaboradores al equipo de trabajo es una norma fundamental de convivencia y ambiente laboral.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición VIII, art. 10

Tardó un par de segundos en reaccionar y, por la forma en que parpadeó, fue indudable que le estaba costando asimilar mi presencia. Se produjo un incómodo silencio mientras nos mirábamos hasta que la curiosidad de la señora Evans interrumpió el momento.

—¿Os conocéis? —preguntó la bibliotecaria.

—Sí, bueno, un poco, hace tiempo —balbució ella. Se le habían coloreado las mejillas y se retorcía los dedos con inquietud.

—Lo que la señorita Clark intenta decir es que sí, nos conocemos —aclaré—. ¿Cuánto hace? ¿Doce años? ¿Trece?

—Catorce —respondió, pero yo ya lo sabía. Solo estaba poniéndola a prueba—. El señor Woodward era amigo de mi hermano.

—Por desgracia, perdimos el contacto cuando me fui a Nueva York. Lo último que supe fue que se había mudado a Hartford, Connecticut.

—Ahora vive en Arlington, Virginia. Se casó con Cassey Travis y tienen un niño muy listo, Ian.

—Cassey Travis, ¿eh? Si la memoria no me falla, fue su primera novia formal. Una chica muy… intensa.

—Sí, yo no la habría descrito mejor.

Su sonrisa forzada no ocultó lo incómoda que se sentía hablando conmigo delante de sus compañeros y me pregunté si

tendría que ver con el tiempo que había pasado desde la última vez que nos vimos o con mi papel en el internado.

Jeff Holman se excusó para ir a charlar con un grupo de alumnos y aproveché que Eleonora respondía a las preguntas de la bibliotecaria para echar un vistazo en busca de Luca. Me habría gustado presentárselo.

Pero, en vez de localizar a mi sobrino, me topé con el guiño insinuante de Caroline Frederickson, la vicepresidenta de la junta. Era una mujer muy poderosa que presumía de conseguir siempre lo que deseaba. Se jactaba de ser justa y respetuosa con los demás, pero solo era una fachada. No le gustaba en absoluto que le llevaran la contraria.

—Así que administrador de Ashford Hall —dijo Eleonora de pronto. Nos habíamos quedado solos—. Reconozco que ha sido una sorpresa.

—Para mí también lo fue cuando vi tu nombre entre el personal, Eleonora.

—Nora, solo Nora —me corrigió—. ¿Y cómo es que has acabado aquí? Creo recordar algo que dijo Brandon sobre que trabajabas… ¿en banca?

—Finanzas, soy asesor financiero. —Le resté importancia con la mano—. Es una larga historia.

Una que no tenía el más mínimo interés para ella por cómo miró a un lado y a otro en busca de una excusa para marcharse. No le di oportunidad. La compañía de los miembros de la junta era agotadora. Richard Dreyfus sonaba como el orgulloso propietario de un tigre de bengala cuando me presentaba a las familias y me negaba a convertirme en la atracción de la tarde.

—¿Qué tal está Lilianne? —me interesé por educación—. Seguro que es toda una eminencia en lo que sea que haga ahora.

—Trabaja en el Departamento de Defensa, en Washington D. C., como siempre quiso mi padre. Se casó y tiene dos niñas preciosas. La vida perfecta para la chica perfecta.

—Así que Brandon tiene una familia, Lilianne también, ¿y qué hay de ti? ¿Marido? ¿Hijos? ¿Un novio, tal vez?

—Nada serio. ¿Y tú?

—¡Aquí estás! —profirió Luca con un gesto de hartazgo—. Llevo media hora buscándote por todo el… ¡joder! —Se detuvo al ver a Nora. La repasó de pies a cabeza y se humedeció los labios—. Esto… Me gustan sus deportivas.

—Gracias. ¿Y tú eres? —Paseó la mirada del rostro de Luca al mío un par de veces y los ojos se le iluminaron al ver el parecido entre nosotros—. ¡Oh, vaya! ¿Eres su…?

—¿Sobrino? Sí, soy su sobrino, pero es normal que piense que soy su hijo, nos lo dicen mucho, ¿verdad, tío Andy? —Me dio un empujoncito. No tenía remedio, aunque al menos fue educado y estiró la mano para saludar con formalidad—. Soy Luca Woodward, el nuevo alumno de undécimo. ¿Y usted es…?

—Nora Clark, tu orientadora —correspondió ella—. Espero que te encuentres a gusto en Ashford Hall.

—Oh, sí, ya lo creo, señorita Clark —balbució mi sobrino. Los ojos se le iban al nacimiento de los pechos de Nora, que asomaban entre las solapas de la chaqueta—. Muy a gusto.

—Luca está pasando una temporada conmigo en Boston.

—Para evitar que me meta en problemas —añadió él. A Nora le tembló el labio al contener la sonrisa—. Pero en realidad soy un auténtico encanto, ya lo verá.

—Estoy segura de que sí. Ven a verme si necesitas ayuda, ¿de acuerdo?

—Eso está hecho. —Luca le guiñó un ojo y volvió a repasarla de arriba abajo antes de que alguien lo llamara a lo lejos—. Acaban de conocerme y ya no pueden vivir sin mí —alardeó, y se alejó unos pasos sin perder de vista a Nora—. Nos vemos, señorita Clark. Y, de verdad, sus zapatillas son lo más.

La risa de Nora me vibró en los oídos.

—Discúlpalo, es un sinvergüenza incorregible. Sus padres han pasado por un divorcio muy complicado y, para colmo, su madre se acaba de casar y está embarazada —lo justifiqué—. Se ha metido en un par de líos y mi excuñada creyó que mandarlo una temporada con su padre era buena idea. Pero Hamilton… Bueno, digamos que mi hermano no es el padre del año, y Luca es muy hábil para buscar problemas.

—Tiene a quién parecerse, ¿no? —El comentario no fue malintencionado. Había mucha picardía en sus palabras—. Recuerdo a cierto chico desgreñado y enfadado con el mundo que se dedicaba a dar puñetazos…

—Ha llovido mucho desde entonces. Además, no me creo que te acuerdes de algo así. ¿Qué edad tenías? ¿Diez años?

—Doce. Y sí lo recuerdo. Mi madre estaba obsesionada con que te dieras una ducha y te cortaras el pelo.

—Lo habría intentado ella misma si me hubiera dejado —reconocí con afecto—. Tu hermano me cambió la vida.

—Sí, a Brandon se le daba bien rescatar animalillos descarriados. Una vez trajo a casa un perro que…

—¿Me estás comparando con un perro? —Nora esbozó una deslumbrante sonrisa, que se reflejó en sus bonitos ojos color *whisky*—. Sigues siendo igual de directa que hace catorce años.

—Solo era una broma —aclaró, por si acaso, y se ruborizó. Era encantadora.

—Una broma, ¿eh? —La escruté con detenimiento mientras se mordisqueaba la uña del pulgar—. Eso espero. Si vamos a ser compañeros de trabajo, no querrás llevarte mal conmigo.

—En teoría, estás por encima de todos nosotros, incluso del director Blackwell, así que no seremos compañeros. Pero vale, está bien. Nada de compararte con un perro, y me contendré delante de la gente para no llamarte con el mote que te puso Lilianne. ¿Cómo era? ¿Teddy Bear?

—Aaag, muchas gracias por desbloquear ese recuerdo —dije con una mueca, y ella llenó el aire con otra carcajada cargada de musicalidad—. A tu hermana le encantaba sacarme de mis casillas con esos nombrecitos.

—Lo sé, he sido su víctima durante toda mi vida.

—Oh, sí, me acuerdo. —Me acerqué un paso y le susurré al oído —: *Sugar*.

5

Nora

Corresponde al administrador de la institución
evaluar el desempeño del personal,
así como resolver conflictos laborales.
Normativa de la Junta de Administración.
Apartado 2, punto 3

El primer día de clase en Ashford Hall se parecía mucho a un gallinero después de que el lobo hubiera enseñado los dientes. Los estudiantes iban de un lado para otro con su planificación de clases en la mano: algunos, despistados por completo; otros, más remolones. El grupo de alumnas de último curso que capitaneaba Amber Frederickson ya había reclamado su lugar bajo el roble de la entrada a Northbridge Hall, como lo hicieron sus predecesoras. Debajo de la mesa de pícnic estaban grabados los nombres de todas las muchachas que llegaron a duodécimo sin morir en el intento.

Era una de las muchas tradiciones sin sentido que hacían interesante la vida allí.

Me disponía a atar la bici al poste de seguridad del aparcamiento para profesores cuando un Lexus negro con cristales tintados se detuvo en la plaza reservada para la Junta de Administración. La puerta trasera se abrió despacio y unos caros zapatos de piel precedieron al resto del hombre que salió a continuación: Andrew Woodward. Sujetaba el teléfono con el hombro, dio indicaciones al conductor para que se marchara y se encaminó hacia Ashford House derrochando distinción en cada paso.

—Vaya con el bueno de tío Andy —susurré al micrófono de los auriculares mientras admiraba sus movimientos al caminar.

Mi amiga Valerie, al otro lado de la línea, no ocultó su diversión.

—¿Tío Andy es «Tío Bueno Andrew»? —Emití un sonido de confirmación y ella volvió a reír—. Quiero fotos, fotos jugosas. ¡Fue tu amor de adolescente, Nora!

—No correspondido —puntualicé—. Ni siquiera sabía que existía. Más o menos como ahora.

—Intentaste besarlo a los dieciocho.

—Iba borracha.

—Eso lo hace más interesante.

—¡Le vomité encima! —exclamé, y miré alrededor por si alguien me hubiera oído.

—Sí, vale, tal vez no fueras la seducción personificada, pero seguro que se acuerda de que lo intentaste.

Eso era lo que me temía.

Me había pasado el fin de semana rememorando el encuentro y la conversación en el jardín, tirando de memoria para traer al presente los recuerdos que me quedaban de aquellos años. Ya no parecía un macarra, no podía imaginar a este Andrew con chaqueta de cuero y pantalones rotos. Ahora vestía con la elegancia de un hombre distinguido, más del estilo de lo que mi madre hubiera deseado para cualquiera de sus hijas.

Cuando me llamó Sugar, el aire se me quedó atascado en la garganta y la piel se me erizó como si me hubieran acariciado la nuca. Detestaba que mis hermanos me llamaran así, me transportaba a la infancia, a los días de robar azucarillos de la despensa. Era un mote tonto que nadie debería utilizar, y mucho menos él.

Me sacudí la sensación absurda que me hormigueaba en la piel y sorteé estudiantes hasta llegar a mi pequeño despacho en la planta baja de Northbridge Hall. Valerie me prometió que hablaríamos de nuevo cuando tuviera unos minutos libres y la diferencia horaria no nos robara el sueño.

La echaba de menos.

Habíamos sido compañeras de carrera y de piso desde la facultad. A mí me iba el trabajo con adolescentes; a ella, con deportistas. La motivación era su punto fuerte y era buena, muy buena. Le quedaban solo unos meses para volver de San Francisco;

su tercer máster de psicología deportiva terminaba a finales de noviembre, el contrato de becaria con el equipo femenino de los California Golden Seals había finalizado y los Boston Bruins la habían fichado para fortalecer la actitud de sus jugadores de cara a la nueva temporada de la Liga Nacional de Hockey. Iba a ser duro ganarse un espacio entre tanta testosterona, pero, si alguien podía lograrlo, era Valerie Cargill-Trenton.

Estaba orgullosa de ella.

No llevaba ni cinco minutos en el despacho cuando Susan llamó a la puerta.

—Mueve el culo, Nora —me espetó—. Blackwell quiere vernos en la sala de reuniones de Ashford House.

—¿Ahora?

—Hace cinco minutos.

Mierda.

...

Entrar en Ashford House me generaba una inexplicable ansiedad que no conseguía controlar, por muchas cosas buenas que me ofreciera el edificio. Cuando quedaba con Rose para nuestro té de la semana, debía prepararme a conciencia para no hiperventilar en las escalinatas, justo antes de cruzar las puertas dobles. Luego me reía por lo absurdo de la situación. Lo había comentado con Susan varias veces, pero ni los consejos de mi jefa ni mi amor incondicional hacia la biblioteca Clara Ashford —de la que me declaraba absolutamente enamorada— habían conseguido reducir la sensación de ahogo.

Aunque si había algo que me bloqueaba más que la entrada en un edificio ancestral, era saber que Blackwell me esperaba y que llegaba tarde.

—¿Te ha dicho de qué se trata? —le pregunté a Susan para calmar los nervios.

—Seguramente será una de esas reuniones donde solo hable él —respondió con calma mientras subíamos al trote las escaleras—. Le dije que teníamos que discutir esa tontería de tu supervisión. Puede que sea eso.

No me tranquilizó en absoluto. Tampoco lo hizo encontrar a Andrew al fondo de la sala de reuniones. Había sustituido las gafas de sol por unas de vista de montura negra que le conferían un aire muy interesante. Estaba distraído con el móvil, pero lo olvidó en cuanto notó mi presencia. La comisura de sus labios se elevó por un instante y se acercó a la mesa para tomar asiento junto al director.

—La puntualidad es un rasgo que admiro mucho, señoras —comentó Blackwell, al tiempo que ponía en orden los papeles en los que había estado trabajando.

—Es el primer día de clase, Lawrence. ¿Te haces una idea de la locura que reina en los pasillos de Northbridge Hall? —le rebatió Susan. No se dejaba intimidar por nadie—. Supongo que desde tu torre de marfil todo se ve en calma, pero te aseguro que no es así.

—Sé muy bien cómo funcionan las cosas en *mi* internado, Susan, por eso exijo puntualidad. No me gusta perder el tiempo.

—Pues ve al grano. Nora y yo tenemos trescientos expedientes que revisar antes de que termine el día.

La atención de Blackwell se posó en mí y tragué saliva.

—Bien, seré breve. —«Gracias a Dios»—. He mantenido una interesante charla con el señor Woodward acerca del trabajo que va a desempeñar como administrador de Ashford Hall. He de decir que, si bien algunas de sus tareas ya las conocía, otras, en cambio, han supuesto una grata sorpresa.

—¿Sí? ¿Como cuáles? —se interesó Susan.

—Como la implementación de las políticas y reglamentos internos, por ejemplo. Velar por que se cumplan las normas. —Me miró directamente, como si yo hubiera pisoteado sus reglas—. El señor Woodward se ha ofrecido a revisar la normativa del centro para adaptarla a los nuevos tiempos.

—Me parece una iniciativa muy necesaria —celebró Susan—. No me negarás, Lawrence, que hay artículos que son tan arcaicos como estas paredes.

Hizo caso omiso a las palabras de Susan. A Andrew, sin embargo, le divirtieron.

—Otra de las funciones que va a asumir el señor Woodward es la de evaluar el desempeño del personal —prosiguió Blackwell—. Le

he dado acceso a los expedientes de Recursos Humanos para que pueda echar un vistazo a la trayectoria académica de cada miembro de esta plantilla, empezando por el personal no docente. Y ahí es donde estriba el interés de esta reunión. El gabinete de psicología será el primero en pasar por este proceso.

—¿Y qué implica *este proceso* si puede saberse?

Andrew se aclaró la garganta y tomó la palabra antes de que el director respondiera por él.

—Nada del otro mundo, doctora Hurt. Harán su trabajo con normalidad y las avisaré cuando me surja alguna duda acerca de sus funciones. Ni siquiera notarán mi presencia.

—No se ofenda, señor Woodward, pero su presencia no será posible. Las sesiones con los alumnos, sean de terapia, sean de orientación en el servicio de Nora, son totalmente confidenciales. Tendrá que conformarse con las estadísticas de atención y con los informes de resultados en los test de actitud trimestrales. Todo lo demás es…

—El administrador tiene acceso a cualquier dato, por muy confidencial que sea, Susan —se alteró Blackwell ante el tono imperante de mi jefa.

Andrew levantó una mano para hacerlo callar.

—El director Blackwell tiene razón, doctora: no necesito su permiso para acceder a las sesiones, cuento con la autorización de las familias. Pero descuide, no estoy interesado en nada de eso. Respeto la intimidad de los alumnos y su profesionalidad en el trato que les ofrecen. Mi cometido solo es determinar su valía para Ashford Hall, y no podré hacerlo si no cuento con su plena colaboración. La de ambas.

Susan relajó la postura y las arrugas de su ceño desaparecieron. Hizo un par de preguntas más acerca de los métodos de Andrew, que él respondió con fría cordialidad. Se estaba esforzando por mantener un buen ambiente en la reunión, al contrario que Blackwell, cuyos comentarios malintencionados estuvieron a punto de agotar la paciencia de Susan.

Una hora después, Andrew dio por concluida la reunión y sentí la necesidad de salir de allí y respirar una profunda bocanada de aire

puro.

—Un momento, señorita Clark —pidió Blackwell antes de que me marchara—. Quédese unos minutos si no le importa.

Tomé asiento de nuevo y correspondí a la pregunta silenciosa de Susan con un asentimiento. No hacía falta que se quedara, podía hacerme cargo de lo que fuera.

—El señor Woodward necesita que alguien le muestre las instalaciones de Ashford Hall y he pensado que podría ocuparse usted. —Andrew se mostró de acuerdo—. Eso le dará la oportunidad a nuestro administrador de conocerla bien.

—Pero ya ha oído a la doctora Hurt: tenemos trescientos expedientes…

—Gracias, señorita Clark. Es todo.

6

Andrew

El personal deberá promover
un ambiente de trabajo saludable,
libre de tensiones innecesarias.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición VIII, art. 7

—Ashford Hall ha sido, desde su fundación en 1871, uno de los internados más respetados de la región de Nueva Inglaterra. Fundado por los hermanos Edmund y Clara Ashford, una pareja visionaria de educadores formados en Oxford —Nora señaló los cuadros de ambos personajes en el vestíbulo de Northbridge Hall sin demasiado entusiasmo y prosiguió el recorrido—, el colegio nació con la idea de ofrecer una educación humanista, exigente y con una fuerte base en la ética y el pensamiento crítico. El *Ashford Core Curriculum* es…

—Puedes saltarte la parte histórica. Ya me la sé.

—Y, si ya te la sabes, ¿para qué me necesitas? —Se detuvo en mitad del pasillo que conducía a las aulas de arte y teatro y se cruzó de brazos—. Mira, Andrew, al contrario de lo que pueda pensar Blackwell, hacer de guía del nuevo administrador no es mi cometido. Tengo un millón de cosas más importantes esperando y estoy segura de que te bastas para averiguar qué hay en cada edificio.

—Cierto, pero es muy aburrido hacer la visita solo, y pensé que podríamos aprovechar para ponernos al día.

—Créeme, harían falta muchas horas de recorrido por el campus para ponerte al día de mi vida en estos catorce años. ¿Quieres echar un vistazo al teatro? Tiene una de las lámparas de araña más espectaculares que has visto en tu vida.

—No es necesario, podemos continuar.

A pesar de lo molesta que parecía por la tarea y de mirar el reloj una y otra vez, no escatimó en explicaciones ni en anécdotas. Me gustaba su forma de interpretar la historia del lugar y que me mostrara los sitios más representativos para ella. No se daba cuenta de la pasión que derrochaba cuando hablaba de cómo los hermanos fundadores desafiaron las convencionalidades de la época al crear un internado mixto.

—Clara Ashford fue una defensora temprana de la educación femenina, lo que dio al colegio un carácter progresista sin renunciar jamás a la excelencia académica. Somos uno de los internados más respetados de la región de Nueva Inglaterra —presumió, y levantó su nariz respingona para darle más énfasis.

—Y con buenos resultados —añadí mientras subíamos a la planta superior—. He visto los números: más del noventa y cinco por ciento de los graduados ingresan en universidades de la Ivy League o instituciones equivalentes en Canadá, Europa y Asia. Son unos datos increíbles.

—Es lo que intentaba explicarte cuando me has interrumpido. El *Ashford Core Curriculum* combina lo mejor de la tradición académica británica y americana, con clases reducidas y una enseñanza centrada en el estudiante. Es lo mínimo, teniendo en cuenta lo que cuesta la educación aquí.

La melodía que anunciaba el cambio de clases despertó la vida en los pasillos de Northbridge Hall. Las puertas de las aulas se abrieron y, en un santiamén, docenas de alumnos se arremolinaron en torno a nosotros.

—¡Señorita Clark! ¡Eh, señorita Clark! —voceó un muchacho que se acercó a grandes pasos—. ¿Podemos hablar?

Nora dudó, pero lo llevó a un lado. Intercambiaron un par de frases que dieron como resultado la amplia sonrisa del chico y un abrazo rápido, que ella aceptó sin demasiado entusiasmo.

—¿Todo bien? —me interesé.

—Todo bien.

—Ha sido una demostración muy afectiva.

—Sí, Oliver es encantador. Me pidió ayuda para un asunto… difícil y ya está solucionado. Así es mi trabajo. ¿Seguimos?

Reemprendió la marcha con la cabeza alta sin esperar mi respuesta. Tampoco tenía nada que decir. Su determinación era admirable y su compromiso con los alumnos suponía un factor muy positivo a tener en cuenta. No había visto esa implicación en ninguno de los profesores con los que había hablado, ni siquiera en la reconocida doctora Hurt.

De pronto, pensé en las conclusiones a las que llegaría Nora si tenía la oportunidad de tratar a Luca, si podría convertirlo en un chico de provecho, si lo ayudaría a superar esa inseguridad que se reflejaba en sus malas acciones, si le tendería la mano a mi sobrino igual que Brandon me la tendió a mí.

—Esta parte del edificio sur es más técnica —continuó—. Aunque el Larkin Science Center alberga los laboratorios de ciencias y tecnología, las aulas de informática y proyectos están en esta planta. También las de idiomas.

—¿Te costó mucho aprender dónde estaba cada cosa?

—Tardé meses en orientarme, pero Ezequiel me hizo un plano que fue de mucha ayuda.

—¿Ezequiel?

—El conserje —aclaró.

—¿Me hará un plano si se lo ruego? —Nora se mordió el labio para retener la sonrisa—. Estoy dispuesto a pagarle.

—Veré lo que puedo hacer.

Continuó con las explicaciones aburridas sobre los proyectos comunitarios, la alta tecnología que utilizaban o la procedencia de los profesores de idiomas, que no tenía ningún interés para mí.

—Esta es la zona de descanso, territorio de los de último curso —me susurró.

Los amplios sillones blancos que dominaban el espacio estaban ocupados por una variedad de chicos y chicas que nos miraron con escepticismo, jugadores de fútbol, remeros, animadoras y atletas a los que no pareció gustarles la aparición de la orientadora.

—¡Eh, señorita Clark! ¿En busca de su próxima víctima? —le preguntó un muchacho con más músculo que sentido del ridículo. Que llevara la corbata del uniforme como una cinta en la frente lo decía todo de él.

—Tú eres mi próxima víctima, Morris —le respondió ella en el mismo tono. Luego le guiñó un ojo y lo señaló con un dedo—. Quiero saber cómo quedó aquello de lo que hablamos la última semana del curso, ¿de acuerdo? Me lo prometiste.

—Sí, sí, vale. Iré a verla un día de estos.

Nora le sonrió, pero se puso seria al ver al muchacho que acababa de llegar al grupo. Reconocí a Jonathan Dreyfus de inmediato. Era la versión joven de su padre.

—¿La orientadora se ha desorientado y busca quien le muestre el camino de regreso? —se mofó Jonathan. Dejó caer su mochila a los pies de un compañero y apartó a otro que ocupaba un lugar en el sillón—. Yo puedo guiarla donde usted me diga. ¿Tal vez al norte? ¿Tal vez al sur? ¿Qué prefiere, señorita Clark?

Las connotaciones sexuales que iban implícitas en el ofrecimiento me revolvieron el estómago y, sin darme cuenta, di un paso en su dirección para explicarle cómo debía dirigirse a ella. Pero Nora me sujetó del brazo antes de que pudiera abrir la boca.

—Parece que tenemos un poquito de complejo de brújula esta mañana, ¿no, señor Dreyfus? Cuando quiera que hablemos de ello, pida una cita y veré qué puedo hacer por usted. Mientras tanto, céntrese en sus estudios, porque es posible que no se gradúe si sigue el rumbo del curso pasado. —El muy gilipollas apretó la mandíbula y golpeó en el pecho al compañero que se rio a su lado. Destilaba odio, pero Nora lo ignoró para dirigirse a los demás—. Vuelvan a clase, el descanso ha terminado.

Tiró de mí para alejarnos de allí, pero el «zorra» que masculló Jonathan me hizo volver sobre mis pasos.

—Yo no voy a ser tan correcto como ella, chico. —Lo golpeé con un dedo en el hombro con tanta fuerza que lo desestabilicé—. Vuelve a faltarle al respeto y me encargaré de que tu futuro sea tan negro como el agujero del culo, ¿te ha quedado claro? —El muy idiota me sonrió de medio lado y me desafió con la mirada. Sentí pena de su triste provocación—. A clase. Ya.

Era un niño de papá al que nadie había puesto en su sitio y no permitiría que siguiera siendo así.

—Ibas a dejar que te faltara al respeto, ¿por qué?

—Es Jonathan Dreyfus, ya sé cómo se las gasta.

—¿Y lo permites sin más? ¿Sin consecuencias? Es algo muy grave.

—Es Jonathan Dreyfus, Andrew —repitió con un suspiro y echó un vistazo a su reloj de muñeca—. Tengo que volver al despacho y seguro que tú tienes cosas más importantes que hacer. Seguiremos en otro momento, ¿de acuerdo?

No, no estaba de acuerdo. Me molestaba que le quitara importancia solo porque era el hijo del presidente de la junta y quería discutirlo con ella, pero me contuve. Hubo algo en su forma de mirarme que me noqueó, una especie de ruego silencioso para que dejara correr la cuestión.

Bien, no iba a insistir, pero yo no era de los que se quedaban de brazos cruzados. Ahora era el administrador de Ashford Hall y el cumplimiento de las normas de convivencia y la disciplina de los estudiantes se había convertido en mi obligación favorita.

7

Nora

Artículo 35: Queda terminantemente prohibida
la posesión, consumo o distribución de alcohol,
tabaco, drogas u otras sustancias ilícitas.
Reglamento de estudiantes de Ashford Hall.
Capítulo VIII: Normas de seguridad y prohibiciones

Después de dos semanas de toma de contacto con los nuevos estudiantes y de haber terminado agosto sin incidentes notables, me metí de lleno en la planificación que Susan y yo habíamos diseñado para el gabinete. Coordinar reuniones, abrir expedientes, redactar los informes iniciales para mantener al día a la dirección… Septiembre se presentaba aburrido. Echaba de menos el ritmo frenético del final de curso o los cambios estacionales, donde las hormonas jugaban un papel fundamental en las emociones de los alumnos. Quería ver el banco de la puerta del despacho lleno de estudiantes esperando el turno para vomitar sus preocupaciones sobre mi mesa, porque su caos era mi energía. El trabajo administrativo me fundía las neuronas.

Unos golpes en la puerta del despacho me animaron la mañana. Ezequiel, el conserje, asomó la cabeza para pedir permiso.

—Señorita Clark, tenemos un problema.

«Benditos problemas», pensé, y le hice un gesto con la mano para que entrara.

No me esperaba ver a una alumna detrás de él y, por su ceño fruncido, no parecía demasiado contenta.

—He pescado a esta señorita fumando en uno de los jardines de Northbridge sur. Iba a llevarla a dirección, pero, como apenas llevamos quince días de clases, quizá usted pueda…

—Está bien, Ezequiel. Yo me encargo, puedes irte. —Miré a la jovencita con mi expresión más severa y le pedí que cerrara la puerta—. Siéntate, por favor.

—No estaba fumando. Vapear no es fumar, y mis padres me…

—¿Cómo te llamas? —la interrumpí, y estiré la mano para que me diera el dispositivo de vapeo. Iba a requisarlo hasta saber qué hacer con estos casos que cada vez eran más frecuentes. Se resistió a soltarlo, pero al final lo hizo y se cruzó de brazos, enfurruñada—. Tranquila, lo trataré con cariño. ¿Me dices tu nombre?

—Maya. Maya Dreyfus.

¿En serio? Todavía no había podido quitarme de la cabeza el encontronazo con su hermano. ¿Qué probabilidad había de tener otra trifulca con un Dreyfus?

Revisé la lista de nuevos alumnos con el dedo y la encontré en décimo grado.

—Tienes quince años, Maya. ¿De verdad es necesario que te ensucies los pulmones tan pronto?

—Vapear no es malo. No lleva nicotina.

—Aunque no lleve nicotina, el aerosol que inhalas contiene sustancias químicas perjudiciales para tu salud. Además, el artículo treinta y cinco de la normativa del centro prohíbe el consumo de cualquier sustancia en las instalaciones.

—En mi internado de Suiza sí se permitía.

—Pero esto no es tu internado de Suiza. —Maya resopló varias veces—. El vapeador se queda aquí y, como estoy segura de que tendrás otro en tu dormitorio, te aconsejo que lo mantengas guardado.

—¡No puede quitármelo! ¿Sabe lo que cuesta ese cacharro?

—Seguro que más que mi sueldo —ironicé con desdén. Era la respuesta tipo de los ricos para todo.

—Uno solo de los filtros vale más que todo lo que lleva puesto. ¡Son exclusivos! ¡Fabricados en…!

—Puedes irte. —No le sentó bien que la despachara y apretó los puños, como si fuera a tener una rabieta allí mismo.

—No es usted tan guay como dicen, ¿sabe? —me espetó, indignada—. Es igual que todos los demás. Debí dejar que el bedel

me llevara al despacho del director Blackwell, al menos él me habría devuelto el vapeador después del sermón.

Podía oler el verdadero problema de Maya Dreyfus a distancia, pero no debía forzar la situación. Era evidente que estaba a la defensiva y que sus acciones —vapear y cualquier otra cosa que pasara por su joven cabeza— eran una llamada de auxilio que nadie estaba oyendo.

Yo no solía dejar pasar oportunidades como esa, ni siquiera si llevaban el apellido Dreyfus bordado en hilo de oro.

—Está bien. —Me eché atrás en el sillón y crucé los brazos. Una actitud defensiva pero apaciguadora—. Si me respondes con sinceridad a la pregunta que te voy a hacer, te devolveré el vapeador. Pero no me valdrá cualquier respuesta. Sabré si es sincera o no, te lo aseguro.

Maya dudó unos segundos y relajó la espalda, que había mantenido tensa durante la conversación.

—Dispare.

—¿Por qué fumas? —Abrió la boca para corregirme, pero me adelanté—. Sí, ya sé, no es fumar, da igual. ¿Por qué lo haces? Recuerda: sinceridad.

Le sostuve la mirada desafiante. Sus bonitos ojos azules eran dos pozos fríos e inexpresivos cuando se lo proponía y causaban un efecto perturbador. No obstante, reconocí en ellos un sentimiento mucho más preocupante que la rabia: la tristeza.

—Me ayuda a calmarme cuando estoy nerviosa —dijo al fin.

—¿Y por qué estás nerviosa?

—¿Por qué va a ser? Soy la alumna nueva, no tengo amigas, todo el mundo me mira porque soy la hija del presidente de la junta y la hermana del mayor capullo del internado. —En eso tenía que darle la razón un poquito—. Me han sacado de mi colegio para traerme a esta… esta… cárcel en la que no se puede hacer nada. ¡Ni siquiera puedo ponerme la ropa que yo quiera! ¿Uniformes? —Tiró con asco de las solapas de la chaqueta azul marino—. ¿Quién lleva uniformes en pleno siglo XXI?

—Muchos colegios los usan, no es nada extraño. —Maya levantó las manos al cielo en un gesto de exasperación—. A ver, no voy a

negar que empezar en un nuevo internado no sea duro, pero estoy convencida de que no te costará hacer amigas. Tu compañera de cuarto, por ejemplo.

—Se pasa horas al teléfono con su novio. Anoche tuve que taparme la cabeza con la almohada para no oír cómo mantenían sexo telefónico. —«Demasiada información». Tenía que hablar con Marjorie Oakland, la responsable de vida residencial, sobre el uso de los teléfonos en la residencia a ciertas horas—. ¿Y las chicas de mi clase? ¡Son todas fans de Amber Frederickson! ¡Detesto a Amber!

—Es la novia de tu hermano. Debería gustarte.

—¿A quién puede gustarle esa idiota? Solo a otro idiota.

Apunté un par de notas acerca de la animadversión que la chica sentía hacia su hermano y deslicé el vapeador hacia ella para cumplir con mi parte del trato. Había sido sincera.

—Guárdalo y procura que nadie lo vea, ¿de acuerdo? Y si fumas… —una vez más, abrió la boca para protestar, pero la silencié levantando un dedo—, si fumas, que no sea en horario lectivo. ¿Qué clase tienes ahora?

—Arte. Taller de pintura.

—Bien, andando.

La acompañé a la puerta con una sonrisa amable. Ya no parecía tan beligerante como cuando entró. Sus rasgos se suavizaron, sus mejillas estaban acaloradas y le daban a su rostro redondo el aspecto de una muñequita delicada. En el fondo, lo era, aunque se hubiera armado con una coraza para protegerse de lo que fuera que le hacía daño. No había que ser muy lista para intuir de qué se trataba: familia poderosa, hermano con éxito, falta de atención…

—Si necesitas ayuda para entablar amistad con otros chicos y chicas, no dudes en venir a verme, ¿vale? Puedo presentarte a gente con la que te llevarías bien.

Maya abrió la puerta sin responder a mi ofrecimiento y, justo en ese momento, los zapatos de Luca Woodward derraparon delante de nosotras.

—Muy oportuno, señor Woodward. —Le sonreí y me dirigí de nuevo a Maya—. Creo que no conoces a Luca. Es un año mayor que tú, pero también es nuevo en Ashford Hall y podríais…

—¡Jodida ladrona! —profirió Luca de pronto.

—¡Aaag! Quítate de en medio, borrego idiota. —Maya le propinó un empujón al pasar por su lado—. Vete a llorarle a tu mamá, y, de paso, que te cambie los pañales. Hueles a estiércol, aunque seguro que ni siquiera sabes qué es eso.

—¡Es lo que sale de tu boca cada vez que hablas, bruja! —le gritó él mientras la chica se alejaba con la mano en alto y el dedo corazón extendido—. Niña de papá de pacotilla…

—¡Ya basta! —Lo señalé con un dedo para que cerrara la boca —. ¿Te parece bien tratar así a una compañera?

—Venga ya, no me jod… no me fastidie —recapituló—, ha empezado ella. ¡Me ha robado la taquilla esta mañana! Ha sacado todas mis cosas, las ha dejado en mitad del pasillo y nadie le ha dicho ni media palabra, porque como es la hijita del presidente de la junta… —se burló—. ¡Pues mi tío es el administrador y yo no voy por ahí imponiendo leyes! —voceó en la dirección por la que se había marchado Maya—. ¿Y por qué ella puede llevar botas militares con el uniforme y yo tengo que ir con esta mierda de zapatos de primera comunión?

Intenté no reírme y ser profesional, pero Luca Woodward era único y me fue imposible controlar las comisuras de los labios.

—¿Tienes algún problema que quieras compartir conmigo, además de tu oposición a las botas de Maya Dreyfus? —le pregunté, y le ofrecí pasar al despacho—. Tengo tiempo, estás de suerte.

—No se ofenda, señorita Clark, pero mi concepto de suerte no es precisamente mantener una charla con la orientadora.

—Y entonces, ¿qué te ha traído hasta aquí, Luca? ¿Tienes algún problema?

—¿Yo? No, señorita Clark. —Se rio por lo bajo y miró hacia el pasillo por el que se había marchado Maya. Un instante después sonó un pequeño estruendo a lo lejos, y Luca se rio más fuerte—. El problema no es mío, se lo aseguro.

8

Andrew

La Orientadora podrá participar en
la elaboración y seguimiento de normas
de convivencia y protocolos disciplinarios.
Contrato de trabajo de Eleonora Clark.
Apartado 3, punto 3

—¿Una bomba de pintura? ¡¿Te has vuelto loco?! —grité con auténtica indignación—. No llevas ni un mes en Ashford Hall y ya he tenido que salvarte el culo, Luca. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Lo siento, tío Andy —dijo con hastío.

—¡No! ¡Nada de eso! Si crees que con una disculpa es suficiente, es que eres más tonto de lo que pareces.

Nora, que había escoltado a Luca a mi despacho después de que la profesora Mendoza montara en cólera por el estropicio de pintura que se había formado en su clase, se removió incómoda y dio un paso al frente para intervenir. Intuí que lo hizo para advertirme del uso de insultos, pero no le permití que abriera la boca. Iba a ser duro con Luca, se lo merecía, y tal vez de esa forma empezara a darse cuenta de lo fuera de sí que estaba.

—Muy bien, Luca. Tú te lo has buscado. —Di vueltas a su alrededor como un león enjaulado mientras pensaba en el castigo más cruel. Nada de lo que sus padres habían intentado había funcionado, así que lo mejor era darle la vuelta a la situación: no era cuestión de quitarle, sino de darle—. Limpiarás el aula de pintura y la dejarás tan impoluta que ni la profesora Mendoza la reconocerá.

—¿Eso es todo?

—No, chico, desde luego que no. —Mi sonrisa debió de parecerle demoníaca, porque se echó atrás en la butaca y me miró

como si estuviera a las puertas del infierno—. No sé qué gilipollez te ha movido para hacer lo que has hecho, pero eso solo me demuestra que tienes demasiado tiempo para pensar. Puesto que aún no has elegido un deporte para ejercitarte, y teniendo en cuenta que las actividades extracurriculares son de carácter obligatorio…

—No, tío Andy, no voy a ir a…

—¡Oh, sí! Ya lo creo. —Nora levantó una ceja. No entendía nada —. De hecho, esta mañana he estado hablando con el entrenador…

—No voy a hacerlo. Castígame con lo que quieras, pero no puedes obligarme a…

—Estás a mi cargo, Luca. Todavía no has cumplido los dieciséis…

—¡Me quedan dos semanas! —exclamó.

—¡Me da lo mismo! —Yo grité más fuerte y Nora dio un respingo —. Cada vez que haces algo como lo de hoy, me demuestras que no eres digno de mi confianza. Y, si tú no haces nada por ti mismo, no me queda más remedio que hacerlo yo. Entrarás en el equipo de remo, madrugarás los fines de semana, te esforzarás, te dejarás la piel, entrenarás al acabar las clases y asistirás a cada maldita competición que organice Ashford Hall o cualquiera en cien millas a la redonda. Y, cuando caigas muerto en la cama por las noches, espero que te queden fuerzas para hacer análisis de conciencia y averiguar ¡por qué eres tan condenadamente tonto! —Golpeé la mesa con las manos para darle más énfasis al discurso y él parpadeó varias veces. No me había visto tan furioso jamás—. Puedes dar gracias a que el director Blackwell se ha marchado a una reunión fuera del centro, porque te aseguro que no te habría gustado comprobar de qué forma aborda él los problemas y qué tipo de soluciones le gustan. Y, ahora, lárgate de mi vista. Tienes clase de Matemáticas en cinco minutos. ¡Ah! Y olvídate de la fiesta de este sábado. Te quedarás en la residencia con los de sexto grado.

—No pensaba ir de todos modos —masculló.

Lo miré de reojo mientras abandonaba el despacho y vi el encogimiento de hombros que le dedicó a Nora. Luca se fue con la cabeza baja, arrastrando los pies, y me hizo sentir como un jodido ogro.

Cerré los ojos y me recosté contra el respaldo. Nora se aclaró la garganta.

—¿Qué?

—Nada, solo quería que supieras que me has impresionado con el castigo. —Volví a abrir los ojos. ¿La había impresionado?—. Yo no lo hubiera hecho mejor. Se te ha olvidado decirle que le pida disculpas a la profesora Mendoza, pero…

—¿Te ha parecido bien que lo obligue a apuntarse a remo? —dudé.

—Sí, ¿por qué no? Es uno de los deportes más duros, el nivel de exigencia del entrenador Laramie es enfermizo y, si lo que quieres es que Luca caiga muerto cada día al llegar a la cama, es lo mejor. Además, que él no quiera ni oír hablar de ello es castigo doble. Bien hecho.

—Vaya, ¿gracias? —No parecía demasiado contenta. De hecho, no parecía nada contenta. Su postura rígida, la calma fingida…—. ¿Por qué tengo la impresión de que no está todo tan bien? Venga, suéltalo.

Nora se aproximó a la mesa del despacho. El paso lento, los músculos tensos… Me gustaba cómo se le marcaban los pómulos cuando apretaba la mandíbula y cómo evitaba morderse las uñas para mantener su imagen profesional.

—No vas a conseguir nada de él si continúas llamándolo tonto cada vez que hace algo mal. Luca no es tonto, Andrew. Al contrario, es tan inteligente que ha construido una bomba de pintura casera con vete tú a saber qué por el simple placer de vengarse de la chica que le ha robado la taquilla. Pregúntate hasta dónde podría llegar si le das los medios adecuados.

—¿Crees que no sé que mi sobrino tiene un coco privilegiado? ¡Claro que lo sé! Pero, cada vez que se pasa de la raya, está un poco más cerca de convertirse en algo de lo que se arrepentirá toda su vida, y no voy a permitir que eso pase.

—Bien, pues deja de llamarlo tonto. Es mi recomendación como orientadora. No vas a conseguir nada si lo tratas así.

Me fastidiaba tener que darle la razón y que me dejara como un idiota sin palabras. Cuando dio media vuelta para marcharse, me

obligué a decir algo más para que no lo hiciera. Estaba furioso, pero no quería quedarme solo.

—Es por esto por lo que ni me planteo tener hijos en el futuro, ¿sabes? Sería un padre horrible. —Nora se detuvo al llegar a la puerta y emitió un suspiro antes de volver a mirar en mi dirección—. Los hijos son una responsabilidad para la que nadie te prepara y es imposible saber si lo estás haciendo bien o mal.

—Es el encanto de la paternidad, pero tranquilo, tengo buenas noticias para ti: la mayoría lo hacen muy muy bien. Y tú también lo harás bien el día que tengas uno, no seas pesimista.

—No es una cuestión de ser pesimista, es que no me interesa lo que me ofrece la paternidad —reconocí—. No soy de esos que esperan encontrar a la mujer de su vida y construir el futuro perfecto. Tengo la vida que quiero. Lo demás me da un poco igual.

—¿Y Luca?

—Luca es… A ver cómo lo digo para que no pienses que soy un capullo sin corazón.

—Tranquilo, nada me impedirá pensar precisamente eso —bromeó, y su sonrisa de medio lado me pareció muy seductora—. Deja que adivine: Luca es tu proyecto para redimirte del pasado, ¿a que sí? No quieres tener hijos porque no tuviste una infancia normal ni el cariño de unos padres que te sirviera para crecer con afecto, y te ves reflejado en Luca porque tu hermano está cometiendo los mismos errores que tu padre. Pero has visto la oportunidad y pretendes ser el buen samaritano que encauza el futuro del chico como nadie hizo contigo, ¿me equivoco?

No, no se equivocaba ni en una respiración. Me jodió ser tan transparente y que me psicoanalizara con tanta facilidad. Dio en el blanco y mi orgullo dolido, incapaz de encajar aquella bola de franqueza, se puso a la defensiva.

—Espero que se te dé mejor la orientación estudiantil que el psicoanálisis —me mofé con un leve tinte de crueldad—. Luca no es ningún proyecto, es mi sobrino, y no necesito hacer de buen samaritano con nadie, no sé qué estupidez es esa. Además, tú no eres la persona más adecuada para analizar mis relaciones familiares. Las tuyas tampoco fueron perfectas.

—Ya, pero no hablábamos de mí.

—Pues se acabó de hablar de mí entonces —zanjé, y abrí el portátil para crear una absurda barrera entre nosotros—. Te agradezco que trajeras a Luca aquí para que pudiera tomar las medidas oportunas. Ahora, si me disculpas, tengo cuestiones importantes que atender.

Nora salió del despacho en silencio. Nada más oír el clic de la puerta, me llevé las manos a la cara.

Era un auténtico estúpido.

9

Nora

La participación en actividades de integración,
celebraciones y ceremonias institucionales
será de carácter voluntario (aconsejable).
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición VIII, art. 6

Me extralimité al decirle lo que pensaba y el castigo a mi sinceridad había sido una noche dándole vueltas a la situación e imaginando realidades alternativas, en las que yo no abría la boca y me marchaba de su despacho con tranquilidad. Eso hubiera sido lo más correcto. Utilizar lo que sabía de su pasado para impresionarlo con mi poder de deducción no había estado bien. Y, aunque él desmintió todo lo que dije, sé que di justo en el centro de la diana. Por eso le dolió tanto; por eso reaccionó como si lo hubiera atacado.

Por eso me sentía tan mal.

Esa misma mañana, cuando lo vi en la cafetería de Northbridge Hall, me dio vergüenza acercarme. Estaba leyendo algo en la pantalla del móvil, removía el café sin mirar, llevaba otro de esos trajes impecables, las gafas de pasta, la corbata perfectamente anudada…

Alexandra Ivanova, la profesora titular de Ciencias, le pidió permiso para ocupar la silla a su lado, y él le sonrió con amabilidad. Me imaginé un suspiro colectivo de todas las mujeres que lo contemplaban y me dio la risa tonta.

Era mejor que me pusiera a trabajar.

Luego, a la hora de comer, volví a verlo con la profesora Ivanova a la salida del Larkin Science Center, el edificio de ciencias. ¿Le habría pedido a ella que le mostrara el resto de las instalaciones? Alexandra era una mujer vibrante, una apasionada de su trabajo, y

transmitía seguridad y carisma. Además, tenía una figura esbelta y su belleza era indiscutible.

—Nora, ¿me estás escuchando? —Susan chasqueó los dedos delante de mí y di un respingo—. Ya sé que son las seis de la tarde, que es viernes y que tienes ganas de irte a casa. Yo también, pero, si no terminamos esto hoy, tendrás que ocuparte tú sola el lunes, y será peor.

—Lo sé, te estaba escuchando —mentí—. Hablabas de Tristan, el chico de octavo, el de los problemas de ansiedad.

—No, Nora, el de los problemas de ansiedad es Benny —me corrigió Susan—. Tristan es el de la fobia a los pájaros. ¿Se puede saber qué te pasa?

Hice un ademán para quitarle importancia y le expliqué que no había dormido bien.

—Te hace falta salir y divertirte. Michael tiene un amigo que es un encanto y que está deseando conocerte, ¿te lo he dicho? —comentó mientras repasaba las páginas manuscritas de la sesión de una alumna—. Podríamos quedar los cuatro este sábado.

—Es que no sé si los amigos de Michael son de mi estilo.

—¡Pero si tú no tienes estilo! —exclamó, y yo levanté una ceja, suspicaz—. Ya me entiendes. En lo que a hombres se refiere, eres un caso perdido.

No había tenido mucho acierto en temas del corazón, pero eso no significaba que fuera a tirar la toalla. Quería a alguien que disfrutara de una tarde de lectura, pero también de una noche de desenfreno; alguien con quien descubrir un nuevo restaurante o improvisar una hamburguesa grasienta en la esquina de High Street; un hombre que entendiera mis cambios de humor cuando me venía el periodo, que adivinara mis ganas de comer helado o *pizza*, según el momento, o que disfrutara de un paseo en bici. Un hombre apasionado, sexi…

Valerie decía que eso era imposible y empezaba a pensar que tenía razón.

Cuando terminó mi jornada y fui a por la bici al aparcamiento, el cielo estaba tan negro como mi estado de ánimo.

—¡Señorita Clark! —me llamó alguien desde la limusina que había aparcada a pocos pasos. Caroline Frederickson, la vicepresidenta de la junta, descendió del coche con elegancia. Tras ella, una asistenta uniformada extrajo un enorme racimo de globos dorados, que amenazaron con hacerla volar—. ¡Qué bien que la encuentro! Rita, lleva eso al *hall* del Larkin Science Center —ordenó —. ¿Puede creer que no hayan puesto suficientes globos en el *photocall*? ¡Es una fiesta, por el amor de Dios! Tiene que ser perfecta. No sé en qué estaban pensando, pero no volveremos a contratar a esa empresa de eventos nunca más, se lo aseguro.

Parpadeé, inmóvil. Era la primera vez que Caroline Frederickson se dirigía a mí directamente y me había quedado en *shock*. Ni siquiera sabía de qué me estaba hablando, aunque en un soplo de lucidez, recordé la fiesta de esa noche. Había sido el tema de conversación del día entre el alumnado.

—No irá así vestida, ¿verdad?

—¿Ir? ¿A dónde?

—¿Cómo que a dónde? ¡A la fiesta! —exclamó—. Marjorie Oakland tiene un resfriado fatal y el comité de eventos necesita que alguien la sustituya. La presencia del personal en estos actos es muy importante para los estudiantes, demuestra compromiso y cercanía y fomenta las buenas relaciones entre los estadios de la comunidad educativa. Debería saberlo, este es su segundo año —me reprendió, al tiempo que se retocaba un par de bucles del peinado—. El señor Woodward insinuó que usted estaría dispuesta y alguien quedó en avisarla. ¿No se lo han dicho? No, claro que no. Pero no importa. Vaya a cambiarse y póngase algo… bonito.

Me repasó del mismo modo que su hija cuando nos cruzábamos por los pasillos, con desprecio, y al ver que no me movía, me espantó como a una mosca impertinente y salió disparada hacia el Larkin. No me dio opción a replicar ni a negarme. ¿En qué estaba pensando Andrew para meterme en semejante lío? Si era una venganza por lo que ocurrió en el despacho, me parecía de lo más pueril.

...

Había que reconocer que Caroline Frederickson y el comité de eventos sabían lo que hacían cuando se trataba de organizar fiestas. El vestíbulo del edificio de ciencias había quedado increíble. El *photocall*, enmarcado por decenas de globos dorados, daba la bienvenida al curso con el lema del internado en letras brillantes. Gasas doradas colgaban desde las barandillas del piso superior y destellaban con el efecto de las luces que lo teñían todo de oro. La música de un DJ, apostado en lo alto de las escaleras, sonaba tan fuerte que era imposible oír lo que decían las chicas que esperaban su turno para recoger las pulseras fluorescentes que repartían los miembros del comité a la entrada.

—¡Al fin, los refuerzos! —exclamó Patty Yang al verme. Me estampó la tablilla con el listado de alumnos y me obligó a tomar asiento en la mesa de inscripciones—. Todos tienen que pasar por ti antes de entrar. Y cuidado con los de séptimo grado. Hay un par de listillos que han intentado colarse haciéndose pasar por alumnos de octavo. Sexto y séptimo tienen actividades independientes en sus residencias.

En cuanto Patty y el resto de los miembros del comité desaparecieron, la entrada al Larkin Science Center se convirtió en un caos. La fila de acceso se multiplicó, todo el mundo tenía prisa por acceder al vestíbulo, hacerse fotos, bailar…, pero solo estaba yo, y entre la falta de luz y el excesivo volumen de la música, casi me volví loca.

—¿Lleva el mismo vestido que en la bienvenida del curso, señorita Clark? —me preguntó Amber Frederickson después de un rato de subrayar nombres en la lista de Patty—. ¡Qué horror!

—¡Qué observadora, señorita Frederickson! —ironicé, y no pude resistir la tentación de lanzarle un dardo envenenado. Su conjunto era tan dorado que dolía mirarlo—. Usted, por lo que veo, forma parte de la decoración de la fiesta. Lleve cuidado, no la confundan con un elemento del *photocall*.

Las risas de los alumnos que esperaban su turno la hicieron enrojecer de furia. Cogió un par de pulseras de malas formas y me asesinó con la mirada. Era una niña muy maleducada.

—No creo que esa haya sido una respuesta adecuada para la orientadora de estudiantes —sonó la voz de Andrew a mi espalda. Miré por encima del hombro y ahí estaba, impecable—. Buenas noches, Nora.

—Buenas noches, Andrew —le correspondí de igual forma—. Y no, no era la respuesta más adecuada —reconocí—, pero se lo merecía.

Andrew amagó una sonrisa canalla y se arregló las mangas de la chaqueta como si lo necesitara. Sus ojos tras las gafas se mantenían fijos en un punto de la fila, pero expresaban diversión. ¿Significaba eso que no estaba molesto conmigo?

—Por cierto, creo que no te he dado las gracias por meterme en este lío. —Subrayé un par de nombres más y se me escapó un suspiro al ver que la cola se terminaba por fin—. No habría estado de más que me preguntaras antes de sugerirle mi nombre a la vicepresidenta de la junta. Tenía planes.

—¿Qué planes?

¿Y a él qué le importaba? Mi noche de lasaña congelada en compañía del último libro de Vera Kurian no era asunto de Andrew.

—Una cita —mentí—. Y me apetecía mucho, la verdad.

—Nadie te ha obligado a aceptar.

—Nadie le dice que no a Caroline Frederickson. Además, no tuve opción, lo dio por hecho porque tú le dijiste que yo estaba disponible. —Arrastré la silla hacia atrás, me incorporé con demasiado ímpetu y mi pie derecho, tan poco acostumbrado a los tacones altos, se dobló de una manera muy tonta. La mano de Andrew en mi cintura impidió que hiciera el ridículo delante de los alumnos que esperaban para hacerse una foto—. Gr-gracias, estoy bien. —Deslizó la mano por el arco de mi espalda con una suavidad excitante y me estremecí—. Tengo… tengo que ir al cuarto de baño.

¿Qué demonios había sido eso? ¡Me había ruborizado! Tenía el rostro encendido cuando me miré en el espejo del servicio.

—Está usted muy guapa, señorita Clark —dijo una alumna de undécimo mientras se retocaba el labial. Su amiga coincidió con un cabeceo—. Disfrute de la fiesta.

—Igualmente, chicas.

Para haberme arreglado en cuestión de minutos, mi aspecto era aceptable. El pelo no se me había encrespado y el vestido me sentaba muy bien. Sí, Amber tenía razón, era el mismo que llevaba en la ceremonia de apertura del curso, pero únicamente alguien como ella, obsesionada con el aspecto de los demás, se daría cuenta de un detalle así. Los zapatos solo me los había puesto en una ocasión. Fueron un regalo de mi hermana Lilianne, un intento por convertirme en la señorita refinada que querían que fuera. Eran preciosos, pero tan incómodos que me había visto obligada a llamar a un taxi. No podía pedalear con un tacón tan fino.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? Te noto un poco nervioso, Woodward —oí al otro lado de la ventana del servicio—. No será tu primera vez, ¿verdad?

—¿Mi primera vez? Joder, qué graciosa —se mofó la voz de Luca —. Es a ti a quien le tiemblan las manos. ¿Eres virgen todavía?

—¡Oh, cállate! —Me quedé muy quieta para averiguar a quién más pertenecían los susurros, pero lo único de lo que pude estar segura fue de que se trataba de una chica—. He hecho esto tantas veces que he perdido la cuenta.

—Mmm, interesante. La niña no es virgen entonces.

—No me llames niña, idiota. Podría enseñarte cosas con las que no has soñado en tu vida.

—¿Qué cosas?

Se alejaron y no terminé de escuchar la conversación, pero estaba claro que Luca Woodward iba a montarse su fiesta particular. No sería el único y me preocupaba. Susan había discutido con Blackwell hasta la saciedad sobre el programa de salud sexual que quisimos implantar el curso anterior, un programa avalado por la Universidad de Harvard que proporcionaba información muy interesante para los alumnos y ponía a su disposición materiales de consulta y métodos anticonceptivos para la práctica de sexo seguro. Pero no había más ciego que el que no quería ver, y Lawrence Blackwell se había negado en redondo a implantar el proyecto en Ashford Hall.

—Las normas prohíben las relaciones sexuales dentro de los muros de esta institución —alegó en su momento.

¿De verdad no sabía que las parejas como Jonathan y Amber tenían sexo desde hacía años? ¿O es que pensaba que los chicos y chicas del internado se mantenían castos y puros hasta el matrimonio?

Puse los ojos en blanco al recordar su rostro ofendido por dudar de la integridad de los estudiantes y me lavé las manos sin dejar de sonreír por su absurdez.

Tenía que hablar con Andrew del tema. El antiguo administrador, el señor Archivald, no quiso inmiscuirse en las decisiones de la dirección, pero Andrew era diferente. Podría funcionar.

10

Andrew

Los miembros del personal capacitados para ello deberán colaborar en simulacros de evacuación, emergencias médicas y situaciones de riesgo inminente para la población escolar.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición VII, art. 9

Estaba tan pendiente del pasillo de los servicios por si regresaba Nora que no me percaté del grupo de chicos de undécimo que había junto a las escaleras hasta que a uno de ellos se le cayó el vaso al suelo. La falta de disimulo, la urgencia de sus movimientos… No estaban tramando nada bueno.

Me extrañó no ver a Luca con ellos. Le había levantado el castigo de la fiesta gracias a su buena predisposición en los entrenamientos del equipo de remo, pero estaba tan resentido conmigo que ni siquiera me lo agradeció. Era muy cabezota cuando se lo proponía.

«Tiene a quién parecerse», resonaron las palabras de Nora en mi cabeza. Maldita entrometida.

—Señores —saludé a los compañeros de Luca con seriedad—, sería una verdadera tragedia que sus expedientes académicos quedaran empañados por la absurda tontería de estropear una fiesta en la que no se puede beber alcohol.

Abrieron mucho los ojos.

—No estamos haciendo nada, señor Woodward —se defendió el más atrevido. Era el que llevaba la voz cantante.

—¿No? —Tiré de la solapa de su chaqueta y metí la mano en el bolsillo interior. La petaca de *whisky* que extraje era exquisita—. Y ahora me dirá que solo es jarabe para la tos, ¿no es cierto, señor Swanson?

—Es solo…

—Silencio —le ordené, y tendí la mano para que los demás me dieran las suyas—. Caballeros, pasen por mi despacho cuando quieran recuperarlas.

Se resignaron, y mientras yo atendía un mensaje de uno de mis clientes, nervioso por la nueva subida de los aranceles petrolíferos en Oriente Medio, los oí decir que no eran los únicos que habían traído alcohol. No me cabía la menor duda. También comentaron algo sobre una chica y las risas no tardaron en llegar. Eran tan pueriles…

—La hermana de Miles dice que sale con un motero lleno de tatuajes. —El aludido asintió para corroborar las palabras de Owen Swanson—. Pero no le pega en absoluto. Está demasiado buena para salir con un motero, joder.

—Yo creo que está con Holman. ¿Habéis visto cómo la mira cuando la tiene cerca? —comentó otro con muy poco tacto y parpadeó con fingida coquetería—. ¿Dónde está Luca? Él lo imita que te cagas.

—Andaba por ahí, detrás de un par de tías. Él se lo pierde. La Clark está más buena.

¿La Clark? ¿Esos mocosos hablaban de Nora?

—¿Habéis ido a su consulta? Me han dicho que, si le pides que quite el aire acondicionado, se desabrocha un botón de la blusa.

—Podemos preguntarle a Oliver Navilov. —Miles sonrió de medio lado—. Es el que más horas ha pasado en ese despacho desde que la Clark llegó al colegio. Dicen que hubo tema entre ellos el año pasado. Miradlo, no se despega de ella. Y no me extraña. Dios, voy a tener sueños muy húmedos con esas tetas y esas piernas.

Los chicos rieron y realizaron movimientos obscenos dirigidos al otro lado de la pista de baile, donde estaba Nora, ajena a la situación.

Me hirvió la sangre.

—No solo es una falta de respeto hablar de esa forma de una profesora, es vergonzoso. ¿Así os han educado? Largaos de aquí antes de que informe al director de lo que pretendíais hacer, banda de idiotas.

Ignoré todas las palabrotas y maldiciones que murmuraron y me tomé unos minutos para contemplar a Nora. El vestido no era nada del otro mundo, pero estaba hecho para ella, sin duda. Y, cuando reía con las tonterías de los alumnos de último curso que la rodeaban, parecía una más de ellos. Quisieron sacarla a bailar, pero se negó. Le ofrecieron un trago de una copa, y rechazó la invitación levantando su botella de agua. Me pareció que se estaban poniendo pesados y una parte de mí, desconocida por completo, se removió inquieta y me empujó hacia ella.

Anabel Williams, la ayudante de secretaría, me salió al paso cuando cruzaba la pista. Era una mujer muy servicial, con una sonrisa amable. Rondaba los cuarenta y cinco años, pero su carácter risueño le daba un aire mucho más juvenil. Me caía bien, aunque era demasiado complaciente y me asfixiaba un poco.

—Señor Woodward, qué ilusión verlo en la fiesta. ¿Se está divirtiendo? ¿Quiere un refresco? Los chicos se han encargado de hacer un ponche de melón delicioso. Pruebe, pruebe. —Me aproximó la copa a los labios y me eché atrás—. O tal vez prefiera algo más fuerte. —Se acercó a mí en confidencia y bajó el tono—. Tengo una botella del mejor burbon en el bolso. Si le apetece…

—No, muchas gracias, señora Williams. No es el momento. Si me disculpa…

—¿Ha considerado la oferta que le hice la semana pasada? —Dudé. No sabía a qué se refería—. Lo de ser su asistente, ¿recuerda? Creo que me necesita, Andrew. ¿Puedo llamarlo Andrew?

—Sí, esto… Deje que lo piense unos días más, ¿de acuerdo? Todavía estoy aclimatándome al ritmo de Ashford Hall, pero le diré algo en cuanto me centre, descuide.

Tal vez no fuera una idea tan descabellada que alguien me echara una mano con el funcionamiento del internado. Había estado a punto de pedirle a mi secretario en JP Morgan Chase que se mudara a Boston para ayudarme con el papeleo, pero Tyron era mis ojos en la oficina y lo necesitaba allí más que en cualquier otra parte.

Nora se deshizo del corrillo de estudiantes y se acercó a la animada conversación que mantenían varios profesores, Jeff Holman

entre ellos. ¿Sería cierto lo que había comentado Owen Swanson? ¿Nora y Holman? Era ridículo.

—Para no querer venir, parece que te diviertes —le comenté con perfidia.

—¿Insinúas algo? —se molestó.

—No insinúo nada. Relájate, Clark.

Me declaré culpable de querer molestarla un poco, pero no deseaba enfadarla. Era la única forma de acercarme a ella sin que viera lo mal que me sentía por nuestra última conversación en el despacho. No supe canalizar mi enfado con Luca ni encajar una verdad como un puño.

No obstante, mi provocación no salió como pretendía. Nora se mantuvo en silencio, de brazos cruzados. Saludó a los alumnos con sonrisas forzadas y disimuló su irritación con traguitos de agua. Cuando permanecer en silencio el uno al lado del otro se convirtió en una escena absurda, ambos abrimos la boca para hablar a la vez.

—Siento lo que te dije en el despacho. —Bajó la mirada a las manos que jugueteaban con la botella de plástico—. No quería ser grosera ni dármelas de psicoanalista, y, desde luego, no tenía derecho a meterme en tus asuntos. Espero que este pequeño *incidente* no afecte a nuestra relación profesional ni a la opinión que puedas tener de mí como orientadora.

¿Tenía miedo de que la juzgara en su puesto de trabajo? No sabía lo equivocada que estaba.

—En realidad, soy yo el que debe disculparse. —La sorpresa se reflejó en sus bonitos ojos—. Me puse a la defensiva y no reaccioné correctamente. Y tenías razón, debo empezar a tratar a Luca como a algo más que un saco de hormonas sin control.

—Bueno, sin olvidar que es un saco de hormonas sin control.

Un par de chicos pasaron corriendo junto a nosotros, desestabilizaron a Nora sin querer y la botella de agua cayó a sus pies. Fui más rápido que ella al agacharme para recogerla y, de pronto, me encontré con sus piernas de cerca y con la posibilidad de tocarla al descuido. La tentación de comprobar si eran tan suaves como parecían me hormigueaba en los dedos, pero contuve las ganas. Yo no era ningún adolescente revolucionado.

—Gracias —susurró al devolverle la botella—. Son unos zapatos muy bonitos, pero tan inestables como poco prácticos, ya puestos. Es imposible pedalear con ellos.

Yo le pagaría el trayecto de ida y vuelta en taxi durante el curso solo por verle las piernas con esos zapatos cada día, pero ese pensamiento, repentino e inadecuado, quedó eclipsado por la vibración de mi teléfono en el bolsillo. Cuando vi de quién se trataba, se me escapó una maldición. Colgué de inmediato, pero volvió a sonar y Nora se alejó unos pasos para darme intimidad.

—Adelante, responde. Yo iré a controlar que nadie…

Las luces se apagaron en el vestíbulo del Larkin Science Centre, la música cesó de golpe y la gente empezó a gritar cuando se activó el sistema antiincendios. Una repentina lluvia de agua y espuma blanca cayó desde los rociadores y todo el mundo se abalanzó hacia la salida en una estampida entre alarmante y divertida.

—Pero ¿qué demonios está pasando? —gruñí.

—¡Con calma! ¡Salid con calma! —gritó Nora, que se vio arrastrada por varias chicas histéricas—. Mantened la calma y salid despacio. Las luces de emergencia se encenderán enseguida. ¡Sin correr, por favor! ¡No os empujéis!

La perdí de vista en un parpadeo. Un segundo antes estaba alumbrando las puertas de entrada con la linterna de su móvil y al siguiente no la vi por ninguna parte.

Varios chicos tropezaron, se oyeron gritos y risas, palabrotas y carcajadas. El suelo resbalaba como una pista de patinaje, la salida era un caos de muchachos agolpados los unos contra los otros, algunos globos del *photocall* explotaron y generaron más confusión, más chillidos, y entre toda la algarabía oí un quejido lastimero que me aceleró las pulsaciones.

Al enfocar con mi teléfono al suelo, vi los zapatos de Nora pisoteados. Junto a ellos, unos pies que intentaban quitarse del camino de los últimos en salir y unas piernas de medias rotas encogidas contra el pecho. Se había resguardado junto a una columna, tenía el vestido desgarrado a la altura del muslo y un golpe en la frente.

—¡Maldita sea, Nora! ¿Estás bien? —No esperé a que respondiera. La cogí en brazos en un movimiento brusco, como a una muñeca de trapo, y la saqué de aquel escenario desastroso—. Estás sangrando.

—¡Vuelve! ¡Me he dejado los zapatos! —se quejó, e intentó que la soltara—. ¡No puedo dejar ahí los zapatos!

—¡Al demonio los zapatos! ¿Es que no me has oído? Estás sangrando.

Se llevó la mano a la frente y palpó la herida.

—No es más que un rasguño, Andrew. No seas exagerado. ¡Y bájame de una vez! —ordenó—. Nos mira todo el mundo.

—Como si me importara —mascullé entre dientes. Lo único que quería era encontrar un lugar seco e iluminado donde asegurarme de que la herida no era grave. Pero, cuando la dejé sobre el muro de piedra que delimitaba el jardín, me invadió una ira irracional—. ¿Por qué demonios has hecho eso? Apenas podías sostenerte en pie con los tacones y te has metido en medio de la marabunta como si pudieras contenerla. ¿Es que te has vuelto loca?

—Es mi obligación intentar que mantengan la calma en situaciones así. En el curso de emergencias que hicimos…

—¡A la mierda el curso de emergencias! ¿Es que no tienes un poco de sentido común?

Le aparté el pelo mojado de la frente, encontré la pequeña herida —que había dejado de sangrar— y utilicé el puño de la camisa para secársela. Mi contacto le dolió y la sujeté del mentón para que no se apartara. Su respiración, el calor de su cuerpo húmedo, el olor de su champú, la calidez de su piel… Me quedé absorto en los labios entreabiertos de Nora y en el brillo de sus ojos, en lo sensual que me parecía la punta de su lengua cuando asomaba para recoger las gotitas que resbalaban hasta la comisura.

—Estás temblando. Te llevo a casa. —Le ofrecí la mano para ayudarla a ponerse en pie y, aunque titubeó, aceptó mi ayuda.

—Antes tengo que ver si todos están bien —dijo con voz trémula.

La seguridad del campus se estaba ocupando del imprevisto. Jeff Holman iba de un lado a otro comprobando que todo el mundo

estuviera en perfectas condiciones y Patty Yang, con el teléfono en la oreja, dispensaba órdenes a los estudiantes para que regresaran a sus residencias. La fiesta había terminado.

—No te necesitan.

—Pero soy la orientadora… —Intentó dar un paso de regreso a la puerta, pero iba descalza y la gravilla del jardín se le clavó en la planta del pie—. Y tengo que recuperar mis zapatos. Me los regaló Lilianne, era la segunda vez que me los ponía y…

—¡Te compraré otros! —la interrumpí con hartazgo, y la cogí en brazos de nuevo para llevarla al coche. Ahogó una exclamación y me frunció el ceño, indignada—. Te compraré la zapatería entera si es lo que quieres, pero no vas a volver ahí. Y punto.

11

Nora

Artículo 22: Todo estudiante es responsable del
uso adecuado de las instalaciones y mobiliario.
Los daños deberán ser reparados o indemnizados.
Reglamento de estudiantes de Ashford Hall.
Capítulo VI: Instalaciones y espacios comunes

Las consecuencias de lo que ocurrió el viernes por la noche no tardaron en llegar. Lawrence Blackwell convocó al personal responsable dos días después, tras una avalancha de llamadas de padres preocupados e indignados con la falta de seguridad y el libre albedrío de la fiesta de estudiantes.

Por suerte, todo quedó en un susto y unas cuantas magulladuras, como mi chichón en la frente. Apenas se notaba si me lo cubría con el pelo.

La reacción de Andrew fue tan exagerada que se me curvaban los labios cada vez que recordaba su insistencia en ir al hospital para que me examinaran. Me negué en redondo, y aunque él tenía ganas de discutir al respecto, el agradable calorcito en el interior del Lexus me dejó adormilada a los cinco minutos de trayecto. Y si despertar acurrucada contra su pecho fue incómodo, más lo fue que me llevara en brazos hasta mi apartamento o que arrugara la nariz al comprobar que mi humilde morada era eso precisamente, humilde.

—¿Qué haces aquí? —refunfuñó al verme entrar en la sala de reuniones de Ashford House—. Deberías estar descansando.

—Buenos días a ti también, Andrew. Blackwell me ha convocado, y cuando Dios llama…

Desobedecer una orden directa de Lawrence Blackwell no se me pasaría por la cabeza jamás. Además, yo formaba parte del personal

responsable y sentía una curiosidad insana por conocer a los artífices de la fechoría.

—Siéntense, por favor —pidió Blackwell con su voz de ultratumba—. La gravedad de lo ocurrido el viernes en la fiesta me ha obligado a reunirlos hoy. La vicepresidenta de la junta, la señora Frederickson, ha manifestado su malestar ante lo ocurrido y pide que se depuren responsabilidades lo antes posible.

—¿Se ha dado parte a la policía? —preguntó Patty Yang.

—No, todavía no —respondió el director—. El señor Dreyfus y yo creemos que, por el momento, la investigación debe ser interna. El señor Woodward también lo cree conveniente. —Andrew, a su lado, asintió—. Puesto que no ha habido que lamentar ninguna pérdida importante, es mejor que el incidente no trascienda.

—Se están tomando las medidas necesarias y todas las personas que figuran en la lista prestarán declaración por si vieron algo sospechoso —informó Jeff Holman en su papel de director académico y jefe de estudios—. Estoy seguro de que esto no ha sido más que una broma de mal gusto de algún estudiante que intentaba hacerse el gracioso.

—Una broma que podría haber acabado muy mal, todo sea dicho —apostilló Alexandra Ivanova—, y que costará un buen pellizco a Ashford Hall, sin contar con el tiempo que llevará devolverle la normalidad al Larkin. Tendremos que suspender los laboratorios hasta que el vestíbulo esté limpio y en perfecto orden.

No recordaba haber visto a la profesora Ivanova en la fiesta, aunque supuse que, como directora del Departamento de Ciencias, tendría mucho que decir.

—Los laboratorios no se han visto dañados. Los sistemas antiincendios independientes no sufrieron manipulación alguna. Solo resultó afectado el general —informó Jeff—. Me preocupa más que no se encendieran las luces de emergencia. Habrá que revisar los sistemas.

—Ya se ha dado parte a la empresa de mantenimiento —intervino Andrew, con cara de pocos amigos.

—¿Y tenemos alguna pista de quién o quiénes pudieron ser? —quise saber—. Había cerca de doscientos estudiantes en la fiesta.

—Ciento ochenta y tres, para ser exactos, señorita Clark. Usted debería saberlo, fue quien se encargó del control de acceso, ¿no es así? —El comentario de Blackwell sonó incriminatorio, como si me estuviera señalando con un dedo.

—Bueno, yo estuve un rato, sí, pero no fui la única que…

—Yo también estuve en el control de acceso —intercedió Andrew en tono cortante—, al igual que la profesora Yang o la señora Williams, algo totalmente irrelevante para el caso. Lo importante es saber si alguno de nosotros vio algo sospechoso por los alrededores. Abrieron la caseta de los fusibles con una ganzúa, lo que quiere decir que contaban con las herramientas necesarias y sabían utilizarlas.

—Aunque no tuvieran dos dedos de frente —comentó Jeff, y aclaró—: se dejaron la ganzúa puesta.

Varios profesores rieron.

—Además, nuestros temerarios *aguafiestas* se saltaron el artículo treinta y cinco de la normativa de estudiantes, algo muy grave que añadir a este suma y sigue de fechorías —señaló Blackwell.

Algunos se miraron con las cejas levantadas. ¿Es que era la única tonta en Ashford Hall que conocía la normativa de los alumnos? El artículo treinta y cinco era la prohibición de consumo de drogas y otras sustancias.

El director depositó sobre la mesa una bolsa de plástico transparente con un par de filtros de vapeo.

«Mierda», pensé. Yo sabía de quién eran.

—Pienso revisar cada taquilla, cajón y armario de ambas residencias de estudiantes hasta dar con el culpable, ténganlo por seguro. Miraré bajo los colchones si es necesario, pero descubriré quién ha sido y será expulsado automáticamente. —No lo iba a tener tan fácil, pero no sería yo quien le arrebatara la ilusión a Blackwell—. La junta me ha pedido que resuelva el incidente con la mayor discreción y espero que ustedes me ayuden en todo lo que sea necesario. Sin excusas.

Me miró a mí, solo a mí, y me sentí como Hester Prynne en *La letra escarlata*. Si no llevara en la frente las pruebas de que me

encontraba en el interior del Larkin cuando todo ocurrió, Blackwell me habría señalado como única culpable.

La reunión finalizó pocos minutos después y me uní al grupo de profesores que decidieron ir a tomar algo a la pequeña cafetería que había a la entrada de Roxbury. Era un lugar muy pintoresco, con paredes recubiertas de un precioso papel pintado con pequeñas flores blancas, las *mayflowers* de Boston, la flor de Massachusetts. El ambiente era delicioso, el aroma a cruasanes y café me hacía la boca agua y la amabilidad de la dueña siempre me despertaba la sonrisa. Hacían todo tipo de emparedados, incluso rollos de langosta, tan populares entre los profesores.

—Apuesto lo que queráis a que todo este lío de la fiesta es cosa de Jonathan Dreyfus y su grupo de remeros —se aventuró Patty, antes de hincarle el diente a un jugoso sándwich de queso fundido.

—Yo no lo creo —discrepó Jeff—. Los chicos de remo ni fuman ni vapean.

—Eso es lo que nosotros creemos, Holman —le debatió el entrenador Aguilar—. Mira mis chicos del equipo de baloncesto del año pasado. Todos pensábamos que eran muchachos sanos y resultó que tabaco era lo más suave que fumaban.

El pequeño escándalo de las plantas de marihuana escondidas en el invernadero no trascendió más allá de las paredes de Ashford Hall, pero supuso un buen golpe para el orgullo de Blackwell. ¡Drogas en su internado, por el amor de Dios!

—¿Tú qué dices, Nora? —me preguntó Jeff—. ¿Algún sospechoso en mente?

—Ni idea —mentí—, pero, visto lo visto, será quién menos esperemos.

Patty mencionó el nombre de varios alumnos introvertidos y se inventó una vida paralela para ellos, con la que nos hizo reír a carcajadas. En mitad de un relato muy siniestro acerca de las actividades extracurriculares de una alumna de décimo curso, la campanita de la puerta de la cafetería tintineó para anunciar la llegada de dos nuevos clientes. Andrew y Alexandra Ivanova solo nos dedicaron un cabeceo antes de tomar asiento en la mesa más alejada.

—Parece que nuestro señor administrador ha hecho buenas migas con Alexandra —comentó Patty con cierto retintín—. Hacen buena pareja.

—Recuérdame que no vayamos a comer a solas cuando Patty pueda vernos, Nora —se burló Jeff, y yo me reí, divertida—. Solo Dios sabe lo que diría de nosotros.

—Pues diría que sois tal para cual. Guapos, inteligentes, solteros… Me pregunto por qué no estáis juntos ya.

Se me colorearon las mejillas y desvié la mirada de Jeff para encontrarme con la de Andrew, que esperaba en la barra a ser atendido. No parecía contento, a juzgar por su ceño fruncido. ¿Se relajaría en algún momento lo suficiente como para que esa fea arruga entre las cejas desapareciera por completo?

Jeff y el entrenador Aguilar se marcharon un rato después, y Patty lo hizo media hora más tarde. Yo tenía que volver a Ashford Hall a por la bicicleta y pedalear hasta mi apartamento; era obligatoria una visita al cuarto de baño antes de abandonar la cafetería. Cuando salí, Andrew estaba solo en la mesa que había ocupado con la profesora Ivanova.

—¿Un café? —Señaló la silla para que me sentara, pero dudé—. Alexandra ha tenido que marcharse por una cuestión familiar y yo aún no he terminado. —En su plato solo quedaban los restos de un emparedado de pollo—. Siéntate.

—Solo un momento. —La dueña me sirvió una taza de café, que acepté con agrado—. He dejado la bici en el aparcamiento del colegio y tengo que ir a recogerla para volver a casa.

—Yo te llevo, no es problema.

—No, no es necesario, son cinco minutos andando hasta el internado.

—A tu casa, te llevo a tu casa. No vives en el mejor barrio de Boston.

—¿Eso es una crítica, señor Woodward? —Me sorprendió el comentario—. Vivo donde me lo permite el sueldo.

—He visto lo que cobras. Podrías permitirte algo mejor.

Emití un jadeo de indignación y golpeé la mesa con la taza.

—Es de muy mala educación husmear en los expedientes personales de la gente, ¿sabes? Lo que yo cobre no es de tu incumbencia.

—Es mi trabajo, Nora —aclaró, y levantó las manos para defenderse—. Soy yo el que prepara las nóminas del personal.

Cierto, se me había pasado ese detalle.

—Vale, de acuerdo, pero no te da derecho a juzgar dónde o cómo vivo.

—No estoy juzgando nada. La tasa de robos en esa zona del South Boston es muy elevada. Tu portal se abre con un simple empujón y ni siquiera tienes una cerradura de seguridad en el apartamento. No entiendo por qué no alquilas algo mejor.

—Empiezas a sonar como mi madre —murmuré. Andrew levantó una ceja—. No es un mal barrio. Bueno, quizá no es el más seguro de la ciudad, pero todavía estoy pagando el préstamo del último máster y es lo que puedo permitirme. Fin de la historia.

—¿Y por qué no les pides ayuda a tus padres?

Una camarera se acercó a retirar los platos sucios y a rellenar la taza de café de Andrew. En ese mismo instante, su teléfono empezó a sonar, pero él rechazó la llamada y le dio la vuelta para que no se viera la pantalla.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—No has respondido a la pregunta.

—Ya, la pregunta. —Disimulé mi turbación jugueteando con las puntas de una servilletita de papel. Confiaba en que no insistiera, pero este Andrew no era como el chico de hacía catorce años. Este Andrew mostraba interés por todo y no se le escapaba nada—. No quiero pedirles ayuda a mis padres, simplemente. Ellos dejaron claro que tendría su apoyo siempre que estudiara lo que habían dispuesto para mí. No se sienten muy orgullosos de que sea orientadora en un internado, la verdad. Cuando salió el tema las navidades pasadas, terminé bebiendo vino a morro de una botella en la entrada de casa mientras caía la nevada del siglo.

—Sabía que tus padres eran inflexibles, pero no que fueran a retirarte la ayuda económica cuando más la necesitas.

—No me han retirado la ayuda económica, es que me niego a pedirles ni un centavo. Es una cuestión de orgullo —puntualicé—. Prefiero trabajar para pagar mis estudios. Lo he hecho desde que me fui a la universidad. Cafeterías, clases particulares, cuidado de niños… Incluso estuve dos años en un circuito de *karting* en Wrentham.

—¿El de las afueras? —Asentí, y noté un pequeño cambio en su actitud. Su voz no sonó tan impersonal cuando añadió—: Luca lo ha mencionado varias veces desde que nos mudamos a Boston.

—Le van las emociones fuertes, ¿eh?

Andrew resopló con desdén y dio un sorbo al café.

—El sábado de la semana que viene es su cumpleaños y tiene permiso para salir. Mi hermano estará fuera, para variar, y yo no tengo ni idea de qué hacer con un adolescente de dieciséis años. Lo del circuito podría estar bien.

—Es para mayores de dieciocho.

Vi un atisbo de decepción en su rostro que me pareció de lo más conmovedor. Se preocupaba por Luca, quería lo mejor para él. No podía decir lo mismo de su hermano, Hamilton. ¿Qué era tan importante como para largarse el fin de semana del cumpleaños de su hijo?

—¿Le has preguntado qué le apetece hacer? A lo mejor te sorprende.

—Por supuesto que le he preguntado. ¿Quieres saber lo que me respondió?

—¿Quiero saberlo? Por cómo lo dices, no sé si me va a gustar.

—Me dijo que lo llevara a hacerse un tatuaje y a tomar unas cervezas a algún sitio donde no les importase que fuera menor de edad. Solo le faltó pedirme un pase especial en un club de estriptis, con trabajito personalizado incluido.

No pude evitar reírme, había sido gracioso. Andrew se resistió a mostrarse divertido, pero lo estaba, mucho, y sucumbió a la sonrisa al tiempo que llamaba a la camarera para pedir la cuenta.

—No te prometo nada, pero, si me das un segundo, puedo ver qué consigo. —Me mordí el labio mientras buscaba el teléfono en el fondo de la mochila y sus ojos se detuvieron en mi boca. Un

fogonazo de calor me subió por el pecho y me puse en pie de un salto—. Vuelvo enseguida.

Salí a la calle para llamar a Harry, el dueño del *karting*. Era un anciano gruñón que se negaba a jubilarse y ceder el negocio a sus hijos, pero tenía un corazón de oro. Hacía tiempo que no pasaba a verlo y deduje exactamente lo que iba a decirme: me repitió tres veces que tenía la cara muy dura y que no debería hacerme ningún favor porque me había olvidado de él. Pero accedió a mi petición y volví al interior de la cafetería con una sonrisa de oreja a oreja.

—Solucionado. Pregunta por Harry y dile que eres mi amigo. Y no olvides pedir nachos con chili y carne en el bar. Son los mejores del estado.

12

Andrew

9. Las soluciones no caen del cielo,
pero las construimos juntos.
No prometemos varitas mágicas,
pero sí herramientas, ideas y buen talante.
Decálogo de la buena confidente de Nora Clark

Me tomé un respiro después de dos reuniones interminables y de un par de horas de papeleo y llamadas de teléfono. El nudo de mi corbata estaba flojo; las mangas de la camisa, dobladas hasta los codos; y tenía un par de manchas en el pantalón, recuerdo del cuarto o quinto café de la tarde. No veía el momento de marcharme a casa y darme una ducha para destensar los músculos del cuello. La última semana estaba siendo un auténtico infierno, en parte por culpa de la broma de la fiestecita. Nadie había conseguido pistas acerca de quién lo hizo y Blackwell estaba de un humor imposible.

Al otro lado de la ventana, el jardín se acababa de llenar de estudiantes que terminaban la jornada y se dirigían a sus actividades extraescolares de la tarde. Vi a Luca bromear con algunos chicos de remo y me complació que se hubiera integrado tan rápido. El trabajo en equipo le sentaba bien; tener amigos, también.

Estaba deseando ver qué cara ponía el sábado cuando lo llevara al *karting*.

—¿Necesita algo más, señor Woodward? —me preguntó Anabel Williams desde la puerta—. ¿Algún expediente? ¿Otro café? ¿Un poco de compañía, tal vez?

—No, gracias, señora Williams —respondí antes de que se tomara la libertad de acomodarse en el sillón frente a mí—. Puede marcharse a casa, tengo todo lo necesario.

No se mostró muy satisfecha con mi sugerencia, pero tampoco le di importancia. Me interesaba más la mujer rubia que atravesaba el jardín en ese momento, cargada de libros y con cara de haber tenido un día tan estresante como el mío.

Pulsé su número de teléfono en el terminal del despacho y conecté el altavoz mientras la observaba sortear estudiantes.

—Nora Clark al habla —contestó, jadeante. Sujetó el móvil como pudo y los libros le bailotearon entre los brazos hasta caer al césped —. ¡Mierda!

—Mmm, señorita Clark, ¿qué dicen las normas del internado sobre el uso de palabras malsonantes en las instalaciones? —Nora emitió un gruñido de advertencia y la observé agacharse para recoger el estropicio—. ¿Necesitas ayuda? Puedo mandarte a un bedel para que te lleve los libros al despacho.

Levantó la cabeza de golpe y entrecerró los ojos en la distancia. No podía verme, pero sabía cuál era mi ventana.

Me reí en silencio y me acomodé en el sillón para disfrutar de las vistas.

—¿No tienes nada mejor que hacer que espiar a la gente? No sé, a lo mejor podrías…, déjame pensar…, ¿administrar los fondos del colegio, quizá? —Mi carcajada fue sonora e inesperada incluso para mí, y me pareció que ella también reía. Recuperó el último libro y continuó su camino hacia Northbridge Hall—. ¿Qué puedo hacer por ti, Andrew?

—¿La verdad? Me vendría bien que alguien me hiciera la cena.

—Voy a colgar.

Chasqueé la lengua varias veces para advertirle que no lo hiciera. Sabía que volvería a llamarla.

—Necesito un plano de las instalaciones. Tal vez podrías pedírselo a Ezequiel por mí.

—¿Y por qué no se lo pides tú?

—Porque me lo debes. Eres una guía muy incompetente que no ha terminado su trabajo. Hoy me he pasado veinte minutos para encontrar el despacho del coordinador de transporte.

—Pensé que me habías sustituido por la profesora Ivanova. —¿Reproche o indirecta? Me gustaba ese juego—. ¿Qué ha pasado?

¿No te hace caso? Pobre señor Woodward.

—Dijiste que terminaríamos la visita en otro momento, y sigo esperando. Me tomo muy en serio los compromisos de trabajo.

—Y yo, por eso no tengo tiempo para ser tu cicerone particular.

—*Touché!* —Nora murmuró algo al otro lado de la línea y oí un portazo junto a una maldición—. Ahora en serio, solo llamaba para darte las gracias por el plan para el cumpleaños de Luca. Sé que le va a gustar.

—Seguro que sí. Y no me des las gracias, me debes una.

—Está bien. Cena conmigo entonces —le propuse sin pensar—. Tengo una reunión con la junta en diez minutos, pero no durará mucho. Te recojo en tu despacho en cuanto acabe.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea y me arrepentí de haber sido tan efusivo. Cerré los ojos y me presioné el puente de la nariz mientras rezaba para que ella tuviera más sensatez que yo y rechazara mi absurdo plan.

—Yo… Susan me ha pedido que le eche una mano con un par de casos importantes y aún tengo que repasar las entrevistas de hoy. Estaré aquí un buen rato y no creo que…

—No importa, no ha sido una buena idea. Tengo que dejarte. Ya hablaremos en otro momento.

Colgué sin darle la oportunidad de añadir nada más, y maldije por lo gilipollas que era cuando de ella se trataba. La había invitado a cenar, casi al mismo tiempo deseé que se negara y ahora estaba jodido por su negativa. ¿Se podía se ser más irracional? ¿Qué demonios me ocurría? ¿Desde cuándo me afectaban estas cosas? ¿Desde cuándo me interesaban las estadísticas de peligrosidad de un barrio, el salario medio de una orientadora escolar o las consecuencias de un golpe en la cabeza? ¡No me importaba la vida de Nora!

O sí, pero no hasta el punto de sentirme desplazado. Joder, el lunes después de la reunión, cuando se marchó con Holman, Yang y el entrenador de baloncesto, fue como si me diera una patada en el culo. Yo… Yo quería saber cómo había pasado el fin de semana, quería ver si el chichón tenía buen aspecto, si le había dolido la

cabeza, si tenía más sueño de lo normal. No quise llamarla para no molestar, pero estaba preocupado. ¡Cualquiera lo hubiera estado!

Y luego, en la cafetería, ¿qué fue lo que dijo Patty Yang? ¿Jeff y Nora, tal para cual? ¡Por favor! ¡Eran como el agua y el aceite!

—Señor Woodward. —La voz de Anabel Williams me devolvió al despacho—. Le recuerdo que la reunión de la junta es a las…

—¿No le he dicho que se fuera a casa? —pregunté con demasiada rudeza. Anabel se llevó las manos al pecho, espantada. Solo llevaba una semana siendo mi asistente y no estaba acostumbrada a mis salidas de tono—. Disculpe, no quería ser descortés. Gracias por avisarme. ¿Podría hacerme un favor antes de marcharse?

—¡Por supuesto!

Saqué un panfleto de comida para llevar del cajón de mi mesa y se lo acerqué. Ella lo miró como si le estuviera entregando la fórmula de la bomba atómica.

Y volví a hacerlo, me saqué de la manga otra de esas ideas sin sentido que salían de alguna parte de mi cabeza de la que no tenía control alguno.

—Elija algo para cenar y haga que se lo lleven a la señorita Clark a su despacho. Y que no se le olvide el postre.

—¿A… a la señorita Clark?

—Sí, y pida algo para usted, así no tendrá que preparar la cena esta noche.

—Gracias, es usted… muy considerado. ¿Sabe exactamente qué tipo de comida le gusta a la señorita Clark? —preguntó con el ceño fruncido.

—Ni idea, cualquier cosa que elija estará bien. Y el postre que lleve chocolate. —Le di un billete de cincuenta pavos para que pagara al mensajero y le ofrecí mi mejor sonrisa de disculpa por pedirle un favor así—. Gracias, Anabel.

No sé qué le hizo más ilusión, que la llamara por su nombre o que le rozara el brazo para acompañarla fuera del despacho.

El encanto Woodward nunca fallaba.

…

A las once de la noche, cuando finalizó la reunión de la junta, de lo último que tenía ganas era de tomarme una copa con Richard Dreyfus en ese club tan exquisito del que era propietario. Las conversaciones con Richard me provocaban acidez. Su alarde de buen ojo y de visión de futuro era tan desmedido e irreal como una película de ciencia ficción, y no podía olvidar que, por su culpa, yo me encontraba administrando los fondos de un internado en lugar de gestionar cuentas millonarias para clientes que no amenazaban a nuestra empresa con dejarnos con el culo al aire.

Decliné su ofrecimiento y se rio de mi incapacidad para divertirme.

Era un completo gilipollas.

Y luego estaba Caroline Frederickson, otro dolor de muelas. Me había opuesto a su idea de renovar la decoración de las salas de estudio, era innecesario. Tampoco recibió mi apoyo cuando propuso abrir las puertas del internado a una cadena de televisión para su nuevo *reality*. Por mucho dinero que fueran a pagar, la intimidad de los estudiantes era primordial. Richard estuvo de acuerdo conmigo y el resto de los miembros votó en contra de la propuesta.

El rechazo le sentó como una bofetada y abandonó la reunión con una amenaza velada en los ojos.

Me había ganado una enemiga a la que no perder de vista.

Con ese humor funesto y con una contractura cervical en ciernes por culpa del estrés accedí al despacho para recoger mis cosas y largarme a casa. Necesitaba un analgésico y quizá una copa de ese *whisky* de etiqueta negra que me había regalado Hamilton por hacerme cargo de Luca.

«Gilipollas», pensé. Mi hermano también era un gilipollas.

Amontoné un par de carpetillas en la mesa y, cuando me disponía a cerrar el portátil, los vi. Unos simples papeles de cuadros arrancados de una libreta y doblados con pulcritud sobre el teclado. Los desplegué con cuidado y mi carcajada sacudió la serenidad de la noche.

Eran planos manuscritos con anotaciones, flechas y dibujitos muy representativos. Eran los planos de Northbridge Hall.

«Ezequiel no es el único que puede ayudarte. Gracias por la cena», rezaba la nota.

Y mi humor mejoró.

13

Nora

El personal psicológico y de orientación
está obligado a conservar la confidencialidad
de toda información sensible relativa a
estudiantes, familias y otros miembros de la institución.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición III, art. 2

Después de decidir que Anton Conrad tendría que ir al logopeda si quería superar sus problemas de tartamudeo, redacté un par de notas al respecto en el expediente y dejé el caso a un lado para devolvérselo a Susan, que lo esperaba para citar a los padres del chico.

Pero antes, tenía otro asunto que resolver del que quería ocuparme personalmente.

—¡Adelante! —ordené al oír los suaves golpes en la puerta.

Ezequiel se quitó la gorra del uniforme, como siempre que se dirigía al personal del internado, y señaló el pasillo.

—La he traído, como me ha pedido, señorita Clark. Justo a la hora.

—Bien, gracias. Yo le prepararé la nota para disculpar la falta a clase, no te preocupes, Ezequiel.

El bedel realizó un gesto con la cabeza para indicar a Maya Dreyfus que entrara en el despacho y cerró la puerta con cuidado.

—Siéntate.

Me tomé mi tiempo para teclear cuatro tonterías en el ordenador y crear más expectación de la habitual. Quería que se pusiera nerviosa, que se impacientara.

—¿Señorita Clark? —Maya se removió en la silla—. Tengo clase de mates dentro de cinco minutos.

—Lo sé, Maya. —Cerré el portátil, crucé los dedos a la altura del mentón y la observé con detenimiento—. Dime dónde estabas la noche de la fiesta.

—¿Yo? En mi cuarto. ¿Por qué?

—Preferiría que me dijeras la verdad, me facilitarías mucho las cosas.

—¡Es la verdad! —se exaltó—. Odio esas fiestas.

—¿Y por eso hiciste saltar los sistemas antiincendios?

—¿Qué? —Se puso en pie de un salto y casi tiró la silla—. ¡Yo no fui! ¡Se lo juro!

—Maya… —Chasqueé la lengua con disgusto y saqué del cajón las fotos que había tomado a los filtros sin que nadie se diera cuenta —. Encontraron esto dentro de la caseta de fusibles. Son filtros de vapeador, ¿los reconoces?

—¡No son míos! —gritó de inmediato, pero ni siquiera los miró.

—Sí son tuyos, Maya. Solo tú vapeas con este tipo de filtro. —Mantuve la calma y le di tiempo para que asimilara que la había pillado. Se mordisqueó las uñas, estaba pálida, echaba miraditas a las fotos y a mí, como si buscara una excusa creíble antes de desmoronarse. Cuando volvió a tomar asiento, bajó la cabeza y suspiró—. ¿Por qué lo hiciste?

Unos golpes apresurados en la puerta nos interrumpieron y Luca Woodward entró en el despacho como un tren sin frenos. Su respiración fatigada me dijo que había venido corriendo y, por la forma en que miraba a Maya, el motivo era ella.

—Fuera, Luca. Ahora. Hablaremos cuando termine con la señorita Dreyfus.

—Fui yo. Yo lo hice. Maya no tuvo nada que ver.

—¡Luca, no! —le advirtió la chica—. Esto no es cosa tuya.

—Sí lo es. Fui yo, señorita Clark —repitió—. Yo activé los rociadores.

Me masajeé los ojos, las sienes y el cuello en un mismo movimiento fluido destinado a rebajar la tensión. No estaba entendiendo nada. Yo oí a Luca por la ventana del cuarto de baño, iba con una chica, hablaban de…

—¿Os habéis acostado? —pregunté de golpe.

—¡No! —exclamaron al unísono.

—¿A qué viene esa pregunta? —se horrorizó Luca—. ¿Me ha visto cara de acostarme con cualquiera? —Maya abrió la boca para protestar, pero terminó cerrándola y bajando la mirada al regazo—. Solo he venido a decirle que fui yo el que lo hizo. Ella no tuvo nada que ver.

—Luca… Sabe que estuve allí, se me cayeron los filtros sin darme cuenta.

—¿Que se te cayeron los…? ¡Venga ya, Maya! ¡No me jodas! —Se llevó las manos a la nuca y se paseó arriba y abajo por el reducido espacio del despacho. Se parecía tanto a Andrew…—. Esos filtros podrían ser de cualquiera. ¿No le habrás dicho que eran tuyos?

—Eran suyos —le aseguré—. La señorita Dreyfus y yo ya habíamos hablado de lo exclusivos que son.

—¿Cómo de exclusivos? —insistió Luca, desesperado—. Por si no se ha dado cuenta, este sitio es un nido de exclusividades a cuál de todas más extraña y difícil de conseguir.

—Ya basta, Luca. Siéntate.

Mi orden lo hizo reaccionar con un suspiro y se repantingó en la silla junto a Maya. Ella lo miraba de soslayo mientras él evitaba el contacto visual con cualquiera de las dos.

—La situación es la siguiente: hicisteis algo muy grave que podría haber sido fatal para muchos de vuestros compañeros. —No exageré ni un poquito, pero a Luca le hizo gracia y se sopló el mechón de pelo que le caía sobre un ojo—. ¿Te ríes? ¿No me crees?

Extraje una carpeta de un cajón, la abrí con un manotazo sobre la mesa y señalé un artículo de los muchos que había recopilado en los últimos días.

—24 julio de 2010: veintiuna personas murieron durante una estampida humana en el festival de música tecno LoveParade, en Duisburgo, Alemania. —Pasé la hoja con otro golpe de la mano que los hizo parpadear—. 1 de noviembre de 2012: cinco chicas murieron tras una avalancha humana en Madrid, España, durante una fiesta de Halloween. —Otra página, otro golpe más fuerte—. 16 de junio de 2018: dieciocho personas fallecieron, la mayoría

menores de edad, como consecuencia de la estampida en una fiesta de fin de año escolar en Caracas, Venezuela. ¿Quieres que siga, Luca? ¿Te parece ya lo bastante serio como para prestar un poquito de atención?

Tragó saliva con dificultad y asintió. Maya tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Veis lo que me pasó a mí? —Me toqué la frente. El chichón había desaparecido, pero el morado aún persistía—. Imaginad que me golpeo más fuerte, imaginad que nadie ve nada y me pisan, imaginad que alguien se cae porque yo no puedo levantarme, y luego otra persona cae también, y otra, y otra. Imaginad que yo, que estoy abajo del todo, no puedo respirar porque tengo a dos, cinco, diez personas encima… Ahora imaginad que es cualquiera de vuestros amigos, o tu hermano, Maya, o tu tío, Luca. ¿Captáis por dónde voy? —Ninguno de los dos se movió. Las lágrimas de Maya caían por sus mejillas sin contención—. Lo que hicisteis podría haber sido fatal, así que espero que al menos tuvierais un motivo para hacer una estupidez tan grande. ¡Hablad!

—S-solo fue… una broma —balbució Maya—. S-solo una broma.

—Solo una broma, claro. —Miré a Luca, que seguía callado como una tumba—. ¿Tú no tienes nada que decir?

—Yo…

—Os oí hablar y pensé que estabais… liados o algo así. Reconocí tu voz, Luca. La tuya no, Maya, por eso no he atado cabos hasta hace unos minutos. —Volví a frotarme el cuello con los ojos cerrados antes de continuar—. No sé qué tipo de mierdas tenéis entre los dos ni a qué vienen esos piques ni esas tonterías, pero ya está bien. Se acabó. Vais a ir a hablar con el director Blackwell, vais a arrastraros a sus pies para que no os expulse y acataréis el castigo que os imponga sin rechistar.

—Pero se lo dirá a nuestros padres —dedujo Maya, más pálida aún.

—Desde luego que sí. Creo que a tu padre le hará mucha ilusión saber a qué se dedica su hija en el tiempo libre —ironicé, y me fijé en Luca—. A tu tío le va a encantar, ¿verdad?

El chico se enderezó en la silla y se aclaró la garganta varias veces.

—¿Podemos hacer un trato, señorita Clark? —Me crucé de brazos—. Yo… Yo sé que lo que hicimos no estuvo bien. Lo sé, y Maya también. Pero si se lo contamos al director Blackwell nos echará, al menos a mí, y no pueden echarme. Le prometí al tío Andy que no habría ningún altercado después de lo que pasó en clase de pintura y…

—Eso tendrías que haberlo pensado antes, ¿no te parece?

—¡Yo lo desafié! —soltó Maya, llorosa—. Le dije que no me creía lo que había hecho en otros colegios, que era un fanfarrón…

—¡No es verdad! ¡Joder, Maya! Fui yo quien la desafió a ella, yo me haré cargo…

—¡Basta! Me da igual quién desafió a quién. Ambos sois culpables y la solución que planteáis no es ni de lejos un escarmiento. Además, ¿piensas que confesar delante de tu tío te va a librar de Blackwell?

—Él no dejará que me expulsen.

Puse los ojos en blanco ante semejante seguridad.

—Y, aunque así fuera, ¿qué pasará si Blackwell culpa a otro compañero? ¿Dejareis que otros carguen con las consecuencias de vuestros actos?

—Yo lo arreglaré, señorita Clark —decretó Luca—. Se lo prometo. Confíe en mí.

Hemingway decía que la mejor manera de saber si podías confiar en alguien era confiando, y no sabía por qué, pero creí en la palabra del chico.

Luca Woodward se había convertido en mi debilidad.

14

Andrew

Artículo 51: Derecho a la defensa.
Todo estudiante tendrá derecho a ser escuchado
y a presentar su versión de los hechos
antes de recibir cualquier sanción formal.
Reglamento de estudiantes de Ashford Hall.
Capítulo X: Régimen disciplinario

—¿De verdad tengo que continuar en el equipo?

—¿De verdad es tan terrible como pretendes hacerme creer? —contraataqué mientras esperábamos la llegada de Harry, el dueño del *karting*—. Te he visto en el entrenamiento del lago. Te gusta, no lo niegues.

Luca hizo una mueca y se sopló el mechón de pelo oscuro que le caía por la frente.

—El entrenador dice que se me da bien —comentó, avergonzado—. Dice que me faltan horas de gimnasio y que mis brazos son dos fideos cocidos, pero que tengo buena pose y podría llegar lejos.

—Pues ya sabes, entrenamiento a tope.

—Sí, Jonathan me ha pasado un programa de ejercicios para principiantes. A él le sirvió mucho.

—No me gusta Jonathan Dreyfus —gruñí—. No es trigo limpio.

—Es un capullo, pero buen capitán. Sabe motivar al equipo —lo defendió—. Además, el entrenador confía en él y los chicos le siguen el rollo porque es quien decidirá el equipo titular para la competición contra Rashmore. Se rumorea que quien gane tendrá la oportunidad de enfrentarse a Harvard en un amistoso.

La junta se estaba encargando de gestionar ese tema. Richard Dreyfus intentaba comprar el acceso de su hijo a la Facultad de

Derecho con diferentes estrategias, que incluían un buen desembolso de dinero para el deporte estrella de la institución.

—Entonces, esto significa que te gusta el remo, ¿no? —determiné con una sonrisa socarrona.

—Aunque me fastidie admitirlo, sí, creo que podría ser bueno en remo.

—Yo también lo creo. —Le revolví el pelo justo antes de que un anciano canoso de barriga prominente se detuviera delante de nosotros—. Usted debe de ser Harry. Soy Andrew Woodward, el amigo de Nora.

El viejo ni siquiera correspondió a mi saludo. Nos repasó de arriba abajo, chasqueó la lengua y levantó el torno de acceso para que pasáramos al circuito.

Diez minutos más tarde, Luca se encajó el casco, emitió un grito de júbilo y salió disparado en su *kart* por una pista que parecía un enredo de curvas inverosímiles.

Sonreí satisfecho y pensé en Nora. Era imposible no hacerlo.

...

Los nachos con chili y carne, especialidad de la casa, fueron un completo acierto. Luca estaba revolucionado, no dejó de hablar desde que terminó el circuito, y como había ganado la carrera al resto de los conductores, le habían regalado puntos extra para una nueva competición.

—La segunda vez, en la curva trece, debería haber reducido la velocidad al mínimo, pero el tío del coche azul me ha pillado el truco y, al ir por el exterior, o aceleraba, o me ganaba terreno. Y, ¡pam!, ¡ha funcionado! Soy un puto *crack* de… ¿Tío Andy? ¿Me estás oyendo?

—Sí, sí, la curva trece —dije con la vista puesta en el muro de ganadores de los últimos veinticinco años. La plaquita de latón del 2009 llevaba el nombre de Nora. La del 2010, también—. A mí me han sacado de pista en la tercera vuelta.

—Porque ibas a paso de tortuga, tío. —Luca se dio cuenta de que estaba distraído y no tardó en averiguar por qué—. Podrías

haberla invitado a venir.

—¿A quién? —Sacudí la cabeza y di un bocado a la hamburguesa.

—A la señorita Clark.

Me atraganté.

—¿Por qué?

Luca sonrió como si supiera algo que yo desconocía.

—Joder, tío Andy, no creo que tenga que explicártelo, ¿no? —Levanté una ceja—. Le has dicho al viejo de la puerta que eras su amigo, me han dejado conducir gracias a ella y su nombre está ahí y no has parado de mirarlo. Está claro que estamos aquí porque la señorita Clark lo arregló. No me hubiera importado que viniera.

—La señorita Clark y yo no somos nada —me defendí sin motivo, y Luca se rio—. Solo es una vieja conocida de hace años.

—Sí, y yo soy un santurrón a punto de encomendarse a Dios, no te jode. Es simpática, me cae bien y está buena. No sé qué problema le ves. A mí me parece perfecta.

Y lo era, pero no para mí. Era demasiado cálida, muy emocional y algo me decía que se entregaba por completo en cuestión de sentimientos. Además, teníamos un pasado, y no podía dejar de verla como aquella mocosa respondona que me sacaba la lengua.

«Mentiroso».

—¿Y tú qué? ¿Alguna chica a la vista? El séquito de admiradoras del equipo de remo es impresionante.

Luca sorbió su refresco con la pajita, incómodo.

—No me interesan.

—¿Ninguna? —me extrañé.

—Ninguna. —Lo dudé y él lo percibió en mi expresión—. Bueno, sí hay una chica, pero no tengo posibilidades, así que mejor centrarme en lo importante.

—¿Y quién es? Si puede saberse.

—Nadie.

—Alguien es. ¿Cómo se llama? —lo presioné.

—¿Podemos dejar el tema? Si tú no quieres hablar de la señorita Clark…

—La señorita Clark y yo no…

—¡Oh, venga, tío Andy! Medio internado te vio sacarla en brazos del Larkin la noche de la fiesta.

—Porque estaba herida y descalza. Podrían haberla aplastado.

—No fue para tanto —murmuró.

—Sí lo fue, Luca —dije, muy serio. No me gustó que le quitara importancia a la situación—. Fue un incidente muy grave. Por cierto, ¿dónde te metiste? Tu nombre no estaba en la lista de asistentes.

—Me quedé en la habitación. Estaba castigado, ¿recuerdas?

—No me jodas, Luca. Te levanté el castigo unos días antes, tus amigos dijeron que estabas por allí.

—Esos dirían cualquier cosa, no tienen ni idea. Además, no son tan amigos.

De pronto, un mal presentimiento me pellizcó el estómago. La mirada esquiva y el rictus de sus labios me puso alerta.

—¿Luca? ¿Dónde estabas la noche de la fiesta? —Centró toda la atención en el kétchup que quedaba en el plato y lo removió con una patata, que no se comió—. ¿Luca?

Lo supe. Antes de que abriera la boca y comenzaran las excusas, lo supe, y la ira barrió todo lo bueno que habíamos compartido aquella tarde.

15

Nora

2. Los secretos aquí se guardan mejor que en una caja fuerte. Lo que digas en este espacio, se queda en este espacio. Palabra de orientadora.
Decálogo de la buena confidente de Nora Clark

El temporizador del horno emitió un par de pitidos para anunciar que mi pastel de patata congelado estaba listo. Había salido a correr un par de millas, la ducha me había sentado de lujo, tenía una tarrina de helado en el congelador y acababa de empezar *Destino final* en la tele. Era un plan genial para la noche del sábado, mucho mejor que quedar con Susan, su nuevo ligue y el amigo intelectual que me quería endosar.

Sin embargo, no había dejado de mirar el móvil en toda la tarde, y a pesar de ser casi las diez, volví a echarle un vistazo por si Andrew me hubiera mandado un mensaje. No creía que fuera a hacerlo, no tenía motivos para tenerme al tanto, pero me moría de ganas de saber cómo les había ido en el *karting*.

Luca no se merecía lo que Andrew estaba haciendo por él después de la que había liado en la fiesta. De haber sabido antes que tenía parte de responsabilidad, no le hubiera sugerido a Andrew un plan tan divertido. Él tampoco habría organizado nada de haberlo sabido.

Unos golpes en la puerta impidieron que me llevara el primer bocado de la lasaña a la boca. No esperaba a nadie, pero mi casera, que odiaba a cualquier animal de compañía, a veces se pasaba por el apartamento para asegurarse de que no escondía un gato bajo la cama.

No fueron la bata de flores y los exagerados labios pintados de rojo de la señora Teller lo que encontré al abrir.

—¡Andrew! ¿Qué haces aquí? —Me mantuve pegada a la puerta sin saber muy bien cómo actuar. Llevaba un pijama andrajoso, el pelo húmedo y mis zapatillas de andar por casa eran de dibujitos chinos. ¡Un horror!

—¿Puedo entrar?

—Bueno, sí, claro, adelante.

Le cedí el paso con un gesto de la mano y cerré la puerta despacio. Verlo sin traje, con vaqueros, jersey y una de esas chaquetas de cuero muy parecidas a las que utilizaba a los veinte, me causó tal impresión que durante algunos parpadeos no conseguí hilar un solo pensamiento coherente, salvo lo bien que le sentaban los pantalones a su trasero.

—Este apartamento es…

—Un asco, ya lo sé, no hace falta que lo repitas cada vez que vienes. —Andrew miró el plato de lasaña sobre la mesilla de café y luego la pantalla de mi pequeño televisor *vintage*. Me irritó un poco su escrutinio—. ¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Dónde está Luca?

—En casa —respondió, al tiempo que tiraba de la cadenita de la lámpara de pie junto al sofá. No funcionaba, estaba rota.

—¿El cumpleaños no ha ido bien?

—No, no, el cumpleaños ha ido de puta madre, Nora. ¿Los *karts*? ¡Un diez! ¿La cena? ¡Otro diez! —Su tono fue aumentando en ironía; su ceño, más fruncido—. ¿Cuándo pensabas contarme que fue Luca quien provocó el desastre en la fiesta?

«Mierda».

—Andrew, puedo…

—Has permitido que lo lleve a celebrar su cumpleaños cuando lo que realmente debería haber hecho es devolvérselo a su madre en Nueva York con una nota de no retorno.

—Le di un ultimátum, tenía que contártelo antes del lunes…

—¿Un ultimátum? —repitió, muy alterado—. ¡Debiste contármelo nada más saberlo! Es un maldito adolescente cabeza hueca al que no se le ocurre nada bueno, ¿y tú le das un ultimátum? Tu obligación era decírmelo. No te corresponde tomar la decisión de qué hacer con un alumno después de una falta así.

—Sé muy bien cuáles son mis obligaciones, Andrew. No hace falta que seas condescendiente. —«Ni tan idiota, ya puestos»—. Había muchas formas de abordar el asunto y creo que fue la correcta.

—¿La correcta? ¡Eres la orientadora, joder! —gritó, y puse los brazos en jarras para plantarle cara—. Tu trabajo era…

—¡Ya sé cuál es mi maldito trabajo! —exclamé, indignada—. Mi trabajo era dar parte a Blackwell, y no lo hice porque, en el fondo, confío en Luca, algo que no puede decirse de ti.

—No te pases, Nora —me advirtió—. Hay una línea muy fina entre…

—¿Entre qué? ¿Entre que seamos conocidos y que seas mi superior? ¿Entre que sea sincera y que te ofenda la verdad? O a lo mejor te refieres a esa línea que separa mi profesionalidad de lo personal. ¿Qué línea no debo cruzar, Andrew? ¿Cuántas líneas has cruzado tú viniendo aquí esta noche?

Reaccionó como si lo hubiera abofeteado y vi una pizca de arrepentimiento en sus ojos. Pero Andrew Woodward era un hombre orgulloso, controlaba muy bien sus emociones delante de los demás y se recompuso rápido, preparado para atacar de nuevo. Lo que no sabía era que me había pasado la vida tratando con personas como él: mis padres, mis hermanos… Era una experta en detectar cuándo se avecinaba tormenta eléctrica.

—Cuando Blackwell lo sepa, irá a por ti por encubrirlo. Pones tu empleo en peligro cada maldito día, Nora.

—Sí, soy así de estúpida. El bienestar de mis estudiantes está por encima del mío, pero esto es algo que no espero que entiendas. —Un músculo le palpitó en la mandíbula al encajar mi comentario—. Luca vino a hablar conmigo, era confidencial. Asumió su culpa y yo decidí lo que debía hacer. Mi decisión, mi problema. ¿Quieres decirle a Blackwell que lo sabía antes que nadie y no dije nada? Adelante, no seré yo quien te lo impida, pero no vengas a mi casa a echarme un sermón como si mi forma de proceder fuera responsabilidad tuya. Y por mi empleo no te preocupes, estoy un poco harta de andar de puntillas por el maldito Ashford Hall.

—¡Eres… eres…! ¡Joder, Nora! —Se llevó las manos a la nuca y dio varias vueltas por el salón mirando al techo—. ¡No quiero que pierdas el trabajo por salvarle el culo a Luca! Ni que Blackwell tenga más motivos para echarte. Necesito que mi sobrino asuma las consecuencias de sus acciones, y eso no pasará si tú vas detrás salvándole el culo.

—Asumirá lo que le corresponda, yo no le he salvado nada. Solo le he dado tiempo y la posibilidad de hacer las cosas a su manera y no a la manera de un sistema arcaico que solo entiende de castigos —le expliqué, alterada—. Habrá consecuencias, ¡claro que las habrá! Y él lo sabe, Andrew. Sean justas o injustas, él sabe lo que le espera.

—¿Justas o injustas? ¿No te parece que lo que hizo debe tener un castigo ejemplar?

—Creo que es el momento de que te marches.

—No me has respondido.

—No voy a hacerlo. Se acabó la visita.

Me dirigí a la puerta, pero al pasar por su lado me sujetó de la muñeca y todo mi cuerpo sufrió una sacudida. Mis ojos se posaron en el punto donde sus dedos rozaban mi piel con suavidad. No era un agarre brusco, fue como una caricia, una muy intensa que irradió calor por todo el brazo.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —Negué y aparté la mirada—. Nora… Dímelo.

Ya no había rastro de reproche ni de hostilidad en su voz. Sonó a súplica, a necesidad, a desesperación. Incluso a disculpa. Los dos habíamos dicho cosas que sobrepasaban los límites de lo que éramos en realidad.

—No fue Luca —musité. No iba a delatar a Maya, y menos después de ver el pánico que le produjo la posibilidad de que se enterara su padre, pero tampoco podía dejar que la imagen de Luca quedara más manchada todavía a ojos de Andrew—. Fue… otra persona.

—¿Quién?

—No puedo decírtelo. Lo que me cuentan los alumnos es entre ellos y yo.

Resopló, contrariado, y se acercó un paso más a mí.

«Demasiado cerca», pensé.

—¿Y cómo sabes que dice la verdad? —Levanté una ceja—. Vale, sí, es tu trabajo saberlo. Joder, ¿por qué no me lo ha dicho él? —Negó un par de veces y se frotó la cara con las manos—. ¿Por qué cojones se carga con los problemas de otros? ¿No tiene bastante con los suyos?

—Se llama amistad, fidelidad, compromiso, amor tal vez…

—¿Amor? ¿Esto es por una chica?

—No voy a decirte nada más. Ahora, si me disculpas, me gustaría cenar tranquila.

Observó el lamentable estado de mi pastel de patata sobre la mesita con preocupación y me sobrevino un aluvión de vergüenza. Lo habría empujado hacia la puerta si hubiera podido sacarlo de allí. No quería que me juzgara ni que sintiera lástima. Me gustaba mi vida sencilla y me importaba un bledo lo que Andrew opinara. O casi.

—Tu cena está fría y tiene un aspecto asqueroso.

—Es una suerte para ti que sea yo la que va a comérsela. Vete.

—Pide una *pizza*, Nora. Yo invito, por las molestias. —Sacó un par de billetes de la cartera y los dejó sobre la mesilla de café.

No podía creer que hubiera hecho eso.

—Coge tu maldito dinero y sal de mi casa ya, Andrew —mascullé con los dientes apretados. Recogí los cuarenta dólares y se los estampé en el pecho—. Cuando creía que no podías ser más capullo, vas y te superas. Y, en realidad, no sé por qué coño me sorprende. Siempre fuiste un imbécil prepotente.

—Y tú sigues parloteando como una niña tonta. Pero está bien, si tu orgullo no te permite aceptar la ayuda de nadie…

—Ni se te ocurra ir por ahí. —Lo señalé con un dedo y me alegré de que, por una vez, cerrara la boca—. No somos amigos, no somos compañeros de trabajo. Tú eres el administrador de Ashford Hall y yo soy una simple orientadora de estudiantes, lo que quiere decir que eres mi superior. La próxima vez que no te parezca correcto lo que hago, quéjate a Susan, a Blackwell o a la junta, pero no te presentes en mi casa y te creas con derecho a sermonearme.

Tampoco utilices lo poco que sabes de mí para sentirte mejor contigo mismo. Es muy ruin. Ahora, si no te importa —le abrí la puerta y lo invité a salir—, me gustaría disfrutar de mi cena fría y de mi sábado noche. Sola.

—Maldita sea, Nora, no me creo con derecho a…

—Buenas noches, Andrew.

16

Andrew

La institución podrá dar por terminada la relación laboral con la empleada, con o sin causa, a su entera discreción.
Contrato de trabajo de Eleonora Clark.
Apartado 11, punto 3

Lawrence Blackwell expulsó a Luca durante una semana después de un largo sermón acerca de los valores del internado y del compromiso que los alumnos adquirían desde que ponían un pie en Ashford Hall. Me mantuve en mi papel de administrador junto al director durante toda la reunión, porque el de padre ya estaba ocupado. Hamilton confirmó su asistencia en el último minuto y, pese a las miradas de súplica de mi sobrino, no pude hacer nada por evitarlo.

No obstante, no sé qué fue más decepcionante en aquel despacho: las ínfulas de progenitor cabreado y preocupado por la educación de su hijo de mi hermano o la prisa de Blackwell por resolver la cuestión a golpe de talonario. Cuando Hamilton extendió aquel cheque de cincuenta mil dólares sobre el escritorio, sentí cómo el corazón de Luca se rompía un poco más. No hubo conversación padre-hijo, no hubo reprimenda, no hubo amenazas ni advertencias. Hamilton decretó que Luca pasaría la semana con su madre en Nueva York y lo mandó a recoger sus cosas a la residencia.

—Me sorprende que no seas capaz de encargarte de algo así tú solo, Andrew —me recriminó de camino al coche que lo esperaba para llevarlo de regreso a su despacho—. Ya deberías saber que lo único que importa en estos colegios es el dinero. ¿O lo has olvidado?

—¿Y tu hijo? ¿Él te importa algo o con extender un cheque crees que vas a mantenerlo feliz de por vida? Ni siquiera lo has mirado.

—No eres el más indicado para darme lecciones sobre cómo tratar a mi hijo —soltó con total tranquilidad—. Al parecer, a ti no se te da mucho mejor que a mí, vistos los recientes acontecimientos. El chico necesita mano dura y, si aquí no la tiene, quizá no sea tan mala idea considerar la opción que sugirió papá.

—¿La academia militar? —Me reí sin humor y me pasé las manos por el pelo mientras él hacía caso omiso a mi reacción—. Esto es increíble. No vas a mandarlo a la academia militar. ¡Es un niño!

—Tiene dieciséis años, Andrew, deja de protegerlo. He hablado con Daphne esta mañana y está de acuerdo. Si no hay una mejoría en la actitud de Luca, iniciaremos los trámites para que termine undécimo en la academia Franklin y el año que viene comience en West Point.

—¡Pero es que ya ha habido una mejoría en la actitud de Luca! —me exalté, y llamé la atención de varios estudiantes que se dirigían a Northbridge Hall—. Está en el equipo de remo, es bueno y tiene posibilidades de formar parte del equipo titular para las competiciones estatales. Sus profesores están contentos con los resultados de las primeras pruebas. Se está adaptando, está haciendo amigos…

—Basta, Andrew. —Hamilton se detuvo a pocos pasos del chófer, que ya le abría la puerta de la limusina, y escondió las manos en los bolsillos. Era la viva imagen de nuestro padre, todo tranquilidad y carisma—. Acabo de desembolsar cincuenta mil dólares para que ese idiota de director no expulse a mi hijo de este sitio. Mi exmujer ha puesto el grito en el cielo por tener que hacerse cargo de Luca de manera inesperada durante una semana y me he perdido una reunión de accionistas que me va a costar varios millones de dólares. No tengo tiempo para oír los logros de mi hijo ni para soportar tus quejas. Dijiste que te harías cargo del chico, y no lo estás cumpliendo. Tampoco es que me sorprenda, teniendo en cuenta que eres igual que él, pero al menos ten la dignidad de reconocerlo y de hacerte a un lado para que los mayores podamos arreglar lo que rompéis los niños. —Miró el reloj de su muñeca con una ceja levantada y se tiró de la manga con solemnidad. Ya estaba todo dicho—. Un coche recogerá a Luca para llevarlo al aeropuerto

esta tarde. Disfruta de tu semana libre de responsabilidades, hermano.

Se me atascaron las palabras en la garganta, como solía ocurrirme cuando me enfrentaba a él o a mi padre. Su prepotencia me anulaba, su seguridad me desestabilizaba y mi mente se quedaba en blanco. En lo único que podía pensar era en hacerle un corte de manga, en estrellarle el puño en la nariz, en maldecir y gritar como cuando tenía la edad de Luca.

Pero yo ya no era aquel muchacho frustrado. Era un hombre de éxito que no necesitaba la aprobación de su familia para continuar adelante por el camino que yo mismo me había construido.

En eso era igual que Nora.

«Nora».

Durante la semana posterior a mi desafortunada visita al apartamento, intenté hablar con ella varias veces —necesitaba desahogarme, sabía que me entendería—, pero no me cogió el teléfono, no respondió a mis mensajes, no accedió a ninguno de mis sobornos de café con extra de azúcar y se negaba a hablarme cuando la interceptaba en mitad del jardín. «Lo siento, estoy muy ocupada» se había convertido en su frase estrella. Odiaba cómo sonaba y cómo salía huyendo cuando la pronunciaba.

Fue a lo largo de esa semana cuando decidí recuperar el contacto con Brandon. Ni siquiera recordaba la última vez que hablé con él, y aunque Nora me había hecho un resumen bastante ilustrativo de su vida actual, me alegró comprobar que seguía siendo el mismo Brandon Clark que cambió mi vida.

—¡Andrew Woodward! Joder, aún no me creo que esté hablando contigo. ¿Qué es de ti? ¿Sigues en finanzas?

—Sigo en finanzas, aunque ahora ando liado con la administración de un internado en Boston, ¿y a que no sabes quién es la orientadora de estudiantes?

—¡Venga ya! ¿Estás en Ashford Hall con Sugar? Pero si hablé con ella hace un par de semanas y no me dijo nada —se quejó—. ¿Y qué tal te va todo? ¿Te has casado? ¿Tienes hijos?

No le sorprendió que mi única relación fuera con el trabajo, pero le hablé de Luca y de las veces que sus acciones me recordaban al

muchacho que fui yo. Brandon, por su parte, me contó acerca de Cassey y no escatimó en elogios hacia su único hijo, Ian. Hablamos de Lilianne, de sus padres, de lo comprometido que estaba con su puesto de responsabilidad del que no podía explicarme mucho y, como último punto de la conversación, volvimos a Nora y a su situación económica.

—Ya sabes cómo ha sido siempre, es terca como una mula y no acepta la ayuda de nadie. La última vez que me ofrecí a hacerle un préstamo para pagarle uno de los másteres, estuvo meses sin llamar a casa. Pero es lista y sabe apañárselas.

Era más que lista. Tenía un ingenio sorprendente y su rapidez de respuesta me desconcertaba. Sabía qué decir en cada momento, manejaba el sarcasmo a su antojo, pero a mí me gustaba más cuando se quedaba sin palabras, se mordía el labio inferior y se ponía colorada. Miraba de soslayo, avergonzada, y si había suerte, sonreía con timidez.

A mi pecho le ocurría algo muy extraño cuando Nora sonreía de esa forma.

Brandon y yo quedamos en mantener el contacto más a menudo. Quería saber mi opinión acerca de un par de temas relacionados con inversiones y le dije que lo llamaría en cuanto les hubiera echado un buen vistazo.

—Y hazme un favor: cuida de Sugar, que no se meta en líos, ¿de acuerdo? Ya sé que es adulta e independiente, pero es mi hermana pequeña y a veces pienso que no me preocupo suficiente por ella.

—Descuida, la tengo controlada.

Era más fácil decirlo que hacerlo.

...

El regreso a clase de Luca la semana siguiente se posicionó en el top de mi lista de dolores de cabeza. Su hostilidad se sumó a la de Nora y tuve que lidiar con reproches, respuestas monosilábicas y malas caras. Traté de explicarle que yo no tenía la culpa de que lo hubieran expulsado ni de que Blackwell llamara a su padre ni de que su

maldito honor lo hubiera puesto en una situación semejante, pero fue como darme de bruces contra un muro una y otra vez.

Igual que con Nora.

—¿Cómo va el tema de los impagos del trimestre, Woodward? ¿Se han enviado ya las comunicaciones a las familias? —me preguntó Richard en mitad de la reunión extraordinaria que había convocado la junta—. Me preocupa que estemos ya en octubre y que haya alumnos que no estén al día.

—Ya sabéis cuál es mi opinión al respecto: los que no puedan asumir los pagos no deberían matricular a sus hijos en este centro —comentó Sebastian Fuller con su característico aire de superioridad —. Seguro que hay otros internados que se pueden permitir familias díscolas, pero nosotros no.

—Déjame el listado de alumnos —le pidió Caroline Frederickson —. No puedo creer que a estas alturas aún no sepan que la educación de sus hijos en Ashford Hall no es gratis. Mmm, ¿los Radcliff? Su hija Katy es amiga de Amber. Puedo llamar a su madre para enterarme de…

—No será necesario —intervine. Las reuniones de la junta me ponían de muy mal humor—. Mañana enviaremos las comunicaciones pertinentes y se advertirá a las familias por la vía adecuada. En realidad, que cuatro alumnos no paguen las cuotas no es lo que debería preocupar a la junta. —Empujé hacia el centro de la mesa el archivador con el balance de gastos e ingresos del curso anterior y lo abrí por la parte de mi informe de auditoría—. Las donaciones de los benefactores descendieron un quince por cien en el último año y los patrocinadores de los equipos de natación y remo rescindieron los contratos de publicidad por culpa de los malos resultados en las competiciones estatales.

—Por suerte, Richard asumió los gastos del equipo de remo —señaló Oda Mae Bladwin, la secretaria de la junta—. Pero, aun así, nos faltan inversores y nos sobran gastos. Una reducción de la plantilla sería lo más adecuado.

Joder, ¿lo decía en serio? ¿No se planteaban otra cosa que echar al personal? ¿En qué circo me había metido?

—Bien, hagámoslo —decretó Richard con satisfacción. Extrajo una carpeta con varias fichas y sujetó la primera entre los dedos—. Philis McNeal, entrenadora de natación. El equipo está acabado, solo cuenta con diez componentes y ninguno destaca.

—Nunca me gustó esa mujer —declaró Sebastian—, no cuenta con ningún oro en su palmarés. No es adecuada para Ashford Hall.

Resoplé disconforme, y Richard se percató de mi gesto.

—La entrenadora McNeal firmó un contrato por tres temporadas porque la junta, por unanimidad, así lo decidió —les recordé—. Es un contrato blindado, rescindirlo podría costarnos una indemnización millonaria y muy mala prensa. No olviden que la señorita McNeal, además de una nadadora excelente, medalla de bronce en las olimpiadas de Tokio, es abogada laboral, y conoce bien los derechos que la amparan.

—¿Y qué hay de la señora Evans, la auxiliar de biblioteca? —cuestionó Oda Mae, con las gafas haciendo equilibrio en la punta de la nariz—. La verdad es que los chicos detestan a Rose, se pasa el día refunfuñando.

—La señora Evans gestiona las tres bibliotecas de Ashford Hall —alegué. Tenía informes muy positivos de su rendimiento y suya había sido la idea de las estanterías acristaladas para albergar los volúmenes más antiguos y delicados de la prestigiosa biblioteca Clara Ashford Reading Room—. Quizá la junta deba poner sus miras en el bibliotecario jefe.

—¡No puede estar sugiriendo despedir al señor Patterson! —se exaltó la señora Frederickson—. Es una eminencia en esta institución. Lleva aquí más años que el mismísimo Blackwell.

—¿Haciendo qué exactamente? —la cuestioné—. Pasar las horas muertas viendo seriales en la televisión de su despacho no es lo que se espera de alguien de su posición. Hasta que llegó Rose Evans, utilizaba a alumnas del último curso para gestionar las bibliotecas.

—¿De dónde ha sacado usted eso, señor Woodward? Está muy feo hacer acusaciones sin pruebas —me recriminó la secretaria.

No me hacían falta pruebas, yo lo había visto con mis propios ojos.

—Un año dimos una beca para ese puesto y resultó muy bien —recordó Richard. Mi mente emitió un gruñido de desaprobación—. Tal vez podríamos volver a esa dinámica en lugar de contratar a la señora Evans. Con un poco de publicidad, podríamos posicionar la beca Clara Ashford en las mejores universidades del país. Historiadores, licenciados en Biblioteconomía y Documentación, entre otros muchos, matarían por trabajar aquí.

—Y cobrarían mucho menos que la señora Evans —apostilló Sebastian—. Lo veo.

—¿Y quién se haría cargo de enseñarle a esa persona cómo gestionar tres bibliotecas, una de ellas con una colección de ejemplares de la historia de los Estados Unidos única en el mundo? —insistí con más énfasis. Estaba perdiendo la paciencia—. ¿Confiarán esa tarea a Benicio Patterson, quien ni siquiera es capaz de incorporarse en el sillón que ocupa durante su jornada laboral? ¿O dejarán que un becario sin idea de nada destroce el patrimonio más importante de Ashford Hall? Piensen un poco, por favor.

—Woodward —me advirtió Richard—, ahórrese el cinismo.

Intenté tranquilizarme echando un vistazo por la ventana. Los días empezaban a ser deprimentemente cortos, el cielo de Boston se había cubierto de su característica masa de nubes grises y el otoño llamaba a la puerta con un pronóstico de lluvia que no me gustaba en absoluto. Prefería mil veces el clima de Nueva York.

—La última propuesta es la señorita Clark, la orientadora —anunció la secretaria—. Una lástima, me cae bien, pero es cierto que el año pasado se le fueron de las manos algunos temas con los alumnos y, ¡uff!, ¡pobre reverendo Carrington!

Todos los presentes asintieron. Era el único en la sala que no sabía de qué demonios hablaban.

—Me siento responsable de lo que ocurrió —dijo Caroline Frederickson, con una mano en el pecho y cara compungida. «Falsa»—. A Lawrence no le gustaba desde el principio, pero Susan Hurt me dijo que era la persona que necesitábamos, y ya sabéis que Susan tiene un criterio muy objetivo. Pero después de lo que pasó con el hijo del reverendo y con los tres alumnos que perdimos en el frente… De verdad, creo que no es buena para nuestros hijos.

—¿Habéis visto los panfletos que ha dejado en las clases? —preguntó Oda Mae con estupor—. ¡Consejos para mantener relaciones sanas! ¡Sexo, por el amor de Dios! ¿Cómo se ha permitido esto?

—La señorita Clark es licenciada en Psicología por la Universidad Estatal de Westfield —leí directamente del currículum de Nora que había en su carpeta—. Tiene una especialización en terapia familiar, otra en terapia adolescente y una más en resolución de conflictos. No es una orientadora de medio pelo.

—¿Universidad Estatal de Westfield? ¡Bah! Una universidad pública —escupió Sebastian Fuller—. Nadie con menos que Harvard debería trabajar en Ashford Hall, ¿verdad, Richard? —El aludido asintió con orgullo—. Harvard le da a un hombre un motivo por el que ser superior.

—Querido Sebastian, lamento estar en desacuerdo contigo. Yale es mucho mejor, más prestigiosa y más selecta.

—O Princeton —agregó Oda Mae. Cada uno barriendo para su casa, como niños en el patio de un colegio.

—Centrémonos, por favor. —Richard puso orden con un par de golpecitos en la mesa—. Creo que todos estamos de acuerdo en que lo más factible sería prescindir de los servicios de la señorita Clark, ¿no es así?

Richard recorrió a los miembros de la directiva uno a uno hasta terminar en mí.

—¿Cómo va a explicarle a la doctora Hurt que la junta prescindirá de su apoyo fundamental en el Departamento de Orientación? —La vicepresidenta Frederickson vaciló y se mostró indecisa—. Además, según los registros, prescindir de la señorita Clark no solucionaría ninguno de los problemas del internado. Su salario está muy por debajo de lo que cobraría cualquier persona con su titulación.

—¿Insinúa que debemos pagarle más? —se escandalizó Sebastian—. ¿No se supone que está aquí para recortar gastos?

—Estoy aquí para administrar las cuentas de Ashford Hall, señor Fuller, no para despedir al personal que hace bien su trabajo. ¿Quieren que recorte gastos? De acuerdo. Podemos empezar por la

docena de máquinas de remo de última generación que se aprobó en la junta anterior y que son totalmente innecesarias.

—Son para el equipo de remo, el orgullo de…

—Las que se compraron el año pasado están nuevas. ¿Había necesidad de gastar miles de dólares en renovarlas? —No dejé responder a Richard, que abrió la boca para defender la postura de Sebastian—. Se lo diré yo, señor Fuller: no, no era necesario. Como tampoco lo era el gasto del servicio de cáterin de la Fiesta de Bienvenida, o el cambio del césped del campo de fútbol, o la renovación de los vestuarios para incorporar duchas con sensores. Ni siquiera veo necesario tener dos chefs franceses en cocina que cobran cinco veces más que la señorita Clark. Para esto me han contratado, para buscar los puntos débiles por los que se escapa el dinero de Ashford Hall y corregirlos.

—Bien, gracias, Andrew —habló Richard con indudable malestar por mi efusivo alegato—. Dejaremos en *stand by* el despido del personal hasta ver cómo evoluciona el curso escolar. —Asentí, conforme, y a continuación, se dirigió al resto de los miembros—. Y la junta deberá analizar bien cada decisión que se adopte y que implique la inversión de dinero. El señor Woodward es bueno en lo suyo, por eso lo contraté. Su opinión es importante para mí, aunque a veces no coincida con ella. Pero, si de algo estoy seguro, es de que convertirá las finanzas de Ashford Hall en una máquina bien engrasada. Y ahora, si no hay más puntos que tratar…

Los miembros de la junta retiraron sus butacas de la mesa y se despidieron con gestos elegantes. Richard, en cambio, continuó sentado. Yo, con la vista puesta en la noche exterior.

—Te tengo aprecio, muchacho. Tus jefes me han hablado de ti con tanta pasión que puede que en un futuro pida que me lleves las cuentas en JP Morgan Chase. Y sé que tu familia contribuye con generosos donativos para Ashford Hall. Eso está muy bien. Pero, si vuelves a contradecirme, a silenciarme o a faltarme al respeto como has hecho hoy aquí, terminarás sirviendo hamburguesas en el bar más mugriento de Nueva York y me importará una mierda quién sea tu padre ni cuánto dinero desembolse, ¿me has entendido?

Nos medimos cara a cara durante unos segundos y me pregunté, no por primera vez, qué demonios hacía yo en un lugar como Ashford Hall.

—Le he entendido perfectamente, señor.

17

Nora

Los desacuerdos entre los miembros del personal
se resolverán de forma pacífica y mediante
los canales institucionales adecuados.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición VIII, art. 2

—Bien, señoritas, espero que este problema haya quedado solucionado y no se vuelva a repetir —dije con cierto hastío. Estaba cansada de mediar en disputas relacionadas con chicos—. Sois amigas desde hace años, entrasteis aquí juntas, no dejéis que una tontería así os separe. Si Anthony Crame se interpone entre vosotras, hacedlo a un lado.

—Es que nadie le dice que no a Anthony, señorita Clark. ¿Usted lo ha visto? Después de Jonathan Dreyfus, es el tío más bueno de todo Ashford Hall —declaró Kristine Baskerville, alumna de octavo curso.

—Molly dijo que cualquiera de las dos tendría la oportunidad de estar con él, pero mi corazón es de Anthony desde el día que lo vi en sexto. —El pretexto de Beatrice Kensington, tan dramático, me hizo poner los ojos en blanco. A Kristine, en cambio, se los llenó de lágrimas—. Luca Woodward es más de tu tipo. ¿No te parece que está muy bueno?

—Sí, pero él bebe los vientos por Amber. —Vaya, vaya, de lo que se enteraba una. ¿A Luca le gustaba Amber?—. Y, cuando no está con Amber, solo habla con la siniestra, la hermana de Jonathan.

—Pues tendremos que conseguir que se fije en ti. ¡Sería genial! Yo, con Anthony; tú, con Luca…

—Siento pinchar vuestra burbuja de felicidad, pero tengo trabajo. —Me puse en pie para dar por finalizada la tertulia y las

acompañé a la puerta—. No más discusiones entre vosotras, ¿de acuerdo?

Ambas asintieron avergonzadas y se marcharon cuchicheando acerca de lo que iban a hacer para captar la atención de Luca. Les deseé suerte mentalmente. Los Woodward eran de una especie con la piel muy dura y el corazón frío.

Justo cuando tomaba asiento de nuevo para poner en orden la información que había recopilado para el artículo de la revista, recibí la llamada de Anabel Williams.

—El señor Woodward quiere verla en su despacho —recitó la asistente—. Ahora.

—Dígale al señor Woodward que tengo una mañana complicada. Seguro que puede dejar lo que sea para otro día. Gracias, señora Williams.

No le di opción a réplica. Estaba ocupada. Llevaba retraso en los informes de las sesiones, había estado despistada y de un humor terrible, y no tenía tiempo para ir al despacho de nadie a escuchar sermones. Dios, habían sido quince días para olvidar.

Evitaba llevarme los problemas del internado a casa o viceversa, pero la discusión con Andrew se encontraba en un término medio entre lo laboral y lo personal y no paraba de darle vueltas a lo que nos dijimos.

Me había hecho daño. Que pusiera en duda mi profesionalidad y mi forma de hacer las cosas era duro; que hubiera intentado atacarme utilizando mis problemas familiares era… rastrero.

«Rastrero». Qué mal sonaba la palabra, pero llevaba dos semanas utilizándola para todo. Luca la había empleado para definir a Andrew y se me había pegado al paladar como un caramelo blando.

El chico también estaba dolido, tanto que se paseaba por los pasillos con la cabeza gacha y el flequillo tapándole los ojos. Jeff Holman lo había regañado por demorarse entre clase y clase y John Walters le había puesto una falta por no ir vestido correctamente a Matemáticas. Tenía que mantener una charla muy seria con él, llegar más adentro, aunque ya sabía lo que iba a encontrarme.

Hamilton Woodward arrasó los sentimientos de su hijo, pasó por encima de él sin mirarlo y extendió un cheque para que las represalias por sus acciones no dejaran una huella demasiado profunda en su expediente académico. Se me agrió el estómago y sentí que una parte del dolor del chico también latía en mi corazón. Era el eco de una infancia marcada por un padre severo y ausente al que no le gustaba derrochar emociones delante de nadie, ni siquiera después de meses fuera de casa. Mi padre, capitán retirado de la Armada de los Estados Unidos, no me había abrazado jamás.

Se me escapó una lágrima furtiva, que limpié justo cuando llamaban a la puerta.

—Adelante.

No tenía ninguna cita agendada, pero prefería atender los problemas de los alumnos antes que dedicarles tiempo a los míos.

—¿En qué puedo ayu…? ¿Andrew? —Cerró la puerta tras de sí, depositó un café para llevar delante de mí y se quedó de pie, con las manos en los bolsillos del traje, observándolo todo como si lo viera por primera vez. Odiaba que hiciera eso—. ¿Qué haces aquí?

—Te he mandado llamar.

—Sí, lo sé, pero tengo un millón de cosas que hacer. —Guardé en el cajón algunos panfletos que había recopilado para mi artículo de la revista, en el que trabajaba a ratos, y levanté unos informes al azar para demostrarle lo ocupada que estaba—. Sé breve, por favor.

—Breve, vale. —Tomó aire despacio, como para infundirse paciencia—. ¿Vas a seguir esquivándome mucho tiempo o podemos hablar de una vez como personas adultas?

—No tengo motivos para esquivarte —mentí—. Estamos en medio del periodo de test de personalidad y hay mucho…

—Nora, por favor… —Su ruego me hizo parpadear y fijarme en él con detenimiento. Llevaba la corbata floja y el primer botón de la camisa abierto mostraba su nuez de Adán, que subía y bajaba cada poco. Los hombros hundidos, la camisa arrugada…—. Siento cómo me comporté en tu casa, lo que te dije, cómo actué. No fue mi intención ofenderte. Necesito hablar contigo de Luca y de todo lo que está pasando, y no puedo hacerlo si sales corriendo cada vez que intento acercarme a ti.

—Me necesitas para hablar de Luca, claro. Eso es muy alentador. ¿Ahora ya no dudas de que haga bien mi trabajo?

Suspiró, agotado, pero no se movió de la puerta.

—No dudo, Nora. Pero tu tendencia a saltarte las normas más básicas es desconcertante y a veces me cuesta entender cómo funciona tu mente.

—Mi mente funciona de maravilla —contesté, y fingí que tenía algo en la pantalla del portátil que era más importante que aquella conversación.

—Tu mente es una maravilla. —Levanté la cabeza al procesar el cumplido. Andrew no sonreía, hablaba muy en serio—. Te gusta lo que haces, estás preparada para ello y los resultados son buenos.

—No siempre.

—Casi siempre —afirmó, y me gustó que fuera él quien lo dijera —. Lo que haces por Luca…

—No he hecho nada.

—No seas modesta, no te sienta bien.

«Idiota».

—Es cierto, no he hecho nada. Debajo del adolescente hay un proyecto de hombre que debe asumir sus responsabilidades, y él quería hacerlo, quería contártelo, quería que vieras lo dispuesto que estaba a correr con las consecuencias, a pesar de que la culpa no fuera toda suya.

—Me refiero a lo que has estado haciendo desde que se incorporó a las clases —me corrigió, y me sentí un poco estúpida por mi discurso—. Sé que ha estado viniendo a hablar contigo. Me lo ha dicho la doctora Hurt.

—Te lo podría haber dicho yo si me lo hubieras preguntado.

—Te lo habría preguntado si no te escondieras de mí.

—Yo no me escondo de… —Me retó a que le mintiera una vez más. No lo hice. Era absurdo negarlo—. Estaba enfadada, ¿vale? Estaba furiosa. Aún lo estoy. Y, si no he respondido a tus mensajes ni a tus llamadas, es porque me conozco. A veces, intentar arreglar las cosas solo las complica más.

—¿Y crees que esquivarme e ignorarme es la solución?

—Necesitaba tiempo —admití, avergonzada.

—Entonces, ¿sigues enfadada? ¿Quieres que me vaya y que vuelva…, no sé…, en una hora? ¿Tal vez mañana? ¿La semana que viene? —Su ironía enmascaraba diversión. Le brillaron los ojos por primera vez desde que entró, y a mí me pareció que iluminaban el despacho y consumían los últimos coletazos de mi resentimiento—. ¿Qué puedo hacer para que me hagas caso?

Avanzó los pocos pasos que separaban la puerta del escritorio y se apoyó en la mesa, a mi lado. Tuve que retroceder con la silla para poder mirarlo desde mi posición sin contracturarme el cuello. ¿Por qué siempre olía tan bien? ¿Y por qué, pese a parecer agotado, tenía el aspecto de un actor de Hollywood? Sentí la irrefrenable necesidad de quitarle las gafas y limpiar la huella que le ensuciaba el cristal derecho o de retirarle el mechón de pelo que le caía en la frente, igual que a Luca, o de acariciarle la cicatriz de la ceja, que me había obsesionado desde el día en que lo vi entrar en mi casa.

Debí de mirarlo fijamente durante demasiado tiempo, porque Andrew entrecerró sus preciosos ojos color café y pasó la mano por delante de mí para devolverme a la realidad.

—¿Estás pensando en una venganza o es que no vas a responderme?

Me mordí el labio para reprimir una sonrisa y su atención se desvió hacia mi boca un instante.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy impaciente?

—Cuando quiero algo, no me gusta que me hagan esperar —pronunció con una cadencia que me puso el vello de punta. ¡Jesús! ¿Por qué mi estómago acababa de dar un triple salto mortal con tirabuzón?—. Cena conmigo.

—¿Qué? ¿Cenar? —Me puse tan nerviosa que me atraganté con mi propia saliva—. No. No voy a cenar contigo. Hay normas.

—No hay ninguna norma que impida que dos compañeros salgan a tomar algo, ni siquiera que mantengan una relación, ¿no te lo ha dicho Holman?

—¿Y qué tiene que ver Jeff en esto?

—Has salido con él, tú sabrás con quién te saltas *tus normas*.

—¡No he salido con Jeff! ¿De dónde has sacado una tontería así? —Me puse en pie con demasiado énfasis y mis piernas quedaron

atrapadas entre las suyas. Cuando quise retroceder, no me dejó. Su mano encontró el camino por mi cintura para evitar que me alejara —. No sé quién te ha dicho eso, pero no es cierto. Y sí que hay una norma que habla de las relaciones entre el personal. Si le preguntas a Blackwell, estará encantado de…

—No te estoy pidiendo una cita, Nora. Solo una cena, algo informal fuera de Ashford Hall. Puedes pagar tu parte o dejar que te invite en compensación por escuchar mis problemas con Luca. Tú decides.

¡Ah, vale! Eso lo resolvía todo, ¿no? ¡Y un cuerno! Era Andrew Woodward. Me pasé muchos meses en la universidad recomponiendo los pedacitos del corazón que yo misma me había roto al enamorarme de él. Valerie podía dar fe de ello. Por muchos años que transcurrieran, las cicatrices del alma eran como las lesiones de rodilla: cuando cambiaba el tiempo, aún dolían un poquito. O mucho.

No iba a salir con Andrew. No iba a cenar con él…

—¿Informal tipo hamburguesa y patatas fritas? —pregunté con inocencia.

«Eres débil, Nora».

—Si a ti te va bien, a mí también. ¿Conoces algún sitio? No tengo muchas referencias en Boston.

—Siempre que no te pases la cena criticando el barrio donde vivo… —le advertí con un dedo acusador.

—Está bien, nada de juzgar —aceptó, y sonrió. «Uff, otra vez esa sonrisa…»—. ¿El sábado te va bien?

Consulté la agenda por el simple hecho de hacerlo esperar un poco. No podía decirle que sí como si estuviera desesperada. No lo estaba, pero saber que iba a cenar con Andrew me ponía… nerviosa. Era una tontería. Habíamos tomado café, trabajábamos en el mismo sitio, podía decirse que teníamos un pasado en común. Era algo inocente.

Se me torció el labio cuando vi lo que había apuntado en la agenda, aunque en parte sentí alivio.

—El sábado imposible. Susan lleva tiempo queriendo presentarme a un amigo de su pareja y le dije que iría a la cita. ¿El

domingo?

—El domingo tengo planes. ¿Lunes? Es festivo.

Volví a echar un vistazo a la agenda y asentí. Era el día de Columbus, no había clase.

—Puedes pedir un permiso por si Luca quiere venir con nosotros —propuse en un último intento de que la cena no se pareciera en nada a una cita.

A Andrew no le hizo mucha gracia la propuesta, pero no dijo nada. Se limitó a ofrecerme la mano para cerrar el trato.

«Demasiado cerca, demasiado intenso, demasiado peligroso».

Las alarmas de mi cabeza se activaron al sentir el calor de sus dedos en los míos y, aun así, toda mi atención fue a parar a su boca, a sus labios, a esas pequeñas arruguitas de expresión en las comisuras que se le formaban cuando intentaba sonreír.

«¡No le mires la boca, Nora!».

A las gafas, a los ojos. ¡Mierda! Otra mala idea. Me vi reflejada en los cristales, azorada, sonrojada, con los labios entreabiertos, embobada. Y detrás de ellos, su mirada. ¡Dios bendito, esa mirada! Tan profunda, tan oscura, tan… hambrienta.

Tan Woodward.

Estaba perdida.

18

Andrew

15 de mayo de 2005

Amo a Andrew Woodward.

Diario juvenil de Eleonora Clark

Quedamos cerca de Old Colony Avenue, en un lugar que había visto tiempos mejores y en el que no primaba tanto la limpieza como la calidad de la carne. El bar estaba lleno de gente, pero conseguí un par de taburetes en la barra y ordené una cerveza bien fría mientras esperaba a Nora.

No quiso que pasara a por ella, era así de orgullosa. El cielo plomizo de aquel primer lunes de octubre amenazaba lluvia, pero ella insistió en ir andando desde su apartamento. Estaba a solo cuatro manzanas, pero hacía un frío húmedo y molesto que te calaba hasta el tuétano.

La llamada inesperada de uno de mis clientes de JP Morgan Chase me distrajo unos minutos hasta la hora acordada, y en mitad de la conversación levanté la cabeza y ahí estaba ella, delante de mí, con una sonrisa entre cohibida y radiante, con el pelo recogido en una coleta y las mejillas rojas del frío. El cuello vuelto de un jersey de lana fina asomaba debajo de un abrigo que parecía tener tantos años como el local. Me fijé en el roto de las rodillas de sus vaqueros y en las Converse que calzaba, nada que ver con la ropa de firma y la elegancia de las mujeres con las que salía, y no supe por qué, pero me gustó que no se pareciera a ellas. Nora me pareció… única.

Perdí el hilo de la conversación con mi cliente, por poco se me escapa el teléfono de la mano al ofrecerle el taburete junto al mío, y cuando abrió la boca para saludar, le indiqué con un dedo que estaba en mitad de una conversación.

—De acuerdo, tres millones, pero procura que no tenga que ir yo a San Antonio a comprobar si esos purasangre valen la pena o me embolsaré un millón más por las molestias. —Mi cliente soltó un exabrupto seguido de una carcajada ronca. Se me dibujó una sonrisa de medio lado, una que decía que me había salido con la mía —. Bien, Howard, tengo que dejarte. Te llamaré en un par de días. Dale recuerdos a Marie.

Mantuve la sonrisa mientras colgaba. Howard Trust era un hombre legal, honesto y agradecido pese a sus formas bruscas y su falta de tacto en los negocios. Sus finanzas estaban en un buen momento, al tío le gustaba ir sobre seguro y a mí me daba paz saber que al menos mis clientes conservaban la cabeza en su sitio por muy llena que estuviera su cartera. No podía decir lo mismo de Richard Dreyfus.

—Has llegado pronto —dijo a modo de saludo, y levantó la mano para pedir una cerveza. Se deshizo del abrigo, lo colgó en un perchero de la pared del fondo y le guiñó el ojo a una camarera que pasó por su lado con una bandeja cargada de platos—. ¿Y Luca?

Miró alrededor.

—Sigue cabreado. Me ha dicho que tiene mucho que estudiar.

—Se acercan los parciales —lo justificó, y correspondió al saludo de otra camarera diferente.

—¿Vienes mucho por aquí?

Se encogió de hombros y agradeció con una sonrisa la cerveza que le sirvió el barman.

—Hay buen ambiente y la comida es genial. No es la cocina elaborada a la que estás acostumbrado, pero…

—Dijimos que nada de juzgar. Atente a las reglas, Clark.

Ordenamos un par de hamburguesas especiales de la casa y un gran plato de patatas fritas recién hechas. El local empezó a llenarse más aún y el espacio entre nosotros se fue estrechando hasta que la pierna de Nora quedó pegada a la mía. Se esforzaba por no rozar nuestros codos y disimulaba muy bien cuando me acercaba a ella para hablarle de cerca. Hubo un momento en que pensé que se caería por el otro lado del taburete y me atreví a sujetarla por la cintura. Joder, olía tan bien que fue imposible no acercarme otra vez

y otra y otra más hasta que mi cercanía dejó de ser motivo de sobresalto.

—¿Cómo fue tu cita del sábado? —le pregunté entre patata y patata.

—Mmm, bien. Karl es un tipo agradable, simpático —contestó, y cuando creí que dejaría ahí el tema, añadió—: Es profesor de Literatura en Harvard. El más joven del claustro.

—Vaya, un listillo, ¿eh?

—¡No es un listillo! —exclamó—. Es… listo, sí, pero también amable y atento, y sus historias son muy divertidas. Pilló a un alumno de primero copiando en un examen y el chico se puso tan nervioso que se comió la chuleta para que no lo expulsaran, ¿te lo puedes creer?

Lo que no podía creer era que ese tipo le iluminara la cara y yo no lo hubiera conseguido aún. Fue una sensación tan extraña que me forcé a continuar con la conversación como si no me importara que Nora hablara de otro.

No me importaba.

—¿Volverás a verlo?

—Sí, me gusta —admitió, y apreté los dientes sin querer—. Me ha invitado a ver *La Traviata* en el Teatro Colonial en un par de semanas —respondió, antes de dar un mordisco a su hamburguesa. La salsa especial de mostaza le manchó la comisura y sacó la lengua para limpiársela al tiempo que sonreía—. Está muy buena. ¿No comes?

¿Qué? ¿Comer? Sacudí la cabeza y me di cuenta de que yo también tenía mi plato delante, pero no había dejado de mirarla.

—No sabía que te gustara la ópera. —Fue un comentario sin ninguna intención, aunque reconozco que sonó raro.

—No sabes muchas cosas de mí, Andrew.

—Cierto —reconocí, y deseé ponerle remedio de inmediato—. ¿Por qué decidiste estudiar Psicología? Yo creí que harías Derecho o Relaciones Internacionales, como Lilianne.

—Sí, ese hubiera sido el camino fácil. Ahora mismo estaría cenando en un restaurante de lujo con mi marido, controlando la

hora para no pagar de más a la canguro y viviendo la vida de mis hermanos.

—Hubieras sido una abogada terrible —me burlé, y ella me lanzó una patata—, pero tendrías un apartamento mucho mejor que en el que vives.

—No empieces… Me gusta vivir en el South Boston y me gusta que mi familia odie South Boston porque así nadie viene a molestarme. Además, está a veinte minutos de Ashford Hall y hay carril bici hasta…

—¿Lo de la bici también es para fastidiar a tu familia o hay algún otro motivo por el que te niegas a utilizar el coche o el transporte público?

—¿Contaminación? —se le ocurrió, y acompañé un gruñido con un trago al botellín de cerveza—. ¿Qué tiene de malo ir en bici? Me gusta, y no todos podemos disponer de un chófer con uniforme que nos abra la puerta de un Lexus negro de cristales tintados. Si lo piensas, lo mío tiene más mérito que lo tuyo.

—Va a ser divertido verte pedalear por la nieve en un par de meses —mascullé contra la boquilla de la botella, pero lo oyó y me lanzó otra patata—. Casi tanto como aquella vez que te empeñaste en ir a casa de tu amiga abriéndote camino a paladas en mitad de una ventisca. Dios, qué cabezota.

—Me sorprende que te acuerdes de eso.

—Me acuerdo de muchas cosas.

—¿Como cuáles?

Mi teléfono sonó sobre la barra y los curiosos ojos de Nora leyeron de quién se trataba.

«Jackie».

Colgué.

—Me acuerdo de aquel chico que vino a recogerte para ir a un baile del instituto… ¿Cómo se llamaba? ¿Ese que tenía aparato en los dientes y la cara llena de pecas?

—Dexter Morrison —dijo sin emoción—. Puedes contestar si quieres, no me importa.

—Prefiero hablar de Dexter Morrison.

—¿Es tu nueva forma de torturarme? Yo también puedo tocarte las narices con lo que recuerdo de ti. No me provoques, Woodward.

Eché la cabeza atrás para soltar una sonora carcajada, que la dejó tan sorprendida como lo estaba yo. No solía ser tan efusivo, pero después de reírme me sentí muy bien.

—Nada de lo que yo hiciera en el pasado supera lo que le hiciste tú a ese pobre chico. Lloró por tu culpa, Nora.

—¡Me llamó gorda delante de mi familia! —se defendió. Estaba a medio camino entre la ofensa y la diversión, con ese gesto pícaro y avergonzado al mismo tiempo—. Fue muy grosero.

—No recuerdo que te llamara gorda —la corregí. Encontraba muy estimulante alterarla—. ¿Qué fue lo que dijo? Algo como que el vestido era como la carpa del Gran Circo de Salem.

—¿Y eso no es llamarme gorda? Dijo que no sabía si cabría en el coche de su padre. ¿Te parece normal? —Volví a reír de buena gana y me quité las gafas para secarme los ojos. De pronto, Nora me las arrebató y limpió los cristales con la tela de la camiseta que llevaba bajo el suéter. Cuando estuvieron relucientes, me las devolvió, ajena a lo que me había hecho sentir aquello—. No debí pedirle ir al baile. Dexter Morrison era un idiota.

—Pensé que te gustaba.

—¡No! —se horrorizó—. Escupía al hablar y le sudaban las manos. Pero no quería ir sola, mis amigas habían conseguido pareja y tú no estabas disponible, así que…

—¿Yo? ¿Querías ir al baile del instituto conmigo?

—¡Claro que quería! ¡Estaba enamorada de ti!

19

Nora

Son funciones de la Orientadora de Estudiantes
asesorar en temas de orientación vocacional
y toma de decisiones respecto a estudios superiores
y cuestiones de índole psicoemocional, entre otras.
Contrato de trabajo de Eleonora Clark.
Apartado 2, punto 3

«Tonta, tonta, tonta, tonta». ¿Por qué le había confesado algo así?

Me había dejado llevar por el ambiente del bar, por la conversación distendida, por las bromas y los recuerdos. Andrew era muy hábil removiendo el pasado y a mí no había que presionarme demasiado para soltarme la lengua. La segunda cerveza también ayudó, me liberó de la tensión que sentía por tenerlo tan cerca, de su escrutinio cuando comía, del roce de su brazo contra el mío, del aspecto arrebatador que tenía con aquellos vaqueros y una sencilla camiseta de algodón. ¿Y las gafas? ¡Le había limpiado las gafas!

Estuvo a punto de espurrearme la cerveza, pero el perfecto dominio de sus emociones se lo impidió.

—¿No me digas que no lo sabías? —le pregunté con una diversión que no sentía. Negó varias veces—. Pero si intenté besarte en mi cumpleaños.

—Porque habías bebido. No le di importancia. —Ya, ninguna importancia, como todo lo que hacía. Andrew jamás se fijó en mí, era un hecho—. No podías estar enamorada de mí. Yo tenía veintitrés años.

—Bueno, sí, eran seis años de diferencia, pero ¿quién los contaba? —Andrew hizo una mueca—. De todas formas, no es que me rompieras el corazón ni nada parecido —mentí—, y tampoco es

que albergara muchas esperanzas. ¿Un chico como tú, con alguien como yo? Por favor…

—¿Por qué dices eso?

—¡Porque estaba gorda, Andrew! Como la carpa de un circo, ¿recuerdas? —me burlé de mí misma, pero a él no le hizo gracia—. A ti te iban las chicas como Lilianne: guapitas, delgadísimas y atrevidas. Yo solo era la hermana pequeña pesada y charlatana.

—Eras adorable.

—Olvídalo, ¿vale? Fue hace mil años. —Cogí un trocito de pan *brioche* que había caído al plato y me lo llevé a la boca—. Además, ya no me preocupa: salgo a correr siempre que puedo, pedaleo cuatro millas al día, hago yoga y he dejado de robar azucarillos del café para comérmelos a escondidas. —Los labios de Andrew se curvaron en una sonrisa—. Y, si te preocupa que me enamore de ti otra vez, puedes estar tranquilo. No eres mi tipo, Teddy Bear.

—¿Y cuál es tu tipo, Sugar? —contraatacó, y se giró un poco hacia mí para observarme. Volvía a tener las gafas manchadas, pero esta vez mantuve las manos quietas.

—No sé, cualquiera que sea amable, educado, divertido y que no se meta conmigo en cuanto tiene oportunidad. —«Cualquiera que no sea un peligro para mi corazón», pensé—. Pero ya está bien de hablar de mí, me aburre. Hablemos de ti.

—¿Es necesario? —Le lancé mi mirada más suspicaz—. Vale, ¿qué quieres saber?

Con quién hizo planes el domingo, quién era Jackie, de qué lado de la cama dormía, por qué no se había casado, ¿había estado enamorado alguna vez? Me moría de ganas de preguntarle por cosas personales e íntimas, detalles que no me convenía conocer porque, si me metía en su vida, me dolería salir cuando se fuera de Boston.

—Háblame de Luca.

La pregunta lo desconcertó un poco y se pasó la mano por el pelo con nerviosismo.

—Luca, Luca, Luca… Es agotador, pero no lo cambiaría por nada del mundo. Incluso cuando me odia, como ahora mismo, haría lo que fuera por él.

—Eso es bonito. Dice mucho de ti. Y estoy segura de que no te odia.

Se quedó pensativo con un rictus amargo en los labios. No se daba cuenta de todo lo que transmitían sus silencios.

—El divorcio de Hamilton y Daphne no fue ni la mitad de sonado que el de mis padres, pero hizo mucho más daño —dijo al fin, y levantó de nuevo las murallas que había dejado caer sin darse cuenta—. He visto cuánto le afecta la situación de sus padres, lo he sentido, Nora, y no quiero que pase por ahí. Yo tuve la suerte de encontrar a tu hermano, así que supongo que esta es mi manera de devolverle el favor a la vida. En resumen, tenías razón. Luca es mi redención.

—Lo estás haciendo bien. —La conversación había decaído. Ya no parecía tan animado como unos minutos antes y, sin entender por qué, enredé mis dedos entre los suyos y le di un apretón, al que él se aferró de inmediato—. Puede que ahora esté enfadado contigo, pero se le pasará. Eres un buen ejemplo, Andrew Woodward.

Terminamos de cenar en silencio, rodeados por el barullo del bar y los incesantes cambios de música de la vieja gramola del fondo. Pidió un gran trozo de pastel de chocolate para mí, a pesar de negarme, y me centré en el sabor dulce y en los trocitos de avellana, que crujían al masticar. Cualquier cosa era mejor que sentir su mirada, que me acariciaba cada vez que me llevaba la cucharilla a la boca.

—Deja de observarme, Andrew. Me siento un bicho raro.

—Cuéntame por qué tus hermanos te llaman Sugar. —Utilizó una servilleta de papel para limpiarme una mancha de chocolate del mentón y me dio un toquecito en la nariz, como a una niña pequeña —. He querido preguntártelo desde que te volví a ver.

—Lo siento, pero no pienso desenterrar esa historia ni por todo el pastel de chocolate y avellanas de este bar.

—¿Y sobre él? —Andrew señaló el monitor de televisión que había en la esquina de la barra y fruncí el ceño al ver quién salía en pantalla. El reverendo Carrington estaba en uno de esos programas sensacionalistas que tanto le gustaban a la gente. El correcto,

respetado y homófobo reverendo Carrington—. ¿Qué te pasó con su hijo? He oído rumores por Ashford Hall.

—¿Solo rumores? —me extrañé—. Todo el mundo conoce la historia. Salió en la prensa de Boston. —Al parecer, Andrew era el único en todo el estado de Massachussets que no sabía de mis hazañas más mediáticas—. Felix Carrington era gay. Tenía mucha presión por parte de su familia, llevaba comprometido con una chica desde los dieciséis, como si aún viviéramos en la época victoriana. Yo solo le recomendé que fuera sincero con su padre. Pensé que el reverendo lo entendería.

—Y luego lo pillaron en una orgía con otros cinco chicos, drogas y juguetes sexuales de lo más siniestros. —Soltó una carcajada que resonó por encima de la música. Sí que estaba al tanto de todo, cómo no.

—¡Pero no fue culpa mía! Yo no lo convertí en un depravado sexual adicto a la cocaína. ¿Puede decir su padre lo mismo? Si en vez de criticar mis métodos hablara de vez en cuando con su hijo…

—¿Y qué pasó con los del ejército? —preguntó con una sonrisa suspicaz—. Dicen que el Tío Sam estuvo a punto de captarte como reclutadora.

—¡No te burles! —Le di un empujoncito, que no hizo más que aumentar su hilaridad—. Tampoco tengo la culpa de que haya chicos que no quieran ir a la universidad. Hay más alternativas en la vida; para eso me pagan, para orientarlos.

—Los animaste a alistarse en los marines, Nora.

—No hay nada de malo en servir a tu país —me defendí.

—No, no lo hay, pero, cuando eres el único heredero de una gran fortuna, lo último que quieren tus padres es que te metan una bala en la cabeza. —Me golpeó con un dedo en la frente.

—No murió nadie, los tres siguen vivitos y coleando, pero a la gente le va el drama y, según quién cuente la historia, parecerá que yo los envié al paredón.

—Estuviste muy ocupada el curso pasado poniendo Ashford Hall patas arriba, ¿eh?

—¿Es lo que te ha dicho Blackwell? —Andrew negó—. Vale, la junta, ¿no? —Asintió esta vez—. Van a echarme, ¿verdad? ¿Por eso

estás siendo amable conmigo?

—No digas tonterías.

—No lo son. El tema de los recortes es muy recurrente en las conversaciones de la sala de profesores y todos saben que soy la que más papeletas tiene para irse a la calle después de mi debut en Ashford Hall el año pasado.

—Sí, bueno, llevarle la contraria a Blackwell en cada decisión no es una buena estrategia. He leído tu informe de evaluación del desempeño —dijo como si no estuviera hablando de mi historial de faltas en el trabajo, incluso apuró su cerveza con total tranquilidad —. Desobediencia, insubordinación, infracción de varias normas de vestimenta…

—¿Cómo iba a saber que llevar pantalones rotos violaba el código del internado? —me quejé—. Y lo de la norma treinta y siete fue una absoluta gilipollez. Utilizar un juego de cartas para valorar la autoestima de los alumnos no es incitar al juego de apuestas. Y la veintiocho… ¡Por favor! Me caí en el jardín, me clavé las espinas de un rosal en la espalda. ¡Mira! —Me levanté el jersey y la camiseta para mostrarle las pequeñas cicatrices alargadas que me dejaron aquellos malditos rosales. A él no pareció impresionarlo—. Blackwell se extralimitó al acusarme de destrucción de la propiedad, pero como era su rosal favorito…

—¿Y qué me dices de la norma veintiuno? Una acusación de relación afectiva con un estudiante no es cualquier cosa.

—No me lie con ningún alumno, Andrew. Lo grave es que Blackwell insinuó que sí sin tener pruebas, y debe dar gracias a que no quise denunciarlo por difamación. —Me puse seria con el tema. Fueron unos meses muy duros en el trabajo de los que no guardaba buenos recuerdos—. Consolar a un chico que acaba de enterarse de la detención de su padre no es nada reprobable. Estaba asustado, no tenía a nadie y yo firmé todos los papeles necesarios que me autorizaban a llevarlo fuera del internado con el consentimiento de su madre.

—Hablamos de Oliver Navilov, ¿verdad? —Asentí con firmeza—. ¿Te extralimitaste en tus funciones como orientadora?

—No, hice lo que hubiera hecho cualquier persona, puedes preguntarle a quien quieras. El mismísimo Blackwell habría actuado igual que yo si Oliver hubiera acudido a él. Pero no lo hizo, y le jode que estuviera al lado del chico cuando se resolvió el problema. Fue una falsa acusación, un error, y los padres de Oliver se mostraron muy agradecidos conmigo por cuidar de su hijo. No entiendo por qué esa supuesta falta grave sigue apareciendo en mi informe de evaluación. Tampoco entiendo por qué siguen estando ahí las demás, la verdad.

—No lo están —confesó, y abrí la boca, sorprendida—. Tu expediente está limpio, pero Anabel Williams me facilitó la versión anterior «por error» —entrecomilló—, y me pudo la curiosidad.

—Jodida señora Williams —murmuré—. ¿No había nadie menos cotilla para ocuparse de tu agenda?

—¿Por qué? ¿Te interesaba el puesto?

Andrew pagó la cena, a pesar de mis protestas, y se empeñó en acompañarme a casa dando un paseo. Hablamos de los próximos acontecimientos del internado, de lo bien que se había adaptado Luca al equipo de remo y de cuál era la mejor ruta para salir a correr los fines de semana con la llegada del invierno. Volvió la cordialidad entre nosotros, era cómodo hablar con él cuando no se trataba de nada demasiado personal y me gustaba cuando se olvidaba del hombre de negocios que era la mayoría del tiempo para ser el de treinta y ocho años sencillo y natural.

—¿Nunca vas a Salem a ver a tus padres? —quiso saber sin venir a cuento, y me apartó de un charco, que habría pisado de no haber sido por él—. Estás a menos de una hora.

—Voy en Navidad. A veces para el 4 de Julio, a veces el Día de los Veteranos, depende de cómo se me haya dado la visita anterior —le expliqué, y él me entendió sin más. Había pasado suficiente tiempo en mi casa para saber lo especiales que eran mis padres—. Suele ser más fácil cuando no están Brandon y Lilianne con sus familias. Me sacan de quicio y me cabreo con facilidad. Mi padre detesta que discuta por todo, mi madre odia que diga palabrotas… Ya te puedes imaginar.

—Eres una rebelde sin causa, Eleonora Clark. —Habíamos llegado a mi portal—. Me ha encantado cenar contigo.

—Sí, ha estado bien.

Había sido entretenido, incluso divertido a ratos. Más tarde me pararía a analizar lo que había aprendido de Andrew, pero en ese instante, frente a él en la calle, con el viento soplando a nuestro alrededor, lo único en lo que pensé fue en lo incómoda que era la situación. Y en cuánto deseaba que me besara.

Miré a un lado y a otro sin saber qué decir. «Nos vemos mañana» hubiera sido lo más apropiado, pero no me salieron las palabras, y él parecía tan cómodo mirándome, con las manos en los bolsillos del pantalón, tan relajado, tan maravilloso…

El mundo estaba hecho para mujeres valientes y decididas que no temían alzarse de puntillas para besar cuando deseaban un beso. Las dos cervezas que me había tomado o la falta de sexo de las últimas semanas me dieron el impulso y, de pronto, mis manos se aferraron a su chaqueta y acerqué mi boca a la suya despacio. Sus pupilas se agrandaron tras las gafas, las aletas de su nariz se movieron al coger aire en profundidad y percibí su cambio de postura, la cercanía, la rendición de sus defensas. No eran imaginaciones mías, sus ojos miraban mis labios con el mismo deseo que yo ansiaba los suyos, y cuando pensé que el beso era inminente, Andrew apartó la cara y se aclaró la garganta.

—No es una buena idea, Nora.

20

Andrew

Artículo 30: Biblioteca. El comportamiento
en la biblioteca debe ser silencioso y respetuoso.
Reglamento de estudiantes de Ashford Hall.
Capítulo VI: Instalaciones y espacios comunes

—A las once tiene una reunión con la empresa de mantenimiento para estudiar la nueva planificación de las instalaciones deportivas. A las once y media, la cita con Margaret de la Vega para ver el estado de los pagos de las matrículas. Y el comité para la recaudación de fondos del Día de los Veteranos ha retrasado la cita a las doce cuarenta y cinco —enumeró Anabel, tan eficiente como siempre—. ¿Quiere que incluya al decano del Berklee College en la agenda? Ha llamado un par de veces para solicitar verlo. Dice que son amigos.

No era mi amigo. Era un antiguo cliente que solo acudía a mí cuando su asesor financiero se la jugaba, y no tenía tiempo para tonterías.

—No, gracias, Anabel. Ya me encargaré yo del decano. Pase todas mis citas a esta tarde y dígale al comité de recaudación que la reunión se pospone a mañana.

—Bien. ¿Y qué hay de ese otro asuntillo? —Me mostró uno de los panfletos que el Departamento de Orientación Educativa había repartido por todas partes en la última semana y torció el gesto a disgusto—. El director Blackwell quiere que se ocupe de esto cuanto antes.

—Sí, es lo que pienso hacer ahora mismo.

La mayoría de las funciones que me correspondían como administrador de Ashford Hall no tenían nada que ver con la supervisión del personal. Pese a que la junta me exigía estar al tanto del rendimiento de cada profesional, había asuntos más importantes

en la gestión que merecían mayor atención, como el exceso de gasto, la renovación de seguros, las licencias académicas o la recaudación de fondos. Tener que amonestar a la doctora Hurt por difundir panfletos sobre el cuidado de la salud sexual o la importancia de las relaciones afectivas sanas no era para lo que me habían contratado.

—¡Buenos días, Señor Woodward! ¿Puedo ayudarlo en algo? —se ofreció Ezequiel con un gesto de la cabeza.

Me gustaba ese hombre, mantenía el orden en Northbridge Hall y no había nada que se le pasara por alto.

—No se preocupe, voy al despacho de la doctora Hurt.

—La doctora Hurt está en una conferencia en la ciudad, señor.

—¿Y la señorita Clark?

—En la biblioteca principal. Me temo que ha hecho el trayecto en vano. La tenía justo debajo de usted.

«Justo donde me gustaría tenerla», resonó en mi cabeza, y me sorprendió tanto el pensamiento que me atraganté en mitad de una respiración. Aunque me engañaría si dijera que era la primera vez que pensaba en Nora en esos términos.

Después de lo que pasó en la calle el día de la cena, rara era la noche en que no recordara esos labios tan cerca de los míos. Los evocaba una y otra vez, húmedos, jugosos, conteniendo el aliento o castigados por sus dientes. Quería tocarlos con mis dedos, chuparlos, morderlos y sentirlos en partes del cuerpo que se despertaban con el simple recuerdo de su sonrisa. Tenía que recordarme varias veces al día por qué rechacé besarla cuando lo deseaba desde que la vi entrar en el bar. Era la orientadora del internado, mi subordinada, la hermana de Brandon, y le prometí que cuidaría de ella, no que me la llevaría a la cama en cuanto se me presentara la oportunidad.

¡Joder! ¿Tan malo era desearla?

«Sí».

El sexo siempre lo complicaba todo y, por suerte, Nora no se tomó a mal mi rechazo. Lo entendió, se dio cuenta a tiempo y durante la semana se había comportado con normalidad, como si nunca hubiera sucedido. Estuvimos repasando algunas cifras de los

pedidos de material de oficina durante un almuerzo, me invitó a presenciar un taller sobre la gestión del estrés para los estudiantes de último curso en el que estuvo magnífica en la resolución de dudas, incluso rebatió mis sugerencias a la planificación del semestre en la reunión con dirección y con el jefe de estudios sin que afectara a nuestra cordialidad.

A veces odiaba esa cordialidad tan impersonal, odiaba no poder abrocharle el botón de la blusa cuando se le veía el encaje del sujetador, o darle un suave manotazo para que no se mordiera la uña del pulgar en las reuniones, o apartarle el pelo de la cara cuando estaba concentrada delante del ordenador. Nada de eso era buena idea, por mucho que me mataran las ganas.

No obstante, el tema que tenía que tratar con ella era de especial importancia. Me habría gustado verlo con la doctora Hurt porque era la responsable del departamento, pero sabía que la idea no había salido de Susan y que, si alguien debía hacer frente al problema, era Nora.

Encontré a Luca solo bajo un roble del jardín cerca de la entrada de Ashford House. Nuestra relación mejoraba poco a poco, se le había pasado el enfado y sabía que Nora tenía mucho que ver en ello. Todavía nos faltaba recuperar el *feeling* tío-sobrino del que tanto había disfrutado en los últimos meses, pero la cosa prometía.

—¡Eh! ¿Qué haces? —Me acuclillé a su lado y se quitó los auriculares. El libro de Tecnología estaba abierto por la página de los circuitos eléctricos complejos—. Si necesitas ayuda…

—Esto no tiene misterios. ¿Sabes lo que sí lo tiene? El francés. Odio el francés. —Me cedió uno de sus iPods y escuché una sucesión de frases en el idioma. No pude evitar reírme—. Creo que voy a catear, te lo advierto.

—Lo dudo. —Le revolví el pelo y él se apartó. No le gustaba que lo despeinara—. ¿No hay nadie que pueda ayudarte? ¿Un compañero?

—Alguien se me ocurrirá —respondió con la vista fija en el grupo de chicas que conversaban junto a las escaleras—. ¿Has hablado con el entrenador Laramie esta mañana?

—No. ¿Tenía que hacerlo por algo en concreto? —dudé. Con lo liado que había estado los últimos días, no era de extrañar que se me hubiera pasado.

Luca se encogió de hombros para quitarle importancia.

—No, es que este fin de semana se celebra Head of the Charles, la regata de remo, y Ashford Hall participará en las exhibiciones previas. El entrenador me ha convocado, pero, como me expulsaron y sigo castigado, necesita que papá o tú firméis el consentimiento.

—¿Tú quieres ir? —La respuesta era obvia, visto lo avergonzado que se sentía, pero quería oírselo decir.

—Si me dejáis… Sí, me gustaría ir.

—Bien, ¿dónde está la autorización? —Extrajo un papel arrugado de la mochila y buscó un bolígrafo con urgencia—. Esto no quiere decir que se haya acabado el castigo, ¿entendido? No habrá fiestas ni juergas hasta final de año.

—Ni juergas ni fiestas, hecho —repitió con entusiasmo contenido—. ¿Vendrás? Tengo que decirle al entrenador cuántas invitaciones necesito. Es un evento muy importante y hay que decirlo ya.

—Yo me encargaré de eso, descuida. Pero sí, allí estaré. —Su sonrisa iluminó la mañana gris. Le revolví el pelo otra vez y en esa ocasión no le importó—. Me voy a trabajar. Dale caña al francés, *d'accord?*

Que algo tan sencillo como firmar una autorización me hiciera feliz decía mucho de cómo Ashford Hall estaba cambiándome la vida. O quizá fuera Luca, que pese a los problemas que ocasionaba, se me había metido bajo la piel. O puede que la ligereza que notaba abrirse paso por mis venas cada mañana cuando pensaba en ir a trabajar tuviera que ver con la mujer que había sentada junto al ventanal de la sala Clara Ashford Room Reading. Llevaba un vestido de lana marrón con un cinturón ceñido a la cintura y unas zapatillas de deporte, que combinaban fatal con el atuendo. Se había recogido la melena rubia con un lápiz y se enrollaba en el dedo una y otra vez el mechón que se le había escapado.

Estaba de espaldas, concentrada en la pantalla de su portátil. No podía verme, y eso me permitió observarla a placer desde la

entrada.

Era preciosa.

—¿Señor Woodward? —susurró alguien a mi lado. Rose Evans, la bibliotecaria auxiliar, se subió las gafas, que le hacían equilibrio en la punta de la nariz, y se atusó el pelo—. Si busca al señor Patterson, lo encontrará en su despacho.

—No, en realidad, no.

—En ese caso, ¿puedo hacer algo por usted?

Llevaba en la mano panfletos del servicio de asesoramiento, que le requisé para evitar más problemas.

—La señorita Clark me ha pedido que deje algunos en el mostrador de la entrada para que los alumnos los tengan disponibles —me explicó—. Es una iniciativa muy buena, ¿no cree? Que los chicos y las chicas se cuiden y se respeten debería ser primordial en Ashford Hall.

Debería, sí. Era curioso cómo aquella mujer chapada a la antigua había captado la importancia del mensaje que Nora pretendía transmitir mientras los miembros de la junta la censuraban. Alguien debería decirles que la educación sexual no era libre albedrío y que quizá fueran ellos los que debían revisar sus valores morales y su doble rasero. Las infidelidades de Sebastian Fuller o del propio Dreyfus eran *vox populi* en determinados círculos empresariales, por lo que había oído.

—Desde luego, señora Evans. Sexo seguro y saludable ante todo. —Se sonrojó y le tembló la mano cuando le devolví los panfletos para que los dejara en el mostrador—. Si no le importa, iré a hablar con la señorita Clark de este tema.

—Pero hable bajito, señor Woodward —me advirtió—. Estamos en la biblioteca.

Me deslicé en la silla que había frente a Nora sin pedir permiso y sus ojos me devolvieron una expresión sorprendida pero deslumbrante.

—¿Te has perdido? —preguntó en un susurro, y miró alrededor. Solo había un par de mesas ocupadas—. ¿No deberías estar en tu despacho manteniendo tediosas reuniones y gestionando fondos para el internado?

—Te estaba buscando para hablar de esto. —Le mostré el panfleto que me había quedado y ella puso los ojos en blanco, como era habitual—. La junta los quiere en la basura hoy mismo y Blackwell está cabreado. Va recogiéndolos de todas partes.

—Un frustrado y una banda de puritanos —murmuró—. Qué manía con censurar todo lo que tiene que ver con el sexo. ¡Ni que fuera el Kamasutra! —Se oyeron varias risitas y un «shhh» muy severo, proveniente de la bibliotecaria—. ¿Tú crees que es ofensivo, explícito o guarro? —Sacudió el papel con los consejos delante de mis narices y lo dejó de nuevo con un manotazo, que provocó otro «shhh» de Rose Evans—. Susan lo aprobó, dijo que era bueno y necesario, pero ¿el cabreo de Blackwell y de la junta es conmigo porque yo lo redacté? Mira, Andrew, me parece que…

Nora cerró la boca cuando oyó la voz del director a la entrada de la sala. Hablaba con la señora Evans y me pareció que preguntaba por Nora. Sin pensarlo dos veces, tiré de su mano hacia las estanterías de Humanidades, nos agazapamos con los dedos enlazados y fuimos pasando de una estantería a otra para que nadie nos descubriera.

De pronto, volví a tener dieciséis años, volví a ser aquel muchacho cargado de hormonas que aprovechaba cualquier oportunidad para engatusar a Nadine Fletcher y meterle mano en mitad de las sesiones de estudio. Dios mío, ya no recordaba lo divertido que fue; una isla en mitad de un mar negro, eso significó mi paso fugaz por Ashford Hall.

—Ven, quiero comprobar algo —le pedí a Nora, y me puse un dedo en los labios para que no dijera nada. Las pisadas de Blackwell eran cada vez más cercanas.

Recorrimos un par de secciones y aproveché cualquier oportunidad para cogerla de la mano, para rozarle la cintura, para taparle la boca porque era incapaz de parar de reír.

—¿A dónde vamos? —susurró—. Se acaba la sala, Andrew.

Ya lo sabía, pero, si no recordaba mal, había una pequeña sección dedicada a los vinos españoles que ocupaba un recoveco al final de la pared. Allí le provoqué su primer orgasmo a la no tan

inocente Nadine y dejamos nuestra huella con un grabado, que lo significó todo para mí aquel entonces.

—Mira ahí, ¿lo ves?

Nos agachamos un poco, el uno junto al otro. Nuestras piernas en contacto, nuestras cabezas pegadas. El lápiz que sujetaba el pelo de Nora se había caído en la huida y una cortina dorada con aroma a algún tipo de champú le cubrió la mejilla. No me resistí a apartársela ni a rozarle la oreja al remeterla detrás ni a acariciarle el cuello con los dedos con descuido intencionado.

—¿Qué es? ¿Un corazón? —Pasó el dedo por encima del grabado de la segunda estantería—. No lo entiendo. ¿Qué es esto?

—Lo hice yo.

—¿Tú? ¿Cuándo? —Se fijó de nuevo—. ¿Te dedicas a estropear el mobiliario de Ashford Hall en tu tiempo libre? ¿A y N? —Asentí—. A de Andrew y N de…

«Nora».

—Nadine. Nadine Fletcher.

—¿Quién es Nadine Fletcher?

Oí farfullar a Blackwell muy cerca, estaba en el pasillo central, casi a la altura de las estanterías finales, aunque yo sabía que no podría vernos. Me llevé un dedo a los labios para que Nora guardara silencio y fue ese mismo dedo el que contorneó su boca mientras nos mirábamos a los ojos desde muy cerca, tanto que podía percibir el aroma a café en su aliento y el calor de su cuerpo a través del vestido.

Eran más suaves de lo que había imaginado y más deseables de lo que soñaría jamás.

—No es una buena idea —pensé en voz alta, como la noche de la cena, sin aliento, sin poder apartarme de ella en esa ocasión.

—¿El qué? ¿Escondernos?

—No, besarte.

—Pues no lo hagas. O hazlo de una vez.

No hubiera renunciado a probarla ni por todo el dinero del mundo, así que lo hice, la besé, mi cuerpo la apretó contra las estanterías de libros y mi boca poseyó la suya con una intensidad alarmante. No hubo nada mágico en el beso, no se detuvo el tiempo

ni desapareció nada alrededor. Al contrario, fue visceral, consciente, violento incluso, como si lo hubiéramos esperado una vida y el resultado no fuera suficiente para ninguno de los dos. Olvidé quién era y dónde estábamos, le sujeté la cabeza con las dos manos y me bebí su aire hasta que la presión se hizo insoportable y se le escapó un gemido. Nuestras lenguas se contonearon en un baño de saliva y dientes, se retorcieron la una contra la otra, se chuparon, se sorbieron, buscaron y conquistaron, y después de aquel baile frenético, ellas también se besaron despacio.

Cuando aparté mi boca de la de Nora, tenía los ojos cerrados y respiraba al mismo ritmo que latía mi corazón. En algún momento de aquella locura mis dedos se enredaron en su pelo y seguían acariciándolo mientras recuperaba el juicio. Los suyos se aferraban a las solapas de mi chaqueta, crispados por el deseo.

—Blackwell se ha ido —le susurré al oído, y percibí el escalofrío que la recorrió cuando le rocé la oreja con los labios—. Abre los ojos, Nora. —Obedeció muy lentamente. El aleteo de sus pestañas me dio ganas de besarla de nuevo—. ¿Estás bien?

—Tengo toda la colección de vinos de España marcada en la espalda, pero sí, estoy bien. —Reprimí la sonrisa. El humor era buena señal—. Ya puedes apartarte, no me dejas respirar.

Levanté las manos y di un paso atrás para darle espacio. Se recolocó el vestido con un movimiento de caderas muy sensual y, con disimulo, se limpió la humedad del labio inferior con el pulgar, gesto que me provocó un súbito latigazo de placer. Cuando se sintió recuperada y en plenas facultades para sostenerse con normalidad, levantó el mentón con orgullo y caminó delante de mí de regreso a la mesa donde había dejado sus cosas.

Rose nos reprendió en silencio al pasar delante del mostrador y Nora ocultó la sonrisa tras el portátil para que la bibliotecaria no leyera lo que acabábamos de hacer entre sus estanterías de libros.

—¿Crees que nos ha visto? —se preocupó Nora mientras avanzábamos por el vestíbulo de Ashford House hacia la salida.

—No, no lo creo.

Caminaba muy rápido, sin mirarme. Tenía las mejillas encendidas, los labios un poco hinchados y el brillo de sus ojos era

tan hipnótico que casi me choqué con el profesor Oliver al pasar por su lado. Una vez en el exterior, inhaló una gran bocanada de aire frío y se llevó la mano a la frente, como si acabara de darse cuenta de la locura que habíamos cometido.

—¿Quién has dicho que era Nadine Fletcher? —preguntó, confusa.

La seguí hasta un banco de piedra cercano, donde dejó todas sus cosas de cualquier forma. Era un poco caótica.

—Una estudiante de mi etapa en Ashford Hall —confesé.

—¿Qué? ¿Tú… tú estudiaste aquí? —Asentí y resopló indignada —. ¡Andrew! No lo sabía, no me lo habías dicho.

—Solo fue un semestre, nada de lo que sentirse orgulloso.

—Pero ¿por qué? ¿Qué pasó? ¿Luca sabe que fuiste alumno del internado? ¿Y cómo es que nadie lo sabe? ¿La junta? ¿Blackwell? —Negué en silencio mientras ella formulaba todas sus preguntas sin orden—. ¿Y por qué fingiste que no conocías las instalaciones? ¡Te hice un plano de Northbridge Hall! Eres un idiota.

—Un plano que ha servido para que no me pierda y por el que te estoy muy agradecido. Y ahora, si ya has acabado, tenemos temas más importantes de los que hablar, ¿no te parece?

Se ruborizó y, como siempre que se sentía avergonzada, se mordió la uña del pulgar.

—Sé lo que vas a decir y estoy de acuerdo, ¿vale? —Levanté una ceja. ¿Estaba de acuerdo?—. Ha sido un momento muy extraño, nos hemos dejado llevar y ha sucedido. No vamos a darle más vueltas. Somos adultos y un pequeño desliz lo tiene cualquiera. No quiero que la situación nos incomode, así que no volverá a suceder.

—Nora, me estaba refiriendo al panfleto de relaciones afectivas sanas que has dejado por todas partes.

—Ah, joder, pensaba que hablabas de… —Se cubrió la cara con las manos y tomó asiento en el banco—. Dios, ahora mismo desearía estar muy lejos de aquí. ¿Puedes irte para que me muera de vergüenza un ratito? Te prometo que después recogeré todos los panfletos que he dejado por ahí y los quemaré junto con los recuerdos de este momento tan bochornoso. Soy patética, lo sé.

—No eres patética. —Intenté no reírme, pero fue imposible—. Y no quiero que quemes nada. Solo recógelos para que no parezca que has empapelado Ashford Hall con ellos. Creo que es un buen material y que son necesarios para que los alumnos entiendan lo que es y lo que no es una relación, pero que Blackwell no los vea tirados por ahí como propaganda, ¿de acuerdo? —Movió la cabeza en un gesto afirmativo, pero continuó con la cara tapada—. En cuanto a lo que ha pasado en la biblioteca…

—No volverá a pasar.

—No volverá a pasar —repetí—. Te lo prometo.

Y tendría que recordármelo cada vez que la viera, porque después de haberla besado mi cuerpo necesitaba mucho más, y yo no estaba acostumbrado a privarme de nada cuando lo deseaba tanto.

21

Nora

Es función de la Orientadora de Estudiantes
acompañar a los nuevos alumnos en su adaptación
al régimen del internado, incluidas las actividades
curriculares, extracurriculares, artísticas o deportivas.
Contrato de trabajo de Eleonora Clark.
Apartado 3, punto 4

La regata Head of the Charles era para el mundo del remo lo que la maratón de Boston para el atletismo: un acontecimiento único en la ciudad, que acogía a personalidades de todos los estratos sociales y que tenía como fin la recaudación de fondos para la organización benéfica con el mismo nombre. Tres días de competición que convertían la ciudad en el foco de interés del mundo entero y en un auténtico caos de tráfico y gente.

—¿Qué vas a hacer? ¿Aún no lo has decidido? —se impacientó Valerie al otro lado de la pantalla mientras yo continuaba tirada en la cama con el pelo mojado y la invitación en la mano—. Te mueres por ir, Nora. No sé por qué sigues dudando.

—Dudo porque ya tengo un compromiso para hoy.

—Un compromiso que no te impide ir a ver a Andrew, ¡uy, perdón!, a Luca, en su debut como remero titular de Ashford Hall. —Le saqué la lengua. Desde que le conté que nos habíamos besado, no desaprovechaba la oportunidad para mencionarlo—. Luego vuelves a casa, te colocas un vestido bonito y te vas a la ópera con el profe de Literatura. Es sencillo.

Para Valerie todo era sencillo, pero a mí me costaba un poco más organizar mis pensamientos.

Me hizo mucha ilusión recibir la invitación para la regata con una escueta nota de Andrew: «A Luca le gustará verte allí». El chico

se estrenaba como remero en la exhibición contra Phillips Academy, una minirregata fuera de la competición oficial que servía a los ojeadores del sector para seleccionar jóvenes promesas. Harvard, Princeton, Yale y otras universidades de la Ivy League se disputaban a los mejores, les hacían un seguimiento durante los últimos años de secundaria y abrían sus cajas de los deseos para atraer el talento y la pasión por el remo a sus solemnes instituciones.

El entrenador Laramie nunca dejaba la elección del equipo al azar. Si había escogido a Luca, era porque tenía aptitudes. Y los elegidos para la Head of the Charles siempre conseguían meter la cabeza en las mejores universidades.

Me despedí de Valerie con la promesa de contarle con pelos y señales mis dos citas del sábado. Había decidido ir a las dos: eran compatibles. Nada me impedía disfrutar de una mañana junto al río Charles y de una noche en la ópera; de la compañía excitante de Andrew y de la cómoda sencillez de Karl.

Seguí el consejo de Valerie y me recogí el pelo en una coleta alta bien tirante. Combinar los vaqueros ajustados con una camisa blanca y un jersey de lana dos tallas más grande me pareció una locura al principio, pero, cuando me miré en el espejo, comprobé que, una vez más, ella tenía razón y yo era una completa negada para el estilismo. Me apliqué un maquillaje muy básico, me calcé unas botas negras hasta la rodilla y metí mis cosas en un pequeño bolsito, que me crucé por el pecho.

Unas cuantas gotas de perfume después, estaba lista para disfrutar del día, un día radiante de cielo azul y esponjosas nubes blancas, que seguí con la mirada mientras el taxi me llevaba a la dirección que ponía en la invitación.

Andrew charlaba amigablemente con un par de señoras mayores al otro lado del riguroso control de acceso al recinto. Su aspecto, como no podía ser de otro modo, era impecable, informal, muy náutico, al estilo de la mayoría de los hombres que paseaban por aquella zona tan exclusiva. Se rio de algo que le dijo una de las ancianas y aceptó unas palmaditas en la mejilla, que él correspondió besando la mano enguantada de la mujer.

No fue hasta que se despidió de ellas que reparó en mi presencia a pocos pasos. Se quitó las gafas de sol muy despacio y se tomó su tiempo para repasarme de pies a cabeza hasta hacerme sentir incómoda, fuera de lugar. El lujo se podía percibir en cada elemento del recinto, desde la moqueta azul pavo real que engalanaba el suelo hasta el atuendo de los camareros, que ofrecían bebidas a los asistentes con unos modales exquisitos.

«A mi madre le daría un síncope si supiera que me he puesto un jersey de lana enorme y unas botas remendadas para acudir a un evento así», pensé, avergonzada, aguantando la sonrisa y rezando para que no se notara demasiado el rubor de mis mejillas.

—Nora.

—Andrew… —El estómago me dio una sacudida cuando se acercó a mí. Olía de maravilla—. No sabía cuál era el *dress code* de la regata. Espero no desentonar mucho.

—Estás perfecta. —Me besó la mejilla y añadió—: Y preciosa.

Le agradecí el cumplido con una sonrisa tímida mientras me guiaba hacia una zona con vistas al río. Identifiqué de inmediato a Richard Dreyfus junto a dos senadores, que estrechaban manos a diestro y siniestro entre los presentes.

—Richard financió parte de la campaña del senador Manchin en las últimas elecciones —señaló Andrew al ver dónde dirigía mi atención—. Digamos que son buenos amigos, incluso puede que futuros rivales si los rumores que corren sobre Richard y su incursión en política son ciertos.

—No me cae bien Joe Manchin, es un lobo con piel de cordero —declaré con los dientes apretados—. Se opone a todo lo que implique preservar el medioambiente, además de estar en contra del aborto y del matrimonio homosexual. En cuanto a Dreyfus… No lo conozco tanto, pero se ve de lejos de qué pie cojea.

Andrew esbozó una sonrisa enigmática y me arrepentí de haber abierto la boca. Tenía que aprender a guardarme mis opiniones y a controlar delante de quién las soltaba. No sabía cuál era su postura acerca de esos temas ni si mis reticencias le iban a sentar bien.

—Un lobo con piel de cordero —repitió, pensativo—. Creo que yo no lo habría descrito mejor. Olvida que está ahí, vamos a por una

copa.

Deslizó la mano por mi cintura como si fuera algo habitual y me guio entre la gente hasta un lugar más tranquilo. Saludaba con gestos de la cabeza sin detenerse a charlar, atento a mis pasos y a mis expresiones de sorpresa cuando reconocía a alguien famoso.

—¿Por qué nadie mira hacia la regata?

—Porque aquí nadie ha venido a ver las competiciones en realidad. A no ser que seas de Yale o de Harvard o hayas apostado dinero, lo que ocurra en el río no tiene el menor interés para esta gente.

—Pues me parece una falta de… ¡Oh! —me interrumpí con los ojos muy abiertos—. ¿Esa es Hettienne Park, la actriz? —Andrew sonrió—. ¡Oh, Dios mío! Adoré su papel en *Hannibal*; no sé cuántas veces he visto la serie.

—Te va el terror psicológico, ¿eh? Lo tendré en cuenta.

Mi oportunidad para preguntarle qué significaba eso se esfumó con la llegada de un par de tipos trajeados, que lo saludaron con fuertes palmadas en la espalda y lo absorbieron con una conversación sobre finanzas y mercados de valores. Estaba en su elemento, no desentonaba ni un poquito. Le sentaban bien la copa de *champagne* en la mano, las gafas de sol de aviador, el atuendo casual y la morena de piernas interminables que se acercó a él y lo besó en la mejilla con absoluto descaro.

—¡Señorita Clark! —me llamó alguien. Luca apareció de pronto con el uniforme deportivo de Ashford Hall y una sonrisa de las que hacían tilín en el corazón—. ¡Ha venido! El tío Andy me dijo que no sabía si podría asistir.

—No iba a perdérmelo. Es tu debut en el equipo de remo. Sé que has trabajado muy duro. —La sonrisa perezosa de Jonathan Dreyfus justo detrás de Luca me agrió el estómago—. Señor Dreyfus —lo saludé—, ¿preparado para exhibirse?

—Siempre, señorita Clark. Hoy está usted en mi terreno. No se ponga muy cómoda.

Luca pensó que era una broma y le rio la gracia, pero yo no. Me daba pena.

Un poco más atrás, Maya, su hermana, discutía en voz baja con una mujer excesivamente maquillada, con el pelo perfecto y un vestido precioso. Deduje de inmediato que era la señora Dreyfus. Maya se parecía mucho a ella. A su lado, Amber Frederickson no llevaba demasiado bien no ser el centro de atención. Miró a su novio con una súplica en los ojos, pero Jonathan ni siquiera le dedicó un guiño cómplice. El único que se dirigió a ella fue Luca, que le dijo algo al oído para que sonriera y lo logró después de unos intentos.

Me refugié en una mesa alta entre la puerta de los servicios y la zona de patrocinadores. Las competiciones de la mañana ya habían comenzado, pero a nadie parecía importarle. A la gente solo le interesaba hacer contactos, alardear de riqueza o el eterno pique entre Harvard y Yale, que resultaba aburrido.

—¿A usted también le parece que esto de las regatas es una auténtica mierda? —me preguntó Maya Dreyfus tras un bostezo muy teatral—. Ya me gustaría saber cuánto del dinero que se recauda va a parar a actos benéficos de verdad.

—¿No lo estás pasando bien, Maya?

—De miedo, señorita Clark —ironizó con un giro de ojos pintados de negro—. Lo que más me apetece un sábado es pasarlo con mi familia en un evento donde solo se habla de quién la tiene más grande. Me refiero a la cuenta corriente, no piense mal.

Se me escapó una risa, que disimulé mordiendo la pajita de un combinado de zumo de tomate que me había ofrecido un simpático camarero.

—¿Y por qué has venido?

—¿Usted qué cree? —Miró hacia sus padres, que charlaban amigablemente con otras personas, y se metió un dedo en la boca para fingir una arcada—. Me obligan porque somos una familia feliz que disfruta con los acontecimientos deportivos, sobre todo si Jonathan es el protagonista. El año que viene, cuando vaya a Harvard, no habrá quien se acerque a él. Es tan gilipollas…

—Es tu hermano.

—Es gilipollas.

—¿Quién es gilipollas? —preguntó Luca.

—Tú —respondió Maya—. Vas lamiéndoles el culo a Jonathan y a Amber como si fueran tus amigos. Pues deja que te diga algo, Woodward: no lo son. Solo eres el pringado de undécimo, el bufón de la corte.

—Uy, alguien se ha levantado de las tinieblas con el morro torcido —se burló él—. El color negro te está afectando, Maya. Estás cerca de convertirte en una bruja.

—Luca… —le advertí.

—No, déjelo, señorita Clark. Ya veremos quién se convierte en qué cuando Jonathan se dé cuenta de que esos brazos enclenques no van a ayudar al equipo —le espetó ella, y a Luca le dolió—. Te faltan muchos años de pesas, niñito.

—Y a ti te falta que alguien te cierre la boca, Dreyfus. —Se encaró con ella, muy cerca, y me puse en pie para separarlos.

—¿Y quién lo va a hacer? ¿Tú? ¿Con esos brazos flacuchos?

—¡Ya basta! —exclamé, y para mi completo asombro, ambos me miraron y rompieron a reír—. Pero ¿qué demonios…? ¿Qué es esto? ¿Alguna broma?

Luca le revolvió el pelo a Maya y salió corriendo para unirse a los del equipo, que se marchaban de la zona. Ella, sin ningún pudor, le mostró los dos dedos corazón antes de pasarse las manos por el pelo para peinarse. Cuando volvió a tomar asiento y me miró, resopló al ver mi ceja levantada a la espera de una explicación.

—Es un idiota, pero me cae bien. —Echó un último vistazo hacia Luca y masculló algo al comprobar que bromeaba con Amber—. Bueno, me cae bien a veces.

Lo entendí de inmediato. La tristeza en los ojos de Maya no dejaba lugar a dudas, y como si de una historia paralela se tratase, busqué a Andrew entre la gente y lo encontré hablándole al oído a la misma morena de antes.

—Sí, los Woodward tienen ese efecto, ¿verdad? —Levanté la mano para llamar la atención de un camarero, que me sirvió otro de esos deliciosos cócteles, en esa ocasión uno azul que sabía a piña—. ¿Quieres tomar uno? —le ofrecí a Maya.

—Por mí, encantada, pero no sé qué dicen las normas del internado acerca de profesoras que ofrecen alcohol a las alumnas.

Lo mismo se mete en un lío. —«Mierda». ¿En qué estaba pensando? Miré el contenido de la copa, amagué una sonrisa y brindé por Maya Dreyfus—. Ándese con ojo. Esas cosas se suben a la cabeza con facilidad.

Disfruté mucho del cinismo de Maya el ratito que me acompañó. Luego, su madre requirió su presencia en una conversación con otras mujeres tan divinas como la señora Dreyfus y yo decidí ir a dar una vuelta, a ver si descubría a alguien interesante. Me había parecido oír que se esperaba la llegada de Chris Evans y de Matt Damon, y no quería perdérmelo por nada del mundo.

Pero no encontré a ningún actor famoso en el acceso a aquella zona tan exclusiva, solo gente rica hablando con gente rica y a Andrew despidiéndose de la morena de piernas largas con un beso apasionado que arrancó un silbido al aparcacoches. Me agazapé detrás de un par de azafatas que repartían lujosas bolsas publicitarias con un montón de detalles y contemplé a Andrew deslizar las manos por la cintura de la chica igual que había hecho conmigo al llegar. La acompañó a pie de calle, donde el chófer del Lexus la esperaba con la puerta abierta, y volvieron a besarse y a susurrarse palabras al oído.

Fue una bofetada de realidad que me dejó aturdida. Las rodillas me flaquearon y tardé un par de segundos en llenar los pulmones con una bocanada de aire. La sangre me rugía tan fuerte en los oídos que no escuché la pregunta del anciano que se detuvo a mi lado. Acepté la botellita de agua que me ofreció sin saber para qué la quería y me di cuenta de que la mano me temblaba demasiado, o tal vez era el mundo el que me sacudía para devolverme a la realidad.

22

Andrew

1. Aquí se viene tal y como eres. No necesitas máscaras, filtros ni versiones editadas de ti. Ven como quieras: despeinado, confundido, feliz o hecho un lío. Todo vale.
Decálogo de la buena confidente de Nora Clark

La encontré conversando con Sanders Jenkins, el dueño de uno de los astilleros más grandes de Boston, un apasionado de las regatas, un anciano de pelo blanco con fama de hueso duro al que muchos en mi sector deseaban hincarle el diente. No era un hombre mediático ni presuntuoso, pese a la fortuna que amasaba, pero los rumores de que necesitaba un asesor financiero llevaban tiempo circulando por JP Morgan Chase. ¿Sería esa la oportunidad que estaba esperando para demostrarles a los socios de qué era capaz?

Sin embargo, Jenkins tendría que esperar. Me interesaba más la mujer que sonreía a su lado y mordisqueaba la pajita de otro cóctel. No la había visto en toda la mañana, la busqué un par de veces, pero la presencia de los socios y de algunos de nuestros mejores clientes me había tenido ocupado.

Después de deshacerme de los compromisos más importantes, di un par de vueltas por el recinto y empecé a temerme que se hubiera ido. Justo cuando me disponía a llamarla, seguí su risa hasta aquel lugar apartado del bullicio.

—¿Te diviertes? —le pregunté al oído. Giró la cabeza, sorprendida, pero fui yo el que contuvo la respiración. Sus ojos me apuñalaron—. ¿Todo bien?

—Perfectamente. El señor Jenkins me estaba contando las últimas travesuras de su nieto de diez años. —El aludido asintió y me ofreció la mano en un saludo amable—. Es un hombre de

palabra. Dijo que le construiría una casita de madera en un árbol y lo hizo con sus propias manos.

¿Por qué me sonaba a reproche?

—Bueno, bueno, tardé mi tiempo y tuve un poco de ayuda —se disculpó el anciano.

—Levantó un imperio de la nada —insistió Nora. Estaba algo achispada y se le trababa la lengua—. Es usted increíble. Y un auténtico caballero. Ya no quedan hombres como usted, ¿sabe?

—Está bien, Nora, creo que al señor Jenkins le ha quedado claro cuánto lo admiras. Vamos a dar un paseo para que te dé el aire, ¿quieres? —Intenté levantarla de la butaca, pero ella me miró como si no me conociera, casi con estupor.

—No se preocupe, Woodward, no me molesta —intervino el anciano, y apretó la rodilla de Nora con familiaridad—. Puede irse si quiere. Mi chófer llevará a la señorita Clark a su casa y la esperará para llevarla a la ópera. Ese muchacho, Karl, tiene suerte de contar con una compañía tan especial esta noche.

Hubo dos cosas de las palabras del viejo que me dejaron sin saber qué decir. La primera fue que conociera mi nombre, que supiera quién era yo. La segunda, que estuviera al tanto de los planes de Nora, unos planes que no me había contado. ¿Tenía una cita con el profesor de Literatura?

Me presioné el puente de la nariz y busqué la mejor forma de tener una conversación con ella sin que Jenkins se interpusiera. Las regatas de la mañana estaban a punto de finalizar, el almuerzo se estaba sirviendo en la carpa central y Nora necesitaba comer algo para procesar los combinados que se había bebido. Si alguien tenía que llevarla a su casa, sería yo. En cuanto a la ópera… Debería darme igual, no tendría que importarme…

«Pero me importa, joder».

—Discúlpeme, señor Jenkins. Creo que Nora debería comer algo. Tampoco le iría mal refrescarse un poco.

El anciano asintió conforme. Ella, en cambio, me miró airada y negó una y otra vez.

Sanders Jenkins se puso en pie con un suspiro y me palmeó el brazo con simpatía.

—Les dejo para que hablen, pero cuide de esta muchachita, Woodward, o tendrá que responder ante mí.

—Sí, claro, me hago cargo —dije, confundido.

—Y, cuando haya aclarado toda esta situación con la señorita Clark, quizá debamos tener otro tipo de conversación. —Cada vez estaba más convencido de que el viejo se estaba quedando conmigo —. Howard Trust me ha hablado muy bien de su trabajo y de lo que ha hecho con esos purasangre en los que invirtió hace unos meses. Les diré a mis abogados que se pongan en contacto con usted, a ver qué podemos hacer con unos ahorrillos que tenemos mi mujer y yo reservados.

—Cuando quiera, señor Jenkins. Será un honor asesorarle en lo que necesite.

—Espero que Ophelia se mejore pronto —balbució Nora antes de que se marchara—. Me hubiera encantado conocerla.

—Estoy seguro de que a ella también.

Esperé hasta que Jenkins se alejó y volví a centrarme en Nora.

—¿Vas a contarme qué pasa? —Negó sin desviar su atención de la última regata y la emprendió con la uña del pulgar—. ¿Por qué no me has dicho que habías quedado con el profesor ese?

—Se llama Karl.

—Me da igual cómo se llame, Nora. Podrías haberme avisado.

—¿Y qué más da? Tú me invitaste a la regata y él, a la ópera; no son incompatibles. Cuando esto acabe, me iré a casa, me cambiaré de ropa y listo. No necesito comunicarte mi agenda, Andrew.

No, no necesitaba conocer su agenda, salvo porque había reservado cena para dos después de la regata y su cita me había jodido el plan. No podía reprochárselo, ella no lo sabía.

—Ahora dime por qué estás tan molesta y por qué me ha parecido que Sanders Jenkins me perdonaba la vida cuando se marchaba.

—Es un hombre encantador y muy amable. —Le gruñí. Esa no era la respuesta que le había pedido—. Me has dejado sola, ¿vale? Me has invitado a este sitio de ricos y me has dejado completamente

tirada. ¿Cómo quieres que esté? Pero, descuida, no te lo tendré en cuenta.

No sonó nada convincente, pero dejé que se pusiera en pie con el bocinazo del final de la última carrera. Incluso forzó una sonrisa y la sujeté del mentón para ver si le llegaba a los ojos. No lo hizo.

—¿Por qué no has venido a buscarme? He estado en el mismo sitio todo el tiempo, Nora. Podrías haberme llamado, haber enviado un mensaje o haberte puesto a gritar mi nombre en mitad de la carpa, joder.

—Estabas ocupado, Andrew. No quería interrumpir nada importante. Además, el señor Jenkins ha sido muy amable. —Se llevó la mano a la sien y presionó con los dedos. Le dolía la cabeza. Los combinados cargados de azúcar eran una bomba insoportable—. Creo que es mejor que me vaya a casa. Dile a Luca que siento no haber podido quedarme para ver su debut, pero necesito echarme un rato antes de mi cita de esta noche. No me gustaría estropearlo por una resaca tonta.

—Si te duele la cabeza, no vayas a la cita.

—Pero es que quiero ir. El dolor se me pasará en cuanto me tome un analgésico y duerma un poco. Y me llevará a cenar a ese restaurante francés tan bonito que hay un poco más abajo del Opera House. No puedo echarme atrás, tardan meses en dar una reserva, pero Karl tiene contactos.

«Karl tiene contactos, Karl va a llevarme a la ópera, Karl es maravilloso. Karl, Karl, Karl». ¡Joder! ¿También iba a besarlo cuando terminara la cena? ¿Iba a invitarlo a su apartamento para una última copa? Seguro que a Karl no le parecería un barrio tan horrible. Le daría igual el olor a humedad de la escalera, los muebles anticuados de Nora o la bombilla de la lámpara que estaba fundida y que nadie había cambiado en un siglo. ¡Porque el maldito Karl solo pensaría en echar un polvo con Nora! Y eso… eso me jodía.

Me repetí que nada de lo que hiciera Nora debería importarme. El beso en la biblioteca fue increíble, pero solo fue un beso. Aunque deseara repetirlo. Incluso después de pensar en él toda la semana, solo fue un jodido beso que no significó nada. Nada en absoluto.

Era una verdadera lástima que Giselle se hubiera tenido que marchar de regreso a Nueva York. Si alguien podía hacerme olvidar cualquier cosa, era ella. Yo habría tenido sexo duro y placentero toda la noche mientras Nora disfrutaba de su mierda de cita con el puñetero profesor de Literatura.

—No hace falta que me acompañes, cogeré un taxi en…

—Irás en el Lexus. —No quería oír ni una palabra más al respecto—. John te llevará a casa y, luego, a la ópera.

—No es necesario. Karl…

Si volvía a oír otra vez ese nombre, iba a ponerme a gritar.

23

Nora

Los casos que requieran intervención especializada deberán ser puestos en conocimiento de la dirección del centro y de las familias, y derivados a los profesionales de la salud que corresponda.

Contrato de trabajo de Eleonora Clark.

Apartado 1, punto 3

Le dije al chófer que se fuera, que mi cita pasaría a por mí, que estaba bien, que podía darle las gracias de mi parte al señor Woodward… No recuerdo todas las cosas de las que parloteé para no echarme a llorar. Y lo más curioso de todo fue que, una vez a solas en casa, no derramé ni una lágrima.

Tampoco fui a la ópera.

Le conté a Karl una patraña acerca de un virus estomacal y de lo mal que me sentía por avisarlo con tan poco tiempo de antelación. Le repetí una docena de veces que le compensaría, que yo me encargaría de los planes la próxima vez, que lo llamaría pronto, y cuando colgué, me quedé varios minutos mirando la pantalla del televisor apagada y preguntándome qué necesidad tenía, a mis treinta y dos años, de mentir. A Karl, a Andrew, a mí misma.

Fue un fin de semana de análisis interior y de autoconvencimiento. Lo de Andrew con la morena no debía de afectarme. Al fin y al cabo, él y yo solo nos habíamos besado y ambos decidimos que no volvería a pasar. Les eché la culpa del drama a los malditos combinados de la regata y respiré hondo muchas veces para aliviar el dolorcito que seguía agarrado a mi pecho. No se me había roto el corazón, no estaba enamorada de Andrew, no era una adolescente ingenua; solo había sido un poco de desilusión mezclada con piña, ron y una sombrillita. Un cóctel que no volvería a probar.

Ni siquiera se lo conté a Valerie por miedo a que destripara mis sentimientos. Si alguien podía acertar de pleno con sus suposiciones, era ella y su maldito ojo crítico para los asuntos del corazón.

El domingo amaneció nublado, y aunque no tenía muchas ganas de relacionarme con el mundo, salí a correr por Pleasure Bay hasta el parque de Castle Island. No llevaba ni la mitad del recorrido cuando empezó a llover. Era una señal: la lluvia, al igual que los problemas, no duraba eternamente.

El lunes, sin embargo, continuaba el aguacero y ni el mejor impermeable de todo Massachusetts hubiera impedido que llegara al trabajo calada hasta los huesos.

—¿Qué vas a hacer con las sesiones grupales? ¿Quieres empezar antes de los parciales? —me preguntó Susan, inmersa de lleno en las acciones del último trimestre del año.

—Creo que sería una buena estrategia para detectar posibles problemas de ansiedad entre los de sexto —respondí sin apartar la mirada de la ventana.

Ver llover con una taza de café caliente entre las manos era un cliché que no me cansaba de representar, aunque hubiera sido mucho más entrañable estar en casa, en mi sillón, con un pijama calentito y el libro de terror que había dejado a medias hacía varias semanas.

El Lexus de Andrew se detuvo en el camino de acceso a Ashford House y un paraguas negro se desplegó nada más abrir la puerta del coche. Odiaba los paraguas negros, eran tristes. Todavía tenía en el recuerdo el mar de paraguas negros que vino a despedir a mi abuelo en su funeral. Decenas de ellos ocuparon el cementerio de Old Burying Point para ofrecer su último adiós a un hombre al que muchos no conocían.

A mi abuelo Jason jamás le importó cómo vestía, qué comía o si pesaba demasiado. Me subía a las rodillas y, a escondidas, me daba el sobre de azúcar que le sobraba del café de la mañana. Era único haciéndome reír y me quedaba boba mientras me contaba las historias de su vida, de la fábrica de cuero, de cómo empezó y cómo se hizo con el imperio que heredó mi madre tras su muerte.

A él tampoco le gustaban los paraguas negros, decía que eran demasiado serios, y me regaló uno transparente con el que poder ver el arcoíris entre las nubes. Mi madre no me dejó llevarlo a su funeral ni ponerme las botas de agua amarillas que le hacían sonreír en los días de lluvia. Lloré tanto de rabia como de pena, porque nadie más que mi abuelo entendía que el mundo se quedaba sin color bajo un paraguas negro.

—Me estaba preguntando qué había de interesante al otro lado de la ventana para que me hayas dejado hablar sola durante cinco minutos, pero ahora veo que no es la decoración de Halloween lo que te tiene en las nubes —dijo Susan, justo detrás de mí. El sobresalto me valió una horrible mancha de café en el pantalón—. Es guapo y he de reconocer que ha hecho unos cuantos cambios en los presupuestos que le han venido bien al departamento. Pero tiene fama de témpano de hielo. Ten cuidado.

—No me interesa Andrew Woodward, Susan —mentí—. Somos amigos, sí, pero nada más. A él le van las morenas sofisticadas de piernas largas, yo no tendría nada que hacer ni queriendo.

—Sí, en eso tienes razón —coincidió Susan, y me molestó que estuviera de acuerdo conmigo—. A ti te pegan más los hombres como Karl. Fue una pena que te encontraras tan mal el sábado. ¿Volveréis a quedar?

—Es posible.

Pasé la mañana dándole vueltas a la imagen de Andrew bajo el paraguas y me pregunté si no sería otra señal, una flecha luminosa, una advertencia: «que nada te impida mirar al cielo, nunca sabes cuándo asomará un rayo de sol».

Y, por si la sabiduría de mi abuelo no hubiera sido suficiente, ahí estaban los rumores: «Tiene fama de témpano de hielo». Falsos rumores, sin duda. A mí me había besado con tanto ardor que aún me temblaban los labios cuando lo recordaba. Sus manos no eran frías, sus dedos me quemaban cuando me tocaba, su sonrisa derretiría los polos si se la mostrara al mundo. No era insensible cuando hablaba de Luca ni cuando se resentía de las cicatrices que le había dejado la relación de sus padres. No hubo hielo cuando besó a aquella chica. Era todo fuego.

Y yo, inconsciente de mí, deseaba quemarme.

Cerré un par de archivos abiertos en la pantalla del portátil y puse orden en mi mesa por tercera vez en la última media hora. La mañana había pasado rápido: el comité de eventos, con todo su empeño en la decoración de Halloween, me había tenido colgando telarañas por los pasillos unas cuantas horas. Pero la tarde se me estaba haciendo eterna y no podía concentrarme en los resultados de los test ni en los informes que había que presentarle a Blackwell a final de semana.

Mi lado sensato y adulto me decía que me pusiera a trabajar; mi lamentable sentido del humor, en cambio, me recetó un atracón de chucherías monstruosas y no fui capaz de negarme. El azúcar lo curaba todo.

—Adelante —ordené al oír unos tímidos golpes en la puerta.

—Señorita Clark, ¿está ocupada? ¿Puedo pasar? —Elevé las cejas al ver a Luca y eché un rápido vistazo a la agenda por si se me hubiera pasado la anotación—. No… No he pedido cita. Solo me preguntaba si tendría usted unos minutos para hablar de un tema… complicado.

—Complicado, ¿eh? Pasa, anda. ¿En qué lío te has metido ahora? ¿Quieres un dulce de picapica? —Se mostró cohibido, como siempre que venía a hablar de los problemas con su padre, y rechazó mi ofrecimiento—. Por cierto, he oído las buenas noticias esta mañana: el equipo de remo se llevó de calle la exhibición contra la Phillips Academy. Enhorabuena. Estarás contento.

—Sí, bueno, por poco, pero estuvo genial. Mi tío me dijo que tuvo que marcharse porque tenía otro compromiso.

—La próxima vez me quedaré hasta el final. Prometido. Ahora dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Pues verá, señorita Clark… —dudó—, mi consulta es un poco hipotética. Ya sabe, no es real, pero podría serlo.

—Hipotética, vale. —Empezábamos bien—. Dispara.

—Disparo, sí. —Se rascó la nuca como hacía Andrew cuando estaba incómodo—. Me gustaría saber qué tendría que hacer una chica en el *hipotético* caso de que necesitara ayuda para deshacerse de un *hipotético* problema.

—¿Qué tipo de problema? ¿Drogas? ¿Un cadáver? —Luca no le vio la gracia a mi insinuación. Eso me puso alerta y repetí—: ¿Qué tipo de problema?

—Uno de los que te cambian la vida para siempre, hipotéticamente, claro. —Se dibujó una curva sobre la barriga.

—Oh, vaya. Ya entiendo. —Tomé aire despacio y me concentré en abordar la situación de la manera más sensata—. ¿Esa chica, supongo que amiga tuya, estaría dispuesta a hacerse cargo del problema o, por el contrario, busca una vía rápida?

—¿Usted cree que estaría aquí si mi amiga quisiera un cambio así en su vida?

—No, es evidente que no. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tú quieres un cambio así en tu vida?

—¿Yo? —Luca parpadeó, confundido, y cuando se dio cuenta de lo que insinuaba, levantó las manos y se recostó contra el respaldo —. ¡Ah, no! ¡No, no, no! ¡Yo no soy el padre, señorita Clark! Esto… Esto no ha sido una buena idea. —La silla chirrió al arrastrarla para levantarse—. Solo era algo… hipotético.

Se dirigió a la puerta a grandes zancadas, pero, antes de que abandonara el despacho, formulé la siguiente pregunta obligada:

—¿Tu amiga ha hablado con sus padres?

—¿Lo pregunta en serio? —Levanté una ceja, impaciente, y no correspondí a su provocación. Él suspiró, regresó a la silla y habló en voz baja—: Sus padres la matarán si se enteran.

—¿Y el padre del bebé?

Luca resopló y ocultó su irritación mirando al otro lado del despacho.

—Ese no cuenta.

—Pero ¿lo sabe?

—Por supuesto que lo sabe —masculló, furioso—, y no quiere responsabilidades.

—Dime quién es, Luca. ¿Es Maya? —me aventuré.

—¿Maya? ¡No! —Se rio—. No, no es Maya. Dios, Maya le hubiera cortado los huevos al padre.

—Pues dime quién es.

—Ni de coña. Prometí que tendría la boca cerrada y ya he hablado más de lo que debería.

—Esto es muy grave.

—¿No me diga? —ironizó, y volvió a levantarse—. Si no va a ayudarme, será mejor que…

—¿Sabes de cuánto está? Quizá no sea demasiado tarde para…

—Pero ¿me ha visto usted cara de saber esas cosas? Joder, no debí venir. Y seguro que se lo cuenta a mi tío.

—No voy a contárselo a nadie, Luca. —Suspiré, resignada, y abrí el cajón que tenía cerrado con llave—. Dile a tu amiga que le eche un vistazo a esta información. —Le ofrecí un panfleto de una clínica de Boston. La directora era una buena amiga con una larga trayectoria en estos casos. Sabía que no debía hacerlo, que lo correcto era consultarlo con Susan y dejar que ella, como jefa del departamento, se hiciera cargo de la situación, pero había verdadera desesperación en los ojos de Luca. Esa chica, fuera quien fuera, le importaba—. Tú también deberías leerlo, por si acaso. Y, además… —Extraje un par de preservativos, que él miró con horror—. Esto prevendrá futuros problemas *hipotéticos*.

—Ya le he dicho que no soy…

—Lo sé, pero nunca se sabe. —Asintió conforme, y me puse en pie para acompañarlo a la puerta—. Mantenme al tanto, por favor.

—Descuide.

—Y Luca, si ella necesita más ayuda, dile que me llame. —Garabateé mi número en un trozo de papel y se lo metí en el bolsillo de la americana—. Cuando sea, a la hora que sea.

Después de aquella visita inesperada, fue imposible volver a concentrarme. Me fastidiaba no saber quién era la chica para poder ayudarla mejor, pero, si lo que había dicho Luca era cierto y eran tan amigos como para confiarle un secreto así, solo podía ser alguien cercano, de su clase tal vez. No me encajaba demasiado, puesto que Luca apenas se relacionaba con nadie que no fuera Maya o el equipo de remo, pero el problema era real y, si salía a la luz, se acabaría Ashford Hall para la muchacha.

24

Andrew

El administrador tendrá la potestad de controlar la adquisición de suministros, alimentos, equipamiento y/o cualquier material necesario para el buen desarrollo de las funciones del personal.
Normativa de la Junta de Administración.
Apartado 1, punto 4

La puerta del aula de proyectos de la primera planta de Northbridge Hall estaba abierta de par en par y la voz de Nora me llegó alta y clara desde las escaleras. Ezequiel me había dicho que la encontraría allí ayudando a la profesora Yang con los alumnos de undécimo, y aunque mi propósito al pasar por su despacho podía esperar, no pude resistir la tentación de ver cómo se relacionaba con los estudiantes en mitad de una clase.

—El proyecto comunitario es obligatorio para todos, señor Attempby. Forma parte de su formación como estudiante y como persona —le explicó al chico mientras repartía algunos formularios—. A no ser que usted no se considere ninguna de las dos cosas, claro.

Las risas sonaron a coro y las mejillas de Bobby Attempby, uno de los amigos de Luca, se pusieron rojas de vergüenza.

Patty Yang anotó un par de temas en la pizarra y se aclaró la garganta antes de tomar la palabra.

—Tal y como ha señalado la señorita Clark, la iniciativa comunitaria forma parte de vuestro compromiso con Ashford Hall y con la comunidad. Y no, pagar para que alguien vaya a hacer compañía a los ancianos del asilo no es un proyecto comunitario. ¿Ha quedado claro? —Hubo un murmullo de disconformidad, que la profesora Yang atajó con un par de palmadas al aire—. Deberán seleccionar un tema de los que hay en la pizarra. Pongan sus datos en el formulario que tienen delante y escriban por qué les gustaría

dedicar sus veinte horas de servicios a ese tema en concreto. Y, por favor, no hagan que quiera arrancarme los ojos. Cuiden su escritura, su vocabulario y pónganle sentimiento. Empiecen.

El silencio en el aula se rompió con los dos estornudos que sacudieron a Nora de pies a cabeza. Musitó una disculpa a nadie en particular y se ajustó el pañuelo que llevaba al cuello para protegerse la garganta. No tenía buen aspecto. Ocupó la silla vacía que había junto a Luca y se sonó la nariz con recato.

De pronto, mi sobrino le susurró algo al oído y ella levantó la cabeza con un movimiento brusco.

—¿Vigilando al personal, señor Woodward? —me preguntó al acercarse, y tosió varias veces—. Si no me matan las tonterías de algunos alumnos, me matará el catarro. ¿Qué haces aquí?

—Tenía que hablar con el profesor Sherman sobre los nuevos ordenadores para el aula de tecnología, pero no lo he encontrado. ¿Y tú qué haces aquí? Estás enferma.

—Jeff tiene gripe y Patty me ha pedido que le eche una mano con los de undécimo y el proyecto comunitario. No tengo consulta con ningún alumno hasta mediodía, así que… ¿Vais a comprar nuevos ordenadores para el aula de tecnología? ¿No podrías incluir uno para mi despacho en el presupuesto? El mío empieza a dar muchos problemas. Creo que tiene tantos años como este edificio.

Tosió una vez más y se sacó un pañuelo del bolsillo de la sudadera para sonarse la nariz. La tenía roja e irritada, al igual que los labios. Dios, esos labios…

—Cancela la agenda y vete a casa. Estás hecha un asco y, cuanto más tiempo pases aquí, más probabilidades hay de que contagies a alguien.

—Solo es un poco de tos y mocos, no es el ébola —se defendió —. Iré a ver a la enfermera, me tomaré un par de analgésicos y como nueva. Además, esta noche tengo una cita inaplazable.

—¿Qué tal fue la del sábado? ¿Te gustó la ópera?

—Oh, sí. Me encantó *La Traviata*. Fue preciosa.

—¿Y el restaurante francés? —Cualquiera diría que sentía verdadera curiosidad.

—Todo muy bueno, sí.

«Mentirosa», quise decirle. No fue a la ópera ni a cenar. No salió del apartamento. Le pedí a John que no se moviera de allí hasta que la viera subir al coche del profesor de Literatura, y nadie se presentó. Hubiera entendido que cancelara la cita después de reconocer que le dolía la cabeza, tal vez se quedó dormida y se le hizo tarde. Pero ¿por qué me mentía?

Era preocupante.

—Entonces, ¿has quedado con Klaus esta noche también? —curioseé.

—Se llama Karl, y no, mi cita no es con él. Tengo un millón de informes de seguimiento académico sin terminar y Blackwell los quiere en su despacho mañana a las nueve en punto. Voy a atrincherarme en alguna sala de estudio hasta que se me caigan los ojos.

—Con ese catarro te quedarás dormida antes de terminar con el primero.

—Me subestimas, Woodward. —Detestaba que me llamara así, era impersonal—. Tengo mis armas secretas contra el cansancio: antigripales, café y chuches. —Se sacó un palito de regaliz rojo del bolsillo y le dio un mordisco. Era la niña más feliz del vecindario cuando se acercaba Halloween—. Puedo con esto.

—Vete a casa. Blackwell entenderá que te retrases en la entrega si estás enferma. —Nora levantó una ceja y se cruzó de brazos, suspicaz—. Vale, no lo entenderá, pero ya me encargaré yo de él.

—Cuidado, señor Woodward, van a pensar que se preocupa por mí —se burló, pero a mí no me hizo gracia y, al darse cuenta, le dio otro mordisco al regaliz y chasqueó la lengua—. No es tu problema, puedo ocuparme yo sola.

25

Nora

Artículo 4: Respeto a la persona. Todo estudiante deberá comportarse con respeto hacia sus compañeros, docentes, personal y visitantes, absteniéndose de cualquier forma de agresión verbal, física o psicológica.
Reglamento de estudiantes de Ashford Hall.
Capítulo II: Normas generales de convivencia

—Nora, nos vamos todos, ¿te vienes? —Patty se apoyó en la mesa, a mi lado, y esperó a que terminara de teclear los últimos datos de un nuevo informe. Había perdido la cuenta de los que llevaba, pero sabía que la noche iba a ser larga—. Si necesitas que me quede a echarte una mano… Te debo una por lo de esta mañana.

—Ni hablar. Vete. Con que una de nosotras muera trabajando es suficiente. —La gratitud se reflejó en sus ojos rasgados—. Avisa al guarda de seguridad por mí, por favor. Dile que estaré un rato más aquí encerrada.

Le hice un gesto para que se fuera de una vez y esperé hasta quedarme sola para desperezarme contra la cómoda butaca de piel de aquella sala de reuniones. Nunca había estado allí, pero ahora entendía por qué los profesores pasaban tantas horas en ella: era preciosa. El mobiliario estaba un poco anticuado y la lámpara que había sobre la mesa era estilo hotel de montaña, pero era cálida, confortable y tenía una maravillosa máquina de café expreso que molía el grano en el momento y formaba un dedo de espuma en cada taza. Una delicia.

El silencio de Northbridge Hall me produjo mucho respeto y un poco de aprensión. No quedaba nadie en el edificio, salvo el guarda de seguridad en la planta baja. Podía oír el murmullo de su televisión desde allí. Aun así, preferí ponerme un poco de música en los auriculares para hacer la noche más amena. Me preparé otro café, le

di un mordisquito a uno de los cruasanes de mantequilla que habían sobrado —cortesía de Wilhelmina Sweeney, la profesora adjunta de Matemáticas— y disfruté de un ratito con Harry Styles al oído antes de zambullirme de nuevo en el apasionante mundo de los informes psicopedagógicos.

Estaba tan concentrada y tan embelesada con la voz del cantante británico que no oí a la persona que me llamaba desde la puerta de la sala de reuniones y grité a pleno pulmón al sentir la mano que me tocó el hombro.

Andrew se asustó, pero fui yo la que saltó dos palmos por encima de la butaca y casi aterriza en el suelo.

—¡¿Te has vuelto loco?! —exclamé con violencia, y lo empujé para ponerme en pie—. ¡Joder! ¡No vuelvas a hacer eso jamás! —Me golpeé el pecho con el puño varias veces. Estaba segura de que el corazón se había saltado media docena de latidos antes de volver a funcionar—. Por el amor de Dios, casi me matas del susto. ¿Es que no has visto que tenía los auriculares puestos?

—Te he llamado y no contestabas, ¿qué querías que hiciera si no?

—¡Y yo qué sé! —Di un par de vueltas por la sala para tranquilizarme. El pulso me martilleaba en los oídos—. No le hagas eso a nadie a no ser que quieras matarlo, de verdad. Creo que se me va a salir el corazón por la boca. ¿Qué coño haces aquí a estas horas?

—Estaba en mi despacho, vi luz en esta sala y supuse que estarías aquí. El de seguridad me lo ha confirmado. Es un tipo agradable.

Lo era, y también relajado. No se dio mucha prisa en subir para ver por qué gritaba. Y después, cuando comprobó que todo estaba en orden, hizo un par de bromas relacionadas con muertos vivientes que ni Andrew ni yo entendimos.

—Estaré abajo si me necesitan.

Andrew sacó el portátil del maletín y lo dejó al otro lado de la mesa, donde no alcanzaban los expedientes que yo tenía desperdigados. También llevaba una mochila, de la que extrajo un segundo ordenador más pequeño, un teléfono adicional, un par de

blocs de notas y una tableta electrónica, que emitió una bonita melodía al conectarse. Colgó la chaqueta en el respaldo de una silla, se aflojó la corbata y giró la cabeza a un lado y a otro para destensar los músculos del cuello.

—¿Es que piensas quedarte aquí?

—Sí, ¿algún problema? —Echó un vistazo a la bandeja de repostería, pero no cogió nada—. Es absurdo que estemos trabajando cada uno en un edificio diferente si podemos hacerlo juntos, ¿no te parece? Además, el café de esta sala es increíble.

«Es una mala idea. Es una mala idea», repetía una voz chillona en mi cabeza.

Pero ¿cómo iba a decirle que se largara? No quería ser grosera.

—Tú sigue a lo tuyo. No te enterarás de que estoy aquí. —«¿Qué te apuestas a que sí?»—. Si tengo que hacer alguna llamada, saldré al pasillo para no molestarte.

El problema no eran las llamadas, el sonido de sus dedos al teclear, los golpecitos de la taza cuando la dejaba en la mesa o el ruido de los papeles que movía de un lado a otro. El problema era su olor, que impregnó la sala a los pocos minutos de sentarse; su mirada, que sentía fija en mí cuando rumiaba algún dato inconexo; su pelo despeinado, con ese mechón insurgente que le caía sobre las gafas; y la curva de sus labios cada vez que se sentía satisfecho.

El problema era él, simplemente.

Intenté centrarme en los resultados de los test de capacidad de los alumnos y en la redacción de cada informe como si Andrew no estuviera allí. De tanto en tanto me pedía permiso para hablar por teléfono y se colocaba unos cascos inalámbricos, que formaban parte del equipo de trabajo. Se quitaba las gafas con frecuencia y se presionaba los ojos para reducir la tensión; era en esos momentos en los que buscaba captar mi interés y yo fingía que no sucedía nada.

—¿Has comido algo hoy que no sean cruasanes o caramelos? —preguntó después de que mis tripas rugieran de una forma muy humillante—. El café tampoco cuenta.

—He estado ocupada —respondí sin prestarle demasiada atención.

—Nora.

—¿Mmm? —Levanté la vista de la pantalla—. ¿Qué?

—Tienes que comer. Voy a llamar para que traigan algo. ¿Qué te apetece?

—Lo que sea, me da igual.

Aprovechó una escapada al servicio para ordenar la cena y, al regresar, se detuvo a mi espalda para ver qué me tenía tan concentrada. Incluso apoyó una mano en la mesa e inclinó el cuerpo invadiendo mi espacio.

—¿Qué es lo que Blackwell quiere que le pongas en estos informes?

—Depende —respondí—. Esto solo son informes de orientación educativa. Incidimos en el desarrollo integral del estudiante y se incluyen aspectos cognitivos, emocionales y sociales para identificar posibles dificultades de aprendizaje y recomendar estrategias de intervención a las familias. Esto solo se aplica a los alumnos de sexto y séptimo, a los pequeños.

—¿Y a los demás? —Me rozó el hombro al estirar la mano para señalar el informe de Luca—. Este de aquí me suena mucho.

—Sí, Luca también tiene un informe de orientación educativa por ser nuevo, pero con un plus. Su tendencia a meterse en líos también es objeto de estudio e implica un informe psicopedagógico, que no deberías ver por el momento. —Aparté el documento de su alcance y lo guardé en una carpeta—. Luego están los de seguimiento que se hacen al finalizar el primer semestre junto con los de evaluación, y también los dictámenes de escolarización para los estudiantes con problemas de adaptación, los que se envían a las familias…

—Es decir, te pasas el día haciendo informes.

—Tampoco es tanto si lo miras bien. —Le señalé las tablas que tenía abiertas en la pantalla y le mostré cómo correlacionaban los datos—. La información de las sesiones y de los test se van metiendo en el ordenador y luego solo hay que hacer las interpretaciones. Susan se encarga de los casos más complicados y yo, del resto. —No sabría decir en qué momento las manos de Andrew acabaron en mis hombros y empezaron a masajearlos, ni

cuánto tardé en aceptar que era el mejor masaje que me habían dado en años. Cerré los ojos de manera involuntaria, se me escapó un ronroneo, y de pronto, volví a la realidad: aquello no estaba bien —. Yo… me he dejado el antigripal en el bolso, abajo. Vuelvo enseguida.

Me infundí calma con cada paso que me alejaba de la sala de reuniones. Para cuando llegué al despacho, respiraba con normalidad y mis pensamientos volvían a ser lógicos. No había nada malo en que Andrew me diera un masaje. Éramos amigos. Los amigos se ayudaban, se hacían compañía, se preocupaban por si habías cenado… ¡Ay, Dios! Pero ¿por qué me sentía de mantequilla cuando estaba tan cerca? No había nada reprochable en su actitud y, aun así, cada gesto, cada movimiento, me encendía la piel y me asustaba al mismo tiempo.

Esperé unos cuantos minutos más hasta estar segura de que podía hacer frente a la situación. Me quedaban muy pocos informes por completar. En una hora o dos estaría de vuelta en casa, en mi cama, y la noche habría terminado.

El guarda de seguridad recogió el pedido de comida en la entrada exterior del recinto. El olor me hizo salivar y la curiosidad me pudo, pero me quedé inmóvil en la puerta de la sala al ver lo que había dentro de las bolsas.

—¿Has pedido sopa?

—De pollo y verduras, sí. Y tallarines —respondió. Mi gesto de incredulidad le pareció divertido. Cogió las dos bolsas y depositó el contenido en el extremo de la mesa que no habíamos ocupado—. También hay un trozo de pastel de chocolate y fresas. He pensado que te gustaría.

Se lo agradecí con una sonrisa a medias y tomé asiento a su lado. La sopa estaba deliciosa, llevaba una bolsita de picatostes de sabor ahumado que le daban al caldo un toque especial y crujiente. Casi no pude terminármela, pero Andrew se empeñó en que probara los tallarines y, para cuando terminamos, no me quedaba hueco para la tarta.

—Come, lo necesitas. No puedes vivir del aire.

—No vivo del aire, y no me trates como si fuera una niña. Si pruebo la tarta, vomitaré.

Andrew se llevó una cucharada del pastel a la boca y se le quedó un poco de cobertura cremosa en la comisura. No apartó la mirada de mis ojos cuando sacó la lengua para limpiarse ni cuando relamió la cucharilla de plástico hasta dejarla reluciente. Me humedecí los labios sin darme cuenta y él inspiró con brusquedad y cerró los ojos.

—¿Por qué estuviste tan poco tiempo en Ashford Hall? —Pensar en otra cosa, desviar la atención, formular preguntas que disiparan pensamientos inadecuados… Él también agradeció el cambio de registro. Lo noté en la tensión de su mandíbula.

—No había un tío Andy que me pusiera en mi sitio cuando me pasaba de la raya —respondió—. Tampoco había una señorita Clark que me comprendiera.

«Oh, vaya». Eso fue… precioso.

—¿Cuántos años tenías?

—Dieciséis, como Luca. —Jugueteó con la cucharilla mientras yo esperaba con expectación a que continuara—. Digamos que no estaba en mi mejor momento.

—¿Por qué?

—¿No tienes que terminar informes?

«Indirecta captada», pensé. No quería hablar del tema. Bien, no era un muchacho al que tuviera que engatusar para que me contara su pasado. Podía vivir con ello.

Me puse en pie para recoger los envases de la cena y volver a los malditos informes, pero Andrew me sujetó la mano para que lo dejara estar. El contacto fue brusco, pero sus dedos me tocaron con delicadeza. Un escalofrío me erizó la piel de todo el cuerpo y volví a sentarme para que no viera cómo me temblaban las piernas.

—Tenía dieciséis años; Hamilton, veinticinco. Él ya trabajaba con mi padre antes de terminar la carrera y no le afectó tanto que se separaran. Pero para mí fue como si el mundo se fuera a la mierda, ¿sabes? —No, no lo sabía, pero podía percibir su dolor en las palabras—. La casa se llenó de gritos, de reproches, de peleas. A veces me despertaba en mitad de la noche y los oía, y no podía

soportarlo, así que empecé a salir, a beber y a hacer el gilipollas. Me expulsaron del instituto al que iba y, luego, de otro nuevo a las dos semanas.

—¿A las dos semanas? —me horroricé—. ¿Qué hiciste para que te expulsaran a las dos semanas?

—Digamos que me apropié de algo que no era mío y se lo vendí a unos tíos que estaban interesados. Me pillaron, claro está, y me libré de los cargos porque es lo que hacen los padres con dinero: te limpian la vida. —El sarcasmo decía más que la historia en sí. El dinero que Hamilton Woodward había desembolsado a Ashford Hall para que la travesura de la fiesta no apareciera en el expediente de Luca era *vox populi* entre el profesorado—. Mi padre pensó que estando recluido en un colegio no tendría oportunidad de joderme más la vida, o de jodérsela a él, así que obró su magia y terminé en nuestro querido Ashford Hall.

—¿Y luego?

—Luego, nada cambió. Yo seguía siendo un capullo, ¿y sabes lo que pasa cuando recluyes a un capullo con tanta rabia dentro que es capaz de cualquier cosa para llamar la atención?

—Ay, Dios, ¿qué hiciste?

—Le di una paliza a uno de último curso en la biblioteca, uno de los muchos Jonathan Dreyfus que hay en el mundo. —Se pasó un dedo por la ceja partida, recuerdo de su hazaña.

—Pero ¿por qué? —Me hubiera comido a besos la sonrisa a medio camino entre la timidez y la fanfarronería que me regaló.

—Nadine Fletcher, y no pienso contarte nada más.

—¿La chica de la biblioteca? ¿Te jodiste la vida por una chica?

—No me jodí la vida, Nora. Conseguí que me sacaran de aquí, no hubo castigo. Mis padres estaban demasiado ocupados divorciándose a lo grande. Alguien determinó que, si era un pandillero de medio pelo, era justo que estudiara con los de mi clase y me matricularon en un instituto público con gente normal.

—Y allí conociste a mi hermano.

—Y allí conocí a Brandon, sí. El resto ya lo sabes.

No, eso era lo que él pensaba, que conocía toda la historia, pero se olvidaba de que por entonces yo tenía doce años, era un cero a la

izquierda en mi familia, la niña con sobrepeso, el barrilito de la casa, la gordinflona del cole. Nunca entendí por qué todo el mundo le hacía más caso al amigo de mi hermano que a mí; por qué nadie castigaba a Brandon por llegar borracho, pero a mí me mandaban a mi cuarto sin cenar por comerme dos terrones de azúcar; o por qué Lilianne salía de puntillas cada mañana del cuarto de invitados cuando el amigo de mi hermano dormía en casa. No entendía por qué mamá se quejaba de las pintas de Andrew, pero le acariciaba el pelo cuando él le sonreía. A mí me daban palmadas en las manos para que no me comiera otra tostada con mermelada.

Odié mucho a Andrew al principio, lo odié tanto que puse chinchetas bajo las sábanas de la cama que había hecho suya. Él nunca dijo nada. Creo que por eso me enamoré de él.

—¿En qué piensas? Te has quedado muy callada.

Metió los envases de cartón y los vasos de corcho de la sopa en una bolsa sin dejar de prestarme atención. No podía decirle lo que pensaba, porque implicaba desnudar mis emociones y no estaba preparada.

Sentí una profunda pena por el chico que fue, similar a la que me invadía cuando Luca me hablaba de sus sentimientos. Era innegable que Andrew no había superado ese dolor de la adolescencia, había sufrimiento en sus ojos y destilaba rencor al hablar de su padre. Quería salvar a Luca de atravesar el mismo infierno en el que vivió él, como si lograrlo fuera a curar también sus heridas.

Ser el héroe de su sobrino no lo ayudaría. Luca estaba librando sus batallas, ¿cuándo dejaría Andrew de evitar las suyas?

—Pienso que es hora de volver al trabajo —dije al fin.

26

Andrew

Es obligación moral de todo el personal mantener una conducta profesional, ética, decorosa y respetuosa con estudiantes, colegas, superiores y terceros dentro y fuera de las instalaciones.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición I, art. 8

No había visto nunca a nadie sentarse en una postura tan extraña y parecer cómoda. Se abrazaba una pierna con una flexibilidad deslumbrante y daba golpecitos en la pata de la mesa con la rodilla de la otra al mismo ritmo que el lapicero punteaba los resultados de algún test. No podía concentrarme en nada que no fuera Nora, en cuánto le molestaba el pelo, en cómo se lo retiraba hacia atrás con un gesto que ya formaba parte de su manera de ser, en esa horrible manía de mordisquear el lápiz o la uña del pulgar, con la que pagaba su frustración.

Pasaban las diez de la noche cuando me levanté para prepararle un café, el tercero desde que estábamos allí. Se quedaba absorta en la pantalla del ordenador con facilidad, bostezaba contra la mano con disimulo y me sonreía cuando se daba cuenta de que la estaba mirando.

—La mejoría de Aila Maveston ha sido increíble, pero Katy Radcliff… ¡Uuf! Como no remonte en los parciales, no sacará nota para entrar en una buena universidad —comentó como al descuido.

No me interesaba hablar de ninguna alumna en ese momento, no cuando ella estaba en pleno estiramiento de espalda, con los brazos bien tensos hacia el techo. Se le subió la camisa, su abdomen quedó a la vista y yo contuve la respiración hasta que volvió a la postura natural, hasta que se dio cuenta de que volvía a contemplarla con demasiada intensidad.

Era una maldita tortura, pero no deseaba estar en ninguna otra parte.

—¿Ese café es para mí?

Asentí sin quitarle el ojo de encima. Luego, se acercó a la máquina y estiró el brazo para alcanzar el cesto de los azucarillos. Se me escapó un gruñido al percibir su olor.

—¿Qué? —Echó tres terrones al vaso de cartón y removió despacio con una cucharilla de plástico, que se llevó a la boca al acabar—. Soy adicta al azúcar, no puedo evitarlo.

No se daba cuenta de lo provocadores que eran sus movimientos ni de las ganas que tenía de saborear el café en sus labios. Eso debió de ser una señal suficientemente potente para alejarme de ella, pero estaba anclado al suelo, de pie, observando cómo recuperaba el trozo de tarta que no se había comido antes.

Gimió de gusto con el primer bocado. Estaba perdido. Con el segundo, se manchó los dedos y se los limpió a lametones, entre cohibida y risueña.

Con el tercero, no pude resistirlo: le sujeté la mano y fue mi boca la que se comió el trozo de tarta que sostenía en la cuchara.

—¡Eh! Eso era mío —protestó—. Si quieres un poco…

—No quiero un poco —dije con la voz ronca—. Lo quiero todo.

Su jadeo fue directo a mi entrepierna; su mirada se quedó en la mía. Podía acabarse el mundo mientras hubiera un lugar para mí en sus ojos. La pasión, el deseo, el anhelo, la necesidad… todo estaba ahí, en la profundidad de un color tan excitante como el *whisky*, tan caliente como el licor deslizándose por la garganta. Intentó apartarla, pero no se lo permití. La sujeté del mentón con suavidad, le di la oportunidad de rechazar mi contacto, y no lo hizo. Se quedó. Me dejó leer todas sus ganas y yo le mostré mis intenciones. Dios sabía que no había forma de parar lo que estaba a punto de suceder.

—Dijiste que no volvería a pasar —musitó, y acomodó la mejilla en la palma de mi mano como si buscara la caricia.

—Mentí.

—Lo prometiste —insistió, pero sus ojos se cerraron cuando le rocé los labios con el pulgar.

—Tenía los dedos cruzados.

—Andrew, esto no está bien. —Le acaricié la oreja con la nariz y aspiré su perfume hasta asegurarme de llevármelo conmigo—. No está bien.

—No, no lo está. —Deposité un ligero beso en la comisura de sus labios y ella me buscó la boca—. Solo quiero besarte una vez.

—Una vez —jadeó, y frotó su nariz con la mía. Nuestras respiraciones se cruzaron y salivé de ganas—. Solo una, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo.

—¿Tienes los dedos cruzados?

—Siempre —respondí antes de besarla.

Antes de besarla a conciencia, con todos los sentidos alerta para descubrirla en cada gemido, en cada suspiro que me bebía de ella. Le dio la bienvenida a mi lengua con una ferocidad que me dejó aturdido y me animó a continuar, a sujetarla de la nuca, a pegarla a mí para que percibiera el efecto que tenían sus besos. Sabía a café, a chocolate, a pecado, y me apreté contra ella hasta que la falta de aire la hizo cambiar de posición.

Se desató la locura. Labios, dientes, lenguas y toda una infinidad de combinaciones entre ellos avivaron las ansias de morder, chupar y saborear cada rincón de esa boca dulce y picante que me había martirizado desde que la probé por primera vez.

Solo era un beso, un momento de locura aderezado con caricias y roces, una forma de recordarnos que no podía volver a pasar, aunque estuviera pasando y ninguno de los dos pudiera detenerse. Yo no quería parar. Ella tampoco. Lo noté en cuanto mis manos rozaron la piel desnuda de su cintura por debajo de la camisa y su cuerpo se estremeció. Al llegar a la curva del pecho, rocé el sujetador y maldije.

—Quiero tocarte —le susurré al oído, al tiempo que le lamía el lóbulo y me atrevía un poco más por encima del encaje—. Déjame tocarte, Sugar.

—Hazlo.

Se desabrochó los botones para mí y ataqué su boca de nuevo. El placer de quitarle el sujetador fue todo mío, adoraba el instante en que la piel era piel sin ninguna barrera entre sus pechos y mis

deseos. No le dije que era preciosa, que era perfecta, que era increíble. No le dije nada de lo que ella deseaba oír. Se lo demostré. Aparté un par de butacas y la senté en la mesa con un movimiento brusco. La cubrí de besos del cuello al hombro mientras mis nudillos perversos se frotaban contra la dureza de sus pezones. La piel erizada pero cálida; la carne prieta, excitada; el vaivén de su respiración la acercaba y la alejaba de mi lengua mientras su cabeza caía hacia atrás para facilitarme el camino.

Siguieron más besos húmedos por su esternón hasta el abdomen y me gustó que enredara los dedos en mi pelo para tirar de mí de regreso a los pechos. Ella me quería allí y yo iba a complacerla.

—Exigente, sí.

Ahogó un gritó al sentir mis dientes en su pecho y al calmarla con la lengua, y volvió a gemir cuando succioné al tiempo que le pellizcaba el otro pezón. Los músculos de su abdomen se contrajeron, la falda se le subió por encima de las rodillas cuando abrió las piernas para darme acceso a ella y me imaginé cómo de húmedas estarían sus bragas para que el aroma de su excitación fuera tan intenso. Quería hundir la nariz en medio de esas piernas, besarla ahí mismo, mordisquear su clítoris hasta llenarme la boca con su orgasmo. Pero cada cosa tenía su tiempo, y yo pensaba recrearme en cada paso.

—Creo que será mejor que cerremos la puerta —advertí. Le mordí el labio inferior antes de separarme de ella para bloquear la manivela—. No soporto las interrupciones cuando estoy ocupado.

Se tomó su tiempo para desabrocharme la camisa con una sonrisa lujuriosa. Sus manos pedían tocarme a placer y ser las dueñas de mis reacciones mientras yo, incapaz de quedarme quieto, me daba un festín de piel y sudor en su boca y en sus pechos. Estábamos abocados a la perdición, cada segundo nos empujaba hacia un punto de no retorno que no nos convenía traspasar.

Mi control de la situación la desesperó. Las caricias en el interior de los muslos eran una provocación perversa, y cuanto más me aproximaba a su sexo, más calor percibía y más se excitaba ella. Buscaba el contacto con movimientos de la pelvis, estaba tan

encendida que un simple roce la habría hecho estallar. Y pensaba dárselo, pero, cuando echó mano al botón de mis pantalones, me aparté como si me hubiera quemado.

No podía hacerlo.

Respiré hondo varias veces mientras ella me acariciaba el pecho con las uñas y se mordía el labio para tentarme. No le hacían falta esas artes para seducirme, ya me tenía, pero debíamos parar, y le sujeté las manos con cuidado para apartarla de mí.

—No quiero complicar las cosas.

Fue como un jarro de agua fría. Al principio solo parpadeó, pero, cuando se dio cuenta de lo que significaba, fue ella la que se echó atrás para apartarse de mí.

—Un poco tarde para eso, ¿no crees?

Se miró los pechos y chasqueó la lengua antes de bajarse de la mesa para recuperar el sujetador y la camisa.

—Nora…

—Vaya, vuelvo a ser Nora —murmuró, decepcionada—. ¿Es por algo que he hecho o tienes la costumbre de dejar a las mujeres a medias?

—Ya te lo he dicho: esto complica las cosas entre nosotros y no voy a cometer ese error. No quiero malentendidos.

—¿Malentendidos? —receló, pero lo vio claro de inmediato—. Vale, crees que voy a enamorarme de ti. —Asentí y ella rio con desdén—. Dios, no me había dado cuenta de lo engreído que eres. O sí, pero no quería creerlo. Te diré algo que ese ego inflado no te deja ver: algunas mujeres sabemos separar el sexo de lo demás.

—Tú no. Te conozco.

—¡No me conoces una mierda, Andrew! —Se puso la ropa con movimientos violentos mientras me lanzaba puñales con los ojos. La melena despeinada, los labios inflamados, el cuello marcado de mis besos… Me perseguiría en sueños el resto de mi vida—. Te has creído que soy una niñita que descubrió a los hombres ayer y se te olvida que llevo desde los dieciocho años fuera de casa, viviendo mi vida. Pero no te preocupes, puedes seguir en tu papel protector, que ya encontraré la forma de terminar lo que has dejado a medias.

27

Nora

7. No necesitas tener las palabras perfectas, solo las ganas de hablar.
No hace falta que lo expliques todo bien. Si tartamudeas,
te atascas o usas palabrotas, te ayudaremos igual.
Decálogo de la buena confidente de Nora Clark

No veía el momento de salir de allí. Tenía que ordenar los expedientes y organizar los informes, recoger mis cosas y borrar todo resto de tarta, café, cena y deseo. Sobre todo, de lo último.

«Capullo, gilipollas», pensé mientras golpeaba las carpetillas contra la mesa. ¿Cómo podía ser tan arrogante?

Andrew me miraba, con las manos en los bolsillos, apoyado la puerta. Ni siquiera se había molestado en abrocharse la camisa. No tenía que esforzarse mucho para parecer un maldito dios del sexo ni para que lo deseara como una idiota, a pesar de haberme dejado a medias. Los ojos me traicionaban y lo buscaban, pero me aseguré de que no viera ni un ápice de súplica en ellos. Tampoco el escozor de la herida que había abierto.

—¿Puedes parar un minuto y hablar conmigo?

—¿Para qué? Ya has dicho lo que piensas y yo no soy buena compañía cuando estoy cabreada. Me largo, he terminado aquí. —Si es que conseguía que se apartara de la puerta—. De verdad, no sé qué más quieres de mí.

—Quiero que me digas que lo has entendido.

—¿El qué? ¿Que no quieres complicarte la vida? ¿Que solo buscas un polvo rápido? ¿Que te crees el ombligo del mundo? ¡Me ha quedado clarísimo! —exclamé, furiosa—. Como si fuera a obligarte a casarte conmigo, por favor —bufó—; ni siquiera me interesa una relación ahora mismo. Puedes dormir tranquilo,

Andrew, no vas a romperme el corazón. Por mí como si te follas a todas las morenas de piernas largas vestidas de Gucci de la ciudad.

—¿Morenas de piernas largas vestidas de Gucci? —se sorprendió.

Lo último que esperaba era que se riera. Fue el colmo. Su risa sonaba diferente, más profunda, tan sensual que estuve a punto de olvidar por qué estaba enfadada.

—No sé qué te parece tan gracioso, pero abróchate la camisa de una vez y ve a reírte a otra parte.

—Tú, cariño; tú eres graciosa. No te pega nada decir palabras como follar, ha sido interesante.

—Es otra de las cosas que no sabes de mí: cuando me cabreo, soy muy malhablada. Y no vuelvas a llamarme cariño. Es ridículo.

—En cuanto a la morena vestida de Gucci…

—Solo era un ejemplo.

—Un ejemplo muy concreto —puntualizó—. Nos viste en la regata, ¿verdad? ¿Por eso estabas tan afectada?

—¿Perdona? —La indignación convirtió mi voz en un chillido agudo—. ¿Acabas de preguntarme si…? Joder, Andrew, cuando pensaba que no podías ser más gilipollas, vas y te superas. Apártate de la puerta, quiero irme.

Se movió despacio. Paso lento, pose relajada, sonrisa indolente y la expresión petulante de quien conoce los secretos de su adversario y los atesora para utilizarlos en el mejor momento. Volvía a mirarme como si fuera su postre preferido y a mí me ardía el cuerpo por tener su boca pegada a la piel.

—Tengo un ego enorme, cariño.

—No me llames «cariño».

—¿Mejor Sugar?

—Gilipollas —mascullé.

—¿Qué otras palabras dices cuando te enfadas? —quiso saber mientras se acercaba como un tigre al acecho. Me rodeó sin tocarme y lo sentí en la espalda cuando susurró—: Quiero oírlas.

—Joder —musité, un poco cohibida y muy excitada.

—Bien, ya tenemos follar, joder… ¿Algún sinónimo más? ¿Alguna parte implicada en ambos verbos, tal vez? —Siguió dando vueltas a

mi alrededor, contemplándome como si estuviera desnuda. Me pasó una mano por la espalda, muy cerca del trasero, y percibí su aliento en mi oreja—. A mí me gusta decir «coño». Me encanta la palabra, ¿y a ti?

No, a mí no, me parecía soez, pero en esos instantes no podía pensar con claridad. El cosquilleo entre los muslos era insoportable.

—Tengo que irme.

—¿Sabes qué otra palabra me gusta? —Me ignoró, y sus pasos me hicieron retroceder hasta que mi trasero dio con la mesa—. Quizá te sorprenda, pero es «boca». Me gusta cuando «coño» y «boca» están juntos, ¿y a ti?

¡Jesús! Iba a entrar en combustión como siguiera hablando así.

Asentí una vez más y cerré los ojos. Me había ruborizado de pies a cabeza y no quería ver cómo Andrew se burlaba de mi pudor.

—¿Quieres oír cómo suena la combinación de tus palabras con las mías, Sugar? —Me apartó el pelo de la frente con suavidad. El roce de sus dedos me robó una bocanada de aire—. Abre los ojos. —Obedecí y me humedecí los labios, que se me habían resecado de pronto—. Voy a follarte el coño con la boca, Sugar. Suena bien, ¿verdad?

—Joder —jadeé.

—Sí, eso también, te lo aseguro.

No hubo más palabrería. Andrew tiró mi mochila al suelo y estrelló sus labios contra los míos. Fue como prenderle fuego a una corriente de gas. Tan pronto nos besábamos como nos quitábamos la ropa hasta volver al punto donde nos habíamos quedado, pecho contra pecho, piel contra piel. El fino vello oscuro de sus pectorales me cosquilleó en los pezones y sus ojos captaron el momento en que pasaban de un color ciruela a otro más oscuro. Los lamió y mordisqueó una y otra vez, enviando dulces punzadas de dolor a mis terminaciones nerviosas y al centro de mi sexo.

Me faltó el aire cuando su mano fue directa a mis muslos y me aupó de nuevo sobre la mesa.

—De repente, me ha entrado mucha hambre, *cariño*.

Su habilidad para bajarme las medias en una caricia fue sorprendente. Andrew, de rodillas delante de mí; yo, con la falda

arremolinada en la cintura; la suavidad de sus manos al ayudarme a sacar un pie, luego el otro. Las bragas siguieron el mismo camino y me sentí tan expuesta que estuve a punto de cerrar las piernas.

—¿Dulce o salada? ¿Qué vas a ofrecerme? —Dejó un rastro de besos en el interior de mis muslos y, de forma inesperada, deslizó un dedo entre mis pliegues y se lo llevó a la boca—. Mmm, joder. Esto es mejor de lo que me esperaba.

Luego todo fue tan intenso… Mi pierna en su hombro, sus ojos en los míos, la punta de la lengua asomando para rozarme, el primer contacto, la falta de aire, la ingravidez del deseo… Busqué algo a lo que aferrarme y solo encontré su pelo oscuro. Y, cuanto más me besaba, más me apretaba contra su boca; cuanto más me retenía, más quería moverme yo. Su lengua arrasó mi sexo, se recreó en el clítoris y encontró el camino al interior una y otra y otra vez.

—¡Andrew! —grité, presa de una fuerte sensación de angustia y placer, que se hizo más intensa al sentir la invasión de un dedo poderoso y caliente, muy caliente.

No pude aguantarlo y estallé sin remedio, grité y sollocé de gusto, y él me retuvo con una mano en el vientre mientras bebía de mí, mientras me barría el orgasmo más violento que había experimentado en mucho tiempo.

Terminé tumbada en la mesa, floja y sin voluntad. Su risa vanidosa penetró en mis sentidos y, si hubiera tenido fuerzas, le habría dado un manotazo por impertinente. Todavía se relamía cuando pronunció sobre mis labios:

—Ahora eres más Sugar que nunca.

28

Andrew

Los periodos vacacionales extraordinarios, así como las ausencias por motivos personales, se deberán comunicar a la dirección del centro con antelación para una efectiva organización del trabajo.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición I, art. 11

Me negué a que volviera a casa en bicicleta; no eran horas para circular sola por la ciudad, hacía frío y, por si no fueran suficientes motivos, no quería separarme de ella. La deseaba, y me la hubiera follado sobre la mesa de la sala de reuniones de no haber sido por el guarda de seguridad. Oímos el característico sonido de la máquina de refrescos al pie de las escaleras, era la hora de la ronda, y apenas tuvimos unos minutos para adecentarnos.

Cada vez que el Lexus se detenía en un semáforo, me miraba y se ruborizaba, y yo quería volver a besarla, tocarla, meter la mano entre sus piernas y acariciarla hasta que fuera mía de nuevo. Era adictiva y apasionada, intensa, mordaz y dulce. Joder, su sabor aún perduraba en mi paladar y me provocaba escalofríos de placer.

Estaba dormida cuando llegamos a su edificio y John me miró por el espejo retrovisor con una pregunta silenciosa: ¿me quedaba con ella o volvía a mi casa?

—Nora, hemos llegado. —La zarandeé un poco hasta que abrió los ojos y se fijó en dónde estábamos.

—¿Me he dormido? —preguntó, consternada. Su desconcierto era enternecedor—. Lo siento, no pretendía…

—Demasiado *trabajo*, señorita Clark. —Volvió a ruborizarse. Devolverles el color a sus mejillas era una satisfacción a la que podría acostumbrarme—. Ha sido una noche larga, estás cansada.

—Aún me quedan un par de informes por terminar. ¿Quieres…? —Le lanzó una miradita al chófer y se mordió la uña del pulgar—. ¿Quieres subir?

—Lo haría encantado, pero creo que será mejor que me vaya a casa y me ocupe de cosas más urgentes. —Sus ojos fueron directos a mi entrepierna y juro por Dios que estuve a punto de perder la cabeza. Leí en ella como en un libro abierto: estaba dispuesta a ayudarme con mis urgencias. Era deliciosa—. Asuntos de trabajo.

—Ah, vale. En ese caso… Buenas noches, Andrew.

—Buenas noches, Nora.

Dos horas después, viajaba por la interestatal de camino a Nueva York. Le mandé un correo electrónico a la junta desde el coche para avisar de que estaría fuera unos días, que había cuestiones importantes que requerían mi presencia en la empresa… Estaba huyendo como un cobarde. Necesitaba salir de Boston, la ciudad no era suficientemente grande para contener mis dudas acerca de lo que había hecho con Nora. Tomé la decisión más sensata: alejarme de ella, porque esa noche, en esa maldita sala de reuniones, había sucedido algo que no podía controlar, y las cosas fuera de control no tenían lugar en mi vida.

Mi estado de confusión y ansiedad no mejoró durante el trayecto en coche ni al llegar a mi apartamento de Park Avenue. Era como si una pata de elefante me estuviera pisando el pecho, culpabilidad mezclada con dos vasos de *whisky,* que me bebí sin respirar. Tampoco pude concentrarme en el despacho ni en la reunión que convocaron mis jefes para tratar la inclusión de varios nuevos clientes a la mañana siguiente. El señor Chase me comentó que Sanders Jenkins había solicitado una reunión conmigo y ese hecho, que debería haber mejorado el día, no hizo más que estropearlo.

«Cuide de esta muchachita, Woodward», fue lo que dijo, y yo lo había jodido todo.

—Ejem… ¿Andrew? Lamento interrumpir tus pensamientos, pero ¿crees que en algún momento entre la *vichyssoise* y el postre vas a contarme qué demonios te pasa? —me preguntó Giselle, un poco molesta. Dejó la servilleta a un lado del plato y se cruzó de brazos—.

No me dijiste que te ibas de Nueva York, me enteré de que estabas en Boston por tus jefes, organicé mi agenda para verte en la regata…

—Yo no tuve la culpa del contratiempo con tu caso.

—¡Ya lo sé! Pero te he mandado media docena de mensajes y no has respondido a ninguno. Y una semana después me llamas para comer y no me prestas atención. Si se me diera bien el drama, te tiraría una copa a la cara y saldría de aquí sin mirar atrás.

—Lo sé, lo siento, estoy distraído. —Le di la vuelta al teléfono para no mirar la pantalla y alargué la mano por encima del mantel para entrelazar mis dedos con los suyos.

Giselle era una buena amiga y algo más. Habíamos compartido muchos momentos intensos, pero ambos sabíamos dónde estaban nuestros límites. Ninguno de los dos buscaba una relación seria, nuestro trabajo era el único compromiso al que deseábamos atarnos. Era como yo. Su vida tampoco había sido un camino de rosas y no deseaba vínculos sentimentales que la convirtieran en el adorno de ningún hombre.

—Solo estaré unos días en Nueva York y me agobia no tener tiempo para todo lo que tengo que hacer.

—¿Has visto a Jackie? La semana pasada, cuando hablé con ella, tenía muchas ganas de verte.

—Sí, lo sé, me llama a todas horas. —Resoplé—. Iré esta tarde o mañana, no lo sé.

—Le hará ilusión verte, estoy segura —murmuró mientras se revisaba el esmalte de las uñas—. ¿Ahora vas a contarme quién es ella o vamos a seguir fingiendo que no hay nadie nuevo en tu vida?

—¿Qué?

—¡Ay, por favor! No te hagas el tonto conmigo, Andrew Woodward. Te conozco y nunca, jamás, te has comportado así. Además, tienes cara de que el problema sea una mujer. Así que dime, ¿quién es la chica?

—No hay ninguna chica —mentí—. Estoy agobiado, ya te lo he dicho. La relación de Luca y Hamilton me va a volver loco, no hay forma de que se entiendan. Yo no nací para ser tutor de un adolescente ni para soportar estas tonterías de la edad. Ya tuve

bastante con mi época diabólica, no quiero ver cómo Luca pasa por lo mismo.

Giselle no insistió en el tema, pero sabía que no la había convencido. Intenté disfrutar del almuerzo en su compañía sin mirar demasiado el móvil y la acompañé a los juzgados a recoger unos documentos que necesitaba para el juicio que iba a oficiar el lunes.

—¿Te apetece una copa en mi casa? —me propuso con un tono muy sugerente—. O podemos ir a la tuya si lo prefieres.

«Sexo».

¿No era lo que andaba buscando cuando la llamé? El sexo con Giselle era extraordinario, pero ni siquiera me excitó imaginar lo que había debajo del vestido como en otras ocasiones. Tenía un cuerpo vertiginoso y una melena larga y castaña que había ocupado muchas de mis fantasías, pero hasta el color de su pelo me producía rechazo. Era demasiado… oscuro.

«Morena de piernas largas vestida de Gucci», ¿no fue eso lo que dijo Nora? Había tenido gracia.

Mi falta de respuesta inmediata hizo reír a Giselle y las palmaditas que me dio en el pecho no fueron para animarme, sino para compadecerse de mí.

—Esa chica tiene mucha suerte.

—No hay ninguna chica, joder. Es solo que…

—Déjalo, Andrew. No hace falta que te esfuerces.

Se estaba imaginando cosas que no eran. Nora no significaba nada, solo había sido un arrebato de deseo, y si no aceptaba la tentadora invitación de Giselle, era porque estaba agotado después de una mala noche y de una mañana peleándome conmigo mismo.

—¿Cuándo vuelves a Boston? —Le indicó al chófer que se detuviera en la Sexta, a la altura de Bryant Park, y se colocó unas enormes gafas de sol antes de abrir la puerta—. ¿Nos veremos antes de que te vayas?

—No lo creo. Mañana tengo un par de reuniones y mi padre está en la ciudad, así que haré un esfuerzo para cenar con él. El domingo saldré pronto para Boston; Luca tiene una regata a mediodía y quiero ir a verlo.

Giselle chasqueó la lengua de una forma que me recordó a… Nora.

—Entre la cena con tu padre y volver a la decadente Boston hay muchas horas, Andy. —Se mordió el labio con sensualidad y me susurró al oído—: Yo podría hacerte olvidar.

—Lo sé, pero este fin de semana no. Me ha gustado verte, en serio. Siento no haber sido la mejor compañía, pero…

—Tú no podrías ser mal acompañante aunque te lo propusieras, querido. Eres demasiado educado, sofisticado y guapo como para echarte algo en cara. —Era incorregible—. Llámame si lo de esa chica sale mal. Lo celebraremos. —Me guiñó el ojo—. Y, bueno, si va adelante, llámame también. No puedo esperar para conocerla. Debe de ser maravillosa. —«Lo es», pensé sin querer, «pero no para mí»—. ¿Seguro que estás bien? Fuera de bromas, si necesitas hablar…

Estuve a punto de vomitarle todas mis dudas sobre Nora: el hecho de que fuera la hermana de Brandon, que hubiera estado enamorada de mí, que trabajáramos juntos, que me atrajera tanto estar con ella. Me asustaba que lo ocurrido pudiera afectarle, que se ilusionara con una relación, que me viera como alguien con quien disfrutar de una noche de cine y palomitas, alguien a quien llevar a casa por Navidad.

Yo no quería nada de eso y, sin embargo, no podía sacármelo de los pensamientos.

—Se me pasará, no te preocupes.

Antes o después dejaría de afectarme.

29

Nora

Es competencia del Departamento de Orientación diseñar y promover campañas de bienestar emocional, convivencia escolar y prevención de riesgos entre los estudiantes.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición III, art. 8

Tenía una lista de tareas pendientes esperando en el despacho con la que podría empapelar Northbridge Hall dos veces, pero no me moví del jardín. El internado se alzaba como ese gigante de muchas cabezas que tanto me imponía, con los rayos de un sol radiante incidiendo en las ventanas y arrancando destellos a las gotas de rocío que dormían en los recovecos de su arquitectura. La hierba estaba más verde que nunca; los jardineros la habían cortado al amanecer y fue imposible resistir la tentación: me quité las botas y dejé que las plantas de los pies experimentaran el placer de aquella alfombra natural a través de las medias. El último día de octubre olía a otoño, las hojas caídas de los robles se acumulaban en los caminos, diminutas *mayflowers* bajo los árboles esperaban la llegada del invierno y todo era naranja y rojo… y precioso.

El café para llevar estaba tan helado como la punta de mi nariz, el frío del banquito de piedra donde seguía sentada me había humedecido la falda y ya casi no me notaba los dedos de los pies, pero nada de eso me molestaba. Al contrario, era relajante; era lo mejor de trabajar en un lugar como aquel.

Luca y su grupo de compañeros de undécimo aparecieron por el camino del auditorio en actitud divertida. A pesar de que estábamos en plena época de parciales, llevaban todo el fin de semana gastando bromas de Halloween a los más pequeños. Montsoroit Hall, la residencia masculina, se había convertido en una auténtica casa

del terror y, según el panfleto que le había pescado a Daniel Limbaugh en la sala de estudio, esa misma noche tendría lugar una pequeña fiesta clandestina en el sótano del edificio.

—Solo seremos unos amigos viendo pelis de terror y comiendo palomitas, señorita Clark —alegó el chico, pero la sonrisa de Jonathan Dreyfus no decía lo mismo.

Tenía que dar parte a seguridad para que estuvieran al tanto. Era una de las tareas pendientes de esa mañana.

Me calcé las botas deprisa para alcanzar a Luca antes de que se me escapara. Quería saber cómo había quedado lo del *hipotético* problema de su amiga y si le había dado la información.

—¡Luca! ¿Podemos hablar? —El muchacho comentó algo con sus amigos y se quedó atrás en el grupo—. Feliz Halloween.

—¿Va a pedir truco o trato esta noche, señorita Clark? —me preguntó con tono indolente.

—¿Por qué? ¿Quieres acompañarme? —ataqué—. Pensaba que ya eras muy mayor para esas cosas, Luca, pero si te empeñas…

—Vale, vale, usted gana. —Levantó las manos para rendirse—. ¿Qué pasa?

—Tu amiga. ¿Cómo está?

Miró a un lado y a otro con los ojos muy abiertos y tiró de mí hasta la sombra del edificio, donde la falta de sol me provocó un escalofrío.

—¿Se ha vuelto loca? Si alguien la oye…

—¿Le diste lo que te pasé? —Asintió sin dejar de observar a su alrededor—. ¿Y?

—¿Y qué? No sé más, no quiero meterme en otro lío. Yo… Yo le di la información, incluso le dije que hablara con usted, pero no quiso. Es su problema.

—Esto es muy grave, Luca. Dime quién es. Te prometo que nadie sabrá que has sido tú…

—¡Ni de coña, señorita Clark! —Retrocedió y levantó las manos de nuevo en actitud defensiva—. Llego tarde a clase.

Salió corriendo en dirección a Northbridge Hall. Era el estilo Woodward: huir de cualquier situación para no afrontar las cosas como hombres. Luca acababa de hacerlo; Andrew lo hizo el jueves.

Cuando fui a verlo el viernes al despacho, la señora Williams me dijo que se había marchado a Nueva York, y sí, la decepción que sentí no fue nada conveniente, pero ¿qué importancia tenía? ¿Qué más me daba dónde fuera o con quién?

Trabajé hasta muy tarde el viernes, limpié el apartamento a fondo el sábado y fui a Bay State Road a correr el domingo. Incluso dediqué un par de horas por la tarde a investigar para el artículo de la revista.

No quería darle demasiadas vueltas; no quería pensar en él.

Fue imposible. Los recuerdos de la cabeza de Andrew entre mis piernas me atormentaron en sueños y, cuando sonó el despertador el lunes por la mañana, maldije por todas las imágenes que se habían quedado grabadas en mi memoria y que no conseguía ignorar ni dormida.

Mi humor no mejoró al encontrar a Marsha Lewis y Anne Green sentadas en la puerta del despacho al llegar. Había olvidado que tenía que mediar en el conflicto entre ellas por culpa de la elección de proyectos comunitarios. Al parecer, las señoritas habían montado una trifulca en clase el viernes a última hora y Patty Yang las habían emplazado para discutir el problema en el gabinete de orientación.

Tras unos minutos escuchando sandeces y reproches, cerré los ojos, conté hasta diez y volví a abrirlos con la esperanza de que se hubieran teletransportado a cualquier otra parte. No tuve suerte.

—Señoritas, los proyectos comunitarios no son para pasar tiempo libre con nadie: son para implicarse con la comunidad y hacer un servicio que quede reflejado en su currículo académico. —Anne resopló con desidia—. La elección está hecha y ya no se pueden hacer cambios. Tanto la profesora Yang como yo daremos parte a dirección si se repite un episodio de gritos e insultos como el del viernes, ¿ha quedado claro? Ahora, si son tan amables de regresar a sus clases, les estaré eternamente agradecida.

La puerta no se había cerrado todavía cuando Susan irrumpió en el despacho cargada con un montón de libros.

—¡Gracias a Dios! Necesito que te ocupes de esto. —Dejó cuatro volúmenes de *Teoría de la Psicología* de los que yo usaba en casa para sujetar las puertas cuando había corriente y puso encima

una carpeta adicional—. ¿Puedes ir a la biblioteca a devolverlos? Tengo reunión con los padres de Mathis Dubois en cinco minutos y no puedo retrasarme. Su vuelo sale para París en tres horas. Y llévale este informe de gastos a Woodward, por favor. Con un poco de suerte, nos ampliará el presupuesto para las charlas de la autoestima. Tengo un amigo que es amigo del mánager de Emma Stone. Ella suele dar conferencias de este tipo a estudiantes…

—¿Y qué hay de los cambios que hablamos? Ariana Grande es más del estilo de los chicos y también participa en…

—Sí, bien, bien, háblalo con Woodward, ¿quieres? Gracias, Nora, eres un sol.

Me iba a hacer falta otro café bien dulce para enfrentarme a la situación con Andrew, así que cargué los libros de Susan en una bolsa, pasé por la cafetería para recoger mi pedido y di un paseo hasta la biblioteca, donde Rose me recibió con una mueca de disgusto al ver los ejemplares que mi jefa debería haber devuelto hacía semanas.

—Esto es causa de penalización, Nora —me amenazó con un dedo huesudo y las gafas haciendo equilibrios en la punta de la nariz.

—¡¿A mí?! —exclamé, y varias cabezas se giraron desde la sala de estudio. Pedí disculpas con un gesto y bajé la voz—. ¿A mí por qué? No mates al mensajero, Rose. Por cierto, ese color de labios te sienta muy bien. Estás muy guapa.

—No sé qué os ha dado hoy con mi pintalabios. —Se sonrojó y conseguí que se olvidara de sanciones injustas—. El señor Woodward me ha dicho esta mañana que le recordaba a las hojas de un ciruelo *pisardi*.

—¿A las hojas de qué?

—Ay, Nora, de un árbol, ¿de qué van a ser si no? —obvió, y volvió a sus quehaceres detrás del mostrador—. Dile a la doctora Hurt que las normas de la biblioteca son iguales para todos y que los profesores deben dar más ejemplo que nadie, ¿entendido? Y eso también incluye lo de jugar al escondite con el señor Woodward por las estanterías cuando el director te busca, Nora. Es de mal gusto —me regañó.

—Lo sé. No volverá a pasar…

—Bien, me alegro de que ambos estéis de acuerdo. El señor Woodward se ha mostrado muy arrepentido por lo ocurrido. —«Seguro que sí», pensé enfadada—. Es un hombre amable y atento y me ha traído esta orquídea de Nueva York para disculparse. —¿Andrew le había comprado una planta a Rose?—. Es encantador.

«Si yo te contara…».

30

Andrew

El administrador queda encargado de establecer
canales de comunicación efectivos con el personal,
el equipo docente, padres y/o tutores del alumnado.
Normativa de la Junta de Administración.
Apartado 4, punto 4

—Espero que me haya traído café extra, señorita Williams, lo voy a necesitar —dije en cuanto oí las pisadas sigilosas que se acercaban a la puerta abierta del despacho.

—Lo siento, pero no comparto mi café con nadie. —¡Joder! Moví la cabeza con tanta brusquedad que me dio un tirón en el cuello—. ¿Tienes un momento?

—Sí, claro, adelante. ¿En qué puedo ayudarte?

Me recosté contra el respaldo del sillón mientras ella cerraba la puerta con cuidado. Tenía un aspecto muy sexi con esa falda plisada por encima de la rodilla. Se había recogido el pelo con un lápiz, como era habitual, y eso me permitió verla tragar con dificultad antes de dirigirse a mí de nuevo.

—Susan me ha pedido que te traiga el informe de presupuestos para las charlas que queremos poner en marcha en el segundo semestre —recitó de carrerilla, sin mirarme a los ojos, y dio un traguito al café que sostenía en la mano. Su incomodidad era palpable—. Tenemos el contacto del mánager de Emma Stone, pero he pensado que por un poco más tal vez podríamos traer a alguien como…

—¿Estás bien? —la interrumpí—. Pareces molesta.

—No, nada de eso, estoy perfectamente —mintió, y bebió otra vez. Se le daba tan mal…—. Susan quiere que estudiemos la…

Se detuvo al ver que me levantaba y caminé hacia ella con las manos en los bolsillos. Incluso a esa distancia pude oler su perfume y fue como revivir la noche del jueves de golpe. Cerré los ojos y aspiré una bocanada de su dulzura y su excitación.

—… posibilidad de un pequeño aumento del presupuesto —continuó. Se aclaró la garganta y dio otro sorbito al café—. Por cierto, que sepas que hay prevista una fiestecita en el sótano de Montsoroit Hall esta noche, por si crees conveniente reforzar la seguridad en…

—Nora…

—… la residencia de chicos. Y no estaría de más controlar también Humboldi Hall. Las chicas de este internado tienen tanta tendencia a meterse en líos como ellos.

—¿Has acabado?

—Sí —contestó, pero rectificó—. No. ¿Sabes qué? Tienes razón, estoy molesta —admitió, y dejó el vaso de cartón sobre mi mesa con demasiado ímpetu—. Pero no tiene nada que ver con lo que pasó ni con que te fueras a Nueva York sin decir ni una palabra.

—¿No? Entonces, dime por qué parece que quieras arrancarme la cabeza.

Se cruzó de brazos y abrió la boca para responder, pero lo pensó en el último instante y solo cogió aire para soltarlo despacio.

—Échales un vistazo a los números que te he dejado ahí. Susan quiere zanjar el asunto antes de Navidad para que no haya contratiempos. —Se apartó un par de mechones de la frente con un movimiento brusco de la mano. Fue una suerte que lo hiciera, porque mis dedos pedían a gritos rozarla y su pelo era una tentación —. En cuanto a lo que pasó el jueves, no tienes que preocuparte. No fue para tanto.

¿Que no fue para tanto? Mi risa la sorprendió y dio un paso atrás. ¿Cómo podía decir que no fue para tanto? Yo estaba allí, la vi correrse, la saboreé, la besé, la oí ronronear y gemir y gritar mi nombre. Joder, cuando gritaba mi nombre, me volvía loco.

—Te gustó —afirmé, y avancé hacia ella—. No, lo justo sería decir que lo disfrutaste. Mucho. Reconócelo.

—Bah, estuvo bien, pero no te vengas arriba, Andrew. No eres el primero que me provoca un orgasmo. Ni siquiera fue memorable.

Si intentaba herir mi orgullo, no iba a lograrlo. Yo sabía muy bien lo que me hacía y cómo lo hacía. Y ella no conseguía ocultar lo satisfecha que había quedado. Le brillaban tanto los ojos que podría iluminar Boston.

—¿Necesitas que te recuerde cómo me pedías que no parase? —Di otro paso más. Más cerca—. O tal vez quieras una nueva demostración de mis habilidades. Como recordatorio. No hay duda de que se te ha olvidado lo mojada que estabas incluso antes de tocarte.

Su rubor me encendió la sangre, pero fue su sonrisa de medio lado la que desató al hombre irracional que había en mí. Todo un fin de semana repitiéndome que no debía acercarme a Nora y habían bastado unos minutos para olvidarlo.

—De lo que no hay duda es de que se te da muy bien fanfarronear, pero no tanto llegar al final de lo que empiezas —me vaciló. Estaba jugando con fuego—. No te preocupes, Andrew, no le diré a nadie que saliste corriendo.

Dio media vuelta para marcharse, pero la agarré de la cintura antes de llegar a la puerta. Emitió un gritito de sorpresa y pataleó en el aire cuando sus pies dejaron de tocar el suelo.

—¡Bájame! ¿Qué haces? ¡Andrew! —La llevé hasta la esquina de la salita de reuniones contigua al despacho y su espalda golpeó la vieja librería de madera que servía de decoración—. ¡Ay! ¿Te has vuelto…?

Le cerré la boca con la mía, poseído por una euforia sin explicación. Mis labios se amoldaron a los suyos, los reclamaron con triunfo. ¿Cómo podía ser tan adictivo besarla? La explosión de café de su lengua contra la mía sería suficiente para despertarme por las mañanas.

Esa boca, que acababa de llamarme cobarde de una manera muy sutil y que parecía disfrutar de la misma excitación que yo, se apartó de repente y me dejó boqueando como un pez fuera del agua.

—Si crees que voy a estar disponible para ti cuando te dé la gana, no has entendido cómo funciona esto —declaró con desafío en el tono de voz. Me empujó para que le dejara espacio y se acomodó el cuello de la blusa—. La próxima vez que quieras algo de mí, pregúntame antes de actuar. A lo mejor no recibes la respuesta que te gustaría.

—Bien, es justo.

—Y no vuelvas a cargarme como si fuera un fardo. Sé andar, tengo piernas.

—Me gustan tus piernas.

—¡Andrew! —Me golpeó el pecho al comprobar que mi atención estaba puesta en el límite de la falda—. ¡Aaag! Eres imposible.

—Y tú, una tentación irresistible.

Me aproximé de nuevo, con cuidado, pidiéndole permiso con un roce intencionado de mi dedo en la oreja al remeterle un mechón de pelo. Podía contenerme, podía cumplir con su petición, aunque estar tan cerca de ella echara por tierra mis modales.

—¿Puedo besarte ahora?

Se mordió el labio, indecisa, y no esperé una afirmación explícita, era cuanto necesitaba. Cuando mi boca recayó sobre la suya, el hambre de Nora también fue mi locura.

Apenas me costó levantarle la falda, pero las medias de nailon hasta la cintura supusieron una barrera muy inoportuna.

—Joder, vas a matarme —mascullé sobre sus labios. Los mordí y los succioné mientras presionaba con un dedo sobre su excitación, adelante y atrás, hasta oírla gemir.

—Si me rompes las medias, atente a las consecuencias.

—Te gusta ponérmelo difícil, ¿eh? —Presioné un poco más y ella ahogó un juramento contra mi camisa—. Odio no poder tocarte como me gustaría.

Verla cabalgar mi mano, notar la succión de sus músculos en mis dedos, contemplarla suplicando aire entre beso y beso, descubrir el ritmo que más la excitaba… Eso quería más que respirar, darle razones para que no olvidara lo que estaba pasando entre nosotros.

Mi entrepierna se sacudió en protesta y dirigí una de las manos de Nora a ese punto donde el pantalón y el bóxer resultaban una

tortura.

—Igualemos la situación, ¿te parece?

No necesitó guía, fue tan directa y tan deliciosamente brusca que se me escapó un jadeo contra su sonrisa malévola.

—Dios, eres perversa…

La puerta del despacho se abrió de repente y la voz distraída de la señora Williams nos llegó alta y clara.

—Había una cola imposible en la cafetería de Northbridge Hall, pero le he traído el café y los archivos de los gastos del último semestre del año pasado. ¿Señor Woodward? ¿Hola?

Fui tan rápido recolocando la falda de Nora que por poco la tiro al suelo. Ella se dio la vuelta para adecentarse la blusa y disimuló echando un vistazo a los viejos ejemplares de leyes que había en la estantería. Por suerte, no había llegado a bajarme la cremallera del pantalón; por desgracia, mi erección no era fácil de ocultar.

—Llévese estos, señorita Clark. —Extraje tres gruesos libros y los dejé apilados sobre la mesa a modo de pantalla—. Ashford Hall está sujeto a la regulación del estado de Massachusetts, no hay una legislación específica, pero es probable que aquí encuentre lo que busca. ¡Ah, señora Williams! Qué oportuna. Le decía a la señorita Clark que no había desayunado nada. No sé si el café será suficiente.

—¿Quiere que le traiga un emparedado de la cafetería?

—No, iré yo. Creo que tengo el nivel de azúcar un poco bajo, me irá bien comer algo dulce. ¿Me acompaña, señorita Clark?

Nora hizo un esfuerzo sobrehumano para no reírse y caminó delante de mí en dirección a la salida. Era la primera vez en treinta y ocho años que una situación semejante me parecía de lo más divertida. Y frustrante, muy frustrante.

—¡Un momento! —nos detuvo la asistente. Juré por lo bajo y Nora hizo una mueca—. Te dejas los libros, Clark. ¿Dónde tienes la cabeza?

Fue imposible no imaginar dónde exactamente.

31

Nora

Todo el personal está obligado a justificar de forma documentada cualquier ausencia o impuntualidad laboral.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición I, art. 6

El mes de noviembre trajo a Boston el primer temporal de otoño. Las temperaturas bajaron de manera estrepitosa, las heladas se convirtieron en las reinas de la noche y el viento castigó la ciudad con fuertes rachas, que ocasionaron caídas de árboles y problemas en el sistema eléctrico de algunos barrios. Me quedé sin calefacción y sin agua caliente, y tuve que utilizar las duchas del centro deportivo del colegio a escondidas para adecentarme durante varios días.

Aquel lunes de principios de mes el despertador se quedó tan dormido como yo. La noche anterior me había acostado muy tarde preparando la semana porque Susan iba a estar fuera hasta el lunes siguiente y me había dejado a cargo del gabinete. Dios mío, iba a asumir un puesto de mayor responsabilidad, estaría al frente del departamento, y no quería cometer ningún fallo.

A Blackwell no le gustó la idea al principio, propuso posponer las actividades de la semana para otro momento, pero Susan insistió en lo necesarias que eran las charlas de gestión emocional para los alumnos en los días previos a los exámenes, formaban parte del programa motivacional de Ashford Hall y no debían aplazarse bajo ningún concepto.

Pero un nuevo corte eléctrico durante la noche había puesto mi reloj a cero y fue el timbrazo de mi casera el que me despertó una hora más tarde de lo que tenía previsto. Adiós a una ducha decente, adiós a un aspecto impecable. Me adecenté a una velocidad

imposible, renuncié a tomarme el café y salí volando hacia el trabajo.

Soplaba un viento de mil demonios en la calle, una fina llovizna había empapado la carretera y era hora punta en la salida de Boston. La prisa nunca era buena consejera y, por querer ahorrar algunos segundos, esquivé a un par de coches en una intersección con poca visibilidad, pisé las líneas de un maldito paso de peatones y me fui directa al suelo.

—¡¿Es que no ves por dónde vas?! —me gritó un conductor malhumorado, sin importarle el daño que me había hecho.

La cacofonía de bocinazos me aturdió. La falda se me había manchado, pero el color negro lo disimulaba bien. Los leotardos de lana eran otro cantar. Se me habían roto a la altura de la rodilla y el asfalto me había quemado la piel, nada que no se pudiera solucionar con un poco de antiséptico al llegar al colegio. Lo que más me preocupaba era el precioso tiempo que estaba perdiendo y lo cabreado que se mostraría Blackwell cuando no me viera en la sala de proyectos para la charla de la mañana.

Recuperé la mochila, tirada en un charco, y pedaleé tan rápido como me lo permitieron mis pies. Ni siquiera me di cuenta de que la luz frontal había desaparecido en la caída.

—¡Tarde, señorita Clark, como siempre! —bramó el director al verme llegar al primer piso de Northbridge Hall. Los alumnos de duodécimo se rieron sin disimulo—. ¿Qué voto de confianza pretende que le otorgue si no es capaz de ser puntual ni un solo día?

—He tenido un pequeño percance, pero ya estoy aquí. —Busqué al bedel, que esperaba con discreción en un segundo plano—. Ezequiel, ¿todo listo?

—Ordenador preparado y proyector en funcionamiento, señorita Clark, como ordenó el viernes.

—¿Ha visto el correo que le envié anoche? Necesito que descargue el documento…

—Lo tiene minimizado en la pantalla del ordenador para que lo abra cuando lo necesite. —Ese hombre merecía ser más que un simple conserje. Era maravilloso—. Y le he dejado un café en la mesa ahora mismo. Con extra de azúcar.

—Pues si los caprichos de la orientadora ya están cubiertos, le aconsejo que vuelva al control de acceso. Y usted, Clark, no me dé más motivos para informar de su retraso a la junta.

Andrew, a quien no vi acercarse, me recorrió de pies a cabeza y amagó con sujetarme la mochila, pero lo esquivé antes de que hiciera algo que me dejara más en evidencia. ¿Qué pretendía? No necesitaba su ayuda.

—Vamos, señores, señoritas. Sé que me echaban de menos, así que ocupen sus asientos y guarden silencio —ordené con fingido buen humor, al tiempo que hacía aspavientos con los brazos para que entraran en clase.

—¿Estás bien? —gruñó Andrew.

—Por supuesto, solo he llegado tarde. —Eché un vistazo al reloj de mi muñeca. El cristal se había roto con el golpe—. Nadie se muere por veinte minutos de espera.

Intenté sonar lo más despreocupada posible, pero, en realidad, no me encontraba bien. Me escocía la herida de la rodilla y el dolorcito que había sentido al pedalear se había convertido en algo un poco más intenso que me radiaba hasta la cadera.

Me falló la pierna al apartarme de él y los reflejos de Andrew actuaron de inmediato. Apenas fue un leve contacto en el codo, pero me dolía y no pude reprimir una mueca.

—¿Qué te pasa?

—Me pasa que no dejas de ponerme en evidencia, Andrew —mascullé—. Es muy molesto. Ahora, si me disculpas…

...

Jonathan Dreyfus y Daniel Limbaugh me llevaron al límite durante los cincuenta y cinco minutos que duró la charla. Se rieron de los vídeos ilustrativos, de los ejemplos, de las opiniones de sus compañeros y provocaron al resto hasta que la mayoría les siguieron el juego. Solo los que habían sufrido episodios de ansiedad y pánico durante el curso anterior prestaron atención a las explicaciones y formularon preguntas sobre los síntomas y los desencadenantes.

La participación en los simulacros fue desastrosa, y aunque intenté con todas mis fuerzas mantener la calma y ser amable, las molestias en la pierna estaban destrozándome. Los leotardos se me habían pegado a la herida de la rodilla y veía las estrellas cada vez que la doblaba.

Mi paciencia se agotó en la charla con los alumnos de undécimo, y Luca, que se autoproclamó el graciosillo de la sesión, terminó castigado en el pasillo con la amenaza de enviarlo a dirección si se movía de allí.

Cuando llegué a la tercera hora, solo tenía ganas de llorar y debí de exteriorizar cómo me sentía porque los de décimo, con Maya Dreyfus al frente, se comportaron como corderitos obedientes, participativos, educados y muy trabajadores.

—Necesito respirar fuera de esta maldita clase —le dije a Ezequiel en cuanto todos abandonaron el aula—. Y que alguien abra las ventanas. Aquí huele a hormonas en plena revolución.

Salí de Northbridge Hall con la intención de perderme por el jardín durante mi media hora de descanso. El recinto estaba lleno de lugares idílicos: bancos de piedra centenarios supervivientes al paso del tiempo, que se escondían bajo las ramas de robles, sauces o gigantescos abetos, que pronto lucirían blancos con las primeras nieves. Y entre todos esos rincones, uno muy especial: un remanso de paz frente a Edmund Lake, donde habitaban los únicos cisnes de la región que no volaban al sur al llegar el invierno. La profesora Ivanova y el señor Rodríguez, el gerente de instalaciones y mantenimiento, habían convertido el viejo invernadero junto al Larkin Science Centre en un hogar para ellos. Su labor les valió un importante artículo en la prestigiosa revista de la American Ornithological Society, otra distinción más por la que considerar Ashford Hall el mejor internado del país.

—¿No debería estar usted dando la charla a los de noveno?

Maya Dreyfus apartó un par de ramas bajas y se dejó caer a mi lado. La había notado más seria de lo habitual en clase.

—¿Y tú no deberías estar en la sala de estudio? Si no me equivoco, mañana tienes el examen de Tecnología.

—Y el de mates y el test de Literatura —enumeró sin mucho entusiasmo—. Necesitaba respirar un poco de aire frío. ¿Cuál es su excusa?

—Mi excusa es una mañana infernal. Yo también necesitaba aire frío en grandes cantidades. —La observé unos segundos. Se había quedado absorta en el tímido reflejo del sol en la superficie del agua —. ¿Cómo llevas la preparación de los parciales? Tus notas de comportamiento son muy buenas. Y las del laboratorio, excelentes. ¿Estás contenta?

—¿Podemos no hablar de estudios? —Asentí y guardé silencio. Cuando pensaba que pasaríamos así el resto del descanso, preguntó —: ¿Alguna vez ha sentido que no encaja en ninguna parte? ¿Que todo lo que hace es diferente a como actúan los demás? ¿Que su vida no va por el camino que debería ir porque nadie camina en la misma dirección? ¿Alguna vez ha pensado que se equivoca con lo que siente, lo que dice o incluso lo que piensa porque no es lo correcto?

—Cada día, Maya —respondí, sincera—. Pero deja que te pregunte algo: ¿qué es lo correcto en realidad? ¿Es correcto lo que todos hacen porque se siguen los unos a los otros y nadie pone en duda si está bien? ¿O es más correcto lo que alguien hace, dice o siente si de verdad lo quiere así? ¿Por qué lo de otros es más correcto que lo que tú haces?

—No lo sé, señorita Clark.

—Frederick Douglass dijo en una ocasión: «Prefiero ser sincero conmigo mismo, incluso ante el riesgo de hacer el ridículo ante los demás…».

—«… en lugar de ser falso e incurrir en mi propio aborrecimiento» —terminó Maya, y me dejó con la boca abierta. No todas las adolescentes de quince años se podían jactar de conocer las palabras de un abolicionista afroamericano—. Mi compañera de cuarto en el internado de Suiza era muy pesada con el tema de la esclavitud por rollos familiares, ya sabe. Tenía la frase colgada sobre el espejo.

—Pues ahí tienes la respuesta a todas tus dudas.

—Pero ¿y si por ser yo misma no gusto a las personas a las que quiero gustar? —Lo susurró al viento, como si no deseara que la oyera, y su tristeza me formó un nudo en la garganta. ¿Cuántas veces me había preguntado yo lo mismo a su edad?—. Estoy segura de que no esperaba una sesión improvisada de existencialismo cuando me ha visto. Se me va mucho la cabeza cuando leo a Descartes, ¿no le parece?

—Solo por el hecho de que sepas quién es Descartes y lo que significa *existencialismo* ya ha valido la pena este ratito. Eres una chica muy lista, Maya Dreyfus. —Mucho más lista de lo que dejaba ver—. Supongo, y solo lo supongo, que esto no tendrá nada que ver con que Luca pase todo el tiempo con el equipo de remo, ¿verdad? He visto que ya no os sentáis juntos a la hora de comer.

A pesar del esfuerzo que hizo por ocultar sus emociones, el leve rictus de los labios la delató.

—¿Por qué iba a importarme que pase tiempo con el equipo de remo? Las ovejas se mueven en rebaño. Si una se tira al río, todas van detrás. Si Luca Woodward quiere ahogarse, es su problema, no el mío. Tengo que volver a clase, señorita Clark, pero gracias por la charla.

«¿Y si por ser yo misma no gusto a las personas a las que quiero gustar?». La pregunta de Maya se repitió en mi cabeza mientras desandaba el camino hasta Northbridge Hall. No le había respondido; no había tenido oportunidad de decirle que, si la gente no la apreciaba tal y como era, no merecían estar en su vida. Tal vez era demasiado joven para llegar ella misma a esa conclusión.

Iba tan distraída en mis pensamientos que no vi a Andrew hasta que se detuvo delante de mí.

—Hace un frío de mil demonios y vas en mangas de camisa. Si lo que pretendes es ponerte enferma…

—No me sermonees, por favor. Hoy no es un buen día. —Me abracé a mí misma al percibir el aire gélido que agitaba las ramas de los árboles y no solo me di cuenta entonces de que había olvidado el abrigo; también recordé que había partes de mi cuerpo que me dolían bastante—. Tengo que volver ya, hay cuarenta adolescentes

de noveno esperándome. Por cierto, he castigado a Luca. Tendrá que ayudar en el comedor a la hora de la comida.

Intenté esquivarlo sin cojear, pero él me sacó del camino con una simple presión de su mano en mi espalda. De pronto, me encontré atrapada entre sus brazos. Una descarga de dolor me subió desde el codo y gemí bajito contra las solapas de su abrigo.

—¿Qué te pasa? —Me apartó, y el movimiento me robó otro jadeo. La presión de sus manos en mis brazos dolía, y me soltó en cuanto se dio cuenta—. ¿Qué tienes?

Volvió a escanearme en busca de una respuesta y se detuvo en el pequeño desgarro de la falda. No le importó lo inapropiado de sus acciones, la levantó un palmo y descubrió la herida de la rodilla.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te has caído? —Asentí, y me sujeté el codo en un movimiento inconsciente—. ¿Cuándo?

—Esta mañana, pero no es nada.

—¿Esta mañana? —De pronto, abrió los ojos con estupor—. ¿Te has caído con la bicicleta?

—En verdad, me he resbalado. La pintura de los pasos de peatones es un peligro.

—¿Te has caído con la bicicleta y no has dicho nada? —repitió, enfadado. No sabía por qué se ponía así—. ¡Joder, Nora! Tiene que verte un médico. Llamaré a Blackwell para que asigne a alguien…

—¿Qué? ¡No! Tengo que volver a clase. Iré luego…

—Irás ahora.

—¿Es que no me has oído? —Andrew parpadeó ante mi seca oposición—. No puedo ir ahora. Sé que no lo entiendes, pero me da igual. Iré a la enfermería cuando acabe las charlas y la señora Mackenzie me curará la rodilla. Lo demás se arreglará con un analgésico.

Se quitó las gafas, exasperado, y se presionó el puente de la nariz con los dedos.

—Tienes miedo de lo que dirá Blackwell si te vas, ¿es eso?

Había dado en el clavo. Muy listo.

—Tengo que demostrarle que puedo asumir la responsabilidad que me corresponde. —Le hablé con suavidad, con la calma que empleaba para consolar a un niño asustado. Su preocupación

acariciaba una parte de mi interior que debía mantener al margen de él—. Sé que te parezco una idiota, pero, cuando eres una fracasada, te aferras a cualquier oportunidad para demostrar lo que vales.

—Si vuelves a decir que eres una fracasada, vamos a tener un problema serio, ¿entendido? Y no, no me pareces idiota. Me pareces condenadamente terca y la mujer más increíble con la que he discutido nunca. —Me acarició la mejilla con los nudillos y los ojos se me cerraron con su contacto—. No voy a quitarte el ojo de encima, ¿me oyes? En cuanto termines con las charlas de hoy, irás a que te vean y luego pienso quemar esa maldita bici.

—No te atreverás.

—Ponme a prueba, cariño. Estoy deseándolo.

32

Andrew

El Departamento de Orientación deberá solicitar consentimiento informado a padres o tutores antes de iniciar cualquier proceso orientativo relacionado con la salud sexual y reproductiva del alumnado.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición III, art. 6

Se marchó mientras yo mantenía una tediosa reunión con el responsable de *marketing* y comunicación de Ashford Hall para determinar la estrategia publicitaria de cara a la campaña de Navidad y a la Gala Benéfica Anual. Cuando regresé a la sala de proyectos, solo encontré a Ezequiel poniendo orden después del paso de los alumnos de octavo.

Maldije al ver que se había ido con la bicicleta. No lo decía en broma cuando le aseguré que iba a deshacerme de ella. Ese trasto no era adecuado y no pararía hasta meter un poco de sensatez en su testaruda cabeza.

Fue mi chófer el que me puso al tanto de los movimientos de Nora. Había pedido un taxi y obligó al conductor a meter la bici en el maletero como fuera posible. Me habría reído de haber estado de mejor humor, pero no respondía a mis llamadas y su perfil de mensajería llevaba inactivo desde mediodía.

—Al apartamento de la señorita Clark, John —ordené de inmediato—. Y haremos una parada en la pastelería de Magazine Street con Allerton.

La mirada apreciativa del conductor a través del retrovisor fue tan incómoda como la sonrisa que intuí en ella. Ese hombre llevaba a mi servicio más tiempo del que podía recordar; me conocía bien, sabía que yo no me implicaba a ese nivel con ninguna mujer y supuse que mi actitud hacia Nora lo desconcertaba.

Ya éramos dos.

—¿La señorita Clark se encuentra bien? —preguntó John—. Su bicicleta tenía una rueda doblada.

—Ha tenido una caída, pero es tan orgullosa que… —Gruñí—. No tiene ni una pizca de sentido común, joder. Y espero que haya ido directa al médico, porque si no, me va a oír.

—Parece preocupado, señor Woodward. Debe de haber sido un golpe muy fuerte.

Le resté importancia con la mano y centré la atención en el recorrido hasta el South Boston. El barrio estaba en expansión, se perfilaba como una futura área residencial con zonas ajardinadas y multitud de servicios a disposición de las familias que se habían trasladado allí desde otras partes de la ciudad. Eso estaba bien. El único problema era que no quería que Nora viviera allí. Su bloque de edificios se encontraba en la parte más decadente, y detestaba pensar en lo vulnerable que era y lo que podría ocurrirle.

—Le prometí a su hermano que cuidaría de ella, porque está claro que ella no sabe cuidar de sí misma —me justifiqué—. No es más que una… orgullosa, cabeza hueca.

—Sí, eso ya lo ha dicho, señor.

Compré un exagerado surtido de dulces y deliciosa bollería casera rellena de chocolate, porque sabía que Nora no me rechazaría con un ofrecimiento tan apetitoso. La llamé por teléfono de nuevo al llegar a su edificio y continué sin obtener respuesta.

Una extraña sensación de ahogo me recorrió el pecho. ¿Y si había ido al hospital y la habían ingresado? ¿Y si no contestaba porque estaba mucho peor de lo que decía? ¿Y si le había pasado algo?

Golpeé la puerta de su apartamento y presioné el timbre tantas veces que una mujer asomó la cabeza desde el entresuelo para regañarme por ser tan brusco. Iba a emprenderla de nuevo contra la madera cuando oí pasos al otro lado y el inconfundible sonido del cerrojo al quitar el pasador.

Tenía un aspecto horrible y era obvio que la había despertado. Apenas podía abrir los ojos y tenía la marca de las sábanas impresa en la mejilla.

—¿Qué haces aquí? —Abrió la puerta del todo para dejarme entrar y se estiró la sudadera para que no me fijara en los pantalones del pijama. Eran de dibujitos.

—Es mi obligación como administrador comprobar que el personal está en perfectas condiciones para trabajar. ¿Has ido al médico? —Dejé la bolsa de dulces en la barra del *office* y busqué una taza en el armario—. ¿Nora?

—¿Mmm? —Se había quedado parada en mitad del salón y lo miraba todo con los ojos muy abiertos—. ¿Qué hora es?

—Las cinco. ¿Quieres café o cacao?

—Cacao.

—Apuesto a que no has comido nada. ¿Qué te han dicho en el hospital?

—No he ido al hospital.

Me detuve de golpe.

—Ahora mismo sería capaz de ponerte en mi regazo y darte los azotes que no te dieron tus padres de niña. ¡¿Es que no estás bien de la cabeza?! —Volqué el cacao en la encimera al servirle un par de cucharadas y golpeé la puerta del microondas con excesivo ímpetu. Aguanté en silencio un minuto completo hasta que sonó la campanita y fui igual de brusco al dejar la taza delante de ella—. No vas a volver al trabajo hasta que te vea un médico. ¡Bébete el maldito cacao!

—Gracias —musitó, y me pidió permiso con los ojos para coger un bollito de chocolate recubierto de glaseado—. Y gracias por esto también.

—No me las des. En cuanto termines, vas a…

—Mi vecino del tercero es médico. —Le dio un par de sorbitos al cacao y se le quedó un gracioso bigotito marrón sobre el labio superior. Las ganas de besarla me pillaron desprevenido—. Dice que no tengo nada roto y que solo es un moretón feo y un raspado en la rodilla. Me ha hecho una receta y mi casera me ha traído las medicinas de la farmacia.

—Tu vecino y tu casera… —Me reí, cansado, pero con cierto alivio—. ¿Has estado durmiendo desde que has llegado a casa? Te he llamado varias veces.

Su teléfono estaba olvidado sobre la mesilla de café. Lo tenía en silencio.

—Ya te lo he dicho, estoy bien y no tienes que preocuparte ni venir hasta aquí. Al final voy a pensar que te gusta mi apartamento.

«Me gustas tú», dijo una voz en mi cabeza.

—Sí, me gusta que decenas de ojos me miren desde las sombras en cuanto bajo del coche o que mi chófer tenga que asegurar las puertas por si alguien decide atracarle —ironicé—. Si tuviera que volver a elegir un piso en Boston, vendría aquí, sin duda.

—Tengo un vecino médico —dijo, e hizo una mueca al encogerse de hombros—. Y nadie te mira desde las sombras. No eres tan interesante ni tan guapo.

Se terminó el cacao, acompañado de algunas galletas de mantequilla y otro delicioso bollo de chocolate. Era un espectáculo verla comer, disfrutaba con cada bocado sin que mi presencia la incomodara. Y, cuando acabó, ahogó un bostezo contra la mano y se le dibujó una sonrisa perezosa.

—Gracias por la merienda, estaba todo muy bueno.

—No me las des.

—Mañana iré a trabajar.

—Ni lo sueñes.

Abandoné la seguridad que me confería la barra del *office* y me acerqué. Si no era capaz de pensar con claridad, yo lo haría por ella.

—No puedes impedírmelo.

—¿Qué te apuestas a que sí?

Su carcajada ronca reverberó muy dentro de mi pecho y, de repente, sin saber por qué, solo quería volver a oírla. Deseaba abrazarla en ese sofá destartalado que había detrás de nosotros y esperar a que se durmiera para que mi pulso acelerado se acompasara con el ritmo apacible de su respiración.

—¿Qué harás? ¿Atarme a la cama?

—Mmm, no me des ideas, Nora. Puede que las utilice en otro momento. —De nuevo, esa risa…—. Es más fácil de lo que piensas: estás despedida.

Parpadeó varias veces, asombrada, y luego me miró con tantas dudas, tan inocente, que las ganas de besarla se multiplicaron y mi

cuerpo siguió su instinto sin pensar en las consecuencias.

—Descansa un día —le propuse, y le recoloqué un mechón de pelo detrás de la oreja—. Necesitas recuperar fuerzas.

—Estoy bien.

—Sí, lo sé, tú siempre estás bien, pero yo me quedo más tranquilo si descansas en casa. —Ya no quedaba distancia entre nosotros. Mis dedos buscaron los suyos, se acariciaron con reverencia y se enlazaron como si fuera algo natural—. Si no quieres hacerlo por ti, hazlo por mí.

—¿Y qué me darás a cambio? —preguntó sobre mis labios. Saboreé el cacao en su aliento antes de rozarle la boca con el pulgar —. ¿Qué puedes darme que me interese?

«Lo que desees», pensé antes de besarla con sumo cuidado.

No había nada que no quisiera ofrecerle, aunque todavía no fuera consciente de ello.

...

—Señor Woodward, su sobrino está aquí. ¿Lo hago pasar? —anunció la señora Williams.

Hice un movimiento con la mano para darle paso y continué centrado en el anteproyecto del nuevo protocolo de emergencias que había encargado semanas atrás. El vigente se aprobó pocos años después de que yo dejara Ashford Hall y estaba desactualizado. Era inadmisible que aún hubiera sistemas antiincendios accesibles a la mano de cualquiera, como el *cualquiera* descamisado, con la corbata sin anudar y el pelo revuelto que acababa de sentarse delante de mí.

—No entiendo a las mujeres —declaró con un suspiro.

—Estupendo, ya formas parte del noventa y nueve coma nueve por ciento de los hombres de este mundo —respondí sin apartar la vista del ordenador.

Quería comprobar un par de datos más antes de tener la incómoda conversación para la que había convocado a Luca.

—¿Tú las entiendes?

—No lo necesito. —Luca resopló, murmuró algo y dio golpecitos con el pie en la pata de la mesa hasta que me exasperó y decidí aparcar a un lado el trabajo—. Vale. ¿Qué es lo que no entiendes? Pensé que el marido de tu madre te había soltado la charla sobre el sexo, los sentimientos y demás.

—No es eso, tío Andy, es… ¿Todas están tan locas? —Levanté una ceja—. Me refiero a lo que quieren o no quieren de nosotros.

—Tendrás que explicarte mejor.

—Imagínate que le gusto a una chica, ¿vale? Ella no lo admitiría jamás, pero quiere llamar mi atención y hace cosas que consiguen que me fije en ella.

—¿Qué cosas? —Levanté un dedo de advertencia—. Si has comprometido a alguna…

—¡No, joder! ¿Por qué todos pensáis que vamos por ahí buscando dónde meterla? ¡La chica hace cosas de chicas, tío! Se pinta los labios, cambia de colonia, se viste para que la mire… ¡Esas cosas!

—Vale, esas cosas. ¿Y qué pasa?

—¡Pues que me desconcierta que lo haga! Ella no hacía esas gilipolleces. Era… normal.

—Tú lo has dicho: lo hace para que te fijes en ella.

—¡Pero si yo ya me había fijado en ella! —refunfuñó—. Era ella la que no quería saber nada de mí y ahora me viene con esas tonterías. Y lo peor no es eso, lo peor es que ahora se le ha pegado el Navilov ese, el ruso, y joder, tío Andy, se pasa el día con él, y a mí ni me mira.

—Luca… —Me infundí un poco de paciencia para resolver la situación con sensatez y no mandarlo de regreso a la sala de estudio de una patada en el culo—. Vamos a ver, si te gusta la chica, díselo. Si no te gusta, deja que vaya con quien quiera. Es sencillo.

—Es sencillo —se burló con cara de asco—. ¡No es sencillo! No puedo decirle que me gusta, ni que odio que se comporte como una tonta con eso de las sonrisitas y las miraditas, ni que deje de babear por Oliver Navilov y vuelva a ser mi amiga. Yo… puede que me pasara un poquitín de la raya y le dijera cosas que no debería haberle dicho. ¡Yo qué sé! ¡Me saca de quicio, tío! Es tan cabezota

como una mula y cree que puede con el mundo, no deja que nadie la ayude y se empeña en hacerlo todo a su manera.

Por un momento, pensé que estaba hablando de Nora.

Cuando me marché de su apartamento el lunes, sabía que un par de besos no serían suficientes para convencerla de quedarse a hacer reposo. No podía despedirla por querer cumplir con su obligación, pero sí anticiparme a sus necesidades, a pesar de cuánto detestaba que lo hiciera.

«*Quid pro quo*, cariño». A mí también me molestaba que me mintiera con tanto descaro. Y me divertía. Me habría encantado contemplar su preciosa cara de sorpresa al ver que John la esperaba en el Lexus para llevarla al trabajo a la mañana siguiente.

—¿No tienes ningún consejo magistral que darme? —me preguntó Luca, y me devolvió a la conversación—. Tú eres el experto, ¿no?

—Si no quiere nada de ti, pues no quiere nada, y ya está.

—Así no me ayudas, tío —bufó—. Al final voy a tener que ir a ver a la señorita Clark, y eso me jode, porque ella sabrá perfectamente de quién estoy hablando y me volverá loco con sus consejos y sus panfletos y todo ese rollo del sexo seguro y los condones…

—¿Hablas con la señorita Clark de condones?

—Tío Andy, es la orientadora. Hablo con ella de todas las mierdas de mi vida, pero tranquilo, ¡es imposible tener sexo en esta jodida cárcel! —gritó, y me pareció que la señora Williams mentaba a Dios al otro lado de la puerta. Aguanté la risa. Tenía más razón que un santo: era imposible visto lo visto—. Pero me dio condones, por si acaso. —Fruncí el ceño y Luca se dio cuenta de que había hablado de más—. No la habré metido en un lío por contártelo, ¿verdad? Ella lo hizo sin ninguna intención de nada, solo quería que estuviera preparado por si… ya sabes.

No era eso lo que me preocupaba, sino que fuera tan inconsciente como para ir repartiendo preservativos entre los chicos a sabiendas de lo que la junta opinaba al respecto. A mí no me parecía mal que lo hiciera —a esas edades no pensaban con la

cabeza y alguien tenía que facilitarles herramientas para protegerse —, pero, si se corría la voz, tendría problemas.

Tenía que hablar con ella muy seriamente.

—Bien, si ya has acabado con tus dudas sobre chicas, hablemos del tema por el que te he llamado.

—No he acabado, pero da igual. No puedes ayudarme, así que tú dirás.

No iba a gustarle.

—Tres palabras, Luca: Acción. De. Gracias.

—No —respondió de inmediato, y se cruzó de brazos. Me recordó a un niño enfurruñado.

—Tu madre quiere que vayas a Nueva York.

—Ni de coña. —Negó con la cabeza una y otra vez para darle más énfasis a su respuesta—. Ya se lo dije cuando hablamos la semana pasada: no pienso ir. ¿Para qué quiere que vaya? Está a punto de reventar, Jack está histérico y mi única función es abrirles la puerta a los mensajeros que traen los regalos para el puñetero bebé. ¡Que contraten a un mayordomo, joder!

—Luca… Es tu madre y ese bebé, tu futura hermana, y a Jack le caes bien, a pesar de todo.

—No voy a ir —se empecinó—. Me quedo con mi padre. Al menos, él dejará que me pase el día pegado a la Play.

Chasqueé la lengua. Sentía tener que ser yo el que le diera las malas noticias, pero estaba claro que Hamilton no le había hablado de sus planes.

—Tu padre estará fuera. Tiene que cerrar un trato para la empresa que…

—Claro, la empresa, cómo no. —Le quitó importancia, como si no le hiciera daño, pero yo conocía esa expresión de arrogancia. No necesitaba rascar para saber lo que había bajo la superficie—. Quedamos tú y yo; no es tan mal plan, siempre que no cocines. Además, Owen y otros de mi clase irán a patinar sobre hielo con unas tías. No es que me apasione, pero podría estar bien. O podemos ir al *karting* de nuevo, seguro que la señorita Clark consigue que me dejen correr otra vez y, a lo mejor, quiere venir.

—Luca, yo… tampoco estaré en Boston en Acción de Gracias. —Cerré los ojos para no ver su decepción, pero la sentí igualmente—. Tengo un compromiso importante en Nueva York y…

—Ah, vale. Claro, tú también tienes derecho a hacer… lo que sea que vayas a hacer. Está bien, lo entiendo.

—Cancelaría cualquier cosa por quedarme contigo, pero lo prometí.

—Que sí, tío Andy, no te rayes. No pasa nada.

—Podemos quedar para ver a los Knicks —traté de animarlo—. Miraré el calendario de partidos y pediré los pases del palco de la empresa. Prometo no ponerme muy pesado si pierden, ¿de acuerdo, colega? —Le ofrecí el puño y lo chocó sin demasiado entusiasmo—. Lo pasaremos bien, ya verás.

—Sí, seguro que sí.

Una hora después de que Luca se marchara, continuaba dándole vueltas a su gesto de derrota. Me daba miedo que esa nueva decepción pudiera afectar a su rendimiento académico ahora que parecía ir más encaminado. Se esforzaba en los entrenamientos de remo, estaba ganando musculatura, estudiaba bien y sus primeras calificaciones no se parecían en nada a las últimas que tuvo en el instituto al que fue cuando llegó a Boston.

Se merecía un descanso y un poco de diversión, dos cosas que no tendría con su madre en Nueva York.

Cuando levanté el teléfono, me dije que lo hacía por Luca, para darle la seguridad que a mí no me dio mi padre; por no volver a ver las lágrimas que se había tragado como un hombre orgulloso.

En el fondo, también lo hacía por mí.

Quería quedarme en Boston.

—Hola, preciosa. Ya sé que lo tienes todo planificado para el fin de semana de Acción de Gracias, pero no podré ir. —Apreté los ojos mientras la mujer al otro lado de la línea se desahogaba con razón —. Lo sé, lo sé, soy un capullo. Créeme, lo sé muy bien, pero te recompensaré, te lo prometo. Te llevaré a ese restaurante del Soho que te gusta tanto y dormiremos en The Peninsula, como en los viejos tiempos. —Escuché sus exigencias con una sonrisa tonta en los labios. Era de lo más creativa y yo solo quería complacerla—. Te

contaré todo lo que quieras, ¿de acuerdo? No, no hay ninguna otra. Solo hay lugar para una mujer de mi vida y eres tú, siempre serás tú. Sí, yo también te quiero, Jackie.

33

Nora

El personal docente y de orientación deberá participar
activamente en las actividades extracurriculares, vigilancias
y eventos institucionales cuando sea requerido.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición II, art. 8

«Frank y yo vamos a divorciarnos» fue la frase que pronunció mi hermana cuando la llamé para adelantarle que no iría a Salem el fin de semana de los veteranos. No recuerdo muy bien todo lo que dijo la media hora que siguió a su declaración, pero sí algo que me causó un fuerte impacto.

—No sabes la suerte que tienes de ser como eres, Sugar. Te envidio tanto…

Mi hermana Lilianne, la hija perfecta, la obediente, la guapa e inteligente Lilianne, ¿sentía envidia de mí?

Como era de esperar, mi madre montó en cólera, y entre reproche y reproche oí a papá decir que no teníamos ningún respeto por las tradiciones y que así nos iba la vida. «Nos», a nosotras, a sus hijas. Ya no era yo sola contra el mundo, y aunque la situación de Lilianne no era agradable, me alegré de tener por fin una compañera en mi lado de la balanza.

—¿Qué harás en Acción de Gracias, Nora? —se interesó Jeff en voz baja. Salimos al pasillo para no perturbar el silencio de la sala de estudio de la biblioteca de Northbridge Hall, a rebosar de estudiantes—. ¿Irás a casa?

—No, ni hablar. Mis padres forman parte del comité de beneficencia de Salem y en Acción de Gracias organizan una gran cena benéfica, a la que no estoy invitada, gracias a Dios. —Jeff no

entendió bien por qué me aliviaba tanto no pasar el fin de semana con mi familia, pero sonrió igualmente—. ¿Y tú qué harás?

—Desde hace unos años ceno en un restaurante del centro con mi hermano y unos amigos. Se ha convertido en una tradición. Luego vamos a un *pub* irlandés a beber las mejores pintas de Boston.

—No sabía que tuvieras un hermano.

—Es el pequeño de la familia, aunque me saca dos cabezas. —Eso no tenía ningún mérito, Jeff era más bajito que yo—. ¿Por qué no te apuntas? Estoy seguro de que Kevin te caerá muy bien y mis amigos son una pareja muy peculiar. Te adorarán.

No supe qué decir. Jeff siempre era agradable conmigo, pero me costaba ver más allá de su papel de jefe de estudios y director académico. Por muy apetecible que me pareciera el plan, no estaba segura de que fuera una buena idea.

Alguien se aclaró la garganta detrás de nosotros y me libró de responder a la invitación.

—¡Woodward! No sabía que te habías apuntado en las vigilancias de fin de semana.

—Algunos trabajamos los siete días de la semana, Holman.

Qué arrogante era, y qué bien le sentaba el *look* casual. Pantalones de vestir sin chaqueta, camisa sin corbata. Las gafas de montura negra, el pelo un poco revuelto y una diminuta mancha de tinta en el pómulo, que captó toda mi atención.

Jeff se excusó para responder a una llamada y Andrew ocupó su lugar.

—Así que la señorita Clark no irá a Salem en Acción de Gracias —comentó—. ¿Ha pasado algo?

—Por si no lo recuerdas, mis padres no suelen celebrar Acción de Gracias en familia. Mis hermanos tienen sus cenas y yo haré mi particular maratón de películas. Este año voy a dejarme llevar por el espíritu de Ashford Hall y voy a ver *Harry Potter*.

Sonrió de medio lado y metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Suena mejor que ir a beber pintas con Holman y su hermanito.

—Eso ha sido muy grosero —lo regañé—. Jeff lo ha hecho con la mejor intención.

—Si su mejor intención es llevarte a la cama…

—¡Andrew! —Tiré de él para apartarlo de la puerta de la sala de estudio. ¿Es que se había vuelto loco? Tenía a cuarenta estudiantes con oídos muy finos a unos pasos de distancia—. Deja de decir tonterías, ¿quieres?

—Tranquila, no lo culpo. Si supiera de ti lo que sé yo, lo intentaría con más ganas, te lo aseguro. —Volvió a sonreír de medio lado y un delicioso cosquilleo me trepó hasta el estómago—. Pero volvamos a tu plan original. ¿*Harry Potter*? ¿En serio?

—¿Qué pasa? No todos podemos tener fines de semana por todo lo alto en Nueva York. —Le sorprendió que lo supiera. Casi deseé que Luca no me lo hubiera contado—. ¿Has quedado con alguna morena de piernas largas tal vez?

—Últimamente las prefiero rubias.

Eso me gustó.

No era que hubiéramos tenido oportunidad de vernos demasiado, pero notaba su mirada cada vez que nos cruzábamos y me tocaba de más cuando se preocupaba por mi recuperación.

—¿Qué más te ha contado Luca?

—Nada que no sepas. Está cabreado por tener que pasar las fiestas con su madre, dolido por la indiferencia de su padre y decepcionado por no poder contar contigo. Lo típico de un hijo único con padres divorciados. Me ha preguntado si se puede quedar en el internado.

—¿Y qué le has dicho?

—Que no me corresponde a mí tomar esa decisión. —Los ojos de Andrew, más oscuros de lo habitual, me miraron con tanta intensidad que perdí de vista todo lo que nos rodeaba. Había sufrimiento y dudas en su expresión, y algo más que me provocó un incómodo vuelco en el estómago—. Me dijo que te había contado lo de los preservativos. Sé que…

—Ya hablaremos de eso en otro momento —me cortó con seriedad. Tragué saliva—. Ahora dime qué debería hacer yo.

—¿Sobre qué? ¿Sobre irte a Nueva York con alguna amiguita o quedarte en Boston con él? —Asintió—. Tampoco me corresponde a mí esa…

—Dime qué harías tú si estuvieras en mi lugar.

No iba a cejar en su empeño; su determinación era férrea y quería una respuesta, aunque supiera que no iba a gustarle.

—¿Pasar cuatro días en restaurantes caros, coches de lujo, fiestas exclusivas y sexo increíble o soportar a un adolescente con las hormonas revolucionadas y cabreado con la vida? —Hice balanza con las dos manos, hacia un lado y hacia otro, el lujo y la diversión frente a la responsabilidad. Ganó el corazón—. Yo me lo llevaría a casa a ver *Harry Potter*, Andrew. Es un sinvergüenza, pero no deja de ser un niño y necesita que alguien lo quiera. Si fuera mi sobrino, me importaría una mierda lo demás.

Inspiró con brusquedad, como si le hubiera hundido el puño en el pecho. El músculo que le latía en la mandíbula cuando estaba enfadado se hizo más visible y la tormenta de sus ojos me cortó la respiración. No sabía si era furia o deseo, o una mezcla de ambas.

—No imaginas las ganas que tengo de besarte ahora mismo. —Sacó la mano del bolsillo y deslizó el dedo por la línea de pequeños botones de mi suéter—. Ven al despacho en un rato, invéntate una excusa. Nadie nos interrumpirá esta vez, te lo aseguro.

Lo besé de manera fugaz a modo de respuesta, un acto impulsivo que lo pilló desprevenido y que no le entusiasmó.

—En otra ocasión, Casanova —disimulé, aunque mi sonrisa no engañaba a nadie.

Lo que había entre nosotros no incluía demostraciones de afecto y no debía confundir su carácter sobreprotector con sentimientos más profundos. Con amor. La atracción que sentíamos no me daba más derechos que a las demás, fueran las que fueran.

Era primordial que lo tuviera presente.

34

Andrew

Artículo 43: Autorizaciones y consentimiento parental. En vacaciones calendarizadas, los padres deberán indicar por escrito el plan de destino y la persona responsable antes de la fecha límite que establezca la dirección.
Reglamento de estudiantes de Ashford Hall.
Capítulo IX: Salidas y periodos de vacaciones

No estaba seguro de que fuera la idea más brillante de mi vida, pero ahí estábamos, cargados de bolsas del restaurante más exquisito de la ciudad, con un extra de palomitas y dulces para abastecer a un ejército y sin saber qué decir para no parecer un completo idiota delante de Nora.

No le conté a Luca a dónde íbamos; él tampoco hizo preguntas al principio. Estaba tan feliz de que los planes hubieran cambiado de la noche a la mañana que se limitó a seguirme como un cachorro con exceso de azúcar.

Ella tenía razón: no era más que un niño, un niño bocazas que le había contado a Nora un sinfín de cuentos sobre mis conquistas y mi fama de mujeriego. Era probable que esa fuera la razón por la que se había mantenido alejada de mí en los últimos días, o quizá fue mi reacción a aquel insignificante beso en el pasillo de Northbridge Hall que, sin querer, lo significó todo. Me sorprendió su espontaneidad, no estaba acostumbrado a nada parecido, pero lo que tanto me hubiera molestado en otras con Nora fue… diferente.

Por desgracia, aquella noche no hubo sexo en el despacho. Tampoco los días posteriores.

Jeff Holman la rondaba demasiado, insistió una y otra vez en que lo acompañara a esa cena de mierda con su hermano y sus amigos, y si Nora hubiera mostrado un poco de interés por pasar

Acción de Gracias con él, le habría confesado que me quedaba en Boston para estar con Luca.

«Para estar con ella».

—¿Quién vive en esta mierda de sitio? ¿Es algún tipo de fiesta clandestina? —Presioné la puerta del edificio, un simple empujoncito, y cedió con facilidad—. Joder, tío Andy, ¿vamos a colarnos en casa de alguien?

«Algo así», pensé mientras subía las escaleras.

—Es el apartamento de una amiga.

—¿Me has traído a casa de uno de tus ligues? ¿Desde cuándo sales con tías que viven en edificios sin ascensor?

Me detuve en el primer piso, cogí aire y presioné el timbre.

La puerta se abrió antes de lo previsto y levanté las bolsas como un gilipollas.

—Servicio a domicilio. Entrega especial de Acción de Gracias.

Los ojos de Nora se abrieron de par en par por la sorpresa.

—Joder, ¿te tiras a la señorita Clark? —preguntó el chico, boquiabierto—. ¿Tío Andy?

Me había quedado paralizado; impactado, en realidad. No estaba preparado para el pelo mojado ni los pies descalzos. Tampoco para la curva de su pecho contra la tela del pijama ni para el aroma a champú y gel. Nada me habría preparado jamás para una imagen tan íntima y tan sexi.

—He oído que hay una maratón de películas de *Harry Potter* en esta dirección. —Fingí que comprobaba el número de la puerta—. Puede que me haya equivocado.

—¡Por favor, tío Andy! —se quejó Luca, avergonzado, y me apartó a un lado para autoinvitarse—. Yo no he tenido nada que ver con esto. Él me ha traído sin decir a dónde íbamos, así que, si tiene que gritarle, es libre de hacerlo. Yo voy a ver dónde poner el huevo. —Nora le hizo un gesto muy teatral con la mano para que pasara. Aún estaba en *shock*—. Por cierto, va usted muy mona con ese pijama tan Potter, señorita Clark. ¡Arriba Gryffindor!

Siguió a Luca con la mirada hasta que estuvo acomodado en el sofá. Yo continué en el rellano de la escalera, con las bolsas de la cena en la mano y sin saber muy bien qué hacer a continuación.

—Di algo, por favor —le rogué.

Nora entornó la puerta a su espalda para darnos privacidad.

—Creía que te ibas a Nueva York —susurró.

—Cambio de planes.

—Cambio de planes, ya. ¿Y no se te ha ocurrido nada mejor que venir aquí? ¿Con Luca? ¿Te has vuelto loco?

«Del todo».

—Podemos irnos si no quieres…

—No es eso, es que… Podrías haber llamado antes, ¿no te parece? Podrías haberme dicho…, no sé, que te quedabas en Boston, que necesitabas un plan con él. Yo te habría ayudado a buscar algo que hacer juntos.

—Ya estamos haciendo algo juntos.

—Tú y él, Andrew. Tú y Luca.

No hacía falta la aclaración, sabía a qué se refería, pero, cuanto más se alteraba, más se acercaba a mí, y me gustaba. Podía verle las diminutas pecas que aparecían sobre su naricilla orgullosa cuando se sonrojaba.

—¡¿Vais a estar mucho rato de charla?! —gritó Luca desde el salón—. Tengo tanta hambre que me comeré la planta de plástico de la señorita Clark si no venís ya.

—Encantador —masculló Nora, y como aún no tenía claro si estaba cabreada o le divertía la situación, aguanté la sonrisa.

—He traído la cena, se está enfriando. —Levanté las dos bolsas de nuevo y ella se fijó en el logotipo de la más grande—. Pavo braseado cortado en finas lonchas, puré de boniato, verduras confitadas y salsa de arándanos. Antes te gustaba.

—Todavía me gusta.

—Bien.

—Bien —repitió—. ¿Qué hay en la otra? —La señaló con el mentón.

—Palomitas de microondas, patatas fritas con cebolla, galletas Oreo y… —Dejé la comida en el suelo y metí la mano hasta el fondo de la bolsa de papel de los dulces. Si no le veía la gracia a lo que estaba a punto de hacer, era probable que me echara a patadas—.

¡Aquí está! —Le mostré el diminuto paquetito de papel blanco—. Un azucarillo.

—¿Me has traído un…?

—Un azucarillo, sí. —Esperé un segundo, dos, tres… Conté hasta diez y en el once… ¡Ahí estaba! La sonrisa más bonita del mundo—. ¿Puedo pasar ya? Luca arrasará con lo que haya en tu nevera si no lo alimentamos pronto.

...

El universo de distancia que había entre el sillón de Nora y el mío se hacía más y más grande con cada mirada que nos lanzábamos. Con un sofá y un adolescente de por medio, era imposible dar rienda suelta a lo que de verdad me apetecía. Ya sabía que sería así cuando pensé en invadir su casa, pero no que resultaría tan insoportable.

Luca se encargó de convertir la cena en una sucesión de carcajadas y disparates relacionados con magia y conjuros, y la primera película se nos pasó volando. No dije en serio lo de quedarme al maratón completo cuando Nora preguntó, pero mi sobrino insistió en que un maratón era un maratón, y ella no lo contradijo. Al contrario, sacó una manta del armario y dejó que se apropiara del sofá entero.

No llevábamos ni una hora de la segunda película cuando las lentas respiraciones de Luca llamaron nuestra atención.

—Se ha dormido —susurró Nora.

La ternura de sus ojos al mirarlo me acarició un lugar muy profundo al que no solía llegar la luz.

—Será mejor que lo despierte y nos vayamos a casa o mañana a mediodía seguirá aquí como un mueble más.

—No me importa, deja que se quede. Iba a salir a correr temprano, pero mejor haré tortitas. Puedo acompañarlo a tu casa después de desayunar.

O podía quedarme allí, con ella, en su cama, entre sus piernas, sin preocuparme de nada más que de darle placer. Luca dormía como un tronco, solo había que cerrar la puerta y…

—No me mires así, Andrew. Lo que sea que estés pensando no va a pasar esta noche. —Empezó a recoger los restos de la cena como si no acabara de leerme el pensamiento—. Además, estoy con la regla. Bandera roja este fin de semana, por si no tenía suficiente.

—¿Dónde está el problema? —Terminé de limpiar la mesilla de café con el trapo que me lanzó y comprobé que Luca seguía dormido. Nora guardaba los restos de comida en la nevera cuando me acerqué a ella por la espalda—. Conozco muchas formas de complacerte. Soy un hombre muy agradecido.

Deslicé las manos por su cintura hasta el vientre y la piel se le erizó al contacto con mis dedos.

—No podemos…

—Sí podemos. —Le rocé la curva de un pecho con el pulgar y su gemido fue directo a mi entrepierna—. Queremos. Los dos. —Mi pelvis se frotó contra su trasero y jadeé con la fricción—. Dios, claro que queremos.

La boca de Nora buscó la mía con la misma desesperación que las veces anteriores. Dulce, muy dulce, y picante, como a mí me gustaba. Pero había algo diferente en su forma de acariciar mi lengua, algo lánguido y sensual que no había estado ahí antes. La ferocidad del primer contacto se volvió más intensa pero tranquila, como si tuviéramos toda la vida para saborearnos. Mis manos se detuvieron a la altura de su ombligo; las ganas de frotar mi erección contra ella quedaron a un lado. Solo deseaba disfrutar del beso, ese maldito beso que no tenía fin. Y de abrazarla. No necesitaba nada más.

Los pitidos de la nevera abierta nos interrumpieron, nos devolvieron a la cocina, al salón, al sofá, a Luca, que se removió con pereza, como si a él también lo hubieran sacado de un sueño.

—¿Qué ha pasado con la tele? ¿Por qué la habéis apagado? —Bostezó y se desperezó, incapaz de mantener los ojos abiertos.

—Será mejor que nos vayamos —decidí tras un suspiro de rendición.

—Deja que se quede, no pasa nada.

—Si Luca se queda, yo también, y te aseguro que el único que dormirá será él. —Le robé un beso rápido como el que ella me había

dado a mí en Northbridge Hall, y otro, y otro más después de echar un vistazo rápido a mi sobrino—. ¿Otro día?

—Otro día.

Me aseguré de que ninguno de los dos tenía los dedos cruzados.

Era una promesa que no pensaba olvidar.

35

Nora

Compete a la Orientadora de Estudiantes detectar y
atender señales de ansiedad, depresión, acoso, violencia
o problemas de adaptación entre los estudiantes.
Contrato de trabajo de Eleonora Clark.
Apartado 1, punto 2

El ataque de histeria que protagonizó Katy Radcliff cuando la entrenadora Schulz la mandó a la ducha sin terminar la nueva coreografía de las animadoras me tuvo pegada a la silla del despacho de Lawrence Blackwell casi toda la mañana. Tenía los humos muy subidos desde que Amber confesó que seguía lesionada y le cedió la capitanía. Se había metido en varios altercados en la residencia y faltó al respeto a la profesora Sweeney, la adjunta de Matemáticas.

En su último arrebato en el laboratorio de Química le impuse un castigo de servicios comunitarios, que se negó a cumplir. Me vomitó un discurso plagado de prepotencia y superioridad digno de una niña consentida, y le advertí que se quedaría fuera del equipo de animadoras si no cambiaba de actitud.

No lo había hecho.

Había menospreciado el trabajo de sus compañeras, agredió a una de las alumnas de décimo curso y llamó «zorra» a la entrenadora Schulz después de que la expulsara de otro entrenamiento.

Era el colmo, y no pensaba pasarle ni una falta más.

Puesto que Susan continuaba fuera con la promoción de su novela de cara a Navidad, no me quedó más remedio que poner la situación en conocimiento de Blackwell, de Holman y de Andrew.

Cuando Katy salió de dirección, no estaba ni un poquito arrepentida de la lista de tonterías que había hecho durante los primeros cuatro meses del curso. Me llamó entrometida, mentirosa, farsante y «puta loquera» delante de todos, me acusó de acostarme con Jeff y recurrió a mis errores durante el curso anterior para desacreditarme, incluso me amenazó con que me quedaría sin trabajo si no hablaba de ella favorablemente en mi informe.

Se desacreditó a sí misma.

—Si me dieran un dólar cada vez que alguno de ellos me ha amenazado con arruinarme la vida, tendría una casa en Bora Bora y un avión privado en el salón —declaró Susan después de manifestarle mis inquietudes por teléfono—. Debes proponer la expulsión de Katy de manera indefinida en la próxima reunión de la junta.

—¿Yo?

—Bueno, lo haría yo, pero sigo en Seattle y la semana que viene estaré en Los Ángeles. De hecho… —Se hizo un silencio incómodo al otro lado de la línea—. No quería decirte esto por teléfono, Nora, pero las vacaciones de Navidad están a la vuelta de la esquina y no sé si tendremos oportunidad de vernos antes.

—¿Por qué? ¿No piensas volver? —bromeé, pero Susan no se rio —. Piensas volver, ¿verdad?

—Le he presentado al presidente de la junta mi dimisión esta misma mañana, Nora.

—¡¿Qué?!

—Sí, ya sé que es una bomba, pero no creo que sea tan sorprendente. Escribir, los plazos, las conversaciones con mis editores, los viajes, las giras, las firmas de libros… eso es lo que me apasiona —declaró con ímpetu—. Tengo cincuenta y dos años, y estoy cumpliendo un sueño que creí imposible. Me gusta ser psicóloga, pero nací para ser escritora.

—Pero… pero ¿quién se va a hacer cargo del gabinete?

—Tú, Nora. —Se me escapó una carcajada nerviosa. ¿Se había vuelto loca?—. Mi propuesta es firme. Estás cualificada y capacitada de sobra. Has estado tomando decisiones respecto del servicio desde que empezó el curso y no te imaginas cuánto me has ayudado

ni lo importante que has sido. No sé lo que hará Richard Dreyfus con mi recomendación, pero, si no te ofrece el puesto, es un inepto.

—Blackwell no permitirá que lo haga.

—¡Ay, Lawrence! —Suspiró—. No dejes que su carácter te engañe. Debajo de toda esa hostilidad, hay un buen corazón. Le cuesta confiar en las personas, pero te lo ganarás. Lo sé.

—No puedes irte, no estoy preparada.

—No hay nadie más preparada que tú, Nora.

Susan abandonaba Ashford Hall y me dejaba sola frente a trescientos estudiantes con sus trescientos problemas por resolver. A mí. Sola.

Necesitaba aire, y me abaniqué con un sobre de tacto aterciopelado que alguien había dejado sobre la mesa de mi despacho. También necesitaba hablar con Andrew. Si Susan había presentado su dimisión a la junta, él tendría el escrito sobre la mesa.

Recogí mis cosas con prisa y tecleé un mensaje para Andrew. Si no había hecho planes para comer, ya los tenía. Pero no me llegó respuesta.

Lo que sí llegó fue una inesperada llamada de mi hermano, Brandon, que me dejó inmóvil en medio del amplio recibidor de Northbridge Hall.

—¿Sugar? ¿Estás ahí?

—Eeeh, sí, sí. Hola, qué sorpresa. ¿Te has equivocado al marcar o…?

Hacía mucho tiempo que no oía la risa de mi hermano y me pareció preciosa. Aun así, mi desconfianza estaba basada en una falta de comunicación legendaria y no bajé la guardia. Podía contar con los dedos de una mano las veces que Brandon me había llamado desde que me fui de Salem. No tenía instinto de hermano mayor, tampoco le hizo falta desarrollarlo nunca. Lilianne tenía a mis padres siempre pendientes de ella; yo me cuidaba sola.

—Tengo una cuestión de trabajo en Boston y he pensado que a lo mejor te gustaría cenar conmigo. Ya sabes cuánto odio comer solo. —En realidad, no tenía ni idea—. ¿Qué me dices? ¿Nos vemos esta noche?

—¿Has venido con Ian y Cassey?

—No, no, es un viaje relámpago. Mañana por la noche vuelvo a Arlington.

¿Cenar con mi hermano, sin la influencia de mi cuñada ni las molestas preguntas de mi sobrino y sin padres juzgándome por cada palabra? No era un mal plan.

—Está bien, pero yo elijo el restaurante y tú pagas.

—Hecho. Mándame la dirección al teléfono.

...

No me sentí muy cómoda al principio, incluso me arrepentí de haber elegido un restaurante tan refinado con todas las posibilidades que ofrecía la ciudad. Brandon y yo nunca tuvimos una gran conexión como hermanos, y la culpa no era de los seis años de diferencia entre nosotros, ni siquiera de su carácter maduro y responsable, más propio de un hombre de cincuenta. No. La culpa era de mi complejo de inferioridad y de lo intimidada que me sentía frente a su inteligencia.

—¡Vaya, mírate! Si pareces una mujer adulta con ese vestido, Sugar. —Se puso en pie para darme un ligero abrazo y separó la silla para que tomara asiento. Fue tan cortés que me arrepentí de haber llegado tarde a propósito—. ¿Dónde te has dejado los pantalones rotos y las Converse? —Chasqueé la lengua con fastidio. No empezaba bien la noche—. Es broma, es broma. Estás muy guapa. Recuérdame que te haga una foto antes de irnos para que se la enseñe a Cassey o no me creerá cuando le diga lo cambiada que estás.

Solo era ropa bonita y un poco de maquillaje, nada del otro mundo. Valerie estaba preparando su inminente regreso a Boston y había enviado varias cajas desde San Francisco para que se las guardara hasta que le dieran las llaves del piso que había alquilado en el centro de la ciudad. No pude resistirme a echar un vistazo, ella me hubiera obligado a hacerlo. El vestido me llamó la atención desde el principio, era sexi sin ser provocativo y el tono caramelo combinaba muy bien con el color de mis ojos. Demasiado liviano

para el frío de aquella época del año, pero ¿a quién le importaba? La tela era exquisita y, al mirarme en el espejo, me vi increíble.

—¿Y bien? ¿A qué debo el honor de tu visita? —pregunté, antes de dar un sorbito al vino que me sirvió el camarero. Yo hubiera preferido una cerveza, pero Brandon la detestaba.

—Europa ha disparado su inversión en armamento a raíz de la guerra de Ucrania y Lockheed Martin, Boeing, Raytheon, los principales fabricantes de armas, ya sabes, están desarrollando nuevos sistemas con los que… —Se detuvo y miró a ambos lados de la mesa, donde otros comensales disfrutaban de sus cenas—. A veces se me olvida que no puedo hablar de estos temas en cualquier sitio. Además, te estoy aburriendo. Cuéntame que tal te va a ti, señora orientadora de estudiantes. Me han dicho que eres toda una profesional.

—¿Quién te lo ha dicho? —Brandon levantó una ceja, suspicaz, y no necesité más explicación—. ¿Has hablado con Andrew?

—Claro que he hablado con Andrew; somos amigos, Sugar. Llevábamos tiempo sin charlar, pero me llamó y…

—Te llamó. —No me había dicho nada.

—Sí, me dijo que estaba en Boston, que lo habían enviado para administrar Ashford Hall como favor *personal* —entrecomilló— a un cliente de la empresa y que erais compañeros.

—Es mi superior, no mi compañero. Puede despedirme cuando quiera.

Brandon se rio, como si mi comentario fuera divertido. No lo era.

—Él habla muy bien de ti, salvo por lo de que eres muy obstinada —puntualizó—. Todos sabemos que eso ya no va a cambiar a estas alturas.

—¿Y habláis mucho vosotros dos? —me interesé. Iba a tener unas palabras con el señor Woodward la próxima vez que estuviéramos a solas.

—Pues últimamente sí, la verdad. Hemos almorzado esta mañana, de hecho. —Por eso había desaparecido después del drama de Katy Radcliff. Por eso no me había cogido el teléfono cuando lo llamé para preguntarle por la dimisión de Susan—. Le he pedido que

se una a la cena, pero ha dicho que tenía que ocuparse de algo. Vendrá más tarde.

Me puse nerviosa y casi tiré la copa de vino. Brandon era igual de intuitivo que mi padre y no tardaría en darse cuenta de lo que pasaba entre nosotros. No estábamos haciendo nada malo, Andrew y yo éramos dos adultos con los límites bien definidos, y ni siquiera nos habíamos acostado, pero mi hermano se haría una idea equivocada y me daba miedo lo que eso podía desencadenar.

—Entonces, ¿va todo bien? ¿Estás contenta con el trabajo?

—Sí, me gusta lo que hago. Y voy a publicar un artículo en la revista *AJPH* —presumí.

—¿En la *American Journal of Public Health*? —preguntó con admiración—. ¡Vaya! Eso no me lo esperaba. ¿Puedo saber de qué trata?

—Es un estudio sobre clínicas ilegales en Boston que guarda relación con una investigación llevada a cabo por profesionales de ginecología del Hospital General de Massachusetts y por la NAF, la National Abortion Federation. —Verbalizarlo de esa forma impresionó aún más a Brandon y me sentí orgullosa de mí misma por sorprenderlo, aunque solo fuera una vez en la vida—. Llevo meses trabajando en ello y espero que se publique el año que viene.

—Es un tema polémico, Sugar —observó—. Espero que sepas lo que haces.

—Sé lo que hago, descuida. Pero no lo cuentes por ahí, ¿de acuerdo? Lo he estado llevando al margen del trabajo y no me gustaría que…

—Tranquila, estoy acostumbrado a guardar secretos. Puedes confiar en mí.

Confiar. Tal vez no fuera mala idea contarle lo que había entre Andrew y yo. Me conformaba con que no lo convirtiera en el tema de conversación de las navidades en casa.

—Verás, Brandon… —dudé—, han pasado algunas cosas estos últimos meses que tal vez te sorprendan un poco y…

—Buenas noches —me interrumpió la poderosa voz de Andrew. Miré por encima del hombro y mi corazón se aceleró con su cercanía. Estaba arrebatador—. Nora.

—Andrew —correspondí con formalidad—. Brandon acaba de decime que te unías a nosotros.

El aludido apartó la silla que había junto a él y le palmeó la espalda a modo de saludo. Fue inevitable compararlos. Tenían la misma edad, pero Brandon llevaba el pelo muy corto y había heredado las canas prematuras de mi padre. Andrew, en cambio, presumía de un cabello oscuro y más largo que le caía sobre las gafas a todas horas. Ambos eran atractivos, hombres de éxito en sus profesiones, pero el carácter los delataba y su manera de vestir los diferenciaba a simple vista. Estaban en extremos opuestos de la vida. A Brandon no le iban los trajes formales; para Andrew eran como una segunda piel. Brandon era un hombre afable que se desvivía por su mujer y su hijo; a Andrew no le interesaba formar una familia.

Intenté no pensar en eso último durante la cena, era mejor no darle vueltas, y aunque la conversación entre ellos fue entretenida, no disfruté de las historias y los recuerdos que ambos rememoraron.

Cuando Andrew se dio cuenta de mi falta de interés y de que apenas había probado bocado, me rozó con el pie por debajo de la mesa y me sobresalté.

—Hay una historia que nunca me habéis contado y que me encantaría conocer —dijo mientras daba vueltas al contenido de su copa con movimientos hipnóticos. El muy canalla me sonrió de medio lado y se tomó su tiempo para saborear un trago de vino sin apartar sus ojos de los míos—. ¿Por qué la llamáis Sugar?

36

Andrew

14 de enero de 2006
Mi deseo de cumpleaños es que Brandon y Lilianne
se atraganten cada vez que me llamen Sugar.
Diario juvenil de Eleonora Clark

—Porque comía azúcar a todas horas. Fin del misterio —respondió, molesta.

La visita de Brandon iba a ocasionarme más de un problema, lo vi venir desde que acepté cenar con él, pero lidiaría con ello a su debido tiempo. En esos momentos me interesaba más provocar a Nora, porque cuando se mostraba tan ausente como en aquella cena, mi cabeza sufría el efecto contrario: ella y sus pensamientos se convertían en una prioridad.

—Fue por lo que pasó con el tarro de azucarillos. Eras muy pequeña, no te acordarás —la corrigió Brandon.

Algo en la expresión de Nora me golpeó el pecho y deseé no haber formulado la pregunta. Quería que se animara, no que hundiera los hombros. Una mujer como ella no debería resignarse jamás.

—Se escondía cada día en la despensa para darse un atracón de azúcar. Metía la mano en el bote de cristal donde mi abuela guardaba los terrones para el café, y un día no pudo sacarla.

—Fue por la posición del hueso de la muñeca —se defendió en voz baja, avergonzada.

—¡Fue porque tenías la muñeca de un camionero! —exclamó Brandon—. Tiraba y tiraba, y no había forma de sacar la mano; cada vez se le ponía más roja y más hinchada, y veíamos cómo movía esos deditos rechonchos dentro del tarro de cristal. Fue tan gracioso…

—Supergracioso —masculló sin rastro de diversión.

—Mi abuela le untó medio brazo de mantequilla de cacahuete para que pudiera sacar la mano —prosiguió Brandon. Se le había subido el vino a la cabeza—, y cuando lo consiguió, se puso a berrear porque se había quedado sin azucarillo.

—Luego me castigaron y a todos les pareció muy gracioso llamarme Sugar —finalizó ella—. A nuestra abuela Eleonora le habría encantado ver cómo los idiotas de sus nietos me cambiaban el nombre por un apodo absurdo.

—¡Oh, vamos, Sugar! ¡No te enfades! —Brandon rio e intentó cogerle la mano, pero Nora la apartó—. Es una historia bonita. Se la podrás contar a tus hijos, si es que algún día los tienes.

—Ese comentario ha sido muy propio de Lilianne, pero no de ti —le recriminó. Dejó la servilleta a un lado y se puso en pie—. Si me disculpáis, voy al servicio.

Seguí el movimiento de sus caderas hasta que desapareció por el pasillo del fondo.

—Siempre ha sido una niña muy susceptible. Se enfada por cualquier tontería.

—Ya no es una niña —la defendí—. A lo mejor deberíais empezar a tratarla como a una adulta.

—Solo ha sido una vieja historia, tú has preguntado. No te pongas tan serio, hombre. Cualquiera diría que… —Me golpeó el pecho con la mano para llamar mi atención. Yo seguía esperando para verla regresar del baño—. ¿Te acuestas con mi hermana?

Joder, directo al grano.

—No, no me acuesto con tu hermana. —Era la verdad, pero pensaba hacerlo esa misma noche. Iba a borrar de la memoria de Nora todos los recuerdos que la hacían infeliz—. Sigues tolerando muy mal el alcohol, amigo. Será mejor que pidamos la cuenta.

A la salida del restaurante, Brandon sugirió ir a tomar una última copa, pero Nora rehusó la invitación. Estaba cansada, le dolían los pies y farfulló algo relacionado con la testosterona que no entendí bien. Yo, por mi parte, no necesité excusa. El teléfono llevaba vibrando toda la noche en el bolsillo de la americana y lo hizo una vez más mientras esperábamos la aparición de un taxi.

—Las finanzas no descansan. Siento no poder acompañarte, tío. —Fingí sentirme desolado por poner fin a la noche y le di un abrazo de despedida antes de responder al teléfono—. La próxima vez que vengas, avísame con tiempo y organizaré algo.

—Pero sin mujeres de por medio. —Nora resopló—. No lo digo por ti, Sugar. Es por él, por si se le olvida que estoy casado y me mete en un lío con alguna de sus amiguitas.

—Lo he entendido, descuida. —Se dejó envolver por los brazos de su hermano, un poco incómoda por la demostración de afecto—. Mañana te dolerá la cabeza, tómate un analgésico y un vaso de agua cuando llegues al hotel. Si Cassey se entera de las cuatro copas de vino que te has bebido, te tendrá haciendo dieta détox todas las navidades. —Brandon se rio y la besó en la frente—. Dale un achuchón a Ian de mi parte, ¿vale?

—¿Nos vemos en Salem para Navidad?

—Si no queda más remedio…

—Podrías venir tú también, Woodward —añadió desde la puerta del taxi—. A mi madre le encantará ver en qué te has convertido. Y ahora que Lilianne va a divorciarse, ¿quién sabe? Puede que esta sea vuestra nueva oportunidad.

Me habría jugado el cuello a que nos estaba poniendo a prueba. Brandon Clark no era un hombre mezquino, no se metía en la vida de los demás ni hacía comentarios de ese estilo a la ligera. Por suerte, Nora no reaccionó, se mantuvo impasible. Yo, por mi parte, le dediqué un par de palmadas en la espalda y le deseé buen viaje de regreso a casa.

Cuando el taxi estuvo a buena distancia, sentí la urgente necesidad de besar a Nora en mitad de la calle. Sin explicación, sin motivos, solo besarla y prender la llama que nos haría arder toda la noche. Pero ella caminaba por la acera en dirección opuesta y tardé un par de segundos en asimilar que se iba sin más.

—Es un completo idiota —la oí decir entre dientes—. Y, cuando prueba el vino, es más idiota aún. «Puede que esta sea vuestra nueva oportunidad» —se burló con desaire—. Capullo. ¡Y tú! —Giró sobre los talones y me señaló con un dedo—. ¿Cuándo pensabas

decirme que volvías a tener contacto con mi hermano? ¿No te pareció importante mencionarlo en estos últimos cuatro meses?

—¿Podemos discutirlo en tu casa? Por si no te has dado cuenta, está empezando a nevar.

Nora levantó la vista al cielo y disimuló su sorpresa. Se le enredaron algunos copos en el pelo y otro quedó suspendido en la punta de su nariz. Sentí envidia del que se le posó en los labios y me barrió una oleada de deseo cuando sacó la lengua para atraparlo. Si quería acabar conmigo, lo estaba consiguiendo.

No se opuso a que la acompañara en taxi al apartamento, pero los primeros cinco minutos se mantuvo tan silenciosa que creí que se había dormido, como le pasaba cada vez que se subía en el Lexus.

—Tu hermano me ha preguntado si me estaba acostando contigo. —El comentario la sacó del mutismo.

—¿Y qué le has dicho?

—La verdad.

Levantó una ceja interrogante.

—¿La verdad tipo «no nos hemos acostado, pero le he metido mano todo lo que he podido» o la verdad tipo «no nos hemos acostado y puedes dormir tranquilo porque eso no pasará jamás»? —El taxista emitió una risilla y le echó un buen vistazo a Nora por el espejo retrovisor—. ¿Le importaría mantener los ojos en la carretera mientras yo vaya sentada aquí detrás? Gracias.

Joder, cómo me gustaba que fuera así de cortante cuando estaba cabreada.

—Solo la verdad, que no nos habíamos acostado. No necesitaba saber que las circunstancias van a cambiar esta noche.

—Estás muy seguro de eso.

—Por supuesto —fanfarroneé—. Por cierto, ¿el vestido es nuevo?

—No cambies de tema, Andrew. Ahora mismo no eres mi persona favorita. No me importa que hables con Brandon, pero ¿no decírmelo? Eso ha sido un golpe bajo. Y no, no es un vestido nuevo. Es de Valerie. Lo he cogido prestado de una de las cajas que han invadido mi salón. —Se pasó las manos por los muslos para disfrutar de la suavidad de la tela y suspiró—. Es un vestido precioso.

—Tú eres preciosa.

—Sigo enfadada.

—Entonces, tendré que hacer algo para que me perdones.

El trayecto hasta el apartamento de Nora fue un auténtico infierno. Ella se encargó de eso. Mis dedos rozaron los suyos, que tamborileaban sobre la tapicería, y la simple caricia se convirtió en un juego de manos que rayaba lo obsceno. Las yemas eran zonas muy sensibles y la presión de su uña en ese punto concreto actuó como el más potente de los afrodisíacos. Se removió en el asiento al sentir mi mirada hambrienta y abrió las piernas como al descuido para que el vestido se le subiera un poco por los muslos. Me estaba castigando, porque aunque nada me impedía meter la mano y acariciarla donde más lo necesitaba, el taxista no perdía detalle, y la escena que yo tenía en mente no incluía espectadores.

Le dije al tipo que se quedara con el cambio y salí del coche con los dientes apretados y fuego en las venas. La acorralé contra la pared del edificio sin poder contenerme y le mordí la boca con ferocidad, sin delicadeza, tan exigente en el beso como pensaba ser en la cama.

La besé en cada escalón y contra la puerta, y mientras buscaba las llaves en el bolsito. Le levanté el vestido y le acaricié el culo con manos posesivas. La entrada fue un atropello en toda regla, con risas y maldiciones incluidas. Cerré de una patada y la mantuve pegada a mi pecho hasta que apoyó las manos en la barra del *office* y frotó su trasero contra mi erección.

—Joder —mascullé—. Me vuelves loco.

El vestido resbaló hasta el suelo en cuanto le bajé los tirantes, mis manos se llenaron con sus pechos y descendieron hasta el vértice entre sus piernas. Las bragas de encaje estaban empapadas y no me molesté en quitárselas. Las aparté a un lado y hundí un par de dedos en ella.

Estaba tan desesperado por tenerla que me tembló la mano al desabrocharme el pantalón. Dejé un par de condones en la encimera y le permití que me cabalgara la mano mientras me ponía uno con dificultad.

—Abre las piernas e inclínate un poco, cariño —le susurré al oído. No podía soportarlo más.

Me obligué a controlar la situación para que no se me fuera de las manos. Era un polvo desesperado, pero ella no era una desconocida. Quería que recordara nuestra primera vez durante mucho tiempo, aunque no fuera la forma más delicada de hacerlo.

«Te importa», sonó una voz en mi cabeza.

Dejé de pensar en cuanto me hundí en ella. Sus pechos temblaron en mis manos y los sostuve con reverencia. La acaricié despacio para aliviar su piel y le dejé un camino de besos por la columna, tan suave, tan sensual…

«Tan mía».

La boca con la que mis labios se habían obsesionado buscaba aire cada vez que embestía y los jadeos elevaban mi nombre en un ruego que me acercaba peligrosamente al borde del abismo. Mi intención de ir despacio y disfrutar de la experiencia se fue al garete al notar la presión de su sexo envolviendo el mío. Solo podía pensar en el placer, en la sensación y en cuánto necesitaba liberarme.

Una vez y otra y otra, el ritmo se hizo frenético, descontrolado. Los sonidos de nuestros cuerpos al chocar eran enloquecedores; los gemidos de Nora, una droga.

Me buscó por encima del hombro y mi corazón se detuvo en sus ojos. Había algo en ellos que no sabía descifrar, algo que me produjo un miedo irracional, pero también euforia, pura locura.

—¡Andrew! No puedo…

Era muy excitante ver correrse a una mujer, pero con ella… con ella fue devastador. Sus gritos dejaron paso a jadeos más profundos, tan penetrantes como las caricias de mi sexo en su interior, más fuerte, más duro, más y más… No me detuve. Quería alargar aquel bendito sufrimiento hasta que perdiera la cabeza como la estaba perdiendo yo.

—Un poco más, cariño —murmuré mientras le frotaba el clítoris con total adoración—. Dame un poco más.

Tuvo otro clímax violento y liberador, que me arrastró al mío propio sin quererlo. Todos mis músculos se tensaron al oírla, al

olerla, y me inundaron dolor y placer a partes iguales mientras perdía el control por primera vez en mucho tiempo.

—Joder, joder… —repetí, alarmado.

Me derramé en todos los sentidos, física y emocionalmente. El aire no me llegaba a los pulmones por más que abriera la boca para respirar. Di un paso atrás para salir de ella y alejarme, vi su preocupación y la mano que me tendió para que no me alejara. Sus labios se movieron, pero no oí la pregunta. ¿Qué demonios me estaba pasando?

Me abrazó despacio, insegura, y noté una caricia en la espalda, arriba y abajo, muy lenta, como el efecto de un calmante. Sus labios besaron sobre mi corazón, susurraron algo inaudible y me estremecí.

Quería salir de allí, aunque mi cerebro seguía desconectado del resto del cuerpo.

—Respira —susurró Nora sin detener sus caricias—. Estoy aquí. Te tengo.

Recuperé el control unos minutos después. Saqué fuerzas de donde no las había para seguirla hasta la habitación y besarla fue mi respuesta a la pregunta silenciosa que gritaban sus ojos. No, no estaba bien, me sentía confundido por la intensidad de lo que había pasado y necesitaba espacio para procesarlo. Pero no quería dejar de tocarla, porque a pesar del pánico, estaba mejor que nunca.

Nada tenía sentido.

—Tengo que ir al cuarto de baño —anunció con cierto pudor—. Si vas a aprovechar para irte, no seas grosero y despídete antes.

Solo asentí y la contemplé moverse desnuda por el dormitorio. Iba a costarme la vida volver a verla por el internado sin rememorarla así, sin ropa, seductora, envuelta en mi olor y con el rostro radiante de la más pura satisfacción. ¿De verdad pensaba que iba a salir corriendo después de tenerla? ¿Que tendría suficiente con una única vez?

Le quedaban muchas horas por delante al fin de semana.

El sonido de la ducha me puso en movimiento y llamé a la puerta del baño. Nora tarareaba una canción al otro lado de la mampara de cristal y su silueta reactivó mi insaciable necesidad.

—¿Hay espacio para mí? —le pregunté con la voz tomada por el deseo. Abrí un poco el cristal y la nube de vapor me mostró su expresión de «has tardado mucho»—. Necesito una ducha urgente.

Me repasó de pies a cabeza y se mordió el labio al detenerse en mi erección.

—Veamos qué puedo hacer por ti.

Joder, no iba a acostumbrarme jamás al hormigueo de la piel cuando ella me tocaba, a las chispas que encendían sus dedos al contacto con mi sexo. Le mordí los labios y el cuello y los pechos, hambriento de su sabor, y le mostré cómo me gustaba que me acariciase: primero, con la mano; luego, con la boca. Había compartido muchos momentos en la ducha con otras mujeres, pero ninguno como aquel, ninguno como el placer de tener a Nora de rodillas delante de mí, ninguno como sus ojos mirándome desde abajo, prometiendo un delirio que no habría imaginado ni en mis mejores sueños.

37

Nora

4. Aquí no se juzga, se escucha. Puedes soltar
lo que te pesa sin miedo a ser etiquetado.
Decálogo de la buena confidente de Nora Clark

No sabía qué tenían de malo los tallarines de microondas que había en el armario de la cocina, pero Andrew se rio de mí cuando le dije que eran mi comida reconstituyente de fin de semana y se largó a comprar algo más sustancioso con lo que reponer fuerzas. Aproveché para poner un poco de orden en la casa, cambiar las sábanas y llamar a Valerie a San Francisco.

—Es sábado —gruñó—. Aquí son las ocho. Llámame luego; anoche salí y hoy quiero morirme.

—No podré llamarte más tarde y luego me odiarás porque no has sido la primera en saber que anoche me acosté con Andrew.

Se le cayó el teléfono y soltó una retahíla de palabrotas mientras lo recuperaba.

—Pero ¿anoche no fuiste a cenar con tu hermano?

—Sí, bueno, resulta que mi hermano y Andrew retomaron el contacto hace unos meses y hablan con frecuencia. Él también vino a la cena y, al acabar, una cosa llevó a la otra…

—Una cosa llevó a la otra y… Dime que lo tienes desnudo y atado a la cama para que no se te escape —bromeó, y me sonrojé como una tonta—. Ahora ya puedes tachar de la lista lo de tirarte al novio de tu hermana.

—Eso está en tu lista, no en la mía.

—¿Y qué? ¿Ha sido como esperabas? Ya sabes, ¿ha dado la talla? Dime que ha dado la talla —suplicó—. Si después de todo este tiempo no es un semental, me bajo de la vida.

—Está muy por encima de la media. Muy muy por encima, te lo aseguro.

—¡Quiero detalles, Nora! ¡Detalles, por favor! —gritó como una loca, pero sabía lo poco que me gustaba hablar de mis intimidades con los hombres—. Me alegro por ti, de verdad. Y espero que esta noche solo haya sido el principio.

En realidad, no sabía qué esperar. No tenía la menor idea de qué le pasaba a Andrew por la cabeza ni qué saldría de todo aquello. ¿Y el ataque de pánico que había sufrido? No quiso hablar del tema cuando salimos de la ducha y no insistí. No tenía derecho a hacerlo. Solo era sexo; yo misma me lo repetía una y otra vez para que no se me olvidara, porque sería muy fácil dejarse llevar por los sentimientos y terminar con el corazón hecho añicos.

Andrew llamó a la puerta una hora después. Me puse muy nerviosa al recibirlo de nuevo, no quería parecer demasiado entusiasmada o desinteresada. Me había puesto ropa cómoda pero sexi y me daba vergüenza que se diera cuenta. También me había arreglado el pelo para no parecer recién salida de la cama; las gotas de perfume detrás de las orejas era algo que me había aconsejado Valerie antes de colgar; el brillo de labios, en cambio, fue cosa mía, pero me había mordido tanto la uña del pulgar mientras esperaba que ya no quedaba nada.

Él también se había cambiado de ropa. Un pantalón vaquero y una camiseta deportiva habían sustituido al traje.

—No sabía qué te podía apetecer, así que he traído un poco de todo —anunció, al tiempo que disponía el contenido de los envases en los platos de la mesa del salón—. ¿Todo lo que hay en esas cajas es ropa?

—Sí, y aún tienen que llegar algunas más. A Valerie le gusta ir a la moda. Ella puede permitírselo. Es una Cargill.

—¿Cargill-MacMillan? —preguntó, sorprendido. Era una de las familias más ricas del país.

—Cargill-Trenton —lo corregí—, pero sí, esos Cargill.

—¿Cómo os conocisteis? —se interesó.

El aroma del tomate con albahaca que Andrew puso sobre el plato de tallarines me hizo rugir las tripas.

—Compartimos cuarto en la universidad. Coincidimos en la elección de asignaturas y estábamos igual de asustadas. Casualidades de la vida.

—¿Valerie estudió en Westfield? ¿Una Cargill en una universidad pública?

—¿Qué problema tienes con la universidad pública? —lo increpé, aunque entendí a qué se refería. Yo lo había pensado muchas veces —. Además, Valerie no tiene nada que ver con su familia, no tiene relación con ellos.

No me correspondía a mí hablar de la historia de su vida. Valerie era una mujer extrovertida y abierta a todo el mundo, pero pocas personas sabían cuánto dolor había soportado. Su madre no fue sincera cuando debió serlo y tardó mucho en confesar que el hombre al que ella llamaba papá no lo era.

Intercambiamos una buena cantidad de anécdotas de la universidad mientras comíamos. Así descubrí que el chico rebelde que invadió mi casa durante años finalmente sucumbió a los deseos de su padre. Estudió una licenciatura en Finanzas, dejó atrás la rebeldía y en el proceso él mismo se dio cuenta de lo inteligente que era.

—En una ocasión, en segundo de carrera, oí a uno de mis profesores quejarse de lo complicado que estaba resultándole financiar los estudios de sus hijos en el extranjero y el miedo que tenía de invertir el dinero ahorrado en algo que no saliera bien —me explicó mientras dibujaba espirales en los restos de la salsa—. Investigué un poco, llamé a algunos contactos de mi padre y le diseñé una estrategia a medida que tuviera en cuenta sus objetivos, con un horizonte temporal sensato y sin perder de vista su perfil de riesgo. Hice mi primera planificación financiera sin saber lo que era.

—¿Y funcionó?

Andrew se rio y negó un par de veces. Era un hombre diferente cuando estaba tan relajado, el hombre que me haría pedazos si no me andaba con ojo.

—El tipo me cogió una manía terrible por meterme en sus asuntos, destripó mi trabajo delante de toda la clase y me puso

como ejemplo de lo que no había que hacer una y otra vez durante el curso.

—Un capullo integral, vamos.

—Sí, un absoluto capullo, pero me caló de inmediato. Mi planificación no era un fracaso por usar una estrategia incorrecta, sino porque no había tenido en cuenta factores de riesgo que desconocía y que lo cambiaban todo.

—¿Como cuáles?

—Como que estaba a punto de divorciarse, por ejemplo, algo que yo no podía saber. O que aún tenía un hijo menor y tendría que pasar manutención. Sus números, que yo me inventé basándome en el salario de un profesor de su estatus, no eran reales, y la inversión jamás habría salido bien. Cuando empecé tercero, me llamó a su despacho, puso delante de mí todo lo que necesitaba y me dijo: «A ver qué sabes hacer, chico». Ahora es uno de mis clientes de JP Morgan Chase.

—¿Y por qué no trabajas con tu padre?

—¿Trabajar en Commonwealth Nexus a las órdenes de Alexander Woodward? —Se rio, como si mi pregunta hubiera sido descabellada—. No, no hubiera funcionado. El ego de mi padre y el de mi hermano casi no caben en el edificio. Sumar el mío a la ecuación lo hubiera hecho saltar por los aires, te lo aseguro. Me gusta que los reconocimientos a mi trabajo lleguen por mis méritos y no por ser el hijo de alguien.

—Es increíble —se me escapó. No había podido apartar la mirada de él y, cuando me di cuenta de que continuaba mirándolo, me ruboricé y empecé a recoger los restos de comida.

—¿Qué es increíble? —Me siguió de cerca, invadiendo mi espacio a la menor oportunidad.

—Que seas el mismo de hace catorce años —respondí con fingida ligereza, como si no tuviera importancia.

—No soy el mismo. Han cambiado muchas cosas. Algunas buenas; otras no tanto… Tú también has cambiado.

—¡Eso es evidente! —Me reí—. Me sentí muy bien cuando dejé atrás a la Nora de Salem. Fue liberador.

—A mí me gustaba la Nora de Salem.

—Sí, claro. —Volví a reír y le propiné un par de palmaditas en la mejilla—. No hace falta que me adules, ya nos hemos acostado, Andrew. Además, era una niña, en algún momento tenía que hacerme mujer. —Di una vuelta sobre mí misma y me mostré orgullosa del cambio—. Creo que no me ha ido mal, ¿no te parece?

Se le dilataron las pupilas y las aletas de la nariz se le movieron al percibir el olor del champú en mi pelo. Me deseaba, y yo lo deseaba a él como a nada en el mundo. Si después de ese fin de semana no volvía a pasar nada entre nosotros, al menos tendría la certeza de haber aprovechado hasta el último segundo de nuestro tiempo juntos.

Me deshice de la camiseta con un movimiento muy sensual y dejé que el pelo me cubriera el pecho desnudo. A él le gustaba que lo llevara suelto, me lo había dicho en la ducha, y lo comprobé de nuevo cuando se enrolló un mechón en los dedos.

—Lo de anoche fue… —Hizo una pausa para elegir la palabra ideal. A mí se me ocurrieron unas cuantas de inmediato: brutal, sobrecogedor, maravilloso…—. Perfecto. Fue perfecto, Nora. Y muy bestia. Es posible que estés dolorida y…

Perfecto, a veces, podía ser sinónimo de único, y si era único, no volvería a suceder.

Me había estado preparando para ese momento y, aun así, fue como si me pincharan la burbuja sobre la que había flotado desde la noche anterior.

—Quieres irte, ¿verdad?

—No quiero irme. Quiero repetirlo de mil formas diferentes, pero… —Se pasó las manos por el pelo, nervioso, y miró al techo, buscando de nuevo las palabras correctas—. No quiero hacerte daño.

—¿Por qué ibas a hacerme daño? No soy de cristal, ¿sabes?

Pero no se refería al daño físico, sino al emocional. Lo entendí después de ver cómo me miraba. Me sentí un poco tonta y me tapé con la camiseta para minimizar el impacto del rechazo. Quise decirle que no tenía de qué preocuparse, que mi corazón no sufriría, que solo era sexo. Solo era sexo. Sin embargo, mentir no me ayudaría.

Sabía tan bien como yo que alguien saldría herido de todo aquello, y ninguno tuvo la menor duda de que no sería él.

Ocultar la decepción detrás de una sonrisa se me daba muy bien.

—Vale, tienes razón. En realidad, estoy un poco cansada y, sí, también dolorida —reconocí con una mueca—. Ha estado genial, y gracias por la comida. No sé qué hubiera sido de mí sin este extra de carbohidratos.

—Nora…

—No, en serio, estoy bien. —Me forcé a seguir sonriendo y a mantener ese tono de voz amable y risueño, incluso bromista, para que Andrew no viera lo que ocurría debajo de la piel—. Y necesito descansar. Solo Dios sabe lo que me espera la semana que viene.

De pronto, recordé la conversación con Susan, pero no estaba de humor para hablar de mi futuro laboral. Tenía suficiente con no romperme.

—Nora, no hagas eso. Hablemos.

—No hay nada que hablar. Deja de preocuparte, Andrew. Ha sido divertido, ¿no? Pues dejémoslo ahí. Sin complicaciones.

—Sin complicaciones —repitió, poco convencido.

Me ayudó a recoger el resto de los envases de la comida a pesar de mi insistencia para que no lo hiciera. Quería que se fuera, acurrucarme en el sofá, taparme con mi manta de lana y olvidarme del mundo por unas horas. A nadie le importaría si dormitaba el resto del sábado y el domingo entero, ya puestos. Cualquier cosa menos analizar lo que me estaba pasando.

Era demasiado pronto para reconocer que yo también crucé los dedos cuando prometí no enamorarme de él.

38

Andrew

La institución podrá ofrecer a la trabajadora la posibilidad de asumir funciones de mayor responsabilidad cuando así lo justifiquen sus méritos profesionales, las necesidades institucionales y los resultados de su evaluación del desempeño.
Contrato de trabajo de Eleonora Clark.
Apartado 10, punto 2

Faltaban poco más de dos semanas para Navidad y se notaba en el ambiente. La decoración, los villancicos, los planes para Año Nuevo… La junta estaba volcada en la Gala Benéfica Anual, todo un acontecimiento en la ciudad; el profesorado, en los últimos exámenes; y los alumnos iban como zombis por el campus, divididos entre la presión de los semestrales y la euforia de las vacaciones.

Luca se iría a Nueva York con su madre en cuanto hiciera el último examen, Nora viajaría a Salem y yo… Yo aún no sabía lo que iba a hacer con mi vida. Cuando uno formaba parte de una familia desestructurada y ninguno de sus miembros sentía especial interés por festejar, lo más sensato era quedarse en casa o ir a una de esas fiestas multitudinarias donde bebías demasiado y terminabas entre las sábanas de alguna desconocida. También podía aceptar la propuesta de Brandon y unirme a la familia Clark; era tentador, pero no estaba seguro de que fuera lo más adecuado, dadas las circunstancias.

—¿Me has llamado? —preguntó Nora desde la puerta del despacho.

Ahí estaba mi circunstancia más preocupante, la que me había regalado la noche de viernes y la mañana del sábado más increíbles que había vivido en mucho tiempo y la que me había tenido malhumorado e indeciso durante el domingo. Quería llamarla y

volver a verla, pero la conversación que mantuvimos antes de irme de su apartamento fue bastante tensa y no estaba seguro de lo que podía encontrarme. Nunca me había tenido que preocupar por lo que opinaran las mujeres de mí, tanto si era para bien como si no: una vez satisfecho mi interés, pasaban a un plano donde nada me afectaba.

Con Nora, nada funcionaba igual.

—Creo que ya estás al tanto de la situación en tu departamento. —Asintió con seriedad y aceptó mi invitación a tomar asiento—. La doctora Hurt ha renunciado a su jefatura y te ha propuesto como sucesora, pero es la Junta de Administración la que tiene que aprobar el cambio.

—Lo sé, me enteré por ella misma el viernes.

Fue un reproche en toda regla y lo acepté. Yo lo supe a primera hora y me habría gustado decírselo en algún momento de la mañana, pero el día se complicó con la llamada de Brandon y el almuerzo posterior. La tarde no fue mucho mejor y la noche… No me gustaba mezclar el trabajo con el placer.

—Puesto que se acercan las vacaciones y esto es urgente, voy a proponer que se le dé prioridad en la reunión de hoy. Me imagino que tanto Blackwell como la junta tendrán sus dudas acerca de la propuesta de Susan y querrán hacer entrevistas.

—Lo entiendo.

—Sí, sé que lo entiendes. —Estaba sentada al borde del sillón, con la espalda en tensión y las manos en el regazo. El pelo recogido, la camisa abrochada hasta arriba, la falda inmaculada, los zapatos limpios… Era la viva imagen de la rectitud, y no me encajaba. «Céntrate, Andrew». Me aclaré la garganta—. Tal y como yo lo veo, a Ashford Hall le interesa que seas tú la que ocupe el puesto. Llevas aquí dos años, conoces el sistema y los casos más complicados, tienes iniciativa propia y estás cualificada. —Busqué entre los papeles de mi mesa el expediente de Nora y le pedí un momento para hacer una llamada—. Señora Williams, ¿podría traerme la carpeta de Eleonora Clark?

—De inmediato —sonó por el altavoz.

—No apostarán por mí —me aseguró con convicción—. Buscarán a alguien con renombre, porque es lo que hacen siempre. Pero no pasa nada. Seguiré siendo la orientadora de estudiantes. Me gusta este trabajo.

—Es muy probable que sea así, no te voy a engañar. Pero el internado no pasa por su mejor momento económico. La doctora Hurt tenía un salario muy aceptable, pero no sé si será suficiente para tentar a una eminencia como pretenderán. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para…

Anabel Williams llamó a la puerta y entró sin esperar permiso. Llevaba el expediente de Nora debajo del brazo y un montón de notitas con recados.

—Tiene una visita al campo de fútbol en quince minutos para ver el problemilla de los aspersores. El señor Rodríguez y el entrenador Bennet lo esperarán allí. El almuerzo de trabajo con el comité de la Gala Benéfica se ha pasado a mañana, tiene varios correos de Contabilidad con dudas sobre facturas y Jackie ha llamado tres veces, parecía un poco alterada. ¡Ah! Y aquí tiene el expediente que me ha pedido. —Miró a Nora como si no se hubiera dado cuenta de su presencia y le dedicó una sonrisa falsa—. Hola, Nora. Bonitos zapatos.

—Gracias, supongo.

—Gracias, señora Williams —intervine—. La llamaré si necesito algo más. —Esperé a que cerrara la puerta para retomar la conversación—. Bien, ¿por dónde íbamos?

—Creo que estaba todo dicho. Ya me avisarás cuando se sepa algo concreto. Me imagino que hasta después de vacaciones no habrá nada decidido, así que…

Se puso en pie, decidida a marcharse, y me tomé unos segundos para contemplarla de nuevo. No se daba cuenta de lo arrebatadora que era cuando se vestía como una institutriz ni de lo provocadora que me parecía su actitud seria y profesional. Tampoco se daba cuenta de las ganas que tenía de besarla.

—¿Has recibido la invitación para la Gala Benéfica?

Formulé la pregunta por curiosidad, pero también por propio interés. Quería saber si aceptaría ser mi acompañante.

—Sí, me llegó la semana pasada, pero no la he abierto. Esas fiestas no son para mí.

—¿Por qué? Habrá *champagne*, canapés, música. La gente de la alta sociedad desembolsará mil doscientos dólares por asistir, pero el personal de Ashford Hall no tiene que pagar nada. Será divertido.

—Eso me ha dicho Jeff, pero no lo tengo claro. Le he dicho que lo pensaré.

—¿Vas a ir con Holman?

—Me lo ha pedido, sí. Pero lo más probable es que me quede en casa. Ya te lo he dicho: no me gustan esas fiestas.

No había contemplado la posibilidad de que alguien más se lo propusiera y no me gustó la sensación que me produjo.

Abandoné la seguridad al otro lado de mi escritorio y me acerqué a ella.

—¿Y si te lo pido yo? ¿También tienes que pensártelo?

—Andrew, no se trata de quién me lo pida, da igual si eres tú o Jeff. Se trata de mí. —Se sonrojó y quise creer que fue por mi cercanía, que la ponía nerviosa. A mi orgullo le encantó causar ese impacto en ella—. Esto no es un baile de instituto, puedo ir sola y no sería un drama como a los dieciséis.

—A los dieciséis querías ir conmigo.

—No sabes cómo me arrepiento de habértelo contado. —Se le frunció el ceño. Yo, por el contrario, sonreí de medio lado—. Borra esa sonrisa, Andrew. No le veo la gracia. Además, en el supuesto caso de que decidiera ir acompañada, Jeff me lo pidió antes. No puedo rechazar su ofrecimiento para ir contigo.

—Sí puedes. De hecho, debes.

—¿Ah, sí? —Se cruzó de brazos y arqueó esa ceja insolente que transformó su expresión—. ¿Por qué?

Acorté un poco más la distancia entre nosotros y le susurré al oído:

—Porque Holman nunca, jamás, te dejará tan satisfecha como lo haré yo.

—A lo mejor debería comprobarlo por mí misma.

—Podrías, pero no lo harás. —Le rocé la oreja con los labios al mismo tiempo que mi mano le acariciaba la cintura y descendía por

la curva de su trasero. La palmada que le di en el culo la pilló desprevenida y se le escapó un gemido—. Ahora, señorita Clark, vuelve al trabajo y pon en orden tus prioridades. Y llévate mi paraguas, está lloviendo.

—No, gracias. Nada de paraguas negros.

...

El miércoles por la mañana recibí la decisión de la junta sobre la sustitución de la doctora Hurt y, como cabía esperar, ni Blackwell ni ninguno de los miembros apostó por Nora.

No fue un acuerdo definitivo, no cerraron las puertas a la posibilidad de darle más responsabilidades; las charlas de gestión emocional previas a los exámenes habían resultado un éxito, varias familias expresaron su agradecimiento por la iniciativa y solicitaron más interacciones de ese tipo con sus hijos. Susan y Nora ya las habían contemplado en el presupuesto para el siguiente semestre. No tendríamos a Emma Stone ni a Ariana Grande como pretendían —sobrepasaban el presupuesto—, pero conseguiríamos a alguien importante que les inyectara un buen chute de motivación de cara a los finales.

Me pareció un detalle ser yo el que visitara el despacho de Nora, para variar, pero Ezequiel me informó de que se había ofrecido voluntaria para acompañar a los alumnos de sexto a la excursión a la pista de patinaje y no regresaría hasta las cinco.

Bien, no me matarían unas horas de espera. Después, no pensaba darle tregua. Iba a emplearme a fondo. La quería desnuda en la cama toda la noche, por si aún le quedaban dudas de con quién debía ir a la Gala Benéfica.

No obstante, a veces la vida no corría al ritmo que nosotros marcábamos. A las cinco contaba los minutos para volver a verla; una llamada más tarde, iba camino de Nueva York en mitad de una nevada épica.

—No tenías que haber venido, Andrew —se quejó mi madre mientras la enfermera le ahuecaba las almohadas—. ¡Y conduciendo! Podría haberte pasado algo por la carretera.

—No me ha pasado nada, mamá —respondí sin apartar la mirada de la pantalla del teléfono.

—¡No me llames mamá! —me regañó—. Soy demasiado joven para ser tu madre. Jackie es más adecuado, querido.

Hacía tiempo que la cabeza de Jackie no funcionaba como debía. Lo que empezó siendo olvidos esporádicos y un poco de desorientación se convirtió en un problema del que nos dimos cuenta demasiado tarde. La degeneración neuronal escalaba a pasos agigantados y los tratamientos para el alzhéimer a los que se sometió no frenaron la enfermedad como cabía esperar.

Había días en los que era capaz de evocar todos y cada uno de los grandes momentos de su vida como marchante de arte, hablaba de las personas que había conocido, de los lugares en los que había estado, de la sensación de triunfo que consiguió con tanto esfuerzo… Otros se comportaba como una mera espectadora de su propia obra, crítica con la forma de gestionar su matrimonio, obsesiva con el amor de mi padre.

En los momentos más duros, me confundía con él y me llamaba implorando que volviera a casa. Los peores eran aquellos en los que no había sitio para mí en sus recuerdos. Ni para mí ni para nadie.

Los brotes de agresividad habían surgido hacía solo un par de meses. Acusó a su asistente personal de mantener un idilio con mi padre y la agredió con tanta violencia que los servicios médicos tuvieron que asistir a la mujer después de que se llevaran a mi madre. Fue la gota que colmó el vaso; la decisión más dura que había tomado jamás.

Cuando mi padre y Hamilton sugirieron que era mejor internarla, tuve que ponerme de su lado y a ella se le rompió el corazón.

—¿A quién estás escribiendo, Andy?

—A nadie —mentí, pero rectifiqué. Con ella podía hablar de cualquier cosa si estaba lúcida—. Bueno, en realidad, a una chica. Se llama Nora.

—Me gusta Nora. —«Sí, a mí también»—. Recuerdo las negociaciones para la compra de aquel Warhol que le regaló a Nicholas cuando se casaron. Luego la nominaron a un Óscar por el

guion de *Cuando Harry encontró a Sally*, pero *Algo para recordar* era mucho mejor, más romántica.

—También la nominaron por esa película. En el 94.

—¿Y por qué le escribes a Nora? ¿Quiere que le consiga otro cuadro?

—No, mamá, Nora Ephron murió en 2012. —Sus ojos sorprendidos se llenaron de tristeza. Le apreté la mano para consolarla—. Le escribo a otra Nora. Se llama Nora Clark.

Busqué la foto del expediente en los archivos compartidos de mi móvil y se la mostré. No sé por qué lo hice. Mi madre olvidaría su cara casi al instante.

—Es muy bonita, Andrew. ¿Verdad que es bonita? —Le mostró el teléfono a la enfermera, que leía un libro junto a la ventana—. ¿Cuándo vas a traerla para que la conozca?

«Algún día».

El pensamiento surgió sin esperarlo y mi corazón se estremeció de placer, pero también de miedo. Mi madre adoraría a Nora. Tenía esa forma de ser que Jackie apreciaba en la gente, tan decidida, tan entregada, tan preciosa. Nora era magnética, nadie quedaba indiferente a su lado, y no necesitaba presentársela para saber que se enamoraría de ella nada más verla.

«Como tú».

No, como yo no. Yo no estaba enamorado de Nora, no podía estarlo. No sabía cómo hacerlo.

—¿Cuándo me vas a dar un pijama que pueda ver mi marido? —le preguntó mi madre a la enfermera con ese tono autoritario que precedía a un momento de tensión—. Este es horrible.

—Es de Armani, y le sienta muy bien, señora Woodward.

La respuesta la tranquilizó y se enzarzó en un monólogo sobre la vez que tuvo el honor de conocer a Giorgio en su mansión de Milán y de cuánto le costó no sucumbir a sus encantos.

Aproveché la distracción para teclear el mensaje que había dejado a medias: que estaba fuera por motivos personales, que me preocupaba la salud de mi madre, que la junta aún no tenía claro lo de su puesto, que deseaba que me acompañara a la gala, que no podía dejar de pensar en ella… Quería llamarla para oír su voz y que

me susurrara al oído que todo iba a salir bien. Las visitas a Jackie me dejaban emocionalmente agotado y me hacía falta la calma que Nora transmitía… Pero no tenía derecho.

Al final, solo le dije que estaba fuera por motivos personales y borré el resto.

Un movimiento fortuito a mi lado me sacó de mis pensamientos y me llevó de regreso a la habitación de la residencia. La tensión desfiguraba el rostro de mi madre, los tendones de los brazos se le marcaban como alambres mientras la enfermera le sujetaba las manos convertidas en garras. Se removió para atacarla y la insultó sin motivo. Las uñas de Jackie, siempre tan perfectas, desgarraban allí donde acertaban, aunque la sanitaria no se inmutó. Era una profesional, sabía cómo actuar.

Pulsé el botón de llamada al control del pasillo y entraron dos enfermeras más. Le dedicaron palabras amables, que mi madre correspondió con insultos y alaridos. La retuvieron en la cama con un par de sujeciones de cuero y le administraron un sedante.

—Este no ha sido tan intenso como el de mediodía, ha sido predecible —me explicó la enfermera.

—No debí venir, las visitas la alteran más.

—Con usted es diferente, señor Woodward. Jackie se calma cuando está aquí, pero la enfermedad sigue su curso, es inevitable. El sedante la relajará, no se preocupe.

Le agradecí su amabilidad y me dejó a solas con mi madre. Se había quedado adormilada mirando el jardín de la clínica y de tanto en tanto movía los dedos de la mano para rozar la mía y asegurarse de que no la abandonaba.

Me aclaré la garganta para deshacer el nudo que me impedía respirar. La rabia, la pena y la sensación de no haber pasado suficiente tiempo con ella volvieron a sacudirme. No quedaba nada de la vivacidad y la fortaleza que siempre demostró ante las adversidades, nada de la Jackie Woodward que hizo de su pasión un arte ni de la que se enfrentó a un divorcio con el corazón hecho trizas.

—¿Por qué estás triste, Alexander? —murmuró en un nuevo delirio. Apenas podía abrir los ojos.

—Porque no supe quererte mejor.

—Pero me quisiste. Con eso tengo bastante, mi vida.

Cómo me crispaba su conformismo, siempre lo hizo. Una vida luchando por todo menos por lo que más amaba.

Se abandonó el día que mi padre decidió poner fin al matrimonio; se escudó detrás del arte para que nadie la viera sufrir; peleó por dinero y rabia, se enfrentó a él por despecho, pero jamás por ese amor que la consumía y que solo reconocía cuando no quedaba nadie que la viera llorar.

Años después, cesaron las hostilidades entre ellos, pero el daño ya estaba hecho. Ambos lo hicieron mal y pagaron sus frustraciones con Hamilton y conmigo. Nos enfrentaron, nos hicieron insensibles, alérgicos a los sentimientos.

Eran el uno para el otro en todos los sentidos: ambiciosos, tercos, luchadores… Un solo corazón dividido en dos mitades que jamás volvió a latir con normalidad. El vacío en los ojos de Jackie solo se llenaba cuando respiraba el mismo aire que mi padre. La soledad de él no la ocupó nunca ninguna otra mujer.

Durante mucho tiempo los odié a todos por diferentes motivos: a él, por sus secretos; a ella, por rendirse; a Hamilton, por no tenderme la mano. Me obligaron a ponerle mil cerrojos al corazón, y ahora que alguien había encontrado la manera de abrirlos, me sentía indefenso, sin control.

«Te tengo».

Esas dos palabras estaban echando raíces en una grieta de mis murallas que se hacía más y más grande cada día, y amenazaban con romperme en pedazos, pero tampoco quería arrancarlas. Formaban parte de algo nuevo a lo que me estaba acostumbrando, un sentimiento, una emoción, un deseo, una calma que solo conseguía cuando Nora estaba cerca.

Ella se había convertido en el eje silencioso sobre el que yo giraba, y aunque el miedo a necesitarla tanto era paralizante en ocasiones, resultaba más aterradora la idea de que un día saliera de mi vida y no regresara más.

39

Nora

El personal se abstendrá de divulgar rumores,
calumnias o contenidos difamatorios de cualquier índole.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición VIII, art. 9

Cuando a los dieciocho años le confesé a mi hermana Lilianne que había estado toda la adolescencia enamorada de Andrew Woodward, se rio de mí hasta las lágrimas. Me dijo que siempre había sido una niña muy imaginativa. Se me daba de miedo construir castillos de ilusiones en las nubes, me sentía como la princesa del cuento en ellos, creía que todo lo que ocurría a mi alrededor me haría feliz y me aferraba a los sueños más que a la realidad. Luego venía la caída desde lo alto, la nube se convertía en lluvia y el impacto contra el suelo… dolía.

Catorce años después, continuaba sin aprender la lección. Era la misma tonta que intentó besar al novio de su hermana después de encontrar coraje en el fondo de una botella de tequila, la misma ingenua que vio amor donde solo había cariño, la niña que creyó haber conquistado el corazón del gran amor de su vida.

La conversación del viernes por la tarde con Anabel Williams fue el chaparrón que deshizo mi nube, y cada palabra, inocente o no, como agua helada que calaba hasta los huesos.

—Yo te invito al café, Nora —dijo Rose mientras preparaban nuestro pedido en la cafetería de Ashford House—. No te he dado las gracias por ayudarme con la biblioteca, y es lo menos que puedo hacer. De no haber sido por ti, aún estaría colocando libros y registrando devoluciones. Las épocas de exámenes son terribles.

—Tampoco tenía nada mejor que hacer —mentí para que sintiera mejor.

La verdad era que tenía una montaña de tareas esperándome en el despacho, pero había encontrado a Rose llorando en el cuarto de baño unos días atrás; estaba agotada, necesitaba un descanso y me ofrecí para echarle una mano. Aún no entendía como podía hacer sola todo el trabajo de la biblioteca, era algo que pensaba comentar con Andrew en cuanto regresara de Nueva York.

Anabel Williams se aclaró la garganta para llamar nuestra atención y ordenó un par de cafés para llevar. A Rose le caía bien, solían desayunar juntas y tomaban el té de las cinco como un par de señoras inglesas. Yo no sentía especial devoción por ella. Me trataba como a una intrusa, con desprecio, y algo me decía que su actitud tenía mucho que ver con Andrew.

—Me alegro de que hayas encontrado compañía para hoy, Rose. No puedo quedarme. El señor Woodward ha vuelto de Nueva York de un humor de perros y me ha pedido que trabaje esta tarde.

—¿Andrew ha vuelto? —pregunté. Aunque modulé la voz para no sonar ilusionada, el hecho de llamarlo por su nombre de pila me delató.

—Sí, el señor Woodward ha vuelto —puntualizó, y se dejó caer en una silla con un suspiro—. Lleva desde mediodía reunido con el señor Dreyfus y la señora Frederickson. Y me gruñe cada vez que me pide alguna cosa. Como si yo tuviera culpa de que su relación no funcione.

—¿El señor Woodward sale con alguien? —se interesó Rose, y agradecí en silencio que hiciera la pregunta—. ¿La conocemos?

—No, no es de Boston. Es de Nueva York. Se llama Jackie.

«Jackie».

¿Cuántas veces había visto ese nombre en la pantalla de su teléfono?

Disimulé mi turbación removiendo el café hasta deshacer el corazón de espuma que había dibujado la camarera. ¿Sería la morena de piernas largas que lo besó en la regata? Sí, debía de ser ella. Era guapísima.

—Lo llama casi todos los días, a veces se comporta como una arpía cuando no puedo pasarle la llamada —cotilleó Anabel—. Está

obsesionada con él, pero, claro, ¿quién no lo estaría? Él le manda flores todos los viernes sin falta, flores muy caras.

—A mí me regaló una orquídea —presumió Rose. Dio un traguito a su té y se secó los labios con un toquecito de la servilleta —. Es un hombre muy atento.

—Y un romántico —aseguró la asistente—. Si oyerais con qué delicadeza le habla. Se nota que está enamorado. Supongo que esta última escapada a Nueva York no ha ido tan bien como esperaba y habrán tenido alguna riña.

—¿Sabes si irá con ella a la Gala Benéfica? —preguntó la bibliotecaria. Desde luego, a chismosas no las ganaba nadie—. ¿Tú irás con alguien, Nora?

Me atraganté con el café y Rose me dio unas palmaditas en la espalda.

—No, bueno, no lo sé. Aún no he decidido si iré.

—El señor Woodward irá acompañado seguro. He visto la confirmación de una reserva en el Hilton en su correo electrónico, así que es muy probable que conozcamos a Jackie. En cuanto a ti, Nora… Es lógico que te sientas abrumada entre tanto lujo. Una chica como tú, tan… prosaica. Si no estás cómoda, es normal que no asistas. No pasa nada. —Rose encontró ofensivas las palabras de la señora Williams, pero mi sonrisa rebajó la tensión—. En fin… Ha sido un rato agradable, pero tengo que volver al trabajo.

Ahí estaba mi chaparrón, mi golpe contra el suelo. Por muy concienciada que hubiera estado, no lo vi venir. Sabía que Andrew y yo no teníamos futuro, que se marcharía al acabar el curso y no miraría atrás. Boston no era para él, lo había dicho varias veces. Ahora entendía por qué.

La pequeña brasa de esperanza que ardía muy dentro de mí, la que se había convertido en llama en los últimos días, se apagó de golpe y el humo casi me asfixia. Los ojos se me llenaron de lágrimas, se me formó un nudo en la garganta y las manos me temblaron al sujetar la taza.

—No le hagas ni caso, Nora. Anabel Williams no es mala persona, pero a veces puede ser muy mezquina. Tú no eres una chica vulgar ni mediocre. Puede que no sigas el patrón del resto de

las mujeres en Ashford Hall, pero ya quisieran todas ellas tener la mitad de la personalidad, la simpatía y la fuerza que derrochas tú.

El encanto de Rose habría sido un consuelo si mi malestar hubiera tenido que ver con el insulto de Anabel. Pero no era ese el motivo. Aun así, le sonreí y me negué a derramar lágrimas. Yo me lo había buscado, yo me había metido en ese lodazal, yo acepté sus normas. Le dije que no me enamoraría, que sabía mantener los sentimientos fuera de la ecuación, que solo era sexo. ¡Nunca fue solo sexo! No tenía capacidad para separar lo físico de lo emocional, le mentí, y ahora debía aceptar que siempre hubo otra y dar un paso atrás.

«Estuvo bien mientras duró», «No eres tú, soy yo», «Creo que esto no nos conviene» «Necesito centrarme en mí misma», cualquiera de las frases lapidarias que utilizaban en las películas serviría. Sin dramas. Andrew lo agradecería y todo quedaría en una bonita aventura con un final distinto para cada uno.

Los tres grados bajo cero que marcaba el termómetro a la salida de Ashford House me sentaron de maravilla. Me ajusté bien la bufanda y el gorro de lana y fui en busca de mi bici. El chico del taller mecánico que había a la vuelta de mi edificio se había portado fenomenal y no me había cobrado la reparación de la rueda. Incluso me regaló un espray antideslizante para que no volviera a resbalar al pisar la pintura de las señales del asfalto.

El cielo era un manto negro cuajado de estrellas que competían con la belleza del jardín, engalanado para la Navidad. La decoración era exquisita y la nieve le confería al paisaje un punto de sosiego, tan necesario para mí en esos momentos.

Iba a estar bien, era una mujer adulta capaz de hacer frente a las peores adversidades, aunque el corazón se me estuviera desmigando como un bizcocho rancio.

—¡Nora, espera! —gritó Andrew detrás de mí, y me llevé la mano al pecho para calmar el dolor.

«No llores, Nora. Trágate las lágrimas y dile lo que tenías pensado», me dije con firmeza. Y, con una decisión que se había evaporado de golpe, esperé a que se acercara.

—Rose me ha dicho que acababas de irte. Vamos, te llevo a casa y hablamos por el camino. Hace mucho frío.

—No te preocupes, volveré en la bici. Ya está arreglada. —La señalé con la mano y él frunció el ceño al verla—. ¿Todo bien por Nueva York?

—Sí, sí, bien. ¿Recibiste mi mensaje? —Asentí. Se había tenido que marchar por motivos personales. Muy aséptico—. Quería llamarte, pero he estado…

—… ocupado —lo interrumpí—. Lo sé. No tienes que darme explicaciones.

Fui demasiado brusca y a él no se le pasaban por alto esos detalles. Me llevó detrás del tronco del gran abeto que presidía el aparcamiento y se cruzó de brazos.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada —disimulé—. Es que quiero irme a casa. He estado tres días ayudando a Rose en la biblioteca y la cabeza me va a estallar.

—Nora… —me advirtió, y tragué saliva para digerir la tristeza. Si me temblaba la voz, estaba perdida—. ¿Es por la decisión que ha tomado la junta? No es firme, solo son propuestas, y pienso hacer que recapaciten.

—No sé de qué me hablas, pero tampoco quiero saberlo. Hoy no. Ya he tenido bastante. Estoy cansada.

—Pues sube al coche. No puedo permitir que vayas en bicicleta. —Me animó a caminar hacia el Lexus, pero mis pies estaban anclados al suelo. Quería esperar a que fuera un buen momento, a pensar con claridad, pero solo estaría dilatando las cosas entre nosotros y no era justo para ninguno de los dos—. Nora, ¿qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

—No, o sí. —Inspiré hondo—. No puedo continuar con esto. Creí que podría, que sabría separar unas cosas de otras, pero no puedo. Ha sido… divertido, el sexo siempre lo es, ¿verdad? Pero yo quiero más y tú no puedes darme lo que necesito. —Le tembló el músculo de la mandíbula y sus ojos irradiaron una extraña frialdad. Era imposible saber qué estaba pensando y prefería seguir con mi

discurso nada ensayado antes que oír lo que tuviera que decir—. Lo sé, te dije que sería capaz, y lo siento…

—¿Qué sientes?

—No estar a la altura.

—¿A la altura de qué, Nora?

—A la altura de tus expectativas. Siento no poder ser el desahogo que buscabas. No comparto lo que le haces a ella, cuando estás con alguien debes ser sincero y fiel, pero es tu vida y yo no soy nadie para decirte cómo debes vivirla. Lo siento.

—Deja de decir lo siento y dime de qué demonios estás hablando. —Me sujetó del mentón para que lo mirara a los ojos. Me estaba rompiendo y me dolía tanto que se me escapó un quejido—. ¿Qué es eso del desahogo? ¿Y a quién te refieres cuando hablas de «ella»? ¿Quién es ella, Nora? ¿Crees que hay otra mujer? ¿Por eso estás así?

El tono de sus preguntas combinado con la sonrisa de medio lado me envalentonó. Podía romperme el corazón, pero no iba a dejar que me mintiera ni que se burlara de mí.

—Estoy así porque soy una estúpida, porque no debí acercarme a ti. De haber sabido que te esperaba alguien en Nueva York, habría corrido en dirección opuesta. —Abrió los ojos con asombro—. Sí, no me mires de esa forma, Andrew. Sé quién es Jackie, he visto sus llamadas, sé que le mandas flores y que estás enamorado de ella. Cuando la besaste en la regata… Dios, no sé cómo puedes hacer esto, no lo entiendo. Amas a una persona, pero te acuestas con otra. Es… horrible.

—Nora, escúchame.

—No. Tengo que irme. Quiero… quiero irme.

—¡Escúchame, maldita sea! —Me sujetó de la nuca antes de que saliera corriendo y la nubecilla de vaho de su respiración se mezcló con la mía—. Jackie es mi madre.

—¿Tu…?

—Madre, sí.

Abrí la boca y la cerré varias veces, parpadeé, apreté los labios y, pese al frío, mi cara enrojeció. Cuando Andrew estuvo seguro de que lo había procesado, sonrió de nuevo.

—Sí, Jackie es mi madre. Y tú y yo tenemos que hablar de muchas cosas, cariño.

40

Andrew

3. No hay problema demasiado pequeño ni emoción exagerada.
Si te quita el sueño, merece la pena hablarlo.
Decálogo de la buena confidente de Nora Clark

Me latía el corazón de una manera muy extraña, con una mezcla de euforia y confusión envueltas en el temor de quien no sabe lo que está haciendo.

Solo tenía algo claro: quería estar con ella. Era lo único en lo que podía pensar.

La fachada de tipo frío e implacable funcionaba bien en los negocios, pero, después de haber probado la calidez de una cena improvisada, la comodidad de una charla en el sofá o la magia de la seducción sin restricciones, después de haberme dejado llevar por lo que sentía y no por lo correcto, ya no deseaba volver atrás.

Era un comienzo. Se lo debía a mi madre. Le debía el amor que mi padre no pudo darle y el que mi hermano despreciaba. Y me lo debía a mí mismo. No quería parecerme a ellos.

—Quiero irme a casa —susurró con la frente apoyada en mi pecho.

La rodeé con los brazos para acercarla más a mí. La bufanda y el gorro no podían hacer nada con el frío que la estremecía desde dentro. Le castañeaban los dientes y estaba pálida como un fantasma.

—Sube. John vendrá luego a por la bici y la llevará a tu apartamento. —Murmuró un «gracias» al abrirle la puerta del Lexus —. ¿No vas a quejarte por dejar la bicicleta aquí?

—Estoy demasiado cansada. Si no te importa, me quejaré mañana.

No obstante, sí protestó cuando se dio cuenta de que no íbamos a su casa. Dijo que estaba agotada, que podíamos hablar otro día, que se sentía ridícula por el numerito que había montado al más puro estilo de una amante despechada y que aún tenía que procesar lo de los sentimientos y demás. Joder, era irresistible cuando se ponía nerviosa y parloteaba.

—Si no te callas, voy a besarte, y te advierto que, una vez empiece, no voy a detenerme por nada. —John me miró por el retrovisor con aprobación—. ¿Tienes hambre?

—¿Por qué? ¿Vas a hacerme la cena? —replicó, enfurruñada—. Sí, tengo hambre. —Marqué el número de mi nuevo restaurante favorito de Boston y pedí dos especiales con entrega a domicilio—. Fanfarrón. Ni siquiera me has preguntado qué me apetece.

Nora bostezó varias veces durante el trayecto, se arrebujó en el abrigo y se acercó a mí en busca de calor y de un lugar donde apoyar la cabeza. Servirle de almohada se había convertido en un placer secreto junto con retirarle el pelo detrás de la oreja y apartarle el pulgar de la boca para que no se mordiera la uña. Cuando giramos hacia Beacon Street, su respiración era profunda y pausada.

—Nora, hemos llegado. —La zarandeé con suavidad—. Si prefieres que te suba en brazos, solo tienes que gruñir.

—Eres idiota.

—¿Eso es un sí? —Me fulminó con ojos adormilados y mis labios se curvaron en una enorme sonrisa—. No, ya veo que no. Adelante, bienvenida a mi humilde morada.

Era la primera vez que llevaba a una mujer a ese piso y la primera vez que me arrepentía de no haber dedicado tiempo a decorarlo para que pareciera un lugar confortable. A Luca no le molestaba la falta de cuadros en las paredes o fotos en las estanterías, le daba lo mismo si la cocina era una sucesión de muebles blancos de diseño o si la luz del pasillo se encendía al detectar movimiento. También le importaba un bledo que estuviera en Beacon Hill. Para él lo único que contaba era la clave del wifi y la conexión de la videoconsola.

Pero Nora lo miró todo con los ojos muy abiertos y un mohín difícil de descifrar. Para ella, que mezclaba colores, texturas y formas sin orden, aquello debió de parecerle… soso.

—¿Seguro que vives aquí? —Repasó los tomos encuadernados de una enciclopedia que ya estaba cuando lo alquilé y se miró el dedo para ver si había polvo en el estante—. Es el típico piso de catálogo. ¿Hay algo tuyo o venía todo de serie?

—No soy una persona con tendencia a acumular cosas —me justifiqué mientras ojeaba el correo que había recogido el portero—. Tampoco es que vaya a quedarme para siempre.

No debí decir eso, pero el sonido del timbre me robó la oportunidad de rectificar. La cena había llegado.

—Mmm, ¿hamburguesas de Jasper's Bar? —se percató de inmediato—. Has ido a lo seguro, ¿eh?

Dispuse el contenido de las bolsas sobre la isla de la cocina, le ofrecí un taburete con teatralidad y me senté al otro lado para poder contemplarla mientras comía y para mantener mis manos alejadas de la tentación.

Y hablamos.

De Luca, de Ashford Hall, de los semestrales, de lo estresada que estaba Rose, de los primeros días de trabajo de su amiga Valerie en los Boston Bruins… Hablamos y comimos, y se fue relajando lo suficiente como para volver a bromear conmigo. Nos atrevimos a mirarnos y a sonreír, a rozarnos sin que resultara extraño y a estar en silencio con comodidad, aunque ambos percibiéramos la energía contenida a nuestro alrededor.

—Háblame de tu madre —me pidió justo antes de bostezar contra la mano.

Nos trasladamos al salón, dejé delante de ella la copa de agua que le había servido en la cena y me senté en el sillón de enfrente.

—Es una mujer increíble.

—Es bonito que digas eso de ella.

Era su carta de presentación: increíble. Todo lo demás, los detalles de su profesión, su pasión por el arte, la inauguración de la primera galería, la gente famosa a la que había conocido, todo eso

solo fue el relleno de una vida que podía resumirse en fortaleza, valentía y resignación.

—El divorcio la hundió. Quería a mi padre, le habría perdonado cualquier cosa, pero él nunca ha sido un hombre familiar ni sentimental, y cuando toma una decisión, la cumple hasta las últimas consecuencias. Fueron unos años muy duros para Jackie, y aun así, sigue siendo el gran amor de su vida.

—¿Y él la sigue queriendo?

—Más que a nadie —afirmé sin dudar. Nunca dejaron de amarse.

—¿Y por qué se divorció de ella entonces? No lo entiendo.

A mí me costó años comprender los motivos y después de tanto tiempo aún dudaba de que alejarse de nosotros hubiera sido la mejor opción.

—Digamos que Commonwealth Nexus, la empresa de mi padre, se ocupa de algo más que de inversiones, bolsa y finanzas. Mantiene estrechas relaciones con otros sectores de los que no conviene que nadie sepa nada.

—¿Es de la mafia o algo así? —Me reí de sus suposiciones, era de lo más imaginativa—. ¿Qué? Te estás poniendo muy misterioso.

—Nada de mafias. Es todo relativamente legal —entrecomillé con los dedos— y altamente secreto. Podrían detenerme por contarte esto.

—Oh, vaya, ¿en serio? —Asentí con todo mi interés puesto en el pulgar que se mordisqueaba, nerviosa—. Entonces, tiene que parecerse a lo que *no* hace Brandon cuando le dice a Cassey que tiene un congreso fuera de la ciudad.

—Puede ser.

—¿Y dejó a tu madre porque era peligroso para ella y para vosotros o por qué?

—Eres una chica muy preguntona, ¿lo sabías? —Y tenía una sonrisa preciosa que me dedicó solo a mí—. No lo sé. Supongo que tuvo que haber algo de eso. Tampoco se lo he preguntado.

—Es triste —musitó. Apoyó la cabeza en el respaldo y emitió un suspiro que me acarició el alma—. Una mujer tan luchadora… Al menos se ha mantenido activa estos años, ¿no? ¿Sigue trabajando?

—No, ya no. Hace tiempo que dejó de viajar. Creó una fundación y abrió varias galerías para dar espacio a talentos emergentes, artistas urbanos sin recursos, pero ella ya no puede encargarse de nada de eso. Está… está enferma. Alzhéimer.

—Oh, mierda, Andrew. —Se incorporó con la mano en el pecho y los ojos cargados de pena—. Lo siento. No lo sabía.

—Tranquila, no tenías por qué saberlo.

—¿Y los tratamientos? Los hay muy buenos que han conseguido grandes resultados. Seguro que…

—Está en la fase seis de la escala de deterioro global. Los tratamientos ya no sirven de nada. La internamos hace unos meses, no podía estar sola.

—Lo lamento, de verdad. —Los labios de Nora temblaron—. Me siento muy estúpida.

—¿Por qué?

—Porque yo pensaba que era… que era la chica de la regata.

—No, esa es Giselle. Una amiga. ¿Quieres que te hable de ella?

—Giselle —repitió—. Con ella sí te has acostado. —Asentí—. ¿Sigues haciéndolo?

—No, no he estado con nadie desde que volví a verte.

—Yo… tampoco. —Atacó de nuevo la uña del pulgar y me dirigió una de esas miradas avergonzadas—. No fui a la ópera con Karl el día de la regata.

Estallé en una carcajada liberadora y me reuní con ella en el sofá.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Le pedí a John que esperara hasta que salieras de casa por si el profesor no iba a por ti.

—¿Sabías que estaba mintiendo y me dejaste hacer el ridículo? ¡Andrew! —Me golpeó el pecho e intentó deshacerse de mi abrazo, pero la rodeé con más intensidad y la besé en la sien—. ¿Alguna confesión más? Ahora es el momento.

Era mi turno de decir algo, pero los latidos del corazón no me permitían pensar con claridad. La suavidad de su pelo entre mis

dedos consiguió que me calmara. Apoyé el mentón en su cabeza y cerré los ojos para disfrutar de aquella paz.

—Nunca fue solo sexo, ¿sabes? —declaré—. Siempre fue mucho más.

Nos quedamos en silencio, disfrutando del sonido de nuestras respiraciones acompasadas. La tensión se evaporó. Estaba tan cansado y tan cómodo con ella que mi mente desconectó del mundo para tomarse un pequeño descanso. Me dormí, y Nora también, en mis brazos, y cuando abrí los ojos media hora después, deseé que aquello fuera así todos los días.

Intenté despertarla, y conseguí el efecto contrario. Su mejilla se restregó por mi pecho y sus brazos se cerraron en torno a mi cintura. Los sentí de maravilla, pero, si no hacía algo pronto, su cercanía, su aroma y la suavidad de su piel iban a acabar conmigo.

No se inmutó cuando la cogí en brazos ni al dejarla en la cama. Quitarle las botas fue todo un reto; no desnudarla, un suplicio. Verla dormir, una recompensa.

41

Nora

La función principal de la Orientadora será brindar atención individual, y en su caso, grupal, a estudiantes con dificultades emocionales, familiares o personales.
Contrato de trabajo de Eleonora Clark.
Apartado 1, punto 1

No estaba en mi habitación. No había mesilla junto a la almohada ni luz del despertador. De hecho, no había ningún tipo de luz, ni siquiera la de la farola que parpadeaba cuando la azotaba el viento. Tampoco estaba en mi cama. La mía no era tan cómoda ni mis sábanas tan suaves, y el peso que notaba alrededor de mi cintura y que me impedía moverme no era el de la colcha.

Fueron solo unos segundos de desconcierto hasta que recordé dónde estaba. Y con quién. No tenía ni idea de cómo había llegado a la cama ni cuántas horas llevaba allí, pero seguía vestida y me sentía… bien, serena y extrañamente excitada.

Notaba la respiración pausada de Andrew en la nuca y el calor de su cuerpo en la espalda. Sus piernas rozaban las mías y, al contacto con las medias de lana, generaban una fricción deliciosa. Su mano abarcaba mi abdomen, como si me reclamara para él, como si no quisiera dejarme ir, y las mariposas en mi estómago aletearon al doble de la velocidad habitual.

La ropa empezó a estorbarme debajo del nórdico. Hacía calor, la piel de mi cuello estaba húmeda y erizada; también la de los pechos, que me escocía por el roce del sujetador. Y tenía sed. Siempre dejaba un vaso de agua a mano por si me despertaba tan sedienta como en ese momento, pero no me levanté. En la cama se estaba muy bien.

Probé a darme media vuelta despacio y me sorprendió lo fácil que fue. El brazo de Andrew se aflojó y la mano que antes descansaba en mi abdomen se posó en mi cadera, resbaló hasta el culo y me acercó más a él.

Estaba despierto. El brillo de sus ojos, tan cerca, me provocó un estremecimiento de placer y me mordí el labio para aguantar la sonrisa.

—Estoy en tu cama —susurré muy bajito. La punta de su nariz rozó la mía a modo de respuesta—. Estoy en tu cama, vestida.

Él solo llevaba un bóxer, a juzgar por toda la piel que abarcó mi mano al tocarle el pecho.

—No me pareció correcto desnudarte dormida, no quería despertarte.

—Ahora ya estoy despierta —obvié, y él volvió a acariciarme con la nariz—. Y tengo calor. Estoy sudando.

—Mmm, ¿quieres que baje la calefacción?

—No, quiero que me desnudes.

Se abalanzó contra mis labios con un gruñido y se tomó muy en serio la tarea de deshacerse de la ropa. Fue envolviendo con besos y caricias cada porción de piel hasta que no quedó nada por descubrir ni en su cuerpo ni en el mío. Tomó las riendas de la seducción con la excusa de un hambre insaciable y desapareció bajo las sábanas para instalarse entre mis piernas. Me encantaba que hiciera eso, que los besos sonaran húmedos, que sus dedos supieran dónde y cómo, más rápido o más lento. Que mi placer fuera su prioridad hasta dejarme trémula y con ganas de más.

Lo cabalgué en la oscuridad a ritmo lento mientras sus manos se ocupaban de memorizar mis curvas. Cada vez que me dejaba caer en su erección, levantaba las caderas y se le escapaba el aire en un jadeo. Me sentí poderosa, sexi y plena; libre para tocarlo y para tocarme; tan desinhibida que, cuando llegué al orgasmo, no sabía si eran mis dedos o los suyos los que me acariciaban.

Todavía no había recuperado el aliento cuando rodamos por la cama y se situó encima de mí. Seguía duro, caliente, contenido. Los músculos, en tensión; la boca, exigente. Me mordió los labios con perversión, los lamió, los besó hasta dejarlos insensibles e

hinchados, y luego pasó al cuello y al hombro, y al llegar al primer pezón, sus caderas reanudaron las embestidas al compás de los movimientos de su lengua.

El eco del clímax anterior se sumó a uno nuevo, tan intenso y profundo que creí que acabaría conmigo. Arqueé la espalda, me aferré a su cuello, busqué su boca para que saboreara mis gemidos y su nombre me salió en mitad de un grito que lo desarmó también a él. Lo sentí llegar y fundirse conmigo, y aunque fue la mejor experiencia que había tenido en mi vida, me regañé por descuidar algo básico: llevaba años tomando la píldora, pero era la primera vez que no usaba preservativo.

Horas más tarde, después de haber dormitado y de hacer el amor de nuevo, seguíamos en la cama jugando con nuestros cuerpos y compartiendo momentos de nuestra vida que nos habían llevado a ser las personas que éramos.

—¿Qué quieres que le diga a Brandon si me pregunta lo mismo que a ti cuando lo vea en Navidad? —lo tanteé mientras su dedo dibujaba líneas abstractas en mi cadera.

—La verdad.

—¿Que nos acostamos juntos? —dudé.

—No, que estamos juntos. —Intenté no emocionarme con su respuesta, pero el pellizquito en las tripas me lo puso difícil—. ¿Tienes algún problema con eso o prefieres que tu familia no sepa nada?

—No me importa que lo sepan. —De hecho, quería que lo supieran—. Prefiero que se hable de ti y no de mi fracaso laboral.

—No has fracasado, Nora. Creo que te mereces el puesto de Susan, ya te lo dije. Y voy a convencer a Dreyfus cueste lo que cueste.

—Entonces, dirán que lo has hecho porque te acuestas conmigo y perderás tu credibilidad.

—Me preocuparé de eso cuando se dé el caso. Nadie puede negar que eres la persona adecuada. Pero si prefieres que no diga nada por el momento…

—Por favor. Ya es bastante molesto soportar los cuchicheos cuando me tomo un café con Jeff. La gente ve cosas donde no las

hay.

—Y hablando de *Jeff.* —Me reí de su manera de decirlo. No le caía bien—. Dile que se busque a otra para ir a la gala. Tú eres mía.

Por si sus palabras no hubieran sido bastante contundentes, me dio un mordisco en la base del cuello y lo cubrió de besos hasta llegar a la boca.

—No voy a ir, no me siento cómoda en esos ambientes.

—Yo haré que te sientas cómoda. He reservado una habitación.

—Es que… ese no es mi mundo, Andrew —admití, avergonzada. Anabel Williams se había encargado de dejármelo claro. Era *prosaica* —. No pinto nada en una gala benéfica para ricos.

—Nora… —Se puso serio—. Podría ser una buena oportunidad para relacionarte con los miembros de la junta, para hablar con ellos y demostrarles que, además de las ideas que ya están en marcha, tienes muchas otras que beneficiarán a sus hijos. Te los meterás en el bolsillo. Estarían locos si no se dieran cuenta de que eres lo mejor para Ashford Hall. —Rozó mis labios con los suyos y me apartó el pelo de la cara para mirarme a placer, pero en el fondo, por muy tentadora que fuera su propuesta, sabía que no me había convencido—. Está bien, mujer cabezota. No voy a presionarte. Si no te sientes cómoda, lo respetaré. Yo tengo que asistir, no me queda otra opción, pero me esperarás desnuda en la habitación del Hilton y te haré el amor de tantas formas diferentes que desearás que me vaya para poder dormir.

—¿Es una amenaza o una promesa?

—Es lo que tú quieras, Sugar.

Unas horas más tarde, la melodía de mi teléfono en el salón me sacó de un delicioso sueño. Dejé que sonara hasta que colgaron, no quería deshacerme del abrazo cálido del hombre que dormía a mi lado. Pero volvieron a llamar otra vez, y otra más unos minutos después, y me di por vencida.

Me cubrí con la camisa de Andrew y cogí la llamada cuando volvía a sonar por cuarta vez.

—¿Señorita Clark? ¡Señorita Clark, soy Luca!

—¿Luca? Hola —lo saludé, asombrada. Mis ojos buscaron la hora en el reloj de la cocina. Eran las nueve de la mañana—. ¿Va

todo bien?

Andrew se unió a mí en el salón con el ceño fruncido. Le pedí que guardara silencio y conecté el altavoz del teléfono.

—¡No, señorita Clark, nada va bien! Necesito que venga. Ahora. ¡Ya! —Luca le susurró algo a alguien y soltó una palabrota. De fondo se oía el tráfico y un llanto calmado pero constante—. Por favor, no sé qué hacer.

—¿Hacer con qué, Luca? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás?

—Hoy tenía permiso para salir de Ashford Hall. Iba a comer con los chicos de su clase —me informó Andrew en voz baja—. Si se ha mentido en líos…

Volví a pedirle silencio. Oía a Luca hablar con alguien, pero no conseguí escuchar lo que decía.

—Cálmate y dime qué ha pasado. No podré ayudarte si no me dices…

—Es Amber, señorita Clark —confesó al fin, y algo en toda aquella urgencia encajó de pronto—. Fuimos a ese sitio, el que usted nos dijo, y ahora no para de sangrar y no sé qué hacer.

«Mierda, mierda, mierda». ¡Amber Frederickson no, joder!

—Pero ¿por qué está sangrando? —No me cuadraba la información—. ¡Luca! ¿Dónde estáis?

—¡En la clínica, joder! —gritó, desesperado—. ¡Pero no me abren la puta puerta para volver a entrar! ¡Cabrones!

No, no, no, seguía habiendo algo mal, pero los golpes y las palabrotas del chico al otro lado del teléfono no me dejaban pensar y me quedé aturdida sin saber qué hacer.

—Luca, mándame la ubicación al teléfono —ordenó Andrew. Me tendió la ropa para que me vistiera; él ya llevaba los pantalones puestos, y sujetó con fuerza las llaves del coche—. Vamos para allá.

—¿Tío Andy? ¡Mierda, no!

42

Andrew

La información a las familias sobre el comportamiento,
la salud y la adaptación de los estudiantes cuando
existan riesgos inminentes deberá de ser concisa e inmediata.
Normativa de la Junta de Administración.
Apartado 6, punto 2

Llevamos a Amber al Hospital General de Massachusetts, el más cercano a Stoughton Street, donde recogimos a los chicos. La muchacha ya no sangraba, la hemorragia se había detenido, pero estaba pálida como la cera y necesitaba que la viera un médico con urgencia.

Discutí con Nora en el coche antes de llegar. ¿Es que había perdido el juicio? Si Amber Frederickson estaba embarazada, tenía que comunicárselo a sus padres, no mandarla a una clínica de dudosa reputación.

—¡Yo no la envié a ninguna parte, Andrew! Ni siquiera sabía que era ella. Luca vino a preguntarme y yo le sugerí que fueran a hablar con una profesional ¡a una clínica de planificación familiar, no a un carnicero! —me gritó, furiosa y muy asustada—. Solo le sugerí que buscara asesoramiento. ¡No me trates como si fuera culpa mía!

—Deberías habérmelo contado. ¡Es la hija de Caroline Frederickson, joder! Estarás en un buen lío si se entera de que habló contigo.

—¡Ella no habló conmigo, maldita sea! ¡Fue Luca!

—¡Pues peor me lo pones! —le reproché, alterado—. Luca es mi responsabilidad. Si te pidió consejo sobre un tema tan delicado, deberías…

—¿Aún no has entendido que lo que se habla en mi gabinete es entre los alumnos y yo? ¿Qué tipo de profesional sería si te contara

todo lo que ellos me confiesan? ¿Qué diría eso de mí?

Luego, de camino al hospital con los sollozos de Amber de fondo, vi las miradas angustiadas que Nora le dirigía a la jovencita y reconocí que, en el fondo, lo había hecho bien y yo me había pasado con mis comentarios. Me habría gustado cogerla de la mano y ofrecerle una sonrisa que la calmara —la situación era preocupante, ambos lo sabíamos—, pero no estaba acostumbrado a las demostraciones de afecto, era todo muy reciente entre nosotros, y continué en silencio hasta la entrada de urgencias.

Amber iba a ponerse bien, si es que sobrevivía a la bronca de sus padres.

—Voy a llamar a Caroline —anuncié en cuanto se la llevaron para atenderla.

—¡No, tío Andy! —profirió Luca—. No quiere que lo sepan sus padres.

—Ahora mismo me importa muy poco lo que ella quiera. Y tú… ¿Para eso querías el permiso? —Luca abrió la boca para responder, pero lo señalé con un dedo—. Más vale que no digas nada y te sientes ahí si no quieres que te…

—Andrew, déjalo —se interpuso Nora—. Él no tiene la culpa. Ve a hacer esa llamada.

No fue tarea fácil explicarle a Caroline Frederickson que su perfecta hija estaba en el hospital después de que le hubieran practicado un aborto en una clínica de dudosa reputación. Al principio solo guardó silencio. Luego, le indicó a alguien que pusiera en marcha el coche y me pidió que la esperara en urgencias. Ni un grito ni una lágrima, su voz sonó fría y serena, y el único indicio de que mi llamada la había perturbado fue un ligero titubeo antes de colgar.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Nora al verme de vuelta.

—No ha dicho nada, solo que la espere.

Mi sobrino iba de un lado a otro de la sala con las manos en la nuca y la vista en las luces del techo. Su cara reflejaba tanta angustia… Nora movió la cabeza en su dirección para que me acercara y le ofreciera un poco de apoyo. Y una disculpa. Ella volvía a tener razón: no era responsabilidad del chico.

—¡Eh! Se va a poner bien, ya verás. —Intenté palmearle el hombro a modo de consuelo, pero me evitó—. Su madre viene de camino.

—Genial, tío. —Su ironía rezumaba nerviosismo—. Me pidió que no lo hiciera.

—Ya, pero Amber no está en posición de exigir nada ahora mismo y tú no puedes mantener una promesa así en un momento como este. —Asintió inquieto y reemprendió los paseos por la sala—. ¿Por qué fuisteis a ese sitio?

—¡Yo qué sé! —exclamó—. ¡Me pidió que la acompañara! ¡Yo ni siquiera tenía que saber que estaba embarazada, joder! Nos chocamos a la salida de los vestuarios, se le cayó el test de la mochila y me pidió que no se lo dijera a nadie.

—¿A Dreyfus tampoco?

—¿Dreyfus? —Rio con amargura—. ¿A quién crees que esperaba Amber en la puerta de los vestuarios? Él ya lo sabía, tío. ¿Sabes qué hizo? Le preguntó si necesitaba pasta para deshacerse del bombo. Hijo de puta. La apartó sin más, joder.

—Creo que Richard Dreyfus y yo vamos a tener una conversación muy interesante sobre su hijo.

—No, no, tío Andy, por favor —me rogó, asustado—. Deja que ella se ocupe, ¿de acuerdo? El año que viene irá a Los Ángeles; Jonathan se quedará aquí, en Boston. Ya no están juntos y esto… esto no puede saberse. La junta no puede saberlo.

—¡La junta es su madre, Luca! ¿Qué crees que hará cuando asimile lo que le ha pasado a su hija?

—¿Los familiares de Amber? —llamó una doctora desde la puerta.

Nora levantó la mano.

—Estamos esperando a su madre.

—¿Puede decirnos algo? —preguntó Luca con desespero—. ¿Está bien?

—Amber está bien, está estable, pero ha perdido mucha sangre y es mejor que se quede esta noche.

—¿La han examinado? —insistió Nora—. Le han practicado un aborto en un lugar horrible…

—Sí, nos lo ha contado. La doctora O'Hara, de ginecología, está ahora con ella. Luego saldrá a hablar con la familia. —Revisó la tableta que sostenía bajo el brazo y sonrió con amabilidad—. Por favor, díganle a la señora Frederickson que pase por el mostrador cuando llegue. Tiene que firmar unos documentos.

La espera se nos hizo eterna. Caroline tardó más de una hora en presentarse en el hospital. Venía sola, tan elegante como si fuera a tomar el té con la reina de Inglaterra. El rictus de sus labios dejaba claro que el lugar le desagradaba, que no estaba acostumbrada a compartir espacio con otros de clases más bajas. Miró alrededor con repulsa, y di gracias a que Nora y Luca habían ido a comer algo a la cafetería, porque estaba seguro de que la señorita Clark no se hubiera quedado callada ante semejante falta de emociones.

—Señor Woodward —me saludó—. Ya me han puesto al día de lo ocurrido y he solicitado el traslado inmediato de Amber a una habitación en la torre Pavilion del hospital Brigham. Allí se recuperará mucho mejor. —«Habitación exclusiva con vistas al lago Jamaica Pond, por supuesto», pensé con cinismo—. A efectos de control de asistencia a las últimas clases antes de las vacaciones, redactaré un justificante donde quede reflejado el inminente viaje que Amber ha realizado a Europa como regalo de Navidad.

—No hará falta. Los exámenes han concluido y muchos de los alumnos ya preparan…

—Sí, señor Woodward. Sí hará falta —me interrumpió con severidad—. Puede que usted no entienda la gravedad del problema, pero no estoy dispuesta a que la reputación de mi hija quede en entredicho por un incidente tan… desafortunado.

—Desafortunado, claro.

—No quiero cabos sueltos, ¿está claro? Usted, su sobrino y la señorita Clark firmarán el acuerdo de confidencialidad que les hará llegar mi abogado. No voy a permitir que este hecho trascienda y se convierta en la comidilla de Ashford Hall.

—¿Y qué me dice de Jonathan Dreyfus? ¿También va a hacer que firme ese acuerdo de confidencialidad? Al fin y al cabo, fue quien dejó embarazada a su hija —le espeté en un arrebato de

hostilidad, y sus inexpresivos ojos azules se entrecerraron con rabia —. ¿Se lo va a contar a Richard?

—Lo que yo haga o deje de hacer es única y exclusivamente cosa mía, señor Woodward. No se sienta con derecho a sermonearme o a decirme cómo proteger a mi familia. Amber está de viaje en Europa; en Roma, para ser más exactos —puntualizó con los dientes apretados—. Partió esta mañana temprano y no regresará hasta pasado Año Nuevo. Es todo lo que debe decir a quien pregunte por ella. Mi asistente personal ya ha ido a su dormitorio a recoger algunas de sus pertenencias para que sea creíble. Y no se hablará más de esto a partir de ahora, ¿ha quedado claro?

—Muy claro, señora Frederickson.

—Ni que decir tiene que usted y Ashford Hall recibirán una cuantiosa suma en compensación por las molestias.

¿Estaba comprando mi silencio? Era el colmo.

—Puede ahorrárselo, no es necesario. Solo he hecho lo correcto.

—No sea modesto. Considérelo un regalo de Navidad.

43

Nora

La Dirección deberá reconocer públicamente el trabajo bien hecho
y fomentar el respeto mutuo entre el personal de la institución.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición VIII, art. 5

El coro de Ashford Hall parecía recién sacado de una postal navideña. Marjorie Oakland se había esforzado al máximo para que el recital de villancicos fuera uno de los mejores de los últimos años, y a juzgar por la multitud de familiares, vecinos y curiosos que deambulaban por el jardín aquel lunes de mediados de diciembre, lo había conseguido.

Las jornadas abiertas al público tenían algo especial. Habían dispuesto un centenar de sillas delante de Ashford House y montoncitos de mantas muy suaves junto a los bancos de piedra; alumnos voluntarios repartían tazas de cerámica con chocolate caliente, nubecillas y bastones de caramelo para sobrellevar las temperaturas bajo cero de la mañana. Patty Yang, al mando de la carpa de adornos navideños, mostraba sus dotes más artísticas junto a Helen Mendoza, la profesora de Arte, mientras el grupo de teatro del entrenador Forrester Bennet interpretaba pasajes de *Cuento de Navidad* frente a Northbridge Hall.

La gente estaba feliz, el jardín era un mar de gorros de colores con graciosos pompones, el frío era estremecedor, pero el sol se unía a la fiesta de tanto en tanto y asomaba entre las nubes, que amenazaban nieve en cualquier momento.

Aun así, a pesar de cuánto me gustaban esos días en el internado, la visita del abogado de la señora Frederickson me había dejado triste y angustiada. La falta de sensibilidad por la situación de Amber era inaudita, pero no tanto como la forma de gestionar el

asunto. Empezaba a entender, por fin, de qué pasta estaba hecho el mundo de los ricos, un mundo donde todo se solucionaba con amenazas y golpes de talonario.

—Señorita Clark, ¿ha visto a Luca? —me preguntó Maya Dreyfus.

El adorno navideño que quería confeccionar para el nuevo apartamento de Valerie se me escurrió de las manos y se convirtió en un montón de ramas y cintas sin sentido.

—¡Mierda! Soy una negada para esto —mascullé. Era la tercera vez que lo intentaba y dejé el revoltijo navideño sobre la mesa con un golpe seco—. Luca está en el despacho del señor Woodward. ¿Por qué?

—Por nada —respondió, y se apropió de los diferentes elementos que yo había destrozado—. ¿Sabe si Luca va a ir a la Gala Benéfica Anual?

—¿Luca?

—Lo oí decir que su padre y su abuelo asistirían. Y su tío, claro —me explicó, al tiempo que formaba un círculo perfecto entrelazando las ramas para crear una corona. Luego cogió el lazo rojo con purpurina y lo enrolló con delicadeza—. No quiero ser la única pringada a la que obliguen a poner buena cara.

—Y quieres que Luca comparta contigo esa carga, ¿verdad? —Asintió con altivez. Era una criatura preciosa y estaba enamorada del pequeño Woodward. No sabía si sentir alegría o pena por ella—. Dudo mucho que Luca vaya a la gala, teniendo en cuenta los líos en los que se ha metido… contigo.

—Sí, bueno, es lo único que le ha dado emoción al curso —confesó, distraída con la lazada roja y el pegamento líquido—. Pero vale, no importa. Supongo que, como Amber no estará, él tampoco querrá ir. Es lo que pasa con los perritos falderos.

—Claro, Amber está en… ¿en Europa?

—En Europa o haciéndose un implante de pecho, vaya usted a saber. ¡Ahí está Luca! —Señaló a lo lejos y me tendió el adorno. Había quedado perfecto—. Voy a incordiarlo un poco, a ver si mejora el día.

Dejé la corona a buen recaudo con la profesora Yang y me ofrecí a ayudar a la señora Donaldson con la venta de boletos de la rifa solidaria. Pese a su carácter hostil y a la poca confianza que me tenía, agradeció que me ocupara de la tarea porque sus pies, hinchados como botas, no iban a aguantar toda la jornada de un lado a otro del jardín.

—¿Está disfrutando de la mañana, señorita Clark? —me preguntó el director Blackwell junto al *photocall* de Santa Claus. Casi regurgité el último caramelo que me había comido por culpa del sobresalto—. Debería estar ayudando en la carpa de actividades, no paseándose por el jardín como una turista.

—La profesora Yang lo tiene todo controlado y la rifa también es importante, ¿no le parece? —Le mostré el rollo de boletos y la cajita de recaudación—. La señora Donaldson no debería estar tanto tiempo de pie, pero si prefiere que vuelva a las actividades…

Nunca iba a superar los nervios de una conversación con Lawrence Blackwell. Imponía tanta autoridad y era tan severo que las palabras se me quedaban atascadas y mis años de club de oratoria en la universidad se iban por el retrete. Su mirada me hacía chiquitita y provocaba que quisiera deslizarme el gorro de lana hasta los tobillos.

Sin embargo, para mi más absoluta consternación, Blackwell arrancó un par de participaciones de la rifa y depositó dos dólares en la caja.

—La señora Evans me ha dicho que ha estado usted ayudando en la biblioteca con las devoluciones de libros, ¿es cierto?

«Bendita Rose». Tenía que pensar un buen regalo de Navidad para ella.

—Todos merecemos descansar durante las vacaciones. No era justo que renunciara a estar con su familia para terminar el trabajo que deberían hacer tres personas.

—¿Eso es una crítica, señorita Clark?

«Mierda». ¿Había sido una crítica? Sí, sí lo había sido, y se me heló la sangre al darme cuenta. Acababa de reprocharle a Blackwell la falta de personal en la biblioteca. Iba a vomitar.

—Disculpe mi sinceridad, señor. No quería…

—Oh, sí quería, lo estaba deseando, ¿verdad? —Tragué saliva y busqué una vía de escape entre la gente—. No se preocupe, no se lo tendré en cuenta. Y que conste que me gusta la gente que no tiene miedo a decir lo que piensa. También la que asume sus funciones pese a haber tenido un accidente.

—Oh, vaya… —Eso no me lo esperaba—. Si se refiere al incidente del día de las charlas con los alumnos, no fue para tanto, solo unos rasguños.

—No fue lo que me dijo el señor Stone. —También tendría que comprarle algo bonito a Ezequiel. A ese ritmo, me gastaría el sueldo en detalles de agradecimiento—. Mire, Eleonora, le seré sincero: no me causó buena impresión el año pasado cuando la propuso la doctora Hurt. —No tenía que jurarlo—. Y mi opinión sobre usted no mejoró a principios de este curso. Es obstinada, insolente y su tendencia a poner en entredicho las normas de Ashford Hall me pone de muy mal humor.

—Lo lamento.

Levantó una mano para que no lo interrumpiera.

—Pero es comprometida y sus ideas, aunque un poco insurrectas, encajan entre los estudiantes. Le tienen aprecio y las familias hablan bien de su trabajo, lo cual me sorprende gratamente. La felicito.

—¿Gra-gracias? —dudé. Seguía esperando que llegara el golpe magistral.

—¿Sabe? No me sorprendió que la doctora Hurt la propusiera como sucesora. Susan siempre tuvo mucha confianza en usted. Tal vez no sea tan mala idea que se ocupe del departamento. —¿Era una broma? Se había mostrado contrario a la idea delante de la junta. ¿Qué había cambiado?—. Los chicos y chicas de Ashford Hall necesitan disciplina y normas, pero también cariño y comprensión, que es lo que encuentran en usted. Una persona nueva, a estas alturas del curso, suscitaría desconfianza entre los muchachos, y no queremos eso.

—No, desde luego que no.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. Supongo que ha recibido la invitación para la Gala Benéfica Anual. —Asentí—. Es un

evento muy importante para Ashford Hall. El año pasado no asistió, ¿estoy en lo cierto?

—No, no fui. Estaba… resfriada —mentí.

—Pues cuídese para el viernes que viene. Quiero verla allí sin excusas.

Le sonreí con amabilidad. No iba a estropear la conversación con mis renuencias acerca de la fiesta.

—Bien, dicho esto, póngase en marcha. Esa rifa no va a venderse sola. —Ni siquiera me acordaba de que la llevaba en la mano—. Feliz Navidad, Eleonora.

—I-igualmente, señor.

Retrocedí un paso con la sonrisa estática, y luego di otro, y otro, y el equipo de baloncesto se interpuso entre nosotros y pude respirar por fin. Estaba impactada y confundida. No era que se hubiera declarado mi fan número uno, pero la mera posibilidad de que me viera como a un miembro más del personal de Ashford Hall y no como a una intrusa me levantó el ánimo y me obligó a cambiar un poquito mi percepción sobre él.

Seguía siendo un estirado prepotente con el que no me iría a comer aunque pagara la cuenta, pero no había duda de que a Lawrence Blackwell le importaba el bienestar de los alumnos. No tenía una forma bonita de expresarlo, sus emociones eran de piedra, pero latía un corazón debajo de ese pecho almidonado y había calidez en sus ojos cuando observaba a alrededor. Nunca se andaba con cumplidos, era directo y ofensivo, pero amaba el colegio y deseaba lo mejor para sus estudiantes.

—¿Un caramelo? —Andrew, recién salido de la nada, me ofreció un bastón dulce, que acepté sin pestañear—. ¿Cuántos te has comido ya?

—Demasiados. Creo que el azúcar me provoca alucinaciones —le dije en confidencia. El aroma fresco y penetrante de su colonia me envolvió en un abrazo—. No te vas a creer la conversación que acabo de tener con Blackwell. Aún estoy en *shock*.

—Cuéntamela mientras damos un paseo. —Le endosamos la rifa al profesor Walters y nos apartamos de la multitud con naturalidad, como si mantuviéramos una charla amistosa entre administrador y

orientadora, a un brazo de distancia—. ¿Has firmado los documentos esta mañana?

—Sí. ¿Y vosotros? —Asintió con seriedad—. ¿Y el dinero?

—Le he mandado el cheque de vuelta con el abogado.

La señora Frederickson no había perdido el tiempo y el domingo por la mañana llegó el acuerdo de confidencialidad al correo electrónico de Andrew. Lo estudiamos en su piso, donde habíamos pasado la noche del sábado hablando, donde habíamos hecho el amor y habíamos discutido a partes iguales.

En un momento dado de la noche, entre debatir sobre las condiciones del acuerdo y besarnos bajo las sábanas, surgieron de nuevo mis dudas sobre la relación. Quería estar con él, lo deseaba más que nada en el mundo, pero por una vez dejé a un lado lo que dictaba mi corazón y formulé la pregunta que más me dolía:

—¿Y qué pasará cuando vuelvas a Nueva York?

—Lo resolveremos cuando llegue el momento.

A la mañana siguiente, me llevó a mi casa para cambiarme de ropa, y discutimos de nuevo porque yo quería ir a trabajar en bicicleta y él no iba a permitirlo. Empezaba a gustarme eso de hacer las paces y de que Andrew se tomara tantas molestias para devolverme la sonrisa.

Aun así, me negué a ir en coche y él, cabezota como un mulo, me siguió tan de cerca que formó un atasco a la entrada de Roxbury. Los insultos de los conductores que nos adelantaron fueron de lo más pintorescos.

Y, por si no hubiera sido suficiente bochornoso que todo el mundo nos mirara, al bajar del Lexus en el aparcamiento se atrevió a colocarme bien el gorro de lana y Luca nos pilló a punto de cometer una estupidez en público.

—¿Has hablado con él? —me preocupé. Nos adentramos en una zona del jardín poco transitada y me indicó el sendero con un roce en la cintura—. ¿Te ha preguntado por qué estaba en tu casa el sábado o qué hacíamos tan juntos esta mañana?

—No, exactamente. Del sábado ha dicho algo como que fue una suerte que estuviera contigo, porque tú sola con la bici no hubieras ayudado mucho.

—Muy gracioso. ¿Y de esta mañana?

—No, nada, de esta mañana no ha comentado nada salvo… —Fingió hacer memoria y se rascó el mentón. Se ganó un empujoncito —. Vale, sí, ya lo recuerdo. Ha dicho: «es guay», «mola» y «está buena». Ah, y que no utilicemos su cama para hacer guarradas, que le da asco.

—Entonces, ¿lo sabe? —Nos detuvimos junto al lago Edmund. Apenas se oía el jolgorio del jardín, pero sí el fuerte latido de mi corazón, a punto de colapsar de un momento a otro.

—Lo sabe y le gusta la idea. Piensa que va a beneficiarse de algún tipo de privilegio contigo. —Solté una carcajada. Andrew solo sonrió de medio lado y me apartó el pelo del hombro para rozarme el cuello con los dedos—. Me gusta esto que tenemos. Me gusta mucho, Nora. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, pero…

—¿Andrew Woodward, inexperto en algo? Esto sí que mejora mi día por completo —bromeé, muy feliz y un poco asustada. Lo sujeté por las solapas del abrigo y me puse de puntillas para que nuestros ojos estuvieran a la misma altura—. Yo tampoco tengo un máster en relaciones, pero me encantaría descubrir a dónde nos lleva esto.

—A mí me basta con descubrirte a ti —me susurró al oído. Compartimos un beso pausado, que terminó con el roce de su nariz contra la mía—. Tengo que volver al despacho. Quedan diez días para la Gala Benéfica y el comité de organización me está volviendo loco. Cada vez que Dreyfus me llama, aumenta el presupuesto del evento.

El móvil le sonó para dar fe de sus quejas y me tomé la libertad de colgarle el teléfono al presidente de la junta.

—He oído que habrá más de un Woodward en la gala, ¿es cierto? ¿Tu padre y tu hermano asistirán?

—Es probable. Mi padre es uno de los mecenas de Ashford Hall. No le importa un bledo su nieto, pero sí lo que piensen de él. —Era un reproche muy duro.

—¿Estarás bien?

—Estaría mejor si me acompañaras, pero no voy a insistir más. Ya sé cuál es tu respuesta.

Todo el mundo estaba emocionado con la gala, era el tema de moda. Patty y la profesora Mendoza no habían dejado de hablar de lo divertida que fue la del año anterior, del marco incomparable del Gran Salón del Hilton y de lo sorprendente que era encontrarse con antiguos alumnos que acudían con sus familias después de desembolsar mil doscientos dólares por cabeza. ¡Una barbaridad! La profesora Ivanova llevaba semanas presumiendo de vestido de Valentino y hasta Rose había cogido cita en la peluquería, como algo extraordinario.

El entusiasmo de los demás resultaba contagioso y el gusanillo de la curiosidad empezó a atosigarme. Pero las palabras de Anabel Williams seguían muy presentes y, frivolidades aparte, en mi armario no había nada a la altura de las expectativas. No quería hacer el ridículo.

A pesar de mi opinión sobre el tema, la conversación con Blackwell me había tocado la fibra orgullosa y su «sin excusas» no dejó lugar a discusión. Tal vez Andrew tuviera razón y se me presentara una buena una oportunidad para hablar con los miembros de la junta. Tal vez fuera divertido, como aseguraban las profesoras. Tal vez Valerie escondiera algo deslumbrante que me hiciera parecer menos vulgar.

Tal vez fuera la noche perfecta para confesarle a Andrew que me había enamorado de él; que quizá, muy en el fondo, nunca había dejado de estarlo.

44

Andrew

El personal deberá abstenerse de incurrir en cualquier
tipo de conducta discriminatoria, ofensiva, abusiva o de acoso.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición I, art. 5

A lo largo de mi vida, había tenido la oportunidad de admirar a muchas mujeres elegantes y poderosas capaces de utilizar su belleza no solo como fachada superficial, sino como símbolo de empoderamiento y de lucha. Mi madre, la primera de ellas. Aprovechaba cualquier ocasión para presumir de su distinción con los vestidos más deslumbrantes y con lo más preciado de su joyero. La ostentación y el poderío eran juegos de guerra y las fiestas como aquella gala benéfica, los campos de batalla.

La moda y las joyas siempre me parecieron algo superfluo, simples adornos con el único fin de enmascarar a las personas que había debajo. No me interesaban las firmas en boga ni la cantidad de kilates que cupieran en un collar. «Estás preciosa» era mi frase por excelencia, era todo el tiempo que estaba dispuesto a perder en halagos.

Hasta esa noche.

Ninguna de aquellas mujeres, carentes de sencillez, me dejó tan noqueado como Nora cuando llegó a la Gala Benéfica Anual de Ashford Hall.

No sé qué fue lo que la hizo cambiar de opinión, pero me alegré de que se animara a asistir. Por contra, que prefiriera acudir sola no me gustó tanto. Discutimos por ese motivo y también porque quería ir en taxi, ¡en taxi!

—Eso no va a suceder mientras yo pueda evitarlo —le dije para zanjar el tema, y ella me retiró la palabra durante la semana.

«Tan cabezota como encantadora».

La limusina se detuvo frente al Hilton y contuve la respiración al verla. Me obligué a parpadear varias veces y a tragar saliva mientras saludaba a algunos invitados en el *hall* del hotel. Iba vestida de verde esmeralda, con una capa de lana blanca ribeteada de armiño. Se había dejado el pelo suelto y las ondas perfectamente marcadas se agitaban con la brisa gélida que barría la calle. Un par de muchachos uniformados se acercaron a ella para retirarle la prenda de abrigo y se convirtió en el centro de atención de todos los presentes.

—Vaya, vaya, mira qué tenemos aquí —murmuró Richard a mi lado—. Deliciosa.

Apreté la mandíbula para contenerme y para no quedar en evidencia ante el escrutinio de Lawrence Blackwell, que parecía leerme el pensamiento. Él también quedó impresionado cuando Nora avanzó hacia nosotros.

—Buenas noches, señor Woodward. Director Blackwell, señor Dreyfus…

—Señorita Clark, confieso que estoy sorprendido —manifestó Richard. Le sujetó una mano con delicadeza y le besó los nudillos como un maldito baboso—. Es usted el patito feo convertido en cisne, si me lo permite, Eleonora.

No fui el único que puso los ojos en blanco ante semejante comentario. Blackwell, que era todo rectitud y formalidad, desvió la vista hacia otro lado para que nadie viera su expresión sardónica.

—Gracias, señor Dreyfus. Yo también estoy sorprendida. Este lugar es precioso. Y llámeme Nora, por favor. Todo el mundo me llama Nora.

—¡Oh, vaya! Todo el mundo la llama Nora. ¿Y yo por qué no la he llamado todavía? —Sebastian Fuller, agazapado detrás de Richard, se rio del vomitivo ingenio de su amigo—. En fin… Disfrute de la noche en el Hilton, *Nora*, y no se lleve la cubertería de plata o la detendrán por ladronzuela.

Si le hubiera asestado un puñetazo en ese momento, tal vez se habrían evitado muchas de las cosas que pasaron después. O quizá lo hubiera empeorado todo, si es que eso era posible. No obstante,

no fue necesaria mi intervención. Nora se ocupó de manejar al presidente de la junta con la misma soltura con que se enfrentaba a los desplantes de su hijo Jonathan.

—No tiene de qué preocuparse, señor Dreyfus. No cabe nada debajo de este vestido.

Me excusé un minuto para acompañarla a la entrada del salón. La hubiera besado allí mismo de no haber sido por el gesto ceñudo de Richard y por lo incómoda que se hubiera sentido. Estaba seguro de que, una vez que mis labios encontraran los suyos, no habría quien me detuviera.

—Será gilipollas. ¿Quién se ha creído que es para hablarme así? ¿Ves por qué no quería venir? —masculló, muy enfadada. Pesqué dos copas de *champagne* de la bandeja de un camarero y le puse una en la mano. Se la bebió de un trago—. Gracias. La necesitaba.

—Yo necesitaré muchas —murmuré para mí mismo—. Si te digo que estás preciosa, me estaría quedando muy muy corto. Ese vestido es…

—¿Demasiado llamativo? —Se pasó las manos por las caderas, donde la tela esmeralda dibujaba sus curvas como en un lienzo—. Valerie dice que es perfecto, pero yo creo que muestra más de lo que debería. —Al ver que no decía nada, que era incapaz de parpadear, me dio un manotazo en el pecho—. ¿Puedes dejar de mirarme ya? Me estás poniendo nerviosa.

—Es culpa del vestido. —Quería deslizar el dedo por la suave piel del esternón, allí donde el encaje se abría hasta debajo del pecho. Era un escote digno de ser acariciado y besado con calma—. Ahora mismo no puedo pensar en otra cosa que no sea en quitártelo.

—Ya tienes algo en común con Richard Dreyfus —murmuró, y ambos miramos con disimulo al presidente de la junta, que nos observaba con los ojos entrecerrados.

—Ve a buscar a Rose y luego me reúno contigo, ¿de acuerdo? Richard quería hablar de unos temas urgentes conmigo. No tardaré. —Asintió conforme, y antes de que entrara en el Gran Salón, le rocé los dedos con los míos—. Eres deslumbrante, en todos los sentidos.

...

Tratar cuestiones de trabajo en mitad de la recepción de una gala en la que se daba cita lo mejor de la sociedad de Boston era muy del estilo de Richard Dreyfus. Cuando me dijo que necesitaba hablar conmigo, no pensé que iríamos a una sala privada del Hilton ni que beberíamos *whisky* de botellas de mil dólares. Creí que se trataría de alguna consulta sobre finanzas, incluso algo relacionado con el internado. No estaba preparado para lo que tenía que decir.

—Verás, Woodward, ha llegado a mis oídos cierto incidente desafortunado entre la señorita Amber Frederickson y mi hijo Jonathan del que no he tenido noticias hasta hace un par de días. —«Mierda». Dio un trago a su vaso de cristal y se quedó mirando el fondo como si en él se encontrara el secreto de la eterna juventud—. Entenderás mi decepción, desde luego. Lo primero que espero de mi hombre de confianza es eso mismo, confianza, y no que me oculte información acerca de algo que puede arruinar la carrera de mi hijo.

—Lo entiendo, señor, pero he firmado un acuerdo de confidencialidad que…

—¡Ah, sí! ¡El acuerdo de Caroline! —exclamó con sorna—. Silencio absoluto para que su pequeña ramera no se vea perjudicada, pero ¿qué hay de mi hijo? Esa niñita malcriada podría decir cualquier cosa en cualquier momento y la reputación de Jonathan quedaría manchada para siempre.

—Sinceramente, su hijo intentó deshacerse del problema ofreciéndole dinero a la muchacha. No parecía interesarle demasiado su reputación a largo plazo.

—¡Porque los jóvenes no piensan, Woodward! ¿Acaso su sobrino pensó en las repercusiones de activar el sistema antiincendios del edificio de ciencias? ¡No! ¡Claro que no! Pero su hermano se ocupó del problema con destreza, y yo debo hacer lo mismo.

—No le entiendo, señor. Ya no hay tal problema. Si le preocupa lo que ella misma pueda decir…

—Lo que me preocupa es que los Frederickson utilicen a su propia hija en mi contra en cuanto se les presente la oportunidad de

desacreditarme frente a la junta electoral de zona, ¿lo entiende ahora?

Así que se trababa de política, de poder, de construir una imagen de perfección ajustada a la opinión pública. Joder, me habría dado cabezazos contra la pared por no haberlo intuido antes: el marido de Caroline, una voz importante entre los demócratas, era rival del senador Manchin dentro del partido. Si Richard estaba haciendo carrera a la sombra del senador, no le convenían escándalos que pudieran empañar su imagen conservadora.

Jonathan Dreyfus, con sus malas decisiones, había puesto una poderosa arma en manos de los oponentes de su padre.

—Mire, Woodward, yo no he llegado a donde estoy por dejar cabos sueltos en mis asuntos. Hay cuestiones que se deben cortar de raíz antes de que alguien haga comentarios y todo se vaya a la mierda. —Dio otro trago al *whisky* y dejó el vaso vacío en la mesa con un golpe—. No estoy dispuesto a que eso pase y espero que me ayude a dejar el tema zanjado.

—Usted dirá cómo, soy todo oídos.

No me iba a gustar. El estómago se me revolvió de súbito y un inquietante nerviosismo se me instaló en el pecho. La mirada de Richard, evaluadora y profunda, me examinó con cautela, y una sonrisa de desdén le curvó los labios.

—Convertir las debilidades en fortalezas es un arte que no todo el mundo sabe emplear. Se necesita un motivo, una historia y un cabeza de turco —me explicó como si fuera un alumno inepto—. El motivo es sencillo: los chicos se calentaron, era un amor joven, una pasión desenfrenada… ¿Quién no ha pensado alguna vez en emplear la marcha atrás para no tener que usar condones? No salió bien. Qué tragedia, ¿verdad?

—No sé a dónde quiere ir a parar, señor Dreyfus.

—¡Claro que no lo sabe! Pero deje que siga con mi estrategia. Es usted un tipo listo, Woodward. Estoy seguro de que pronto sabrá en qué consiste. —Sirvió dos dedos más de *whisky* y empujó mi vaso para que me lo acabara. El líquido me supo a azufre—. La historia es que la señorita Amber actuó por egoísmo a expensas de mi hijo. ¡Un

aborto, por el amor de Dios! ¿En qué cabeza cabe eso? Mi hijo estaba destrozado.

—Pero su hijo…

—¡Mi hijo no sabía nada! —Le salieron un par de espumarajos por la boca—. Esa es la única versión de la historia. A Jonathan jamás se le hubiera ocurrido deshacerse de un bebé. En nuestra familia no hay cabida para un acto tan aberrante, Woodward. Fue esa pequeña zorrita quien tomó la decisión. Le dijo a su sobrino que mi hijo le pagaría el aborto, pero no recibió ni un dólar de él. Y, aun así, fue a esa clínica donde casi la matan. ¿Y todo por qué? ¿Qué llevaría a Amber Frederickson a una situación semejante? Una muchacha criada en el seno de una buena familia con férreos ideales provida… ¿Quién podía haberla convencido de hacer tal locura? Y aquí, por si no lo ha sospechado, es donde entra el tercer elemento de nuestra estrategia: la cabeza de turco.

Cerré los ojos y maldije mil veces. Una vez más, la situación se me había echado encima sin que pudiera hacer nada por detenerla.

—Pare, no siga. Entiendo que este tema pueda afectar a sus intereses, pero si piensa que voy a responsabilizar a…

—Andrew, Andrew, Andrew… Estrategia, pura estrategia. ¿No te han enseñado a jugar en JP Morgan Chase? —Me sacudió una inexistente pelusilla del hombro y sonrió como si supiera algo que yo desconocía—. Voy a contarte lo que haremos a partir de ahora, y luego tú y yo nos daremos la mano como caballeros y disfrutaremos de la fiesta y de las vacaciones de Navidad, ¿entendido? Y más te vale prestar atención, chico. No pienso repetirlo dos veces.

Quince minutos más tarde, había firmado una condena para el resto de mis días.

45

Nora

Artículo 7: Resolución pacífica de conflictos. Los conflictos deberán resolverse de forma pacífica mediante el diálogo. Está prohibido recurrir a la violencia como solución.
Reglamento de estudiantes de Ashford Hall.
Capítulo II: Normas generales de convivencia

Cuando Valerie dijo que con aquel vestido dejaría con la boca abierta a cualquiera que se cruzara en mi camino, pensé que exageraba. Era precioso, sin duda, y fue una suerte que ambas gastáramos la misma talla, pero ella era una pelirroja exuberante que conquistaba con su sola presencia. Yo, por el contrario, no iba a impresionar a nadie, con vestido o sin él.

Me equivoqué.

Mi paseo por el Gran Salón del Hotel Hilton fue lo más inquietante que había hecho nunca, las conversaciones se interrumpían de golpe, los susurros crecían, las miradas volaban. Estaba en medio de una jauría de lobos hambrientos que se morían por conocer mis más oscuros secretos, como si mi vida fuera interesante. Qué ilusos. Les sorprendería saber que mi padre era un militar retirado y que sí, mi madre tenía una fortuna que heredó de mi abuelo, pero en mi cuenta corriente apenas había dinero para acabar el mes. ¡Si hasta llevaba un vestido prestado, por amor de Dios!

—¡Vaya, vaya, señorita Clark! ¿Óscar de la Renta? Qué callado lo tenía —dijo Maya Dreyfus a mi lado con verdadera admiración—. Está usted espectacular.

—Gracias, Maya. Tú también estás preciosa. —Era cierto. A pesar de la sobriedad de su vestido negro, lucía espléndida—. Pero no es un Óscar de la Renta.

—Sí lo es —aseveró—. Mi madre no será muy lista para muchas cosas, pero es el Trivial de los diseñadores de moda. Se ha puesto verde de envidia al verla. Se hicieron muy pocos vestidos de la colección Esmeralda el año pasado, ¿sabe? Y usted lleva uno. Por cierto, ¿ha venido Luca? —Miró alrededor con interés mal disimulado —. Le he mandado mensajes, pero me está goshteando.

—¿Que te está qué?

Un revuelo de gasas lavanda y unas risotadas exageradas desviaron mi atención. Caroline Frederickson fingía euforia con todo aquel que se acercaba a saludarla. Su marido no tardó en aceptar una copa de *champagne* y desaparecer entre el corrillo que rodeaba a su esposa. Todo era lujo y encanto, aunque solo había que fijarse un poquito para ver que, debajo del maquillaje, se escondía una mujer horrible.

—Qué pena, Amber no ha venido —ironizó Maya, aburrida—. Pero no engañan a nadie con eso de que está en Europa, ¿sabe? Yo sé la verdad.

—¿La verdad? —grazné. ¿Qué demonios sabía Maya?—. ¿Cuál es la verdad, según tú?

—Oh, vamos, señorita Clark. ¡Es tan obvio! Mi hermano y ella lo han dejado, y ahora Jonathan está con su mejor amiga. ¿No los ha visto? —Señaló un punto en un rincón apartado y divisé la espalda del joven Dreyfus. Detrás de él, Katy Radcliff, con una sonrisa triunfal, le limpiaba el carmín de la comisura de los labios—. Amber estará en algún *spa* lamiéndose las heridas o haciéndose un retoque estético, ya se lo dije.

—Maya… No está bien que digas esas cosas de nadie. Eres demasiado lista para andar especulando sobre la vida de los demás, cariño. —Le recoloqué los rizos que le enmarcaban el rostro para que se vieran bien sus bonitos ojos azules y le di un toquecito en la nariz con afecto—. Luca se ha marchado a Nueva York esta mañana, pasará las vacaciones con su madre. Estoy segura de que necesitará a alguien con quien hablar durante ese tiempo.

—Ya tiene a Amber, al parecer —replicó, resentida.

—Pero Amber está en Europa y la diferencia horaria es terrible, ¿no te parece?

La dejé pensativa y fui en busca de Rose o de una copa que me quitara el regusto amargo de la boca. No me gustaba mentir y tampoco me gustaba deambular por una fiesta donde no conocía a casi nadie y en la que todo el mundo me miraba como si fuera un bicho raro. El vestido de Valerie tenía la culpa. ¿Un Óscar de la Renta exclusivo? Era de locos.

Acerqué la mano a la bandeja de un camarero para coger la última copa de *champagne* al mismo tiempo que un hombre muy atractivo. Nos rozamos, nos retiramos al unísono y sonreímos ante una situación tan cliché.

—Por favor —me pidió—, no sería un caballero si la dejara sedienta. Seguro que encuentro otra copa en cuanto me dé la vuelta.

Acepté el gesto y brindé por él antes de dar un sorbito.

—No tengo el placer de conocerla, señorita…

—Clark —correspondí—, pero prefiero que me llamen Nora. Lo de señorita Clark es solo para los alumnos del internado. Soy la orientadora.

—Bien, en ese caso, Nora, yo soy Kevin, Kevin Holman. Y tampoco me gusta que me llamen por el apellido. A nadie le gusta que lo confundan con el hermano inteligente.

—¡Eres el hermano de Jeff! —Se parecían un poco. Kevin era bastante más alto y tenía el pelo más claro. Una cicatriz le afeaba el labio superior, pero no le restaba atractivo. En la solapa de su esmoquin lucía la insignia de oro de Ashford Hall, por lo que deduje que era un antiguo alumno graduado con honores—. Me ha hablado de ti.

Tenía algunos años más que yo, rondaba los cuarenta, y era uno de los asesores de política exterior del gobernador Baker. Fue capitán del equipo de fútbol, incluso dio el discurso de su promoción, aunque me confesó que se puso tan nervioso que tartamudeó y estuvieron gastándole bromas toda la noche en la fiesta de despedida.

Charlamos durante más de media hora, y cuando se dio cuenta de que los zapatos me estaban destrozando los pies, me preguntó si quería sentarme con él hasta que empezaran a servir la cena.

Dudé un segundo. Me alcé de puntillas para localizar a Andrew, pero no vi nada más allá del grupo de personas que bloqueaba la puerta del salón.

—¿Has venido con alguien? —se interesó Kevin—. Pero ¿qué digo? ¡Seguro que has venido con alguien!

—¿Por qué? ¿Una mujer no puede acudir sola a una fiesta como esta? —Mi tono suspicaz lo hizo reír y sonrojarse—. Siento defraudarte, pero sí, he venido sola.

—En ese caso… —Una nueva copa de burbujas doradas apareció delante de mí y la acepté por compromiso—. Tal vez el destino haya movido sus hilos para que nos encontremos.

Estaba siendo encantador, pero mi cuerpo rechazó su mano cuando me rozó la cintura para guiarme hasta la mesa y me aparté de él con disimulo.

Me presentó a algunas personas por el camino, estrechó manos, aceptó un par de citas para jugar al golf y se deshizo en sonrisas hasta que se topó frente a frente con Andrew. La amabilidad se esfumó y la tensión crepitó entre ellos.

—Kevin, ¿conoces a Andrew Woodward? —pregunté cordial, dispuesta a distender tan incómodo momento—. Es el administrador de Ashford Hall.

Andrew fulminó la mano que Kevin mantenía inmóvil en mi espalda, y un músculo le latió en la mandíbula.

—Nos conocemos perfectamente, ¿verdad, Holman?

—Administrador de Ashford Hall, ¿eh? Reconozco que no tenía ni idea, pero ¿qué más da? No me interesa en absoluto —dijo con desprecio—. ¿Te va bien, Woodward? Me alegro, hombre. —Le dio una palmada en el pecho tan fuerte que hizo retroceder a Andrew. Por un instante, creí que se la devolvería—. El bueno de Andy y yo tuvimos nuestras diferencias durante su breve estancia en el internado —me explicó Kevin, y de forma inconsciente, se pasó la mano por la cicatriz del labio—. Una lástima que te echaran, ¿verdad?

—Una suerte para ti, sin duda.

«Oh, vaya», pensé. ¿Kevin Holman fue el chico con el que se peleó y por el que lo expulsaron? «Fenomenal, Nora». De entre

todos los hombres de la gala, había tenido que entablar conversación con el único al que Andrew odiaba.

—Bueno, ¿qué más da? El pasado, pasado está. Somos hombres hechos y derechos, y yo no sé a ti, pero a mí la vida me sonríe: tengo un trabajo que me encanta, una cuenta corriente envidiable y acabo de conocer a esta señorita, que me espera para seguir nuestra conversación, ¿no es así, Nora? —No me dio la oportunidad de responder. Me tomó de la cintura con una confianza inesperada —. Disfruta de la fiesta, Woodward.

—Desde luego que sí, Holman.

Vi la sonrisa de medio lado de Andrew y el triunfo en sus ojos. Noté el breve tirón que dio de mi mano para acercarme a él y tan pronto estaba haciendo equilibrio sobre los tacones como rindiéndome a un beso abrasador. Una demostración de hombría innecesaria que nos convirtió en el centro de atención de cuantas personas había a nuestro alrededor.

Siguió besándome incluso después de ver cómo Kevin Holman se marchaba, sin que importara lo que dijeran de nosotros. Adiós a la discreción, adiós al secreto. Andrew acababa de declarar sus intenciones delante de seiscientas personas y, puede que estuviera igual de loca que él, pero me alegré de que fuera así, me alegré de ir vestida con un Óscar de la Renta exclusivo, de ser la envidia de mujeres como la señora Dreyfus y, ¿por qué no?, me alegré de robarle un poquito de protagonismo a Caroline Frederickson, que nos apuñalaba con los ojos desde el centro del salón.

—Larguémonos de aquí —sugirió Andrew, y fue música para mis oídos.

La fiesta donde deseaba estar era entre él y yo.

46

Andrew

En aras del cumplimiento legal y normativo de la institución,
el administrador tendrá potestad para ordenar las auditorías necesarias.
Normativa de la Junta de Administración.
Apartado 7, punto 2

Besé a Nora de nuevo a la salida del Gran Salón sin que la presencia de Richard Dreyfus, a poca distancia, me alterara lo más mínimo. Se podía ir al infierno.

—Te das cuenta de lo que acabas de hacer, ¿verdad? —me preguntó, azorada, de camino a los ascensores—. Tendré suerte si conservo el empleo cuando vuelva de vacaciones.

—Yo me ocuparé de eso, tranquila. ¿Tú estás bien? —Repasé las líneas de su rostro con la yema de los dedos hasta detenerme en los labios. Quería para mí todas las sonrisas de la noche—. Siento haberte dejado sola tanto tiempo.

—¿Qué quería Richard? ¿Tenía que ver con mi puesto?

—No. Era un tema de conflicto de intereses, cosas de trabajo —mentí, y di gracias a Dios por que no preguntara más—. ¿Te he dicho ya lo increíble que estás esta noche?

La sujeté de las caderas y Nora acercó su boca a la mía para recibir otro beso. Me recreé en los detalles que la hacían perfecta y sufrí uno de esos estremecimientos de anticipación que me recordaron lo frágil que era lo que había entre nosotros. Le rocé los labios con suavidad; estaban calientes e invitaban a saborearlos lentamente, sin prisa, como un suculento postre que me hacía salivar.

El ronroneo en el pecho de Nora se mezcló con la campanilla del ascensor, y cuando las puertas se abrieron, la tomé de la mano y… y me quedé petrificado.

Mi padre y Hamilton estaban ahí.

—Hablando del diablo —masculló mi hermano—. Me estaba preguntando dónde te habrías metido. O con quién —apostilló. Repasó a Nora de pies a cabeza y escondió las manos en los bolsillos del pantalón—. ¿Y usted es…?

—Nora Clark —respondió ella con firmeza. Soltó mi mano para tendérsela a Hamilton, pero él la ignoró—. Usted debe de ser el padre de Luca. Soy la orientadora de su hijo en Ashford Hall.

—¿Ahora también alternas con el personal? Eres increíble, Andrew. —Volvió a repasar a Nora de arriba abajo—. Un placer conocerla, señorita Clark. Luca la ha mencionado en un par de conversaciones. Ahora entiendo por qué.

Gruñí ante semejante grosería y aparté a Nora a un lado. A mi padre tampoco le hizo gracia la actitud de Hamilton, pero se mantuvo en un tenso silencio, como era habitual en él.

—Tus modales apestan, hermano. Yo que tú dejaría de beber por esta noche. No es elegante. —Presioné el botón de llamada del ascensor para que se abrieran las puertas de nuevo—. Quizá te interese saber que tu hijo ha llegado a casa de Daphne en perfectas condiciones. No estaría de más que lo llamaras para desearle feliz Navidad.

—Lo llamaré cuando considere, no cuando tú me digas, Andrew. Ve a darle lecciones a otro, por favor.

—¡Basta! —ordenó mi padre antes de replicar. Hasta Nora dio un respingo al escuchar su potente voz—. Disculpe a mis hijos, señorita Clark. A veces creo que siguen en la adolescencia. Soy Alexander Woodward.

—Encantada de conocerlo, señor Woodward.

A mi padre le impresionó la seguridad con que Nora correspondió a su apretón de manos. Solía decir que el carisma y la confianza en uno mismo se transmitían en la firmeza del gesto. No soportaba las manos trémulas ni flácidas, eran símbolo de mediocridad. Y siempre buscaba el contacto visual porque, si no lo hacías, no perdería su tiempo contigo. Ella le sostuvo la mirada y los ojos de mi padre se encendieron con la luz de la admiración.

—Si no tiene inconveniente, me complacería mucho que usted y mi hijo me acompañaran en la cena. —Nora buscó mi aceptación y no pude negarme—. Bien, volvamos al salón. Si me permite…

Le ofreció el brazo para que caminara junto a él como una debutante en su fiesta de gala. Su aspecto arrebatador, combinado con el majestuoso porte de Alexander, enmudeció las conversaciones a su paso y reactivó los cuchicheos sobre ella. Pero mi padre era un experto en silenciar a los idiotas con una simple mirada y hubo a quien le faltó santiguarse después del impacto de su ceño fruncido.

«El demonio está en casa».

—Y dígame, señorita Clark, ¿su apellido guarda relación con la familia Clark de Salem con la que Andrew convivió un tiempo o es mera coincidencia? —preguntó mi padre, siempre tan sagaz, al tiempo que apartaba la silla para que Nora se sentara.

—No, no es una coincidencia.

—Vaya, entonces, es la hermana de Brandon Clark, ¿no es así?

—Ahora es usted el que ha despertado mi curiosidad. —Esperó a que el camarero le sirviera un poco de agua antes de preguntar—: ¿Conoce a mi hermano?

—Digamos que algunos de mis negocios están relacionados con la agencia de proyectos en la que trabaja. Es un hombre muy inteligente.

—Sí, es el listo de la familia.

—Al igual que su hermana, ¿me equivoco? —Nora parpadeó, asombrada. En cierto modo, no me extrañó que Alexander hubiera hecho un seguimiento de las actividades de los Clark, era un controlador de manual, pero no esperaba que hiciera alarde de ello cuando apenas había intercambiado dos frases con Nora—. Su hermana es una mujer muy concienzuda en su trabajo y muy bella, si me permite la apreciación. Como su madre.

—Me sorprende, señor Woodward. Sus conocimientos acerca de mi familia y de las actividades profesionales de mis hermanos son, cuando menos, preocupantes. Si empieza a enumerar el nombre de mis sobrinos, me desmayaré.

No recordaba cuándo fue la última vez que vi a mi padre reír con tanto abandono ni si lo había hecho en alguna ocasión. Hasta

Hamilton detuvo la copa que se llevaba a los labios y levantó las cejas, incrédulo.

—Su ironía es refrescante, muchacha, pero no tiene nada de qué preocuparse. Sé lo justo, aunque, al parecer, no lo suficiente.

—¿Qué quiere decir eso?

—Desconocía la existencia de una tercera hija. Nadie me habló de usted. ¿Cómo es posible? —«Qué poco tacto, padre», pensé al ver el gesto de decepción de Nora—. No se lo tome a mal.

—No me lo tomo a mal. Mi relación con mi familia es… complicada.

—Ya tienes algo más en común con mi hermano. Al final va a resultar que sois tal para cual —intervino Hamilton—. Si me disculpáis, voy a ver si encuentro a alguien que me sirva un *whisky* decente.

Yo también hubiera vendido mi alma por un trago, pero no podía dejar a Nora sola con mi padre. No me fiaba de él.

Durante la cena, en contra de lo que imaginé, la conversación no giró en torno a los éxitos de Commonwealth Nexus, como era habitual. Mi padre mostró auténtico interés en la explicación de Nora sobre sus funciones en Ashford Hall. Hablaron de Luca, de sus buenos resultados académicos, de lo listo que era y de lo comprometido que estaba con el equipo de remo. Hamilton no había perdido el tiempo contándole a nuestro padre nada sobre la excelente adaptación de su nieto y me pareció que una chispa de orgullo brillaba en el fondo de los ojos de Alexander.

—Si mi muchacho es tan bueno como usted lo pinta, quizá deba hacer una contribución mayor a la institución.

—Estoy segura de que el señor Dreyfus aplaudirá esa decisión —dijo Nora sin demasiado entusiasmo.

—Mmm, Richard Dreyfus —masculló mi padre, y oteó el salón sin disimulo hasta encontrarlo un par de mesas a su derecha—. Andrew, ¿cuándo fue la última vez que auditaron las cuentas del internado? —No me dejó responder—. No importa. Envíame al despacho lo que tengas sobre sus actividades. Me interesa todo lo que puedas ofrecerme.

Lo último que me faltaba era que mi padre quisiera husmear en la economía de Dreyfus. Nadie salía indemne de una evaluación de Alexander Woodward y las consecuencias pondrían mucho en juego. Pero mi padre no se había hecho rico invirtiendo su dinero a ciegas. Era concienzudo en extremo, casi obsesivo cuando se lo proponía. Si los progresos de Luca merecían una contribución más cuantiosa a las arcas de Ashford Hall, antes debía asegurarse de que todo estaba en regla.

No dudaba de las finanzas del colegio, sino de quien metía sus zarpas en ellas.

—Audité las cuentas hace poco; no hay nada relevante más allá de malas inversiones en las que ya estoy trabajando para que no vuelvan a suceder. En cuanto a Dreyfus, no es mi cliente, no tengo acceso a sus movimientos.

—Estoy seguro de que no te supondrá un problema. Avisa a mi secretaria cuando lo hayas mandado. Mañana, sin falta.

—Mañana es Nochebuena, padre.

—Y eso debería importarme porque… —Esperó una justificación válida, pero nada de lo que dijera lo haría cambiar de opinión—. Bien. Lo quiero antes de las diez. He quedado para jugar unos hoyos con el marido de la alcaldesa Wu y no me gustaría llegar tarde. ¿Juega usted al golf, señorita Clark?

—Si le soy sincera, detesto el golf, señor. —Contuve la sonrisa. Por Dios, era increíble. Su frescura convertía una respuesta cortante en un comentario inocente—. Pero es el deporte favorito de mi padre. Se llevaría bien con él.

—Capitán retirado de la Armada, ¿me equivoco?

—No, señor, no se equivoca.

—Puede que lo llame algún día. Hay un club de campo muy interesante en Salem que no me importaría visitar.

La idea de que mi padre y el de Nora quedaran para jugar al golf me resultó espeluznante y, al mismo tiempo, extrañamente confortable. Pero no tuve tiempo de analizarla en profundidad. Mi padre se puso en pie y dio por finalizada la velada.

—Me alegra comprobar que su inteligencia está a la altura de la de sus hermanos, señorita Clark. —Le besó la mano con

caballerosidad, a la vieja usanza, y la miró con aquiescencia—. Si no es mucho pedir, me gustaría que me informara sobre los logros de mi nieto. Hamilton no es propenso a hablar de ello y Andrew no suele ser nada comunicativo.

—Es un defecto heredado —repliqué.

Él me ignoró; Nora, en cambio, me lanzó una advertencia silenciosa.

—Descuide, señor Woodward. Le mantendré informado hasta donde pueda.

—Gracias, muchacha. Y, en cuanto a ese puesto del que me ha hablado, el de la jefatura del departamento, si puedo hacer algo por usted, solo tiene que pedírmelo. Mañana mismo será suyo.

—¿Y perderme la incertidumbre acerca de la decisión de la junta sobre el tema? —Lo hizo una vez más: mi padre rio de buena gana ante el sarcasmo de Nora—. No se preocupe, señor Woodward. Me gusta librar mis batallas y no me rindo con facilidad. Pero gracias. Es bonito contar con el apoyo de un hombre como usted.

—De acuerdo, como quiera. Su compañía ha sido un placer. Cuídese, señorita Clark, y recuerde su promesa sobre Luca: quiero saberlo todo. —Nora asintió conforme—. Andrew, ¿podemos hablar un minuto en privado?

Acompañé a mi padre a la salida del salón, convencido de que volvería a insistir en la información sobre Dreyfus. Así era él, sus deseos eran órdenes para los demás.

—¿Has ido a ver a tu madre estos días? —preguntó sin detener el paso. Por un segundo, creí que no había oído bien.

—¿Y tú?

—No seas insolente, muchacho. —Cuando por fin se detuvo, no fue capaz de mirarme. Era algo nuevo, igual que las arrugas de preocupación que transformaban su rostro—. He llamado varias veces a la clínica, pero se niega a atenderme.

—¿Y desde cuándo te inquieta eso?

Volvió a colocarse la máscara de severidad y desprecio, e hizo amago de marcharse. Debería haber dejado que se fuera, no merecía saber nada de ella. Pero en el fondo, muy en el fondo, sentí

que mi madre tenía razón: él siempre la quiso, a su manera, pero la quiso. Y aún la quería.

—Ha empeorado en las últimas semanas —le confesé—. Apenas me reconoce. Me confunde contigo y se pone nerviosa.

—¿Irás a verla en Navidad? Era su época del año favorita.

Le gustaba salir al jardín de nuestra casa y contemplar la nieve que había caído durante la noche. Tenía un gusto exquisito para decorar cada espacio y se esforzaba mucho en preparar la cena de Navidad sin ayuda. Él dejó de sentarse a la mesa con nosotros cuando yo apenas tenía seis o siete años y a ella le dolía, pero siempre guardaba una sonrisa para Hamilton y para mí. Unos años después, solo quedábamos ella y yo. Perdió la ilusión por cocinar; dejó de adornar la casa y el jardín; se quedaba horas mirando por la ventana sin ver nada, perdida en el sueño que un día fue su matrimonio.

—No, iré en Fin de Año. La asociación de galeristas de Nueva York va a darle un reconocimiento por su trabajo y me han pedido que lo recoja en su nombre. Le gustará saber que el nombre de Jackie Woodward todavía significa algo.

—Bien. —Ahí quedó su intento de ser humano. Era imposible pedirle más—. No olvides lo de Dreyfus. No me gusta y llevo un tiempo buscando por qué.

Seguro que estaba al tanto de la estrecha relación de Richard con el senador Joe Manchin, a quien mi padre detestaba como a nadie, o del repentino interés de este por posicionarse en política. Si se le presentaba la oportunidad, le desbarataría los planes a Richard con un par de llamadas y sin despeinarse. Eso me convenía y evitaría la hecatombe que se avecinaba.

Pero aceptar la ayuda de mi padre significaba cederle el control y admitir que aún lo necesitaba para salvarme el culo, y no estaba dispuesto a darle el gusto. ¿Quería meter las narices en sus finanzas? Perfecto. Pero acabar con ese cabrón hijo de puta era cosa mía.

El orgullo también era un defecto que había heredado de él.

47

Nora

Diciembre de 2011

Lo mejor de la Navidad en casa es que solo dura un día.

Cuaderno de anotaciones universitarias de Eleonora Clark

No fue la noche que ninguno de los dos esperaba.

A pesar de lo atento, complaciente e intenso que fue al hacerme el amor, era innegable que sus pensamientos no se encontraban en la misma *suite* que los míos. Había algo perturbador en el fondo de sus ojos, algo oscuro que escondía cuando se daba cuenta de mi interés por su preocupación. No entendía por qué, el encuentro con su padre no había sido tan catastrófico. Era un hombre serio y distinguido acostumbrado a dar órdenes y hacer las cosas a su manera, pero no me pareció tan odioso como lo había pintado Andrew. Tenía sus motivos para detestarlo, desde luego, y a juzgar por cómo se comportó Hamilton, Luca también tendría los suyos para rechazar a su padre en el futuro. Sin embargo, Alexander Woodward se mostró amable conmigo, no me menospreció, me ofreció su ayuda y se comportó como un perfecto caballero.

Andrew no quiso admitirlo cuando se lo dije, pero se parecía más a su padre de lo que él creía.

Eran las seis de la mañana cuando sonó la alarma de su teléfono. Lo sentí salir de la cama y moverse a tientas por la salita contigua al dormitorio. El resplandor de la pantalla de su portátil iluminó la habitación en penumbra y un par de pitidos precedieron al teclear de sus dedos.

Alexander le había pedido información sobre Dreyfus y nadie desobedecía una petición directa de ese hombre. Ni siquiera él.

—Nora, despierta. Son más de las diez. —Me removí debajo del nórdico, me había vuelto a dormir, y se me escapó un gruñido desde

el fondo de la garganta. No quería salir de la cama, era muy cómoda —. ¿A qué hora tienes que irte?

—¡Mierda! ¡El tren! —Me senté de golpe, con la sábana aferrada al pecho, y miré a un lado y a otro en busca de la bolsa de viaje que había dejado en la limusina—. ¿Dónde está mi ropa?

—En el armario, el chófer la entregó en recepción y la subieron mientras estábamos en la cena. No te preocupes por eso. También le he dicho a John que pase a recogerte para llevarte a la estación, pero, si no mueves tu precioso culo, perderás el tren.

—¿Tan malo sería eso? —Volví a tumbarme y me tapé hasta la cabeza—. No quiero ir a Salem. Quiero quedarme aquí contigo y dormir todo el día.

—Por muy tentador que sea, yo tengo trabajo y tú tienes que ir a casa.

«Ven conmigo», le imploré en silencio, como todas las veces que quise pedírselo. No deseaba ponerlo en un compromiso. Había dicho que tenía asuntos de los que ocuparse, así que supuse que no contemplaba la posibilidad de aceptar la invitación de mi hermano.

Lo engatusé para que volviera a la cama e hicimos el amor despacio, sin prisa. El tren podía irse sin mí. Yo ya tenía todo lo que necesitaba por Navidad. Sentirlo dentro, abrazarlo fuerte, reír juntos, amarlo… Amor. Las palabras me bailaban en los labios y cada vez que me besaba era más difícil retenerlas. Lo quería, y tal vez aquel no fuera el mejor momento para confesárselo, pero lo haría pronto. Me costaba mantener las emociones calladas y no sabía disimular.

Pensé en ello en el trayecto de camino a Salem, en el amor y en mi situación en el internado, en el corazón y en la relación de Andrew con su padre. En él y en sobrevivir dos días con mi familia.

Nadie vino a recogerme a la estación, no me sorprendió. Tampoco lo hizo la falta de decoración navideña en el jardín de mis padres. Era la única casa del vecindario que no derrochaba espíritu festivo. Una discreta corona verde en la puerta era toda la concesión que mi madre le había hecho a la Navidad.

—Vaya, vaya, mira quién llega tarde, para variar. —Brandon salió del garaje cargado con un montón de troncos—. ¿Y Andrew?

—En Boston.

—Pensé que aceptaría mi invitación.

—¿Cuál? ¿Esa invitación que lanzaste al aire después de beberte dos copas de vino y de decir tonterías sobre retomar el contacto con Lilianne? —Brandon me cedió el paso y me miró con una ceja levantada, sorprendido por el reproche. Me sentí tentada de sacarle la lengua—. Tenía trabajo. ¿Dónde están todos?

Agradecí el calorcito del recibidor y el olor a bizcocho de canela recién hecho, obra de mi cuñada Cassey, a buen seguro.

—Papá, en su despacho. Lilianne y Cassey han ido al centro comercial con Ian y Brit. Tatianne estará hablando por teléfono en alguna parte y a mamá le dolía la cabeza y se ha echado un rato. —Avivó el fuego de la chimenea y se limpió la camisa con una enérgica sacudida—. Podrías haber insistido en que viniera, al fin y al cabo, salís juntos, ¿no?

Me encogí de hombros. Era una conversación incómoda, pero no tenía sentido negarlo.

—No llevamos mucho tiempo. Hubiera sido un poco fuerte traerlo a casa. ¿Te imaginas? «Mamá, papá, ¿os acordáis de Andrew, el amigo de Brandon, el novio de Lilianne? Pues ahora se acuesta conmigo» —teatralicé—. A mamá le habría dado un patatús.

—Ellos ya lo saben, Sugar.

Cogió mi bolsa de viaje y las compras que había hecho en la estación, y avanzó por el pasillo hacia el dormitorio junto a la cocina, el que supuse que me asignarían por ser la última en aparecer. Lo seguí, conmocionada.

—¿Cómo que ya lo saben? ¿Se lo has contado? —No necesité respuesta, su sonrisa fue suficiente—. ¿Te has vuelto loco?

—Si hubieras llegado a la hora que acordamos, lo habrías hecho tú a tu manera, pero como no estabas… Era eso o tener que oír otra vez los lloriqueos de Lilianne por el divorcio.

—¿Y si yo no quería que lo supieran? —Le di un manotazo en el pecho para mostrarle lo cabreada que estaba—. ¡Es muy pronto, Brandon! Apenas llevamos dos meses viéndonos. Hasta hace unas semanas ni siquiera teníamos algo serio.

—Pues si ahora lo tenéis, ya no hay de qué preocuparse. Un Woodward no hace nada por casualidad.

—¿Qué significa eso?

Fui tras él como un perrillo, mendigándole la información que se estaba reservando. Se detuvo en la cocina, echó un vistazo al interior de la nevera y se abrió una lata de refresco de limón de las que bebía su hijo. Resoplé y me exasperé, pero él prosiguió sin abrir la boca. Cuando entró en el despacho de mi padre, me detuve en la puerta.

—Permiso para entrar —dije de manera inconsciente. A veces se me olvidaba que ya no era una niña y nadie me castigaría por irrumpir en una habitación de mayores.

—Con llamar a la puerta es suficiente, Eleonora —declaró mi padre sin perder de vista los documentos que sostenía en la mano. Brandon tomó asiento en la butaca frente al escritorio y activó su portátil—. ¿Has perdido el tren? Te esperábamos para comer.

—Problemas con la nieve en la catenaria. Hemos estado parados tres horas hasta que han conseguido despejar las vías. Le he mandado un mensaje a mamá —me expliqué. Le di un beso en la mejilla y me senté en la mesa. Estaba claro que mi madre no era fan del teléfono—. ¿Qué hacéis?

—Papá está pensando en invertir por fin. La presencia de tu novio nos hubiera ido muy bien.

—Brandon… —le advertí.

Mi padre hizo un gesto con la mano para que bajáramos la voz. Luego, frunció el ceño al ver mi trasero sobre sus papeles.

—Eleonora, si Dios hubiera querido que nos sentáramos en las mesas, el hombre no habría fabricado sillas.

«Ups». Indirecta captada.

—¿Y en qué vas a invertir? —me interesé—. Por cierto, Brandon, ¿qué chanchullos tienes con el padre de Andrew? Ayer cené con él en la Gala Benéfica Anual y se deshizo en halagos hacia ti.

—No son chanchullos, Sugar. Es trabajo, y no puedo hablar de ello. Me sorprende que Alexander lo haya mencionado siquiera.

—Bueno, a él le sorprendió mi existencia. Al parecer nadie le había hablado de mí, pero sí del resto de los maravillosos miembros de esta familia. —No quería que sonara como un reproche, pero mi padre gruñó en respuesta a mi ironía—. Fue amable, nada más. Su

nieto es uno de los alumnos del internado, su hijo es el administrador… No sabía que os conocíais.

—Conozco Commonwealth Nexus y sé que Alexander Woodward fue durante mucho tiempo el gran hombre a la sombra de personas muy influyentes de nuestro país —explicó mi padre. Se quitó las gafas con un gesto cansado y me las tendió para que se las limpiara. Siempre lo hacía—. Y, por lo que he sabido, su hijo tiene madera para coger las riendas cuando él decida jubilarse.

—Su hijo es un gilipollas de cuidado —mascullé.

Mi padre levantó las cejas y, por primera vez en mucho tiempo, no me amonestó por decir una palabrota.

—Pensé que salías con él. —Miró a Brandon para confirmar sus suposiciones. Mi hermano aguantaba la risa por algún motivo—. ¿No sales con él?

—¿Hablas de Hamilton o de Andrew?

—Hamilton Woodward es un pelele que no vería una buena oportunidad de negocio aunque le dieran con ella en la cabeza —aseveró Brandon. Mi padre se mostró de acuerdo—. Papá se refiere a Andrew, Sugar. Tiene un potencial sorprendente, por eso JP Morgan Chase no quiere soltarlo. Si me hiciera caso, podría llegar más alto que su padre, y Alexander lo sabe. Igual que sabe que invertir tiempo y esfuerzos en su hijo mayor no servirá de nada.

Estaba confundida. Hasta donde yo sabía, mi hermano y Andrew habían recuperado el contacto a raíz de su incorporación a Ashford Hall. Andrew había dicho que no hablaba con él desde hacía años, ni siquiera estaba al tanto de su matrimonio con Cassey ni de su traslado a Arlington, Virginia. Pero Brandon sí estaba al corriente de la vida de Andrew.

—No le des vueltas, Sugar —adivinó mi hermano—. Lo que papá y yo sabemos de la familia Woodward es… complicado de explicar. Puede que ni Andrew sea consciente de todo lo que sé de su vida. Son gajes del oficio.

De pronto, me asaltaron las historias de su infancia, las ausencias, el divorcio, la lucha de Jackie por no perder a su gran amor, el distanciamiento… No sabía exactamente a qué se dedicaba Alexander Woodward en realidad, pero no todo el mundo podía

moverse en el sector en el que trabajaba mi hermano. Hablábamos de secretos de Estado, de seguridad nacional, de expedientes clasificados como alto secreto. No era fácil compaginar ese mundo con una vida apacible, mujer, hijos y felicidad. ¿Y si era el caso de Alexander? ¿Y si era eso lo que Andrew había intentado explicarme?

—¿Y por qué decís que Andrew tiene madera? A él no le interesa trabajar en Commonwealth Nexus. Lo suyo son las finanzas, la inversión de capital…

—Dinero, a fin de cuentas, Eleonora. Se dedica al dinero. Todo tiene que ver con eso, hija. Algún día lo entenderás.

48

Andrew

Cualquier entrega de regalos a terceros será aprobada por la Junta de Administración de la institución y deberá realizarse exclusivamente en el marco de relaciones institucionales legítimas y transparentes.
Normativa de la Junta de Administración.
Apartado 8, punto 2

Eran más de las cinco de la tarde cuando envié el informe sobre Richard Dreyfus al despacho de mi padre. Salvo los diez minutos que estuve al teléfono con Nora —en los que enumeró las infinitas formas en que iba a hacerle la vida imposible a Brandon por contarle a sus padres lo nuestro—, no me despegué del ordenador hasta tener detallado cada centavo de Dreyfus.

No había trapos sucios que lavar. Ese hijo de puta sabía cubrirse las espaldas: al corriente de sus impuestos, sociedades limpias, transacciones en regla… A ojos de cualquiera, era un ciudadano ejemplar.

Pero mi padre tenía una corazonada y, por más que me jodiera admitirlo, pocas veces se equivocaba. Si Richard escondía algo, su equipo de trabajo lo sacaría a la luz.

Estiré los músculos de la espalda y del cuello para deshacerme de la tensión acumulada y se me dibujó una sonrisa al recordar la noche que había pasado con Nora en la habitación del Hilton. No era una cuestión de sexo: se trataba de su sencillez, de cómo se emocionaba con los detalles más simples, de esa manera tan peculiar de disimular cuando algo la sorprendía.

Me calentaba el pecho, era una sensación adictiva que deseaba experimentar a todas horas. Tocarla para que su piel reaccionara a mi contacto, percibir su respiración en mi cuello, que el calor de sus

manos se filtrara a través de la camisa, morirme por otro beso, por otra sonrisa, por ella.

Mi mente cortocircuitaba al pensar que todo se traducía en una palabra: amor. Me parecía imposible, pero negar la realidad era engañarme, y eso me daba más miedo del que había tenido jamás porque, si no solucionaba el problema con Richard Dreyfus, ni todo el amor del mundo me evitaría perderla.

Estaba bien jodido lo mirara por donde lo mirara.

Después de atender un par de felicitaciones navideñas de clientes y de una merecida ducha, abandoné la sobriedad de mi piso para perderme por la ciudad. Nunca me gustó vivir en Boston, era demasiado arcaica en algunos aspectos. Los bostonianos tenían un sentimiento de pertenencia y una adoración por su historia que yo no había experimentado en todos mis años allí. No me gustaban las calles adoquinadas ni los barrios decadentes, por mucha clase alta que viviera en ellos.

Y, pese a esos detalles, cada día me costaba más pensar en regresar a la jungla de asfalto; cada día era más fácil pertenecer a la ciudad donde estaban mis raíces. Y donde estaba ella.

Crucé por Charles Street hacia Boylston Avenue y me adentré en el tumulto de gente que realizaba compras de última hora. Los escaparates de las tiendas eran puro espectáculo, las cafeterías se veían llenas al otro lado de los ventanales. Bolsas de regalos, paquetes, niños sonrientes, Santa Claus con campanas, villancicos y olor a chocolate caliente en el aire… No era de los que se dejaban contagiar por el espíritu navideño, pero en ese instante, en medio de la calle más comercial de Boston, saqué una foto para mandársela a Nora.

«Te echo de menos», escribí, pero lo borré. Le envié la imagen sin más.

Su respuesta llegó pasados unos segundos, un primer plano de su precioso rostro con gesto de fingido desánimo: «Yo sigo aquí, aburrida y triste».

«Como Boston sin ti», un pensamiento inesperado que me causó un doble sobresalto cuando casi me arrolla una mujer en bicicleta por no prestar atención. Se parecía tanto a Nora…

Callejeé durante un rato sin saber qué andaba buscando, perdido en las sensaciones que me transmitía la ciudad la víspera de Navidad y, de pronto, caí en la cuenta de que no le había comprado nada a Nora. No se me daba bien hacer regalos, por eso era Tyron, mi asistente personal en Nueva York, el que se encargaba de la tarea. Él acertaba siempre con la ropa que le enviaba a Luca y con las joyas para mi madre. Pero esto era diferente: era un primer regalo y Nora le daba mucha importancia a las primeras veces como para que fuera algo superfluo.

Después de visitar una tienda tras otra y de descartar bufandas, agendas, bolsos o lencería, me senté en un pequeño café escondido en un callejón de Berkeley Street. La camarera, una mujer de avanzada edad castigada por el paso del tiempo, me sirvió una taza de café aguado y esperó mientras inspeccionaba la carta. Ni siquiera tenía hambre.

—Si hubiera empezado a salir hace poco con alguien, ¿qué le gustaría que le regalara por Navidad? —le pregunté sin motivo. Mi nivel de desesperación iba en aumento.

Ella me observó con las cejas tan elevadas que se perdían por la línea de la redecilla que le cubría el cabello, pero sopesó mi duda con interés, dejó la cafetera en la mesa y se frotó el mentón, pensativa.

—¿Hablamos de una mujer? —Asentí—. ¿Es joven? —Volví a afirmar—. Entiendo que tiene que ser algo con significado, ¿no? Cualquiera podría regalar una bufanda.

—Sí, debe ser especial. Ella lo es.

—Bien, pues, en ese caso, ya sabes lo que dicen de algunas joyas: son para siempre. Si le regalas diamantes, será tuya para toda la vida, guapo.

¿Diamantes para Nora? No era ese tipo de mujer.

La camarera debió de notar mi renuencia, porque chasqueó la lengua y entrecerró un ojo.

—¿Qué tal un libro? Si no es de diamantes, seguro que es una intelectual.

—Un libro podría estar bien, pero…

—Ya, no es romántico. Olvida el libro. —Me reí avergonzado y debí de parecerle el hombre más patético del mundo—. ¿Y algo antiguo de valor sentimental? Una de esas cajitas de música para guardar bisutería, algo decorativo que ella pueda poner en algún rincón bonito de su casa, un marco con una foto juntos… Aquí al lado hay un taller de orfebrería que está plagado de chucherías así. —Miró la hora en el reloj de la pared y recuperó la cafetera—. Si te das prisa, puede que todavía esté abierto.

No perdía nada por intentarlo.

Saqué la cartera para pagarle el café, pero ella no aceptó mi dinero.

—Espero que encuentres lo que buscas. Si no, siempre puedes recurrir a los bombones y a las flores. Feliz Navidad, cariño.

Recorrí el callejón dos veces antes de darme cuenta de que el taller era esa persiana ruinosa al final de un pasaje sobre la que se veía un cartel de «Reparaciones», al que le faltaban varias letras. No tenía más que un mostrador y un montón de vitrinas de cristal que asfixiaban los escasos metros del local. Olía a mueble viejo y a ese tufillo dulzón que caracterizaba a los metales después del azote de los años. La camarera tenía razón: estaba plagado de cosas que, en algunos estantes, se amontonaban y perdían el sentido.

El anciano al cargo me dio la bienvenida con un movimiento de la cabeza y me dejó unos minutos para que echara un vistazo a placer. Él continuó bruñendo con ahínco un medallón, con un ojo puesto en el brillo del oro que asomaba bajo la suciedad y otro en mí.

—¿Está buscando algo en particular? —preguntó tras el tiempo de rigor.

—Un regalo, pero no sé bien qué.

—¿Para su madre? ¿Para una novia, tal vez? —se aventuró ante mis dudas—. Este relicario, por ejemplo, es de una belleza exquisita. Tiene más de cien años, pero el mecanismo de apertura está intacto, yo mismo lo revisé cuando lo adquirí. —Presionó el borde del medallón y se abrió en dos partes—. Dentro tiene espacio para un par de fotos.

—Es muy bonito, pero no es del estilo que busco.

Me mostró pulseras y anillos, figuritas y relojes de sobremesa; me contó la historia de cada pieza con una paciencia infinita, y cuando ya creía que saldría de allí con las manos vacías, un destello blanco en el expositor que había tras él captó toda mi atención, como una lanza directa al pecho.

—¿Qué es eso de ahí detrás? ¿Una flor?

—Tiene buen ojo, ¿eh? Es un colgante de flor de mayo, señor, la flor de Massachusetts —me informó mientras abría la vitrina de cristal. La devoción con que sostuvo aquella pequeña florecilla me provocó un hormigueo en el corazón—. Yo mismo lo elaboré hace años, cuando mis ojos todavía podían detenerse en los detalles. Nácar engarzado en oro de veinticuatro quilates para representar la exquisitez y la resiliencia de la flor. Y un pequeño brillante en el centro que habla de belleza, pero también del empeño por aferrarse a entornos hostiles, como el carbón a la mina o la *mayflower* a los suelos rocosos de nuestro entorno.

Como Nora abriéndose camino en Ashford Hall, delicada y fuerte a partes iguales, perseverante y preciosa. Una flor contra la tormenta. Era perfecto.

Salí del taller con una sensación de plenitud que no había sentido nunca y con la certeza de que a Nora le encantaría aquella pequeña fruslería de oro y nácar. También me llevé el relicario para mi madre y un broche de los que le gustaba lucir en la solapa de sus abrigos más elegantes. No tendría muchas oportunidades de ponérselo, ya no estaba en condiciones de ir a ninguna parte, pero ambas piezas me recordaron a ella y no podía dejarlas allí. Eran la excusa perfecta para visitarla el día de Navidad.

...

Jackie volvía a estar sedada después de una crisis y su enfermera me pidió que la dejara descansar un poco más antes de entrar en la habitación. Pensé que había sido otro episodio más; que, a pesar de la pérdida de memoria, no se olvidaba de las fechas y de lo feliz que era en Navidad. Pero las explicaciones de la enfermera me cayeron

como un jarro de agua helada y tuve que tomar asiento cuando me flojearon las piernas.

—Vino a primera hora, señor Woodward. Es un hombre muy amable y tendría que haber visto cómo se le iluminó la cara a su madre. Parecía otra mujer.

—¿Mi padre ha estado aquí? ¿Seguro que era él?

—Desde luego que era él. No dejamos pasar a cualquiera, señor —se ofendió, pero recuperó la sonrisa de inmediato—. Y fue bonito, ¿sabe? Jackie le pidió que esperara fuera mientras se arreglaba. ¡Parecía una adolescente en su primera cita! Le ha traído flores, sus dulces preferidos y un regalo que la ha hecho llorar.

—¿La ha hecho llorar el regalo o él? Porque mi padre suele causar ese efecto —gruñí mientras me tomaba el café en la salita de espera para familiares.

—¡No, no! El regalo, desde luego. Usted sabe cuánto le gusta pintar a su madre y cuánto se queja siempre de que las pinturas que le damos son una porquería. Su padre le ha regalado una caja preciosa de acuarelas, un juego de pinceles y varios lienzos. ¡Incluso un caballete de sobremesa para que no tenga que estar de pie!

—Qué considerado. ¿Y se ha quedado mucho tiempo? —Acababa de dar la una. Estaba seguro de que no había pasado con ella ni media hora.

—Esa era su intención —respondió, apenada—. Han tenido un desayuno muy romántico en el jardín interior. Su padre es muy detallista. Y han bailado. Jamás había visto a Jackie tan feliz, salvo cuando lo ve a usted, claro.

—¿Y por qué dice que mi padre se ha tenido que marchar?

—Pues verá, se ha tomado muchas molestias, ha hablado con cocina para estar al corriente la dieta de Jackie porque quería encargar algo especial para el almuerzo, y cuando se ha excusado para llamar, ella ha pensado que se iba y se ha puesto muy nerviosa. Usted mismo ha visto en varias ocasiones cómo reacciona cuando llega a ese extremo. —Me froté la cara con las manos y asentí. Había recuerdos que mi madre llevaba grabados a fuego en la memoria y ni la enfermedad podía borrarlos—. Y luego tuvimos que

quitarle los pinceles para que no se hiciera daño y se alteró aún más.

—¿Se ha lesionado?

—No, está bien, pero su padre… Dios mío, no había visto a un hombre más desesperado en mi vida, señor Woodward.

Me alegraba que hubiera sido así, se lo merecía. Ella llevaba meses allí, meses esperándolo, y él no se había dignado a hacerle ni una visita. Sí, estaban divorciados, Alexander Woodward ya no era responsable de lo que le sucediera a Jackie, pero se habían visto en infinidad de ocasiones mientras ella estuvo lúcida, tenían una habitación reservada en The Peninsula, yo mismo los vi hacerse arrumacos una noche antes de subir al ascensor. Y, cuando la enfermedad asomó la cara, él desapareció de su vida de nuevo.

Estuve a punto de vomitarle a la enfermera toda mi rabia y ordenarle que no volviera a dejarlo entrar. Pero no fui capaz porque, en el fondo, era tristeza lo que sentía por él y no odio. Nunca rehízo su vida, no volvió a casarse, no protagonizó más escándalos mediáticos más allá del que provocó el divorcio en su día. Fue contundente con el ingreso de Jackie cuando la enfermedad la incapacitó y le procuró la mejor residencia de Nueva York, fuera de Boston, pero cerca de mí. Sabía que yo me encargaría, que la cuidaría, que estaría para ella…

«La quiere. Siempre la quiso». Le destrozó la vida, pero que mi padre amaba a Jackie era tan real como que yo amaba a Nora.

—Iré a ver si su madre está despierta para que pueda hablar con ella.

—No, déjela descansar. Volveré la semana que viene.

Joder, estaba consternado y furioso, y tan confuso que, una hora después, continuaba deambulando por Central Park sin rumbo. Necesitaba una explicación, gritar, una copa de *whisky* y quemar adrenalina, y no necesariamente por ese orden.

Sin embargo, por muy irracional que fuera y por más que enviara al traste todas mis normas, una obligación ilógica me empujó a correr el riesgo y hacer aquella llamada.

—¿Andrew?

Cerré los ojos y respiré hondo.

—Hola, papá. ¿Tienes planes para cenar?

49

Nora

6. Se admite reír, llorar, gritar o quedarse mudo.
Cada uno procesa a su ritmo.
Decálogo de la buena confidente de Nora Clark

Qué sensación más desconcertante era sentirse mal y bien a la vez. Fue lo que me ocurrió al subir al tren y dejar atrás Salem. Mal porque había sido la Navidad más odiosa que había pasado en casa desde hacía años; porque me había enfadado mucho con Lilianne por culpa de sus opiniones acerca de mi relación con Andrew; porque mi madre había dado a entender que un hombre como él no era para mí, como si yo no pudiera permitirme a alguien con el carisma de Andrew. Ian me sometió a otro de sus interrogatorios insoportables y se puso a llorar cuando lo mandé a jugar con las niñas. Mi cuñada se molestó por excluir al pequeño, aunque Cassey se ofendía siempre por todo, y más cuando estaba embarazada. Tuve que soportar el orgullo tonto de Brandon, las miradas cortantes de mi padre, los gritos de Britany porque no le gustaba la muñeca que le había traído Santa y la risita de Tatianne, contenta por no ser el centro de las críticas de toda la familia.

Esperaba que la Navidad fuera diferente. No sé por qué pensé eso.

De cualquier modo, saber que en unas horas estaría de regreso en mi apartamento, con mi silencio, mis libros de suspense, mi sofá destartalado y el mando a distancia de la tele en mi poder me puso de mejor humor.

Saber que vería a Andrew avivó la legión de mariposas que aleteaban sin parar cuando pensaba en él.

Al final fue a visitar a su madre a Nueva York y terminó cenando con su padre en un restaurante del Soho. Debía de haberle supuesto

un desgaste emocional de los que dejaban huella. Dijo que volvería a Boston al día siguiente, después de la reunión que tenía por la mañana, que nos veríamos a lo largo de la semana…

Mintió.

Cuando bajé del tren la tarde siguiente a Navidad, ahí estaba él, en el andén, con un impecable traje negro, con las manos en los bolsillos del abrigo y la sonrisa de medio lado más seductora jamás vista en la ciudad. Tenía el pelo húmedo y se le habían coloreado las orejas por el frío.

Recordé todas las películas que Valerie me había obligado a ver en nuestra época universitaria, la chica que corría por el andén y se arrojaba a los brazos del chico para besarlo hasta que salían los créditos finales, y me mordí el labio, avergonzada por querer eso mismo: correr y abrazarlo hasta el fundido a negro.

No lo hice. Caminé despacio, cargada con la bolsa de viaje, sin romper el contacto visual, diciéndole con los ojos lo que mi cuerpo le demostraría más tarde en la intimidad.

—Estoy sorprendida. No esperaba verte aquí.

—Volvía de Nueva York y he pensado que sería interesante ver la cara que ponías. ¿La verdad? Esperaba algo un poco más efusivo por tu parte.

—¿Como qué?

—No lo sé. ¿Un grito de alegría? ¿Un beso tal vez? —Sacó la mano del bolsillo y levantó una ramita de muérdago por encima de nuestras cabezas—. ¿Qué me dices?

No me hacían falta estímulos navideños, solo tenía que pedirlo. Dos días separados eran demasiados y me moría de ganas de él. Los viajeros pasaron por nuestro lado, el tren continuó su recorrido, el andén se quedó desierto en pocos minutos. Se podría haber acabado el mundo en aquella estación; yo había llegado a casa, a él, y no pensaba apartarme de sus labios en mucho tiempo.

—Sabes a azúcar —comentó con voz ronca, y me ruboricé. Acababa de tomarme el azucarillo que llevaba en el bolso porque tenía hambre y mi nevera estaba vacía—. Me gusta.

Me sujetó del mentón y volvió a besarme con un poco más de profundidad. Luego interrumpió el beso, cargó con mi bolsa y

caminamos abrazados por los túneles de North Station hasta la salida, donde el Lexus nos esperaba cubierto de una ligera capa de nieve.

—¿Qué planes tienes para mañana? —le pregunté después de diez minutos de silencio dentro del coche.

Suspiró, agotado, y se quitó las gafas para frotarse los ojos.

—Hay un problema con las cañerías de Montsoroit Hall. He quedado con Peter Rodríguez a primera hora para ver los presupuestos que ha solicitado. Y tengo una cita para comer con Sanders Jenkins.

—¿Con el señor Jenkins? —se sorprendió—. ¡Andrew! ¡Eso es genial! ¿Te ha llamado?

—Llamó a mis jefes, sí. Me lo han dicho en la reunión de esta mañana. El viejo tiene varias ideas y quiere verlas conmigo. Si consigo que firme con JP Morgan Chase, estaré un paso más cerca de ser socio de la empresa.

Eso ya no era tan genial.

Me alegraba por él, sus objetivos en la vida eran ambiciosos y había trabajado duro para alcanzarlos, pero sus logros eran inversamente proporcionales a mi felicidad. Cuanto más próximo a sus sueños, más lejos de los míos.

—¿En qué estás pensado? Te has quedado muy callada de pronto.

—Solo me preguntaba si… si querrías venir conmigo al partido de los Bruins —disimulé—. Valerie me ha regalado dos pases y pensé que, a lo mejor… Pero no tienes que aceptar si no te apetece. Yo le he dicho que iría porque necesita apoyo moral. No lo está pasando bien en el trabajo estas primeras semanas, los jugadores son unos capullos y ella…

—Iré —me interrumpió. Estaba parloteando—. Con una condición.

—¿Cuál?

—Dejarás que te invite a cenar después del partido y vendrás a dormir a mi casa —me susurró.

Su mano me acarició el interior del muslo y un delicioso cosquilleo trepó directo a mi sexo. Inspiré con brusquedad. La

sensación era deliciosa.

—¿Pretende seducirme en la primera cita, señor Woodward? —ronroneé muy cerca de su boca.

El coche se detuvo, pero nosotros seguimos allí, respirando el uno del otro.

—Pretendo muchas cosas, y a no ser que quieras que empiece ya mismo, más vale que bajes del coche. —Me reí y lo besé al mismo tiempo—. Tú y yo. Mañana.

50

Andrew

El uso de un lenguaje cordial y el juego limpio serán de obligado cumplimiento en las prácticas deportivas promovidas por la institución.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición VI, art. 2

Valerie Cargill-Trenton era tal y como la imaginaba: un torbellino de nervios de pelo de fuego, mirada cínica y gesto orgulloso muy en consonancia con su adinerada familia. No obstante, había un deje de inseguridad en ella del que no presumía ningún otro miembro de la misma y que marcaba una diferencia importante.

Me cayó bien de inmediato.

—Os veré después del partido si no tengo que hacer terapia de choque con algún capullo de ahí abajo —dijo mientras nos acompañaba a nuestros asientos reservados cerca del banquillo—. Como no ganen, estamos jodidos.

Los acontecimientos deportivos en periodos de vacaciones escolares eran una locura de familias y niños por doquier. El TD Garden estaba a rebosar de pequeños hinchas del *hockey* sobre hielo que corrían entre los asientos, para desgracia de sus padres. El ambiente era festivo; los tonos blancos, amarillos y negros del equipo se mezclaban con adornos navideños y gorros de lana, convirtiendo la cancha en una explosión de colores que atiborraba los sentidos.

—No sabía que te gustaba el *hockey* —advertí. El entusiasmo de Nora al comenzar el partido me sorprendió.

—No es que sea muy fan, pero me gusta todo lo que tenga que ver con Boston. Y, ahora que Valerie trabaja aquí, puede que me aficione un poquito. ¿A ti te gusta?

—Prefiero el baloncesto.

—¿Celtics?

—Knicks.

—Oh, vaya, se me olvidaba que eres más neoyorkino que bostoniano. —Lo soltó con desánimo, pero me dio unas palmaditas en la rodilla y sonrió con picardía—. Yo haré que eso cambie, no te preocupes.

Era probable que ya lo estuviera logrando.

Verla gritar a los jugadores de los Devils de New Jersey fue todo un espectáculo, igual que contemplarla mientras devoraba un perrito con extra de todos los condimentos. Me sentí extraño al principio, como si estuviera obligado a guardar las apariencias delante de la multitud. Luego, conforme pasaban los minutos y el partido iba animándose, me dejé llevar por la euforia de Boston y terminé uniéndome a los golpeteos de los hinchas que animaban con desenfreno. No sé cómo acabó la mano de Nora enredada entre las mías ni de dónde salió el ímpetu para besarla después un tanto magistral de los Bruins al final del segundo periodo. A ella le sorprendió tanto como a mí, pero su sonrisa eclipsó cualquier duda, y volví a besarla y a animar a los locales como uno más.

—Tú patinabas muy bien de niña. ¿Sigues haciéndolo?

—Ni de coña. No me he vuelto a poner unos patines desde que Mark Butcher me dejó en ridículo en mitad de la pista de hielo de Salem. Tenía catorce años, ¿no te acuerdas? —Negué, y acepté el bocado de bizcocho con mermelada y chocolate que me ofreció—. Estuve días encerrada en mi habitación inventando formas de vengarme de él.

—Tú siempre te encerrabas en la habitación, Nora —farfullé con la boca llena. Se me quedó un poco de mermelada en la comisura y ella, como si fuera algo natural, me pasó el pulgar por encima y lo chupó.

Me quedé tan aturdido por la naturalidad del gesto que tragué en bloque lo que estaba masticando y no aprecié ninguno de los sabores que se mezclaban en mi paladar.

—¿Qué? —preguntó, extrañada por mi repentino silencio—. ¿Estás bien?

No, o sí, sí estaba bien, demasiado bien, mejor que nunca.

—Tengo algo para ti.

—¿Para mí? —Levantó ambas cejas y se metió en la boca el resto del pastelito—. ¿Qué es?

—Tu regalo de Navidad. —Abrió los ojos, sorprendida—. ¿Quieres abrirlo o prefieres guardarlo para luego?

—No puedes decir que tienes un regalo para mí y pretender que espere, Andrew. Soy impaciente por naturaleza.

Saqué la cajita blanca de terciopelo del bolsillo interior del abrigo bajo la atención de Nora. Las características del envoltorio no dejaban lugar a dudas: en el interior había una joya, y eso la puso nerviosa.

—Yo no te he comprado nada. No hablamos de hacernos regalos de Navidad. No es justo.

—Seguro que sabrás cómo recompensarme. —Le ofrecí la caja, pero ella no la tocó—. Ábrela. No va a morderte.

Dudó, y rozó el terciopelo con tanta delicadeza que sentí la caricia en mi propia piel. Sus mejillas se ruborizaron, los ojos se le encendieron con ese brillo que era una llama en mi pecho, la mano le tembló al recoger el presente. Y, cuando la abrió, su sonrisa eclipsó el ruido, las bocinas y la pelea que se había formado en la pista al comenzar el tercer tiempo del partido.

—Es una flor de mayo, la…

—La flor de Massachusetts —susurró, y tal y como había sucedido antes, el roce de su dedo sobre el nácar y el oro acarició partes de mí a las que nadie había llegado nunca—. Es preciosa.

—Como tú. —Nora se mordió el labio sin dejar de sonreír—. Fuerte, resiliente, perseverante y bella.

Al ver que dudaba, saqué el pequeño colgante con la cadenita de oro y le indiqué que se diera la vuelta para ponérselo. Sobre la bufanda apenas se percibía, pero sería algo extraordinariamente hermoso cuando la flor reposara entre sus pechos desnudos. Ya tenía ganas de comprobarlo.

—Andrew, es tan bonita… —La tocó con devoción varias veces. Se le habían llenado los ojos de lágrimas no derramadas y tenía los labios hinchados de tanto hincarse los dientes—. Yo… Te quiero. Gracias.

Joder, apenas me dio tiempo a procesar lo que acababa de decir. Se lanzó a mis brazos y su boca chocó con la mía. Casi dudé de lo que había oído, pero su forma de besarme fue una confirmación de los sentimientos que encerraban esas dos palabras.

«Te quiero» era amor, era más, mucho más, y aunque mi corazón gritaba que yo también la quería, no fui capaz de corresponderle con una declaración similar. Dejé que mis besos hablaran por mí y que consumieran el tiempo hasta volver a mirarnos, y recé para que fuera suficiente, para que ese principio no fuera un estrepitoso final por culpa de mis inseguridades.

51

Nora

Diciembre de 2012

El plan es que no hay plan.

Estado: abierta a sugerencias.

Cuaderno de anotaciones universitarias de Eleonora Clark

Existían miles de formas de decir «te quiero» y yo tuve que elegir la más directa, la menos adecuada. Fui impulsiva y ahora, después de haber sonreído el resto de la noche como una muñeca rota por dentro, llegaba el arrepentimiento.

«Tonta, tonta, tonta».

Debería haber tenido en cuenta en qué punto estábamos, cómo de incómodo sería, los sentimientos de Andrew… No tenía dudas de si le gustaba estar conmigo, me lo demostró al llegar al piso un par de veces, pero ¿amor?

En la oscuridad de su dormitorio el eco de mi declaración seguía martilleándome en los oídos casi tanto como su silencio, y al intentar cambiar de posición, algo rozó mi mano.

«El regalo». Una *mayflower* preciosa, con un significado más precioso todavía.

La niña interior que llevaba dentro, la que había estado enamorada de él desde el primer día, juró que no se quitaría el colgante jamás. Esa niña había estado dando saltitos de felicidad sin temor a las adversidades de la vida. Pero el lado adulto de mi mente no se dejaba embaucar por una flor de nácar. Estar con Andrew era igual que ir sentada en el vagón de una montaña rusa, la más vertiginosa, y la adrenalina de la subida no sería suficiente para detener el miedo de la bajada. Él volvería a Nueva York y el amor no sería ningún obstáculo.

En algún momento de la noche debí caer rendida y no tuve un sueño plácido. Al despertar, estaba sola en medio de un revoltijo de sábanas y unos suaves rayos de luz templaban el dormitorio. Andrew estaba en el salón hablando por teléfono. El ritmo frenético de sus dedos aporreando las teclas del ordenador y el tono adusto de las respuestas a su interlocutor revelaron lo enfadado que estaba por algún motivo. Hice una breve parada en el cuarto de baño antes de unirme a él y sus ojos me observaron caminar descalza hasta el sofá, donde me hice un ovillo para librarme del frío que hacía en el piso.

—Mi advertencia fue clara, Samuel: no tomar decisiones impulsivas basadas en la euforia. —Estaba muy sexi hablando de trabajo con esos pantalones de deporte y la sudadera de los Knicks. Se levantó con el móvil pegado a la oreja y fue a servirse un café—. El riesgo de mercado era alto; el sector, volátil; y las fluctuaciones, impredecibles. Sí, los activos subieron rápido, pero ¿recuerdas lo que hablamos? Te sugerí que vendieras cuando la campaña de Kuznetsov se fue a la mierda. ¡Eso no podía sostenerse por ninguna parte! —El hombre al otro lado de la línea debió de decirle algo que hizo que Andrew pusiera los ojos en blanco y bufara mientras añadía tres cucharadas de azúcar al café—. ¡Pues claro que es geopolítica! ¿Qué esperabas? —Regresó al salón y me tendió la taza con cuidado de no derramar el contenido—. Está recién hecho.

Todo tan natural, tan fluido. El beso que dejó sobre mis labios sabía a dentífrico y a un par de horas de trabajo, y cuando finalizó la llamada, su suspiró fue de frustración.

—Tengo que marcharme un par de días a Búfalo a solucionar esta mierda. —Tiró las gafas sobre la mesa y se frotó los ojos—. Lo vi venir desde el principio, joder, pero… Da igual, no quiero aburrirte con mis problemas. ¿Qué tal has dormido? Anoche te movías mucho.

—Siempre me muevo mucho. —Se presionó el puente de la nariz—. ¿Estás bien?

—Me va a estallar la cabeza —admitió—. Se me pasará en cuanto me tome un analgésico y otro café. ¿Qué vas a hacer esta mañana? John ya ha vuelto de vacaciones, así que, si necesitas que

te lleve a alguna parte, solo tienes que decirlo. Yo voy a preparar las maletas mientras mi asistente me encuentra un vuelo.

—Tengo que hacer la compra, llevar ropa a la lavandería, limpiar el apartamento antes de que la mugre me devore y responder un par de mensajes de Valerie. Quiere saber si iré con ella a la fiesta de Fin de Año que ofrecen los Bruins en el Marriott.

—Sobre eso, ¿qué te parecería una noche tranquila en Nantucket? Tú, yo, una chimenea enorme…

—¿Nantucket, la isla? ¿La de *Moby Dick*? —pregunté, confusa—. ¿La que sale en las revistas sensacionalistas porque es donde tienen sus residencias de verano las *celebrities*?

—No solo las *celebrities*. Hay más gente. Mi familia, por ejemplo.

—¿Tienes una casa en Nantucket? —Me salió la voz más aguda de lo normal y Andrew se rio—. Vale, sí, estoy sorprendida.

—¿Sorprendida para bien?

—¡Claro! Tal vez el Fin de Año allí no sea tan divertido como estar rodeada de los macizos de los Bruins, pero me gusta tu plan.

—Podemos ir con Valerie si es lo que quieres.

—No, no, Nantucket estará bien.

—Perfecto, compraré los pasajes para el *ferry* en cuanto llegue a Búfalo, así no lo olvidaré. Volaré desde allí a Nueva York y el 30 por la noche estaré de vuelta en Boston.

—¿También tienes que ir a Nueva York? —Sorbí el café despacio para no quemarme.

—La Asociación de Comerciantes de Arte de Estados Unidos homenajea a mi madre por su trayectoria. Jackie no está en condiciones de asistir, así que iré yo en su nombre. —Se quedó pensativo—. ¿Quieres acompañarme? Luca estará allí. Le gustará verte.

—No sé qué decir.

Me levanté para dejar la taza del café y él aprovechó para atraparme en sus brazos. Los labios de Andrew acariciaron mi frente, se deslizaron por la mejilla y terminaron rozando los míos, seduciéndome sin remedio.

—Ven a Nueva York. Le diré a John que pase a recogerte y volveremos juntos. Si dejas tus cosas preparadas, el 31 podemos salir temprano y aprovechar el día en la isla, ver algún faro…

—Me encantaría —susurré con los ojos cerrados.

—Pues no se hable más. —Me besó con entrega y noté su erección al frotarme contra él. Duro, caliente, dispuesto… Me deshice de su sudadera y la gloriosa visión de sus pectorales me llenó los ojos—. Tengo que hacer la maleta —protestó.

—Entonces, me saltaré los preliminares.

52

Andrew

Artículo 17: Administración del tiempo libre.
El tiempo libre debe emplearse en actividades productivas
como lectura, deporte, arte o descanso respetuoso.
Reglamento de estudiantes de Ashford Hall.
Capítulo IV: Uso del tiempo y las rutinas

Necesitaba cambiarme de traje, descansar un rato, tomarme un par de analgésicos para el maldito catarro y llegar con tiempo al museo para esperar a Nora y comprobar si aparecía mi padre. Pero me salté aquella lista de necesidades por pasar un rato con mi madre en la residencia al aterrizar en Nueva York.

Tenía uno de esos días en los que no interactuaba con nadie. Estaba sentada en su sillón junto al ventanal del dormitorio, abstraída en el mundo al que viajaba cuando desconectaba de la realidad, y allí se quedó cuando me fui, inmóvil, cada día más consumida, cada suspiro un último aliento.

—¡Andrew! —Giselle se acercó a mí con una sonrisa en cuanto bajé del coche a las puertas del MoMA—. Esperaba verte dentro. ¿Cómo es que llegas tan tarde? Va a empezar el homenaje.

La besé en la mejilla y le puse una mano en la espalda para que me acompañara.

—Mi vuelo ha llegado con retraso y me he entretenido en la residencia. ¿Ha llegado mi padre? —Giselle negó—. ¿Y mi sobrino?

—Si te refieres a esa versión de ti en miniatura que me ha desnudado con la mirada cuando he llegado, sí. Está arriba. ¿Subimos? —Señaló el ascensor, pero me detuve a echar un último vistazo por si Nora estuviera por allí. Me había enviado un mensaje para avisar de que había llegado—. ¿Buscas a alguien?

—Sí, estará arriba. Vamos.

La sexta planta del Museo de Arte Moderno de Nueva York estaba vestida de los colores vibrantes de Henri Matisse, el pintor favorito de Jackie. De haber estado allí, habría aplaudido la elección de la exposición y hubiera repetido de manera incansable que el sacrificio del detalle en beneficio del ritmo general y la unidad de la composición habían hecho de Matisse el pintor de la alegría. Por eso lo adoraba.

Los rostros que habían ocupado la vida de mi madre durante toda su carrera me salieron al paso conforme avanzaba entre los asistentes. Eran sus amigos, colegas de profesión, rivales incluso. Todos compartían el amor por el arte y su admiración por una de las mejores marchantes del país. A ella le habría hecho muy feliz aquel evento; a mí, en cambio, me entristeció que la vida la privara de un momento de gloria tan merecido.

—¡Tío Andy! —Luca agitó la mano para llamar mi atención y me disculpé con la organizadora del acto para ir a su encuentro—. Llegas tarde.

—Sí, ya lo sé. ¿Has visto a Nora? —Miré alrededor. Me preocupaba que se sintiera abrumada.

—Ha ido al servicio —respondió mi excuñada—. Es una chica muy simpática. Luca no ha dejado de hablar de ella.

—Mamá… —gruñó él.

—Tienes buen aspecto, Daphne. ¿Ha venido Jack?

—No, no. Alguien se tenía que quedar con la bebé, y yo… quería asistir. Ya sabes cuánto aprecio a tu madre. Esto es un detalle que ella disfrutaría muchísimo. ¿Tu padre y tu hermano van a venir? —preguntó con cautela.

—Hamilton está en Dubái por temas de trabajo. —Luca resopló con desdén—. Y mi padre… La verdad, no tengo ni idea, aunque si no está aquí…

Alguien al fondo de la sala conectó la megafonía y golpeó el micrófono para comprobar que funcionaba. La mujer que se había encargado del homenaje, directora de una de las galerías más importantes de la ciudad, desplegó unos papeles y se ajustó las gafas de lectura. El acto dio comienzo justo cuando Nora regresaba a la sala, pero no tuve oportunidad de decirle lo preciosa que estaba

ni cuánto había pensado en ella durante el viaje. Me llamaron para acompañar a la anfitriona en el atril y me cedieron la palabra para dar mi discurso de agradecimiento.

Tenía la cabeza tan cargada que solo recordé una parte de lo que quería decir. Fui breve, conciso y poco elocuente, algo que a mi madre le hubiera molestado. A ella le gustaba que la encumbraran, pero yo no estaba para florituras en ese momento. El roce de la camisa en el cuello me molestaba, los músculos me pesaban y empecé a sudar bajo el traje. Aun así, aguanté el tipo y me mantuve firme hasta que terminaron las intervenciones.

Nora se encontraba en un corrillo de personas del que también formaba parte Giselle, que agitó la mano para que me acercara a ella.

—Andy, cielo, estábamos comentando el papel tan importante que tuvo tu madre en el arte emergente de esta ciudad —apuntó, y buscó el apoyo del hombre que tenía al lado—. También decíamos que Jackie se habría vuelto loca al ver la sala de Matisse compartida con esas esculturas abstractas que el MoMA ha puesto a la entrada de la galería. Son de un gusto pésimo.

Ni me había fijado en esos detalles, ni siquiera me importó lo que comentaron a continuación. Yo solo quería hablar con Nora, que se mantenía en un discreto segundo plano mientras Giselle acaparaba la atención del resto de las personas a su alrededor.

En cuanto nuestras miradas se encontraron, se dio cuenta de que algo estaba mal en mí. Bordeamos el corrillo de manera muy sutil, su mano rozó la mía en una especie de saludo clandestino y frunció el ceño de inmediato.

—¿Te encuentras bien? —susurró, preocupada—. Estás sudando, y aquí no hace calor, precisamente.

—Un poco cansado, no te preocupes. ¿Y tú? Me hubiera gustado llegar más pronto, pero…

—No pasa nada. Estoy bien —mintió. Podía ver lo incómoda que se sentía y las ganas que tenía de salir de allí—. He conocido a la madre de Luca. Es una mujer muy agradable.

—Cuando no se pone histérica, sí, lo es. ¿Sabes si ha venido mi padre? ¿Lo has visto? —Nora echó un vistazo rápido a la sala y negó

—. Da igual. No va a cambiar a estas alturas por mucho que me empeñe.

La presencia de alguien a mi lado, demasiado cerca, me irritó. Nora retrocedió para dejarle espacio a Giselle, que se había cansado de la conversación sobre arte.

—Creo que no nos conocemos —dijo con una sonrisa estudiada. Su forma de escanear a Nora fue grosera—. Soy Giselle McPherson, amiga de la familia.

—Nora Clark, amiga de Andrew.

—Nora es…

—… la chica —terminó Giselle por mí—. Debí imaginarlo. —Esbozó una tensa sonrisa antes de dirigirse de nuevo a Nora—. Así que tú eres la que ha mantenido entretenido a Andrew en Boston. Te imaginaba diferente, más de su estilo.

—Giselle… —le advertí. Estaba incomodando a Nora.

—¿Qué? —Fingió inocencia—. Solo estoy señalando algo obvio: no es el tipo de mujer con la que sales.

—Pues lo siento por todas ellas —declaró Nora. Su mano buscó la mía en una declaración de pertenencia, y mi cuerpo la reclamó acercándose más—. Quizá no eran su tipo en realidad, pero eso ya da igual, ¿no te parece?

Ni todo el cansancio del mundo impidió que mi pecho se hinchara con orgullo al oír la seguridad en la voz de Nora. Giselle volvió a sonreír sin ganas y su mirada acudió en busca de mi apoyo, pero yo no podía dejar de contemplar a Nora. Su lado posesivo me tenía cautivado.

—¿Necesitas ayuda, tío Andy? —se interesó Luca.

Giselle resopló con hastío y Nora reprimió la sonrisa. El chico presumió de atractivo con un par de guiños, uno para cada una, y se encargó de romper la tensión con comentarios sobre las excentricidades de algunos de los amigos de su abuela.

—¿Has hablado con Maya estas vacaciones? —La pregunta de Nora aplacó sus intentos por impresionar a Giselle, que descartó continuar en la conversación con un ademán. Los problemas con adolescentes no eran lo suyo—. Me dijo que te llamaría.

—Sí, bueno, ha estado estos días por aquí con su madre —respondió con fastidio.

—¿Es la chica con la que quedaste ayer? ¿Esa tan bonita de ojos azules? —intervino Daphne. Ocupó el lugar de Giselle al lado de su hijo y lo hizo sonrojar—. Su madre ni siquiera salió del coche. Pero ella era encantadora y muy parlanchina.

—¿Podemos dejar de hablar de Maya? —se quejó Luca—. Solo es una amiga.

En otras circunstancias me habría encantado tocarle un poco las narices, pero me encontraba mal y recé para que el acto terminara más pronto que tarde.

—Andrew, estás temblando —observó Nora. Me tocó el cuello con los nudillos y la frescura de su contacto fue un alivio—. Estás ardiendo.

—Es solo un resfriado. Se me pasará en cuanto me tome otro analgésico.

—Tienes fiebre. —Cerré los ojos y busqué el tacto frío de sus dedos en mi mejilla—. Le diré a John que venga a por nosotros. No estaría de más que te vieran en…

—Estoy bien. Solo necesito ir a casa.

—El padre de Jack es médico de familia y hace visitas a domicilio. Puedo pedirle que vaya a verte —propuso Daphne, preocupada.

—No creo que le haga gracia ir hasta Boston para diagnosticar un catarro —protesté.

—¿A Boston? —graznó Nora—. No vamos a hacer una hora de coche si estás enfermo.

Discutir con ella no arreglaría nada y, la verdad, me dolían tanto las articulaciones que no me hubiera importado dormir debajo de un puente siempre que el mundo estuviera en silencio.

Cuando le abrí a Nora la puerta de mi casa en Manhattan, no era muy consciente de lo que hacía, no me di cuenta de que le estaba dando acceso a la parte de mí que nunca le mostraba a nadie. En el futuro no recordaría su mirada contemplativa ni lo que dijo al entrar —mis sentidos estaban anulados por la fiebre—, pero perduraría la sensación de vulnerabilidad que percibí cuando me

ayudó a desvestirme, cuando sus manos se ocuparon de refrescarme, cuando sus dedos calmaron mis temblores con suaves caricias entre los mechones húmedos del pelo. Me arropó, me susurró al oído, apoyó los labios en mi frente y puso su corazón en mis manos. Y, cuando me venció el cansancio, se quedó en mis sueños, donde todo era más fácil, donde no me costaba admitir que se había convertido en el amor de mi vida.

53

Nora

5. Hablar no es de débiles, es de valientes con agallas.
Lo que se queda dentro se enquista y se convierte en un problema.
Decálogo de la buena confidente de Nora Clark

El piso de Andrew en Park Avenue no tenía nada que ver con el de Boston. En este sí parecía que vivía alguien, alguien muy organizado y con un gusto exquisito por lo minimalista. Se notaba el toque femenino en la elección de la decoración y de los muebles, aunque se respiraba testosterona en estado puro.

Contemplé las vistas desde las alturas mientras Andrew descansaba en el dormitorio. Al otro lado del ventanal había una pequeña terraza con muebles de jardín cubiertos de nieve a la que se accedía por la habitación. La puesta de sol era increíble desde allí, la luz dorada bañaba el salón de colores cálidos que lo convertían en un sitio muy acogedor.

La cocina no era gran cosa: un frontal de armarios grises con una encimera de mármol blanco y una isla alargada que funcionaba de separador con la sala. Sonreí al ver la cafetera, la misma que tenía en Boston. Era un hombre de ideas fijas.

—Tiene un vestidor más grande que mi apartamento y un cuadro de Jackson Pollock en el cuarto de baño, ¿te lo puedes creer? —le comenté a Valerie cuando llamó para asegurarse de que no iría a la fiesta de los Bruins.

—¿Un original?

—No lo sé. —Me incliné sobre la esquina del lienzo y toqué el pintarrajo con la uña—. Desde luego, es su firma. La he buscado en internet. Hay otro parecido en el salón.

También había fotos enmarcadas en el pasillo, fotos en blanco y negro antiguas, muy bonitas, casi cinematográficas. En una de ellas

reconocí a Alexander Woodward, y supuse que la mujer que había al lado, la que salía en todas las demás, era Jackie. Su belleza clásica me emocionó.

La imagen de un bebé en las estanterías junto a la mesa de cristal del salón también me robó un suspiro. El niño mostraba las encías sin dientes en una sonrisa angelical mientras sujetaba un dedo muy masculino en su manita. Aposté a que era Luca y a que ese dedo pertenecía a Andrew. Debió de sentir debilidad por su sobrino desde el momento en que nació.

Abrí armarios y cajones como una fisgona; inspeccioné sus artículos de aseo: el champú olía de maravilla y su crema para la cara… ¡Ni siquiera sabía que usara una! No sentí ni un poquito de remordimientos por la inspección. Me esperaban algunas horas a solas y en aquel piso había material suficiente para no aburrirme en días.

De vez en cuando, cuando lo oía cambiar de postura en la cama, echaba un vistazo a la habitación para comprobar que seguía dormido y le tomaba la temperatura con la mano para asegurarme de que le había bajado. No consintió que John lo llevara a un médico, pero sí nos detuvimos a abastecernos de analgésicos y antigripales para curar a un elefante.

A las nueve de la noche, mis tripas empezaron a acusar la falta de alimento. No había comido nada desde los canapés que sirvieron en el homenaje y estaba famélica. De haber estado en Boston, habría llamado a cualquiera de mis lugares de confianza para que me trajeran algo grasiento de miles de calorías, pero en Nueva York…

Tampoco sabía cómo demonios se encendía la calefacción ni la chimenea de gas, por lo que me agencié una manta muy suave que encontré en el armario del pasillo y me acurruqué en el sofá mientras pasaba de un canal a otro de la televisión con el mando a distancia hasta que me quedé dormida.

—Nora —me susurró una voz al oído. Al abrir los ojos, me encontré con la cara de preocupación de Andrew—. ¿Por qué no has puesto la calefacción? La casa está helada.

Me desperecé y consulté la hora en el teléfono. Eran más de las diez.

—¿Cómo te encuentras? —Lo seguí hasta los controles que había en la entrada y volví a tocarle la frente para comprobar su temperatura. Estaba frío—. Ya no tienes fiebre, eso es bueno. ¿Te sientes mejor?

—Me siento como si me hubiera atropellado un camión —respondió. Pulsó dos interruptores de regreso al salón y las gruesas cortinas a los lados de los ventanales empezaron a cerrarse—. ¿Has cenado?

—Cacahuetes y pepinillos en vinagre. Una delicatesen —me burlé. Él no le vio la gracia y se cruzó de brazos ofreciéndome una visión muy interesante del tamaño de sus bíceps—. No me mires como si estuviera loca. Tu nevera está vacía. No tenía nada con que hacerme la cena.

—Pues pide que te la traigan.

—¿A dónde? No sé ni en qué número de Park Avenue vives. ¡Ni siquiera estoy segura de la planta!

—El 1065, planta veintiuno, apartamento C. —Se inclinó delante de la chimenea y, de pronto, unas suaves llamas se encendieron al otro lado del cristal—. Pero no hace falta que lo sepas, tenemos portero. Si marcas el cero desde cualquier teléfono de la casa, él te pedirá lo que quieras.

—¡Perdóname si no estoy al tanto de tus lujos! —me ofusqué—. Te recuerdo que yo vivo en un edificio que ni siquiera tiene cerradura en el portal.

No sabía de dónde había salido el enfado ni por qué acababa de mencionar mi forma de vida como si fuera el ejemplo de algo malo. A mí me gustaba vivir en aquel viejo apartamento del South Boston. No necesitaba a nadie que me pidiera la cena, calefacción central o domótica en las ventanas.

—Ven aquí, anda. —Dejé que me abrazara y el beso que depositó en mi cabeza se llevó todo el enojo—. Tienes hambre, ¿verdad? —Lo fulminé. Se estaba riendo—. Te pones muy gruñona cuando tienes hambre. ¿Qué te apetece?

—No lo sé. Me comería medio Manhattan de un bocado. Y no soy gruñona, es solo que llevo aquí toda la tarde sola, preocupada y hambrienta. No se me da bien cuidar de nadie.

—No estoy de acuerdo. Mírame: podría haber muerto, pero sigo vivo.

—No seas dramático, por favor. —Puse los ojos en blanco y él me abrazó un poco más—. Dios, necesitas una ducha. Hueles fatal. —Volvió a reír más fuerte hasta que un acceso de tos le hizo trizas la sonrisa. Le dolía todo el cuerpo—. Pediré que te traigan sopa de pollo; necesitas un reconstituyente y más descanso.

—Descansaré mañana en Nantucket.

—No creo que estés en condiciones de ir a ninguna parte. El frío y la humedad no te ayudarán a mejorar. Deberíamos dejarlo para otro momento.

Me hacía muchísima ilusión recorrer la isla con él. Cuando salía de la gran ciudad, se convertía en un hombre diferente, sin trajes, sin formalidades, sin cobertura, sin explicaciones de quién era yo o qué era para él. Quería tener a ese Andrew para mí sola, pero no así, no si su salud se tambaleaba.

—¿Quieres que volvamos a Boston? —Me levantó el mentón para mirarme a los ojos y sentí el suspiro de mi corazón en la piel—. Aún estás a tiempo de ir a la fiesta de los Bruins.

—No quiero ir a la fiesta de los Bruins. Quiero cuidar de ti. —Sonó demasiado intenso hasta para mí. Andrew inspiró hondo y me acercó a él para que no huyera de mis palabras. Debía añadir algo más, lo que fuera que rebajara la profundidad del momento—. Este piso es más bonito que el de Boston, no me importaría pasar el Fin de Año aquí encerrada con un enfermo, siempre que vayas a ducharte antes de que tu olor corporal acabe con la vida de todo el edificio. Yo llamaré para que traigan la cena.

Andrew volvió a tener fiebre de madrugada y tuve que cambiar hasta las sábanas de la cama, que estaban empapadas. Lo obligué a ducharse de nuevo, pese a lo insoportable que era cuando se sentía enfermo. Y a la mañana siguiente, aunque parecía de mejor humor, continuaba con los ojos vidriosos y una tos muy preocupante.

Mi insistencia para que lo viera un médico dio sus frutos y accedió a llamar al suegro de Daphne.

—Solo es una gripe, no hay de qué preocuparse —me explicó el doctor O'Donell—. Líquidos, analgésicos y descanso. Estará bien en un par de días.

Bien, eso me tranquilizó, y después de acompañarlo a la puerta, me reuní con Andrew en la habitación.

—Resulta que se te da muy bien cuidar de mí —musitó, al tiempo que me envolvía con sus brazos—. Me gusta lo que llevas puesto, por cierto.

Tonterías, iba disfrazada con su ropa, todo me estaba grande, ¡hasta los calcetines! Pero ¿qué iba a hacer si no? Solo tenía la ropa que llevé al homenaje. Tampoco necesitaba mucho para estar allí. No pensaba salir a la calle y los bóxer de Andrew solucionaron el problema de mi ropa interior. ¡Los tenía nuevos por docenas!

Pasamos el último día del año dormitando en el sofá. La nieve caía ligera sobre la ciudad mientras nosotros jugábamos al póker delante de la chimenea. Nos subieron la compra a mediodía y me gané la admiración de Andrew con mis macarrones con queso.

—¿Qué líos se trae mi sobrino con la hija de Richard Dreyfus? —se interesó mientras metíamos los platos en el lavavajillas—. No me digas que hay algo entre ellos, por favor.

—Vale, no te lo digo.

Parecía molesto.

—¿No había más chicas en el internado?

—¿Hubieras preferido que fuera Amber Frederickson o Katy Radcliff?

—No, claro que no, pero…

—A mí me parece que hacen una pareja encantadora. A Maya le gusta mucho Luca, y algo me dice que es recíproco. Que se hayan visto estas vacaciones es bonito.

—Precioso —ironizó—. Es una Dreyfus, Nora. No puede salir nada bueno de ahí.

—¿Por qué no? —le rebatí—. Ella está enamorada y no has visto cómo la mira Luca cuando discuten. Hay fuego en sus ojos, Andrew.

Es maravilloso. Si ahora saltan chispas entre ellos, el día que se dé cuenta de lo que siente por Maya será extraordinario.

Me dejé caer en el sofá con un suspiro muy teatral y lo obligué a tumbarse y a poner la cabeza sobre mis piernas. Era demasiado orgulloso para reconocer que seguía doliéndole todo el cuerpo y que mis caricias distraídas en su pelo lo aliviaban casi tanto como las medicinas.

—¿Sabías que la gripe de 1918 fue la peor pandemia de la historia moderna? Dejó un gran número de muertos y cambió la sociedad.

—¿Estás intentando decirme algo con ese dato? —Pasó de un canal a otro hasta que encontró uno de deportes.

—No, es que lo he leído esta mañana y me ha parecido curioso. También he leído que los virus de la gripe pueden sobrevivir hasta cuarenta y ocho horas en superficies como el acero inoxidable y el plástico, y hasta doce horas en la ropa o en los pañuelos de papel. Es asqueroso.

—Sí lo es. Deja de hablarme de la gripe o voy a empezar a preocuparme. —Me reí en silencio y me entretuve con los mechones de su pelo. Eran suaves y me cosquilleaban entre los dedos—. Mmm, eso me gusta.

—Lo sé. Duérmete. Necesitas recuperar fuerzas. No puedes empezar moribundo el año.

—No estoy moribundo, joder —gruñó con los ojos cerrados.

—Shhh, duerme.

Le masajeé el cuero cabelludo con delicadeza y noté cada escalofrío de placer que le recorrió la espalda en respuesta a mis atenciones. Las técnicas de relajación que nos habían enseñado en la universidad no servían de nada aplicadas a uno mismo, pero con los demás… eran una bendición.

—Nora.

—¿Sí?

—Sobre lo que dijiste el otro día en el partido…

—¿Qué dije? —disimulé. Sabía perfectamente a qué se refería.

—Que me querías.

—Olvídalo. —Me puse tensa, y él lo notó porque chasqueó la lengua y trató de levantar la cabeza de mi regazo. No se lo permití —. Me dejé llevar por la emoción del momento. Ese colgante es lo más bonito que me han regalado nunca y me salió así. Pero no te vuelvas loco con el tema, ¿vale?

—Nora…

—No quiero hablar más de eso, Andrew. No lo dije en serio. Ya está.

—Sí lo dijiste en serio. —Negué varias veces con los labios apretados y la sangre rugiéndome en los oídos. Detuve las caricias, aparté la mano de su pelo y deseé tener el valor para quitármelo de encima y saltar por la ventana. Era bochornoso—. Dilo otra vez.

—No.

—Me quieres.

—No —repetí—. Ahora mismo te odio bastante, la verdad.

—No es cierto. Me quieres.

—Duérmete, Andrew, o te juro que te ahogaré con una almohada. —Se le escapó la risa con una tos cargada. No pude resistirme: yo también sonreí—. No te quiero nada.

—Mentirosa.

54

Andrew

Fiesta de Fin de Año de 2008
Me esfuerzo tanto por brillar que me olvido
de disfrutar el instante del estallido.
Diario juvenil de Eleonora Clark

Hice balance de todo lo ocurrido durante el año que terminaba en apenas cinco minutos. Los éxitos, los fracasos, las dificultades a las que me había enfrentado, las batallas que perdí, los giros del destino, y después de poner en una balanza mental lo bueno y lo malo, me di cuenta de que nada me importaba tanto como la mujer que dormía a mi lado en el sofá.

Su caos le aportaba frescura a mi orden, su espíritu transgresor aplacaba mi obsesión por el control, su risa derretía mis defensas y su corazón… su corazón era mío, ella me lo había entregado para que aprendiera a amar sin miedo.

Y la amaba. Era increíble que pudiera reconocerme ese hecho a mí mismo sin echarme a temblar. La amaba tanto que, cuando afirmó que no me quería, pese a estar mintiendo, algo dentro de mí perdió el juicio y golpeó mi alma.

Me quería, porque si no lo hiciera, se habría marchado. Ninguna mujer se encerraría con un enfermo como yo si no estuviera enamorada. Sin ropa, sin sus cosas, solo ella en un mundo de lujos que detestaba. Joder si me quería, tenía que hacerlo, no había otra explicación para aguantar todo lo que había supuesto mi llegada a Ashford Hall.

Y lo que estaba por venir… ya llegaría. No había cabida para el futuro en los dos minutos que le quedaban al año.

—Nora. —La zarandeé un poco para despertarla.

Quería ver por la tele el espectáculo de pirotecnia que iban a lanzar desde Central Park. No sabía que tenía entradas de primera fila para verlo desde la terraza de mi piso, que podría acariciar las luces de colores con solo extender la mano, que la gripe no me iba a impedir besarla para tener buena suerte y que, si no me dormía por el efecto de las medicinas, mi primer propósito de año nuevo sería hacerle el amor hasta grabarme en su piel.

«Un minuto».

—Nora, vas a perdértelo.

Murmuró algo en sueños y se aferró a mi costado como un koala. Estaba calentita debajo de la manta, tenía las mejillas sonrosadas y los labios de un intenso color cereza. El pelo le olía a mi champú y la camiseta, a mi desodorante. No había querido que comprara nada para ella más allá de un cepillo de dientes e hilo dental con sabor a fresa.

«Treinta segundos».

¡Al diablo con los fuegos artificiales! A mí me bastaba con mirarla y notar su aliento cálido contra mi cuello. Nada era comparable a abrazarla. Sus curvas se habían convertido en la prolongación de mi cuerpo y me sentía incompleto cuando no estaba a mi lado.

Apagué la televisión un segundo antes de la cuenta atrás y me puse en pie con ella en brazos, con dolor en los huesos, pero satisfacción en el pecho. Gruñó al dejarla en la cama y rodó de medio lado para encajar a la perfección contra mí. El estruendo de la pirotecnia llegó amortiguado por las ventanas y destellos de luz se colaron por las aberturas de las cortinas.

—Bienvenida a un nuevo año, amor —le susurré sobre los labios, y la besé con cuidado de no perturbar su descanso.

Yo no era de los que ponían la suerte en manos del destino. La debilidad de muchos hombres consistía en encomendarse al azar, a la fortuna o sentarse a esperar que las cosas llegaran por arte de magia. No, a mí me gustaba el trabajo duro y pelear para conseguir cada logro. Y a pesar de que a ella ya la tenía, a pesar de que seguiría esforzándome para demostrarle que ella también me tenía a mí, cerré los ojos y pedí que todo saliera bien.

Necesitaba un milagro que ningún dios me iba a conceder.

55

Nora

La evaluación periódica de la empleada no implicará
obligación de ascensos, quedando tales decisiones
a discreción de la Dirección y la Junta de Administración.
Contrato de trabajo de Eleonora Clark.
Apartado 10, punto 4

El 3 de enero, cuando llegué al internado, lo hice con la fuerte sensación de que el año nuevo me deparaba grandes momentos en Ashford Hall. Al atravesar la verja de entrada, no sentí ese miedo irracional de principio de curso ni me temblaron las piernas al subir las escaleras de Northbridge Hall. Estaba segura de mí misma, me había vestido como lo haría alguien decidida y valiente, dispuesta a conseguir la jefatura del Departamento de Orientación por méritos propios.

Richard Dreyfus había convocado a la junta el día anterior para debatir las alternativas antes del inicio del curso, y el mal humor con el que Andrew se presentó en mi apartamento no fue un buen augurio. Al parecer, que tuviéramos una relación lo había puesto en una posición comprometida frente a ellos, pero no me explicó nada más. No quiso que el tema arruinara nuestra última noche antes de volver a trabajo.

—Lo que tenga que ser será, y si no soy la próxima jefa de Orientación, no pasará nada. —Intenté ser optimista, que no se me notara el desánimo. Él ya tenía bastante con haber perdido la confianza de los malditos miembros de la Junta de Administración—. Me gusta ser orientadora. No necesito más.

Pero no era cierto. Quería el puesto. Susan me había escrito esa misma mañana para ofrecerme su apoyo. A ella tampoco le habían comunicado nada sobre mi designación, pero todas sus esperanzas

estaban depositadas en mí y en mi alta capacidad para convencer a quien dudara de mis cualidades. Por eso me vestí como una de ellos, me peiné, me maquillé y me perfumé como si fuera a la cita más importante de mi vida. Hasta me calcé unos zapatos de tacón nada convenientes para caminar por la nieve que cubría los senderos del jardín. Me permití un taxi para no estropear el atuendo con el pedaleo de la bicicleta y me aferré al bolso de firma que me había regalado Valerie.

Las clases oficiales darían comienzo al día siguiente, tenía nueve horas para movilizar a mis aliados.

Al administrador ya lo tenía en el bote. La noche anterior me había empleado a fondo en demostrarle cómo de agradecida estaría por su apoyo.

Era el momento de enfrentarme a uno de mis dragones: Lawrence Blackwell.

No me fiaba de él. Lo que me dijo durante la fiesta navideña en el jardín fue sorprendente, todo aquello de mi compromiso con la institución y la integridad de las personas, lo de su cambio de opinión sobre mí y sobre mi trabajo… Había llegado el momento de la verdad y quería saber si apostaría por mí delante de la junta.

—Buenos días, señora Donaldson. ¿El director Blackwell está libre para recibirme? Necesito tratar una cuestión con él. —Puse delante de ella su té verde con un chorrito de leche y dos galletas con pepitas de chocolate de las que tanto le gustaban, y le sonreí con sinceridad. A Roxanne se le iluminó la mirada—. Un detalle sin importancia para sobrellevar mejor el primer día de trabajo del año.

—Ay, cómo eres, Nora. No debería aceptar las galletas. He comido mucho durante las vacaciones y a mi edad ya no es fácil perder los kilos de más. —Contempló los dulces con anhelo y no pudo resistir la tentación de cortar un trocito—. Venga, porque es el primer día y está siendo horrible. Me lo merezco. Y gracias por el té, Nora. Dios sabe que el mundo del señor Blackwell explotará si me ausento de esta mesa un solo minuto.

—Lo sé, los comienzos siempre son una locura, ¿verdad? —Ella asintió con la boca llena—. ¿Crees que podría robarle al director Blackwell unos minutos? Seré breve, prometido.

Roxanne Donaldson se limpió las comisuras de los labios con una servilleta de papel y presionó el botón del intercomunicador.

—La señorita Clark está aquí, señor. ¿La hago pasar?

—No tengo anotada ninguna cita para ahora —gruñó por el altavoz.

—Se me habrá pasado ponerla en la agenda. —Me guiñó un ojo —. Ahora mismo no tiene compromisos ni reuniones. Puede atenderla.

—Está bien, que pase.

Vocalicé un «gracias» junto con una sonrisa y llamé a la robusta puerta de madera oscura, tan impresionante como la entrada a los infiernos.

Todos los nervios que no había sentido al llegar se reunieron en mi estómago al adentrarme en el despacho de Blackwell. Era elegantemente siniestro: los muebles de caoba parecían contar una historia, los detalles del artesonado del techo eran abrumadores, olía a libros antiguos y a sabiduría, y, por un instante, me imaginé a los hermanos Ashford allí mismo, levantando la distinguida institución en la que se había convertido el internado.

—Señorita Clark. —Señaló una butaca de exquisito tapizado frente a su escritorio y entrelazó las manos a la altura del rostro—. No sé con qué tipo de artimaña ha sobornado a Roxanne para que la incluya en mi agenda en un día tan ajetreado como hoy, pero sea breve. Estoy seguro de que usted también tiene una infinidad de cosas que hacer.

—Desde luego, señor. —Tiré de las mangas de la chaqueta con distinción, como había visto hacer a mi madre y a mi hermana durante toda la vida, y me aclaré la garganta antes de hablar—. Iré al grano: estoy preocupada por el Departamento de Orientación. Se acerca un semestre duro con varias actividades importantes en las que hemos invertido mucho dinero. Sé que la junta tiene otras preocupaciones que requieren prioridad, pero la ausencia de la doctora Hurt…

—Quiere saber si la apoyaré ante el presidente Dreyfus y la junta, ¿no es eso?

Joder, era muy perspicaz.

—Sí, exactamente eso. —Blackwell relajó los hombros y se frotó el mentón con aire interesante. Sus ojos me examinaron, críticos, y me sentí en la obligación de decir algo más que reforzara mi alegato —. Sé que usted y yo no hemos estado en consonancia desde que entré a trabajar aquí. Nuestros puntos de vista son opuestos en algunos temas y entiendo que no sea cómodo que venga alguien nuevo a alterar su estricto control del internado. He tomado decisiones que le han causado más de un dolor de cabeza, y sí, en algunos casos reconozco que podría haber hecho las cosas de otra forma, pero todo lo que hago, digo y pienso cuando estoy aquí es por el bien del alumnado, por su salud mental y emocional. Ese es el objetivo del departamento y el motivo por el que me contrataron.

—Reconocer que sus métodos no son los más adecuados la honra como profesional y como persona. La cuestión ahora es si piensa continuar con su dinámica o va a hacer algo para adaptarse a la solemnidad de Ashford Hall.

—No soy una persona difícil, director —declaré con calma—. Me gusta escuchar los puntos de vista de los demás y suelo tenerlos en cuenta cuando van en la línea de mis pensamientos.

—¿Y cuando no?

—Bueno, cuando lo que intentan imponerme se hace de manera adecuada, no tengo reparos en llegar a un término medio. Pero las imposiciones sin justificación, solo por el hecho de mantener una apariencia de puritanismo y rectitud, no se las compro a nadie. — Levantó las cejas, sorprendido por mi sinceridad—. Usted sabe tan bien como yo que alimentar una imagen arcaica no le hace bien al colegio ni a los alumnos. Ashford Hall es una institución con personalidad propia, no por sus normas y su moralidad, sino porque creamos perseverancia, y confianza, y pasión… ¿No es esa la base de la excelencia?

—Lo es.

—Entonces, ¿cómo vamos a formar a los futuros líderes del mundo si no les damos la oportunidad de pensar por sí mismos, de sentir sus emociones, de expresarlas sin miedo?

Por Dios, el pulso me latía a mil por hora y el silencio de Blackwell era atronador. Unas repentinas náuseas me retorcieron el

estómago y empecé a pensar que me había pasado de lista y que no vería ni un día más en el internado.

—Tiene agallas, Eleonora —dijo de pronto, y retomó su postura favorita, con los codos sobre el escritorio y los dedos entrelazados delante de la cara—. Sabía que las tenía, pero nunca creí que fuera algo positivo. —Abrí la boca para defenderme, pero él alzó un dedo huesudo para hacerme callar—. Como le dije el día de la fiesta navideña, me gusta su compromiso con los alumnos. La aprecian, confían en usted y creo que haría un buen papel a cargo del departamento. Tendrá mi apoyo ante la junta, pero usted y yo hablaremos largo y tendido sobre sus métodos y cómo implementarlos, ¿de acuerdo?

—No hay problema.

—Sabe que esto no le asegura nada, ¿verdad?

—Lo sé.

—Bien. Y ahora, si ya ha terminado de malgastar mi tiempo, le recomiendo que vuelva al trabajo y se ponga las pilas. Va a necesitar mucho más que ese discurso motivacional tan estudiado para hacer frente a lo que se le viene encima.

56

Andrew

El personal deberá abstenerse de mantener relaciones personales inapropiadas con otros miembros de la plantilla en las instalaciones de la institución y en horario lectivo.
Reglamento interno del personal de Ashford Hall.
Disposición II, art. 2

—¿Ocupada? —La puerta del despacho de Nora estaba abierta cuando llamé con los nudillos. Ella tecleó a intervalos al tiempo que resoplaba y murmuraba por lo bajo—. ¿Un mal día?

—Un día estresante. Susan tenía una manera muy particular de trabajar y a veces es imposible encontrar los datos que busco —se quejó—. Más de la mitad de nuestros estudiantes han asistido a terapia fuera del centro y no encuentro las referencias en los expedientes. Entra y cierra la puerta, por favor.

Me parecía muy sexi cuando me daba órdenes como si fuera un alumno más.

—¿Debería haberlas?

—Sí, claro que sí. Y están ahí, pero no las veo. He recibido la llamada del terapeuta de Enzo Sinclair a primera hora y no he sabido qué decirle cuando se ha referido a la medicación del chico. Sé que ella recogía toda la información en anotaciones, pero su sistema organizativo es tan diferente a como yo lo veo… Ahora mismo tengo ganas de estrangularla por dejarme con este lío.

Se echó hacia atrás en el sillón con enojo y emitió un rugido de frustración. Llevaba una semana intentando ponerse al día con el trabajo pendiente de la doctora Hurt. Quería estar al tanto de todo por si la junta se pronunciaba en cualquier momento. Yo también esperaba que Richard atendiera a razones. La Navidad parecía haber suavizado su temperamento y no había visto rastro de hostilidad en

él a la vuelta de las vacaciones. Seguía siendo un completo hijo de puta al que solo le importaban su nombre y su reputación, pero al menos había perdido interés en el tema de Amber Frederickson.

—Pareces estresada, ¿puedo hacer algo por ti? —Le sonreí de medio lado y ella se sonrojó.

—Apuesto a que sé qué tienes en mente, pero no va a ser posible. ¿Ves todo esto? —Repasó con la mano la pila de carpetas que se amontonaban a un lado de su mesa—. Pues tengo que revisarlo para antes de las cinco.

—No va a pasar nada porque lo dejes unos minutos. O treinta.

Se tomó mis palabras a broma, pero no protestó cuando me situé detrás de ella y empecé a masajearle los hombros por encima de la blusa. Desde esa posición podía ver el encaje del sujetador y el nacimiento de sus pechos. El colgante de la flor de mayo reposaba entre ellos y el orgullo tiró de la comisura de mis labios hacia arriba.

—Mmm, qué bien —ronroneó—. Puedes seguir todo el tiempo que quieras. ¿Alguna novedad con la junta?

—Nada que no sepas ya. —La besé debajo de la oreja, en esa zona que sabía que le encendía el pulso, y su reacción fue música celestial. Un sutil gemido se le escapó de los labios, directo a enardecer mi entrepierna—. ¿Qué quieres hacer por tu cumpleaños? Es este sábado y no hemos hablado del tema.

—No hay nada de qué hablar. No quiero hacer nada. —Ladeó la cabeza para que presionara con más intensidad sobre su hombro derecho. Estaba muy tensa—. Siento ser un poco ceniza, pero detesto mi cumpleaños. Es un día más como cualquier otro.

—Bueno, en ese caso, ¿qué te parece pasar el fin de semana en Nantucket? —le propuse, esperanzado, y dejé un beso húmedo en su nuca—. Tú, yo, el fuego de la chimenea…

Le desabroché los primeros botones de la blusa poco a poco y mis manos abarcaron sus pechos para masajearlos con adoración.

—Mucho mejor —le susurré al oído. Nora se arqueó contra el respaldo mientras mis dedos jugaban con sus pezones—. Preciosos. ¿Qué me dices? ¿Te gusta mi plan?

—Mmm, me encanta, pero… —Gruñí—. Le he dicho a Valerie que iríamos a la fiesta de inauguración de su piso. Es el sábado.

—¿Organiza una fiesta de inauguración el día de tu cumpleaños? —Detuve las caricias y la miré con los ojos entrecerrados—. ¿Seguro que sois amigas?

Nora rio de buena gana y se puso en pie para besarme.

—Ella sabe que no me gustan las celebraciones, pero sí las fiestas que da en su casa. Será divertido, aunque si no te apetece…

¿Qué? ¿Iba a rechazar la invitación de Valerie después de haberse perdido la fiesta de Fin de Año de los Bruins? ¿O tal vez pretendía que me quedara en mi casa mientras ella se divertía con su amiga el día de su cumpleaños? Por poco que me gustara la idea de un piso abarrotado de gente, al menos me quedaba la esperanza de terminar la noche juntos y pasar el domingo con ella.

—Está bien, iremos a casa de Valerie.

—Le encantará saberlo. En cuanto a la junta…

—Olvida a la junta. —Acerqué mi boca a sus labios y succioné con ganas.

Sus dedos se enredaron en mi pelo y tiró de él, presa de un renovado frenesí.

—Pero ¿ni siquiera te han dicho cuándo haré la entrevista? —Negué mientras mi lengua la tentaba—. Sé que no puedes decirme mucho y que… ¡Mmm! —Nora cerró los ojos cuando mis besos se trasladaron al cuello. Perdió el hilo de lo que estaba diciendo y empezó a respirar más rápido, más excitada—. Estamos en el trabajo…

—Ahora estás conmigo… —Bajé por el esternón y lamí la pequeña flor de mayo sobre uno de sus pechos.

—Si no consigo terminar todos los expedientes para hoy, le diré a Blackwell que ha sido por tu culpa —protestó al tiempo que me quitaba la chaqueta. La guie hasta el pequeño sofá de dos plazas que había junto a la puerta—. Podría entrar alguien…

—No va a entrar…

Fue una maldita predicción que se cumplió cuando aún no me había deshecho de su blusa. La puerta se abrió de repente y mi sobrino entró, distraído con los papeles que llevaba en la mano.

—¿Cómo se supone que voy a hacer la fase de diagnóstico de mi proyecto comunitario si no puedo salir de…? —Levantó la cabeza,

y su cara de horror me habría hecho de reír de no haber sido porque la situación no tenía gracia—. ¡Oh, joder! ¡Joder, lo siento! —Se tapó los ojos y retrocedió. Tropezó con las sillas que había delante de la mesa de Nora y se golpeó con la puerta—. ¡Mierda!

—¿No te han enseñado a llamar? —le pregunté. Escondí a Nora detrás de mí para que se adecentara—. Sal y vuelve a entrar, Luca.

—Sí, claro —aceptó, tan azorado que volvió a chocar con la puerta a medio cerrar—. ¡Hostia!

—Vamos a tener que hacer algo con ese vocabulario —dije con fingida seriedad.

Nora me pellizcó en la espalda para que lo dejara estar. El chico estaba pálido.

—Volveré en otro momento.

—No hace falta, Luca —lo detuvo Nora—. Tu tío ya se iba.

—No, no me iba.

—Andrew… —Me señaló la salida con los ojos y un gesto de la cabeza—. Luca tiene preferencia.

—Esperaré. Seguro que a él no le importa, ¿a que no? —Levanté una ceja en su dirección, pero Nora no lo dejó responder.

—No puedes quedarte. Largo, Andrew.

—Aún no hemos acabado de *hablar*.

—Te llamaré cuando hayamos…

—¿Sabéis qué? —interrumpió Luca. Levantó ambas manos y se alejó unos pasos—. No importa, de verdad. Le preguntaré las dudas a la profesora Yang. Podéis seguir a lo vuestro. Dios, tendré que ir a terapia después de veros —masculló al salir.

A Nora le dio la risa en cuanto cerré la puerta. A mí se me encendió la sangre por verla sonreír de esa manera tan sensual.

—Es muy irresponsable por nuestra parte hacer estas cosas en horario de trabajo. —Suspiró y se dejó caer en su sillón—. Si la junta se entera, puedo despedirme del puesto de Susan.

—Olvida a la junta, Nora.

—Eso es tan improbable como que Luca olvide lo que ha pasado aquí. —Rio de nuevo, esta vez con pesar y cansancio.

Nos habíamos visto cada día y cada noche desde que empezó el año. A veces dormíamos en mi casa, pero, por norma general, era

yo el que me quedaba en la suya. El tema de la junta y de la decisión que debían tomar solía rondar nuestras conversaciones a menudo, era lógico, pero cada día me costaba más disuadirla para que se centrara en otras cosas.

Cada día me costaba más mentirle.

—Me avisarás si te enteras de algo, ¿verdad? Si traen a alguien de fuera, tendré que emplear el doble de tiempo para explicarle cada…

—Nora, mírame. —Me acuclillé a su lado y le pasé la mano por el pelo para calmarla—. Lo que tenga que ser, será. No ganarás nada preocupándote antes de tiempo.

—Pero ¿y si algo sale mal? ¿Y si no solo no me dan el puesto, sino que la persona que venga no cuenta conmigo? ¿Y si…?

La silencié con un beso, era la única forma de hacer callar también a mis oscuros pensamientos.

—Cruzaremos ese puente cuando llegue el momento.

—¿Juntos?

—Juntos. Te lo prometo.

Más que una promesa fue un puñal, una mentira disfrazada de abrazo. La hice de todos modos, no para engañarla, sino para creer —aunque fuera un instante— que mis sentimientos eran más fuertes que el destino.

Preferí prometer lo imposible a aceptar que lo que amábamos también podía irse.

57

Nora

La Orientadora de Estudiantes deberá mediar y resolver conflictos interpersonales entre residentes de la institución.
Contrato de trabajo de Eleonora Clark.
Apartado 3, punto 2

Muy poca gente sabía que estuve a punto de morir antes de nacer por culpa de mi madre. Sufría triscaidecafobia, un miedo irracional e inexplicable al número trece, motivo por el cual se negó a parirme hasta que no dieron las doce y un minuto del 14 de enero. Siempre me resultó curioso ver cómo se comportaba los días trece del mes, o su ausencia en mi trece cumpleaños, o cuando dejó de hablar con su mejor amiga porque se había mudado al trece de nuestra calle. Era absurdo.

Sin embargo, cuando empecé a estudiar Psicología, descubrí que la fobia al número trece estaba más presente en nuestra sociedad de lo que pensaba. Más del ochenta por ciento de los edificios altos del país no tenían un piso trece. Los hospitales, los hoteles, hasta las puertas de embarque de los aeropuertos lo evitaban. Incluso en el mercado de valores, en el que los miedos irracionales podían impulsar el comportamiento del mundo real, se echaban a temblar los viernes 13.

—¿Tú crees en esas tonterías? —le pregunté a Andrew después de oír hablar del tema en las noticias de la mañana. Le preparé una taza de café, que cogió al vuelo mientras se ajustaba la corbata con la otra mano—. Me refiero a si eres de los que se paralizan los días como hoy o si funcionas con normalidad.

—No creo en supersticiones si es a lo que te refieres, pero muchos de mis clientes sí, y debo respetarlo. Al fin y al cabo, es su dinero. —Me dio un beso rápido en la punta de la nariz y apuró la

taza de café—. Hoy será un día tranquilo, pero llegaremos tarde si no te vistes de una vez.

El día no fue diferente a otros viernes en Ashford Hall. Se notaba el ambiente distendido que precedía a la llegada del fin de semana: los alumnos estaban más habladores de lo habitual, los profesores también y remoloneaban a la entrada de sus clases para robarle unos minutos a la conversación antes de enfrentarse al aula.

Roman Archer, el adjunto de Literatura, revolucionó a su clase de undécimo intercambiando Snickers de avellana y chocolate por versos de Walt Whitman y Edgar Allan Poe, muy al estilo de Michelle Pfeiffer en *Mentes peligrosas*. La profesora Mendoza trasladó su clase de Arte al jardín, donde ni los dos grados bajo cero ni las protestas de los estudiantes de octavo la disuadieron de lo contrario. Roxanne Donaldson se había apalancado en la cafetería de Northbridge Hall con un té y una novela, aprovechando que el director Blackwell estaba en una reunión. Me invitó a sentarme con ella, y me tentó hacerlo, pero tenía una montaña de trabajo esperando en el despacho y no quería ser la última en abandonar el centro cuando terminara la jornada.

La tranquilidad y la concentración solo me duraron una hora. Luca llamó a la puerta con el cambio de clase y se dejó caer de cualquier forma en la butaca frente a mi escritorio.

—Maya me odia —soltó con la vista fija en las cordoneras de sus zapatos—. ¿Qué puedo hacer? Me odia, me lo ha dicho hace cinco minutos. Cuando creía que lo nuestro avanzaba bien, ¡zas!, otra vez al punto de partida.

—Primero: no creo que te odie. Y segundo: ¿qué has hecho para que diga eso? —Su encogimiento de hombros fue conmovedor —. Si no sabes cuál es el problema, ¿cómo pretendes que te ayude?

—Creo que es por Amber, ¿sabe? No la soporta, pero yo no puedo verla sola y dar media vuelta.

—¿Porque te gusta Amber?

—¡No, joder! Me gusta Maya, pero Amber está hecha polvo, señorita Clark. Está deprimida. Que todos sus amigos la ignoren no ayuda. El imbécil de Jonathan la está machacando y se encarga de que nadie hable de ella en su presencia. El otro día en el

entrenamiento casi me tira al agua por mirar en su dirección. ¿Sabe a qué temperatura está el lago?

No, no lo sabía, y tampoco era importante. Sí lo era el estado emocional de Amber. En el documento de confidencialidad que me hizo firmar el abogado de la señora Frederickson había una cláusula donde se me prohibía tratarla en orientación estudiantil. Cualquier problema que implicara asesoramiento sería competencia exclusiva de la titular del departamento. Si teníamos en cuenta que Susan ya no estaba y que cabía la posibilidad de que la nueva titular fuera yo, nada me impedía interesarme por la situación de la muchacha.

No obstante, mis dudas acerca de Amber y de cómo tratarla no eran algo que pudiera solventar en la charla con un alumno. Era mejor desviar la conversación a temas menos… controvertidos.

—¿Tienes una relación con Maya? —Luca abrió los ojos, consternado por una pregunta tan directa—. Me refiero a si tú y ella…

—¡Ya sé a qué se refiere! Joder, no se anda usted con rodeos. —Se pasó las manos por la cara, igual que Andrew cuando estaba preocupado, y terminó enlazando los dedos en la nuca y mirando al techo—. Solo nos hemos besado. En Nueva York. Aquí no.

—¿Por qué no?

—¡Y yo qué sé! —respondió, exasperado—. Pregúnteselo a ella. Ha estado esquivándome desde que hemos vuelto a clase y me lanza esas miradas furiosas que me ponen los huevos de corbata, ya me entiende.

—¿Y le has contado a Maya lo que pasó con Amber?

—¡No! ¿Está loca? Yo… Yo firmé esa mierda de papel que trajo el abogado de su madre. No sé qué podría hacer esa mujer si dijera algo, pero tampoco quiero comprobarlo. —«Chico listo»—. Además, hay ciertas cosas que es mejor que nadie sepa.

—¿Y entonces por qué te odia Maya? ¿Se lo has preguntado?

—¡Ni de coña! De verdad que da miedo cuando está cabreada, y no sé si es porque hablé con su padre de temas… de hombres, porque está con la regla o porque le afecta el viernes 13. Vaya usted a saber.

—¿Hablaste con su padre de temas de hombres? —me extrañé —. ¿Cómo es eso?

No quería meterme donde no me llamaban, pero Andrew no me había comentado nada, y era raro.

—Fue antes de vacaciones. El señor Dreyfus vino a ver un entrenamiento y, al acabar, nos invitó a todos a *pizza* en la residencia. Es un tipo muy enrollado, y bueno, hablamos de cosas de tíos… ¡Pero no le dije que me gustaba su hija! Joder, eso hubiera sido un suicidio.

El teléfono de sobremesa interrumpió nuestra conversación y se me dibujó una sonrisa al ver la extensión de Andrew en la pantalla digital.

—El señor Woodward quiere verla en su despacho ahora —dijo Anabel Williams sin preámbulos.

—Dígale al señor Woodward que estoy con un alumno, que iré cuando acabe.

Luca se puso en pie para dar por finalizada la visita, pero le pedí que esperara. Las convocatorias de Andrew no solían ser urgentes salvo si la urgencia era él mismo. En ese caso, podía esperar.

—El señor Woodward ha insistido en que debe venir usted de inmediato —persistió Anabel con enfado.

—Está bien. Deme diez minutos. —Le colgué el teléfono antes de que protestara de nuevo—. Tengo que irme, pero queda pendiente esta conversación, ¿de acuerdo? Y sobre Maya… No sé qué has hecho, pero lo mejor es pedir perdón. No te odiará para siempre.

Había empezado a nevar cuando salí en dirección a Ashford House. La profesora Mendoza, armada con un horrible paraguas negro, daba indicaciones a los alumnos para que recogieran el material y no estropearan los bocetos que acababan de pintar. El día, aunque frío, encapotado y gris, se veía precioso, y lo sería mucho más cuando estuviera en brazos de Andrew.

Me tragué el nudo de respeto que me sobrecogió al adentrarme en la solemnidad del edificio y saludé a Rose, que charlaba en voz baja con el profesor Oliver, de Humanidades. La señora Donaldson

estaba de regreso en la antesala del despacho de dirección, pero su rostro había perdido toda la simpatía de un rato atrás.

Debí imaginarme que algo pasaba cuando vi el ceño fruncido de Anabel Williams, o cuando me anunció por el interfono y Andrew le pidió que esperara, o cuando me dio paso por fin y me encontré con los cuatro hombres que me esperaban.

Richard Dreyfus estaba sentado en el sillón de Andrew como si fuera el trono de un rey. Jeff Holman, apoyado en el escritorio, fijó su interés en las estanterías a su derecha. Lawrence Blackwell, con el semblante de granito, aguardaba con un brazo apoyado en el respaldo del sillón de Dreyfus, cual ángel guardián del presidente. Y Andrew… Él solo me dirigió una enigmática mirada antes de devolver la vista al jardín.

—Tome asiento, señorita Clark —me indicó Jeff con excesiva cortesía.

No era así como me había imaginado la entrevista para el puesto de jefa del Departamento de Orientación. Supuse que la junta estaría presente, que ellos eran los que tomarían la decisión, aunque también era probable que lo hubieran hecho y que fuera la voz del presidente la que hablara en nombre de todos. Era lógico.

Entonces, ¿por qué me sentía como una delincuente delante de un tribunal? ¿Por qué el aire era tan cortante y hostil?

—Se preguntará por qué la hemos hecho llamar, ¿no es así? —comenzó el señor Dreyfus. Asentí por inercia, aunque no estaba segura de saber la auténtica razón, vista la actitud de los presentes —. Verá, señorita Clark, con la cantidad de mundo y de negocios que llevo a la espalda, hay muy pocas cosas que me sorprendan ya de la gente. Pero he de reconocer que usted ha conseguido lo impensable con su actitud y sus métodos de trabajo.

—¿Gra-gracias? —balbucí, insegura.

Andrew me fulminó con una advertencia en los ojos y se me cortó la respiración. ¿Qué estaba pasando?

—No me dé las gracias, por Dios —prosiguió el presidente con desprecio—. No era un halago. Usted encarna todo lo contrario a lo que significa esta sagrada institución. —«¿Qué?»—. Es

indisciplinada, libertina, alborotadora y una mala influencia para nuestros hijos.

—N-no entiendo…

—¿No me entiende? ¿No hablo suficientemente claro, señorita Clark? —se burló con un tonito muy molesto—. ¿De verdad no entiende lo que trato de decirle o es que se hace usted la tonta?

Jeff se removió incómodo, pero no perdió la postura. Ninguno lo hizo ante la falta de respeto.

Richard Dreyfus cogió un montón de expedientes de la mesa de Andrew y los soltó con tanta fuerza que el chasquido de los papeles contra la madera me hizo dar un bote en la butaca.

—Benjamin Grey, Arthur McCoy, Ferdinand Buchanan III… ¿Le suenan estos nombres? O a lo mejor le es más conocido Felix Carrington, por no hablar de su aventurilla con Oliver Navilov. ¿Entiende ahora por dónde voy?

Lo que entendía era que, por alguna razón que aún desconocía, Richard Dreyfus estaba enumerando a los alumnos cuyas familias pusieron en entredicho mi profesionalidad el año anterior. Pero también intentaba avivar el rumor infundado de lo que ocurrió con Oliver lanzando al aire una acusación muy grave sobre una infracción que nunca tuvo lugar.

—No sé a dónde pretende llegar con esto, señor Dreyfus, pero nada de lo que ocurrió con esos chicos tuvo que ver con mi trabajo en Ashford Hall. —Intenté que la voz me saliera serena y firme, pero el pulso me latía muy rápido, estaba confusa y agobiada, y la falta de apoyo por parte de los demás me desconcertaba—. Yo me limité a cumplir con mis funciones de…

—¿De qué? ¿De hostigadora? ¿De pervertida?

—Dreyfus… —le advirtió Andrew por primera vez, pero ni siquiera sacó las manos de los bolsillos, ni siquiera se dio la vuelta para mirarme.

—¡No, Woodward! Esto ha llegado demasiado lejos y me importa menos que nada que sea tu…

—Caballeros —intervino Blackwell. Se me erizó el vello de la nuca al registrar su tono sombrío—, no perdamos de vista la finalidad de esta reunión.

Dreyfus se recompuso la chaqueta después del arranque de furia y, malhumorado, empezó a pasar expedientes de un montón a otro, hasta que se detuvo en uno en concreto.

—Háblenos de Luca Woodward, el sobrino del señor Woodward. Tiene usted buena relación con él, ¿no es así? —Asentí con rabia—. ¿Diría que es una relación… afectiva? ¿Íntima, tal vez? —Me negué a responder a semejante insulto—. ¿Le dio usted preservativos a Luca Woodward para que mantuviera sexo con las chicas de este internado?

—Yo… Yo no…

—Es una pregunta sencilla, señorita. Diga sí o no.

De nuevo, busqué el apoyo de Andrew, pero seguía mirando por la ventana. El único indicio de que estaba oyendo lo que sucedía era el latido frenético del músculo de su mandíbula.

—Sí —reconocí—. Le di preservativos a Luca para que tuviera relaciones sanas y seguras en caso de tenerlas, como hubiera hecho con cualquiera de los alumnos sexualmente activos del colegio. Forma parte de mis funciones.

—¿El qué, señorita Clark? ¿Promover el sexo entre menores es su función? ¿Despertar el apetito sexual de chicos y chicas inocentes es su función? ¿O tal vez se refiere a hacerles demostraciones prácticas en su casa? ¿No fue eso lo que pasó con Oliver Navilov?

—¡No! —grité, horrorizada.

—Solo Dios sabe qué relación mantuvo con Oliver Navilov en su casa, ¡en su casa! ¿Quién se lleva a un alumno a su casa si no es para… someterlo?

—¡No, no! ¡Eso no fue así! —Hasta Blackwell apartó la mirada ante mi cara de horror—. Usted sabe lo que pasó, director. Todo el mundo sabe lo que pasó con Oliver.

—¿Lo saben de verdad o han creído lo que usted ha contado?

—¡No! Puede… Puede hablar con sus padres, puede hablar con él… Yo… Yo no hice nada. Yo…

—Richard, esto no es lo que habíamos hablado —masculló Andrew entre dientes, y se acercó a él en actitud beligerante—. No hubo nada reprochable en el comportamiento de la señorita Clark

con respecto a Oliver Navilov. Tanto Blackwell como Holman pueden dar fe de ello.

Los aludidos asintieron, fue el único apoyo que recibí. Ninguno de los dos aportó nada que disuadiera al presidente de la junta.

—Vayamos al grano, por favor —pidió Jeff, cansado—. Esto no tiene por qué ser dramático para nadie.

—¡Ya es dramático para alguien! —gritó Dreyfus, y dio un fuerte golpe en la mesa que me sobresaltó—. ¿O acaso no lo está siendo para mi hijo? Por culpa de esta sinvergüenza, una chica se ha visto obligada a abortar y mi hijo está destrozado por la pérdida.

—¡¿Qué?! —grazné, y busqué la ayuda de Andrew, sin éxito—. Eso… Eso no es cierto. ¡No es cierto!

—No se haga la sorprendida, Clark. Tiene usted los cajones de la mesa repletos de pruebas que evidencian mis palabras.

Abrió un sobre en el que no me había fijado y extrajo los folletos de propaganda que había recopilado para documentar mi artículo sobre las clínicas ilegales. Lo habían sacado de contexto, y lo que era peor: habían registrado mi despacho con total impunidad.

—¡No tienen derecho a invadir mi lugar de trabajo! —me indigné. La rabia me dio fuerzas para ponerme en pie y defenderme con más ímpetu—. Esa publicidad forma parte de una investigación del Hospital General de Massachusetts y del artículo que estoy preparando para la…

—¡Un artículo! ¡Mentiras y más mentiras! —bramó Dreyfus, y se puso en pie también para afianzar su postura dominante—. Usted atendió a Amber Frederickson, usted la aconsejó, usted le dio ese panfleto abortista para que se deshiciera del bebé, usted la empujó a una clínica de mala muerte donde podría haber muerto…

—¡Yo no hice nada de eso! ¡Andrew, díselo! No tuve nada que ver, ella decidió ir a… —Perdí la voz al ver cómo el hombre al que había entregado mi corazón se ponía en mi contra. Su silencio era peor que un puño—. Andrew, por favor —rogué—, ¿qué está pasando?

La presión en el pecho era insoportable, los ojos se me llenaron de lágrimas, y aunque traté por todos los medios de no derramar ni una, se me escaparon sin poder evitarlo.

—Tu contrato queda rescindido con efecto inmediato, Eleonora —me informó con dolorosa formalidad—. La junta y el colegio consideran que te excediste en tus funciones como orientadora. Tu obligación ante una situación como la de Amber Frederickson era poner el problema en conocimiento de la doctora Hurt o, en su defecto, del director Blackwell o del jefe de estudios, Jeff Holman. No estabas capacitada para aconsejar sobre este caso.

—Esto no puede ser verdad —murmuré con los ojos cerrados.

—Por tratarse de un tema delicado que puede afectar al prestigio de Ashford Hall y a la reputación de los implicados, las familias no emprenderán acciones legales contra ti, Nora —anunció Jeff.

—Firmarás una declaración donde reconozcas que actuaste por tu cuenta, sin el consentimiento del colegio, en contra de los intereses provida de Amber Frederickson y Jonathan Dreyfus —prosiguió Andrew—. Y recibirás una compensación económica, siempre que te muestres conforme con los términos del despido y esto quede zanjado sin mayor trascendencia.

—Pero tú sabes que no es cierto, sabes que no hice nada… —Fue Amber la que tomó la decisión sobre su cuerpo, fue Jonathan el que la empujó a hacerlo, fue Luca el que vino a pedir mi consejo… —. No es justo.

—¿No es justo? —La risa de Dreyfus me erizó el vello de la nuca —. Lo que no es justo es que nuestra sagrada institución esté empapelada con folletos de sexo que incitan a la perversión a muchachos débiles, como el hijo del respetable reverendo Carrington. Lo que no es justo es que vaya repartiendo condones como golosinas para fomentar más aún las prácticas sexuales con niños…

—¡Los preservativos evitan situaciones como la que ha protagonizado su hijo! —estallé. Ya no tenía nada que perder.

—¡Los preservativos se los daré yo cuando lo estime oportuno! —Otro golpe en la mesa. Su gesto de odio me asustó tanto que retrocedí y caí de nuevo en la butaca—. Si vuelve a levantarme la voz otra vez, haré que la detengan, ¿le ha quedado claro?

No había nada por lo que pelear en aquel despacho, nada que mereciera la pena el esfuerzo. Bajé la mirada al regazo y dejé que las lágrimas me nublaran la imagen de los cuatro hombres que me habían juzgado.

—Nora, no hagamos esto más complicado. Firma el documento, por favor. —Andrew acercó varios papeles al borde de la mesa y dejó un bolígrafo al lado.

«¿Por favor?». Me reí y me limpié las mejillas con manos trémulas. Me había apuñalado por la espalda.

—Ha mancillado la reputación de dos chicos y dos buenas familias —me reprochó Dreyfus con fingida calma. Sus palabras eran veneno y todos habían bebido de ellas—. Los hechos hablan por usted: atentó contra la vida de un ser humano, y no hay lugar en Ashford Hall para alguien que incita a nuestros hijos a cometer semejantes actos. Por suerte para usted, puede dar gracias a que aún queda quien la aprecia entre estos muros. Si de mí dependiera, no recibiría ni un mísero centavo, por no hablar de volver a relacionarse con menores de edad en una institución educativa. Podría hacer que la metieran entre rejas con solo chasquear los dedos.

Amenazas, calumnias, descrédito, vergüenza… Soporté la tormenta sin respirar. Dejé que me humillaran por algo que no era culpa mía y estampé mi firma en ese documento donde reconocía que era la culpable de todo. Me dolió cada palabra, cada mentira, pero nada fue comparable con lo que me hizo él con su silencio.

Me prometió que cruzaríamos el puente juntos, y fueron sus manos las que me ahogaron en el río.

—Me ha decepcionado, Eleonora —dijo Blackwell al pasar por mi lado. La reunión habría terminado, pero el director aún no estaba satisfecho—. Mi confianza es el bien más preciado que puedo entregarle a alguien, y usted la ha pisoteado y se ha burlado de ella. Recoja sus cosas y salga de mi internado. No quiero volver a verla por aquí jamás.

Pasaban trece minutos del mediodía cuando salí de allí.

Trece.

58

Andrew

10. Es obligatorio salir de aquí con una carga menos. Una sonrisa, una reflexión, una idea o solo un suspiro más tranquilo. Siempre te llevarás algo bueno contigo.
Decálogo de la buena confidente de Nora Clark

Por más que deseé ir tras ella, por más que quise explicarle mis motivos, estaba atado de pies y manos. Si se hubiera tratado de sacrificar mi futuro, mi trabajo y mi vida por defenderla, lo habría hecho sin dudar, pero había mucho más en juego. Richard Dreyfus era un hijo de puta al que nadie tosía de frente y no me di cuenta del poder que manejaba hasta que vi peligrar todo lo que me importaba, todo lo que era valioso para Nora.

Continuaba el revuelo en Northbridge Hall cuando pude ir a buscarla. Había decenas de estudiantes agolpados en la puerta de su despacho y tuve que abrirme paso a empujones hasta ver lo mismo que ellos: el armario donde colgaba la chaqueta estaba desnudo, no quedaba nada de ella dentro. El caos de su mesa había desaparecido. En su lugar, una extraña calma planeaba sobre el escritorio, como si Nora no hubiera existido. Ni fotos ni sonrisas, se lo había llevado todo.

—¿Tío Andy? —Luca me zarandeó por el hombro, tan consternado como el resto—. ¿Es cierto? ¿Se ha ido? ¿Por qué se ha ido? ¿Qué ha pasado? ¿Tío Andy? ¿Dónde está?

No podía respirar. El aire no era suficiente entre aquellas cuatro paredes y me deshice de la mano de mi sobrino para salir fuera, al frío, a la nieve, por si era más fácil asimilar que acababa de destrozar lo único que me había importado en la vida.

Algo en el fondo de la papelera llamó mi atención al echar un último vistazo. Un destello, un hilo dorado entre papeles rotos, una

fina cadena de oro de la que aún pendía la flor de mayo que le regalé. La había tirado, se había ido…

—Vamos, vamos, todo el mundo a clase ahora mismo. —La profesora Yang dispensó unas palmadas al aire para disolver el tumulto y los estudiantes desbloquearon la puerta—. Eso también va por usted, señorito Woodward. Vuelva a clase, aquí no hay nada que ver. Y guarde ese teléfono si no quiere que se lo requise.

—No me responde. ¿Por qué no me responde? —Luca ignoró a Patty Yang. Su desesperación era tan intensa que le temblaron las manos cuando me mostró la pantalla del móvil—. Necesito hablar con ella, tío Andy. Esto es por mi culpa. La han echado por mi culpa, ¿verdad? Maya tenía razón. La he jodido del todo, la he jodido del todo…

Apoyó la espalda en la pared y se tapó la cara con las manos. No sabía qué motivos tenía para creer que había sido el responsable, pero tampoco me encontraba de humor para averiguarlo.

—Tú no has tenido nada que ver en esto. Vuelve a clase —le ordené con frialdad—. Hablaremos más tarde.

Obedeció sin rechistar y salió del despacho con los dientes y los puños apretados por la frustración. Era el reflejo de lo que se había desatado en mi interior, de las emociones que me golpeaban cada vez que pensaba en lo que había pasado.

Dios mío, cómo dolía. Su voz seguía martilleando mi cabeza con cada ruego que yo había ignorado, la angustia de sus ojos se me había grabado en la mente y no me dejaba pensar con claridad. Lo único que deseaba más que volver a abrazarla era acabar con Richard Dreyfus y prenderle fuego al maldito Ashford Hall.

—Era una buena chica y no se merecía esto —dijo Patty Yang con resentimiento—. No sé qué motivos ha tenido la junta para despedirla, pero se han equivocado con ella. Es la mejor orientadora que ha pasado por este colegio en mucho tiempo, señor Woodward, le pese a quien le pese, aunque algo me dice que eso usted ya lo sabe. Si le sirve de consuelo, se ha ido con la cabeza alta.

Apreté el colgante en el puño y tomé una gran bocanada de aire. No podía quedarme allí lamentándome por mis errores. Debía encontrarla, explicarle lo ocurrido, decirle que… ¿Qué? ¿Qué podía

decirle? ¿Que Richard necesitaba a alguien que pagara por los pecados de su hijo y ella se le había puesto a tiro? ¿Que el muy cabrón me había amenazado con destrozarle la vida si no me plegaba a sus deseos? ¿Que conocía algunos de los secretos más oscuros de mi padre, secretos que ni siquiera yo debería conocer, y los estaba usando para que no emprendiera acciones contra él? No sabía cómo le había llegado la información acerca de los encargos que el Departamento de Defensa le había hecho a Alexander ni los datos que lo relacionaban con Brandon.

Commonwealth Nexus era más que un conglomerado multinacional con inversiones en diferentes industrias. Era una de las muchas puertas traseras que nuestro país utilizaba para realizar transacciones armamentísticas con otros gobiernos, que no debían ver la luz.

Y Richard lo sabía. Me tenía cogido por los huevos y un movimiento en falso podría ser terrible.

«Si pudiera contarle a Nora al menos una parte…».

Pero no podía. Por más que quisiera, era mejor mantenerla al margen, aunque pensara lo peor de mí. Aunque me odiara.

«Tengo que verla. Tengo que saber que está bien».

El buzón de voz de mi móvil estaba colapsado de mensajes cuando saqué el teléfono del bolsillo de la chaqueta, pero ninguno era de Nora. El despacho de mi padre, el portero de mi edificio, mi asistente en Nueva York, mi jefe… ¡Al demonio con todos! Marqué su número y esperé hasta que saltó el buzón de voz. Dos llamadas después, apagó el teléfono.

—Vamos a casa de Nora —le ordené al conductor en cuanto subí al Lexus.

Maldije el tráfico y golpeé el asiento con el puño tantas veces que hasta John, habituado a mis arranques de mal humor, empezó a mostrar su preocupación a través del retrovisor. Llamé a Valerie y a la doctora Hurt por si hubieran hablado con ella, y rechacé los insistentes mensajes de Luca cargados de una angustia palpable y desgarradora.

Dos horas más tarde, harto de dar vueltas por la ciudad y de aferrarme a vanas esperanzas, el coche me dejó en casa, y allí,

acurrucada en los sillones de la entrada del edificio, estaba ella.

Empapada y rota.

59

Nora

14 de enero de 2008
Odio a Andrew Woodward.
Diario juvenil de Eleonora Clark

No sabía por qué estaba allí ni por qué esperé a que él regresara de Ashford Hall. Empecé a caminar con una caja de recuerdos en los brazos y me subí a un taxi que no iba a llevarme a ninguna parte. Tenía la impresión de haberme colado en otra vida, de haber dado un salto a una realidad equivocada sin querer y aún no comprendía la magnitud de lo que había sucedido ni por qué ni cómo. Lo único que sabía era que lucía el sol cuando me desperté en la cama de Andrew y unas horas después estaba calada hasta los huesos en la puerta de su edificio, esperando… ¿qué?

Cuando fui capaz de respirar hondo, llegaron las lágrimas. No quería llorar, la rabia era un sentimiento mucho más consistente al que aferrarme, pero había empleado todas mis fuerzas en salir del colegio con orgullo, en demostrarles a las decenas de alumnos que me miraban que no tenía nada por lo que avergonzarme. La dignidad era lo único que no me podían arrebatar.

Y después de eso caí. El dolor se hacía más grande y no podía luchar contra él. Me dejé arrastrar por los golpes de aquella conversación y terminé sentada en medio de un charco de lluvia y desconsuelo a las puertas del edificio de Andrew. El conserje me reconoció, y aunque le dije que esperaría, que no era necesario que lo llamara, no era yo quien pagaba el alquiler ni por quien sentía aprecio.

—Nora, cariño, despierta. —Noté unos dedos siguiendo el surco seco de las lágrimas en mis mejillas y me dolió la caricia. Me había

dormido acurrucada en un sillón de la recepción y mis músculos se resintieron por la mala postura—. Nora, vamos a casa.

Otro golpe de efecto, otro nudo que tragar. No había una «casa», no había nada.

Abrí los ojos despacio y su cercanía ocupó todos mis pensamientos. Tenía el ceño fruncido y había preocupación en el fondo de esa mirada que yo había amado tanto. Levantó la mano para rozarme y me encogí de angustia. No quería que me tocara, solo Dios sabía qué tipo de catástrofe produciría el calor de su mano al rozar la frialdad que había en mi corazón.

—Te he llamado mil veces, he estado buscándote. Si me hubieras dicho que vendrías aquí… —Intentó tocarme de nuevo, pero mi cuerpo reaccionó igual—. Subamos. Necesitas entrar en calor. Tienes los labios azules, Nora, estás empapada…

—¿Por qué, Andrew? —musité. Apenas me salió un hilillo de voz, la suficiente para detenerlo—. ¿Por qué?

—Te lo explicaré todo, te lo prometo, pero primero…

—No me toques —le rogué cuando quiso cogerme de la mano para ayudarme—. No puedo soportarlo.

—Nora, por favor…

—¿Por favor? —Volví a reír con amargura al oír el ruego, sorprendida de tener el valor para hacerlo—. He intentado contar las veces que he dicho «Andrew, por favor» esta mañana mientras me humillabas, y he perdido la cuenta. No me pidas nada, Andrew, ni por favor ni sin él. Solo dime lo que quiero saber para que pueda irme de una vez.

—Está bien, pero este no es el lugar para mantener una conversación. —El portero no nos había quitado el ojo de encima—. Si no quieres subir a casa, vayamos a otra parte.

—No, aquí, ahora. Solo quiero… entenderlo.

—¡Y yo, explicártelo! —se exasperó—. Sube a casa, Nora. Hablemos con calma.

—Hay demasiado de ti y de mí allí arriba, y no quiero que se ensucie con lo que ocurrirá si entro en tu piso.

—Nora, te juro que lo que ha… —Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero y Andrew apretó los dientes al notarlo. Se quitó el

abrigo con un movimiento ágil y no me dejó apartarme. Me cubrió con él y me destrozó un poco más. La calidez y el afecto que desprendían sus actos eran las esquirlas de un espejo que se rompía frente a mí una y otra vez—. A veces se me olvida lo terca que eres —masculló—. Está bien. ¿Quieres que hablemos aquí? Pues que así sea. Pero luego subirás a casa, te darás un baño y…

Dejé de oír lo que decía. La sangre no había dejado de rugirme en los oídos desde esa mañana y se intensificaba cuando me sobrevenían las ganas de llorar. No habría un «luego» ni un mañana ni un futuro. No habría nada en cuanto saliera de allí.

—Lo he hecho para protegerte, Nora. Richard Dreyfus necesitaba un cabeza de turco para convertir a su hijo en la víctima de esta historia.

—Amber es la víctima. Jonathan fue quien…

—¡Ya lo sé! Pero Richard sabe que las acciones de su hijo pueden salirle caras en su carrera política y buscaba darle la vuelta a la situación. Tú se lo serviste en bandeja.

—Yo no hice nada malo.

—Lo sé, pero, joder, Nora, tenías todos esos folletos de clínicas ilegales en el despacho. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Eran para mi artículo.

—¿Qué artículo, maldita sea? No sabía nada de ningún artículo. Podría haberte advertido, podría… podría…

—¡Tú tampoco me dijiste que me iban a cargar con las culpas de todo! —grité. La voz se me desgarró y me maldije por ser tan débil—. ¿Desde cuándo lo sabías? Todas las veces que te he hablado del ascenso, todas las veces que me pediste paciencia… Tú ya sabías lo que pasaría, ¿verdad? Y no hiciste nada. ¡No hiciste nada, Andrew!

—¡No podía, joder! —bramó—. No tienes ni idea del infierno que ha supuesto para mí, lo duro que ha sido saber que te iba a hacer daño sin poder evitarlo.

—¿Y por qué no me lo contaste? —Se me rompió la voz, y tardé unos segundos en sacar fuerzas de la nada para continuar—. Me has humillado, te has quedado callado y has permitido que Richard me

destrozara delante de los demás. Me has dejado sola, Andrew, y él me ha pisoteado como si no fuera nadie para ti.

—Si te lo hubiera contado, si hubiera intervenido, ahora mismo ambos estaríamos en la calle, no tendrías ni un centavo en el banco ni la posibilidad de conseguir trabajo en esta ciudad, por no hablar de lo que hubiera hecho con mi posición en JP Morgan Chase y con otras cosas que afectan a mi vida. Aún no entiendes lo poderoso que es Richard, Nora.

Tal vez no, pero sí me daba cuenta de lo listo que había sido él, de cómo se había asegurado de que su futuro continuara intacto, de lo bien que le había salido la jugada. Me había vendido. Su trabajo, su reputación, su vida a cambio de la mía. Él no perdía nada; yo, en cambio, me había quedado vacía.

—Lo arreglaré, te lo aseguro, conseguiré que vuelvas y que… —Negué una y otra vez en silencio, incapaz de contener la sonrisa amarga y las lágrimas—. Hablaré con Blackwell, le explicaré…

—No voy a volver. —Me deshice del abrigo de Andrew. El encuentro había llegado a su fin. Me temblaron las piernas al ponerme en pie, pero aún me quedaba orgullo para salir de allí—. Richard Dreyfus tiene lo que quería y tú has recibido tu recompensa: tu futuro está salvo. Ya no hay sitio para mí.

—¿Qué significa eso? —Recé para que dejara de hablar y me permitiera irme antes de derrumbarme, pero, cuando cogí la caja mojada que el portero sostenía para mí, volvió a atacar donde más me dolía—. ¿Y nosotros?

—¿Nosotros? ¿Cómo te atreves a preguntar eso? Ya no hay ningún nosotros. Esto jamás habría funcionado. —La mentira me agujereó el pecho y me faltó el aire. Sin embargo, no era la primera vez que me arrancaba una tirita de golpe, y dolería, pero a la larga sería la mejor decisión—. Yo… Yo no debí enamorarme de ti. Tú no eres lo que merezco, no eres el hombre que quiero a mi lado.

—¿Qué demonios estás diciendo? —Me arrebató la caja de enseres, la dejó sobre el mostrador sin delicadeza y me sujetó de los brazos para que no huyera—. Te quiero, Nora. Te quiero desde que volví a verte en Ashford Hall. Eres la persona más importante de mi vida. Eres… Eres… el amor de mi vida, ¿es que no te das cuenta? Sé

que no te mereces lo que ha pasado, pero te juro que voy a compensarte, que pasaré el resto de mis días demostrándote que…

—La persona más importante de tu vida eres tú mismo, Andrew. Por más que lo intentes, nunca habrá sitio para nadie más.

Fui cruel a propósito, quise hacerle daño para no pensar en lo que había dicho. Me quería, y cualquier otro día, en cualquier otra situación, me habría hecho la mujer más feliz del planeta, pero allí solo me destrozó más. Fue como admitir lo que ya sabía: el amor no podía solucionarlo todo.

—Eso no es justo, Nora —murmuró en un tono grave, afectado. Dejó de tocarme y me abracé para no perder los últimos resquicios de su calor. Lo último que me quedaría de él en cuanto saliera del edificio—. Estás dolida y me culpas de lo que ha pasado, bien, lo asumo, pero al menos dame la oportunidad de…

—No. Se acabó. —Recuperé la caja, me escudé detrás de ella y tragué saliva antes de añadir—: No quiero volver a verte, Andrew. No quiero volver a saber nada más de ti.

60

Andrew

Es competencia del Departamento de Orientación
intervenir en situaciones de emergencia emocional
o psicológica conforme a los protocolos establecidos.
Contrato de trabajo del nuevo Jefe de Orientación.
Apartado 3, punto 7

Nueva York, mayo de 2023
Cuatro meses después

—Canal 3 de noticias, jefe —anunció Tyron, mi asistente, al irrumpir en el despacho de JP Morgan Chase. Se hizo con el mando a distancia y conectó la televisión al tiempo que dejaba un montoncito de recados y correspondencia delante de mí—. Tu padre ha llamado tres veces. Y el vejestorio ese del internado que se cree el gobernador del mundo también ha llamado. Ha dicho, y cito textualmente, que el colegio no puede funcionar sin administrador y que, hasta donde él sabe, tú eres quien cobra por esa responsabilidad. Luego ha añadido algunos insultos muy educados, muy ingleses, algo así como…

—Está bien, no necesito oírlos. Luego llamaré a Blackwell. ¿Alguna cosa urgente?

Tyron abrió la boca, dispuesto a tocarme un poco las narices. Le encantaba sermonearme con lo horrible que era trabajar veinte horas al día, lo inadecuado de negarme a vivir en Boston o mi obsesión por destruir a Richard Dreyfus, pero levanté un dedo para pedirle silencio al ver el titular de las noticias:

«Dieciocho años de prisión para la cúpula de Orbe Corporation tras su implicación en el escándalo NorrisFile».

—Iré poniendo a enfriar el *champagne* —susurró antes de cerrar la puerta.

En diciembre de 2016, un empleado de Orbe Corporation, Murray Norris, fue despedido a consecuencia de una filtración masiva de información personal que se produjo por culpa de una brecha en el *software* que la empresa lanzó al mercado. La investigación, que incluía datos comprometidos de identificación personal de millones de personas y, en algunos casos, números de tarjetas de crédito, jamás llegó al Congreso. No hubo represalias para la multinacional. El asunto quedó en una modesta multa y en la retirada del *software* defectuoso.

Murray Norris se suicidó dos años después, tras haber intentado enfrentarse al gigante tecnológico con argumentos a los que nadie dio crédito. Sus anotaciones hablaban de prácticas anticompetitivas, de acoso laboral sistemático a varios trabajadores implicados en la elaboración de aquel *software*, de despidos injustificados que se taparon con miles de dólares de indemnizaciones y de negocios turbulentos de los que nadie se atrevió a hablar jamás. Los abogados de Norris abandonaron el caso sin explicación y todo quedó en un desafortunado intento de limpiar la honra de un trabajador que no soportó la presión de su error.

Casi siete años después se había hecho justicia a Murray Norris. Orbe Corporation no era la empresa impoluta que el mundo creía, solo había que mirar bien debajo de las lujosas alfombras que decoraban los pasillos de las altas esferas. La mierda siempre terminaba asomando, incluso si la cubrías de dinero.

No había nadie más hábil para disfrazar la porquería que Richard Dreyfus.

No había nadie más obcecado en la limpieza que Alexander Woodward.

Cuando tuvo conocimiento de lo que había sucedido con Nora y los términos en los que la habían despedido, me acusó de ser un muchacho inmaduro que se creía capaz de jugar en ligas para las que no estaba preparado. Él tenía en el punto de mira a Dreyfus desde hacía mucho tiempo, había hecho sus averiguaciones, había escarbado bajo la bonita superficie dorada de Orbe Corporation y los

engranajes de la maquinaria gubernamental se pusieron en marcha en cuanto encontró un hilo del que tirar.

Las amenazas con las que Richard me llevó a su terreno, secretos sobre Alexander y sobre las relaciones de Commonwealth Nexus con determinados sectores del Gobierno, entre los que se encontraban las responsabilidades del hermano de Nora, hicieron reír a carcajadas a mi padre. A ojos de cualquiera, Alexander Woodward era un respetable empresario, un miembro destacado de la sociedad bostoniana y un cabronazo con muchos contactos desde los suburbios hasta la Casa Blanca. Nada más.

—¿Qué creías que podía hacerme ese papanatas con sus amenazas? ¿Piensas que soy tan tonto como para dejar que un miserable campe a sus anchas entre mis asuntos? No, Andrew. Richard Dreyfus no tenía nada que me comprometiera, ni a mí ni a la empresa. Te lo habría dicho si me hubieras contado lo que pasó en la Gala Benéfica. Pero tú tenías que ir por libre, y ahora mírate… Para una mujer que estaba a tu altura…

Fue un padre por primera vez en su vida, un padre que mostró su preocupación con un sermón que silenció a todo un edificio, que hizo tragar saliva a mi hermano cuando se burló de mí, que me hundió en la desesperación más absoluta al mostrarme la realidad: él podía ocuparse de despedazar a Richard, pero no recuperaría a Nora por mí.

Cumplió su promesa, Dreyfus había caído, y yo debería estar dando saltos de alegría, pero seguí allí sentado, debatiéndome entre seguir trabajando o… o llamarla.

«Nora».

Dejó el apartamento en South Boston y desapareció del mapa. Valerie no quiso confirmar mis sospechas, pero yo sabía que se alojó con ella las primeras semanas. Me costó muchas noches sin dormir averiguar dónde vivía la pelirroja y muchas noches más resistir la tentación de ir a verla. La llamé cada día para pedirle perdón, para explicarle lo que había pasado, para oír su voz, para decirle que la amaba, que no mentí cuando le aseguré que era el amor de mi vida, que no iba a olvidarme de ella por mucho silencio que me devolviera. Y, cuando la locura del primer mes dejó paso al

pesimismo, cambié las llamadas por mensajes y me trasladé a Nueva York.

No quería vivir en Boston sin ella.

En marzo, Brandon me contó que estaba haciendo una sustitución en un instituto de Salem y que, por extraño que pareciera, había vuelto a casa de sus padres. No quise imaginar lo que eso había supuesto para ella ni cómo sería la vida allí. Nora amaba la ciudad, no se habría ido si yo hubiera peleado por lo que era suyo.

—Andrew, tu sobrino al teléfono —interrumpió Tyron—. Tienes un millón de llamadas más, pero creo que debes hablar con el chico. Está un poco nervioso.

Miré el reloj, extrañado. Luca debería estar en clase en ese momento.

—Sí, vale. Pásamelo. Me imagino de qué se trata.

Hacía un par de meses que salía oficialmente con Maya Dreyfus y la noticia de la detención de Richard fue una bomba difícil de encajar.

—¿Qué cojones está pasando, tío Andy? ¡Han detenido al padre de Maya, joder! ¡Blackwell se la ha llevado y no quiere decirme dónde está!

—Tranquilo, Maya estará bien. No va a pasarle nada.

—¡Y una mierda! —gritó—. La prensa ha rodeado el colegio. No me coge el teléfono. La gente dice que los van a echar de Ashford Hall, que volverán a Nueva York. ¡No puede irse a Nueva York, joder!

—Luca, es demasiado pronto para saber qué pasará con Maya y con Jonathan, pero estarán bien. Blackwell se ocupará de ellos. Mantente alejado de la prensa, no hagas tonterías y deja que yo me encargue del resto, ¿de acuerdo? Saldré para Boston esta misma tarde.

—Pero necesito hablar con Maya, tío Andy. Estará asustada. —Me costaba imaginar a esa chica asustada ante cualquier situación. Tenía más coraje en una uña del que tendría su hermano en toda su vida—. Ella estuvo hablando con gente sobre temas que afectaban a su padre y…

—Ya lo sé, Luca, pero no va a pasarle nada.

Respiraba muy deprisa y sabía lo que eso podía desencadenar. Marjorie Oakland me había informado de varios episodios de pesadillas a altas horas de la noche. Se culpaba por lo que pasó con Nora, creía que la información que le había sonsacado Richard fue decisiva para que registraran su despacho y la echaran, y por más que insistí en que no tenía de qué preocuparse, los ataques de pánico se habían hecho más frecuentes. El psicólogo que habían contratado para gestionar el Departamento de Orientación todavía se estaba poniendo al día con los casos más importantes y no actuaba como orientador, los alumnos no confiaban en él. Estar con Maya era lo único que lo calmaba, pero si ella se iba…

—¿Puedo… puedo llamar a la señorita Clark? —me preguntó, avergonzado. La herida que seguía abierta en mi pecho sangró de nuevo al oír la cautela con que mi sobrino pronunció su nombre—. Si me dices que no, lo entenderé, pero es que necesito hablar con ella, tío Andy. Por favor… Ya sé que me dijiste que debía dejarla en paz, pero Nora sabe cómo me siento y yo… yo no puedo perder también a Maya… No puedo, tío Andy. Necesito hablar con Nora, por favor.

—Eh, Luca, tranquilo, ¿vale? Llámala cuando acabes las clases, no pasa nada. Yo iré a verte a la residencia en cuanto llegue a Boston, pediré un permiso especial para que pases la noche en mi casa si quieres. Pero respira hondo y no te preocupes. Todo va a salir bien.

Él se quedó más tranquilo, pero yo no. Sabía que la familia Dreyfus estaría bien en cuanto pasara todo el jaleo mediático, pero no tuve en cuenta a Luca. Se tratara de un amor adolescente o de algo más profundo, quería a Maya y se habría tirado de cabeza a las vías de un tren para protegerla si hiciera falta. Era admirable.

Yo no supe hacer lo mismo.

«Luca necesita hablar contigo. Es importante. Te llamará más tarde», tecleé deprisa como tantas otras veces. Nora no había respondido a ninguno de mis mensajes a pesar de haberlos leído. No esperaba recibir una respuesta inmediata, quizá por eso tardé un par de segundos en darme cuenta de que lo que parpadeaba debajo de mi texto era ella escribiendo.

«No hay problema». Fue todo lo que llegó. Tres palabras en cuatro meses.

Una ventana abierta por la que se coló un breve soplo de aire.

—Tyron, pídeme el coche y mándame lo que quede pendiente al correo. Pasaré el resto de la semana en Boston. —Eché un rápido vistazo a mis citas del día en el ordenador, las marqué para que mi asistente las aplazara y recogí lo necesario para trabajar desde el internado—. Tyron, ¿me has oído?

—Sí, Andrew, pero…

La duda en su voz sonó extraña. Su expresión, turbada, alarmante.

—¿Qué pasa?

—Han llamado de la residencia de tu madre. Ha fallecido hace unos minutos.

61

Nora

12 de abril de 2002

El mundo se queda sin color bajo un paraguas negro.

Diario juvenil de Eleonora Clark

El New Liberty Innovation School en Salem no se parecía en nada a Ashford Hall. Era una pequeña escuela preparatoria dentro del distrito escolar público de Salem con clases de pocos alumnos, oportunidades de aprendizaje prácticas tanto dentro como fuera del aula y la posibilidad de centrarse en temas y proyectos de interés para cada estudiante.

Me gustaban el caos de los pasillos y el colorido de las pintadas en las paredes. La familiaridad con que se trataban unos a otros era reconfortante y el bullicio entre clases sonaba como música justo antes de que la sirena empujara a los alumnos a volver a las aulas.

No había uniformes ni códigos de vestimenta en New Liberty. Las normas de convivencia estaban publicadas en la página web del instituto, y casi nadie les hacía caso, porque allí no solía haber conflictos. Apenas llegaban a los cincuenta estudiantes y Jamaal Camah, el director, al igual que todo el equipo docente, los conocía como si fueran una familia unida.

Encontrarme a Holly O'Leary en uno de los muchos paseos que di al regresar a Salem fue una bendición caída del cielo. Fuimos juntas al colegio, pero nunca llegamos a ser amigas. En el instituto, ella formaba parte del equipo de animadoras mientras yo me escondía en los laboratorios de ciencias y los clubes de debate. Aun así, se acordó de mí nada más verme y fue amable, algo que agradecí después de tantos días enfrentándome al ceño fruncido de mi madre.

Holly era instructora pedagógica en New Liberty, aunque su avanzado estado de embarazo la había obligado a solicitar la baja laboral. Estaba preocupada porque no habían encontrado a la persona adecuada para cubrir su puesto y yo me eché a llorar como una tonta, sin motivo. Creí que saldría despavorida cuando conociera mi historia, que me juzgaría, que dudaría de mi profesionalidad, pero no sucedió nada de eso. Nos tomamos un batido en una bonita heladería, hizo un par de llamadas y me consiguió una entrevista con el director Camah. Unos días más tarde estaba ocupando su pequeña pecera, como ella llamaba al diminuto despacho rodeado de cristaleras donde atendía a los alumnos que acudían en busca de orientación académica.

Era el lugar ideal, el equipo perfecto, los estudiantes más entregados, el programa educativo que debería haber en todos los institutos de secundaria, y sin embargo… Debía de haber algo mal en mí.

Echaba de menos el olor de las salas de estudios y el orden de los pasillos, los saludos con movimientos de cabeza y las risas escondidas detrás de la mano, las miradas cómplices y las advertencias silenciosas, el té de flores de Rose y el perfume de la profesora Yang. Mi teléfono no sonaba nunca porque las reuniones se convocaban con notas manuscritas que pasaban de un profesor a otro a través de alumnos mensajeros; nadie llamaba a la puerta, pues ya sabía quién esperaba al otro lado de la cristalera. El café era de máquina, no había rollos de canela de Alice Papadopoulos esperándome en la vitrina de la cafetería. ¡Allí no había cafetería! Y las autorizaciones de gasto no pasaban por ningún administrador trajeado que me calentara la sangre con su formalidad.

Dios santo, echaba tanto de menos Ashford Hall…

—¡Eh, Nora! ¿Te apuntas a unas cervezas y unos dardos después de clase? —me preguntó Dennis al entrar en la sala de profesores con su peculiar bata de enfermero de colores chillones. Era un tipo muy curioso—. Hay noche de tacos en el bar de Franklin.

Franklin era el marido de Meghan, la profesora de Humanidades, que levantó los pulgares mientras terminaba de leer los trabajos de la semana.

—Me encantaría, pero tengo que ocuparme de un asunto importante que no sé cuánto me va a llevar.

Luca Woodward. Desde que había recibido el mensaje de Andrew por la mañana, no había dejado de pensar en el chico. Tampoco me había podido quitar de la cabeza la facilidad con la que respondí a la petición. Llevaba meses sin interactuar con Andrew, había hecho un esfuerzo sobrehumano para ignorar sus llamadas y todos los mensajes que había enviado. Brandon me confesó que habían quedado en otra de sus visitas relámpago a Boston y que le había hablado de mi nuevo trabajo.

—Se alegró por ti y luego pasamos a otras cosas. Tenía buen aspecto.

Claro que lo tenía. No podía ser de otro modo, al fin y al cabo, él continuaba teniendo su ordenada vida y su moralidad intachable. Le quedaban dos meses en el cargo de administrador de Ashford Hall y luego su nombre figuraría entre los principales asociados de JP Morgan Chase. Ya ni siquiera vivía en Boston, nunca le gustó la ciudad, y Patty, que me llamó para preguntar cómo lo estaba llevando, me dijo que se le veía poco por el internado. En el fondo, no era su lugar. No dejaría nada allí cuando se despidiera del colegio. Se olvidaría de nuestro beso en la biblioteca, de los paseos por el jardín, de mi mapa improvisado, de los encuentros a escondidas, de las noches juntos…

Se olvidaría de mí mientras yo recordaba por los dos, porque, aunque siguiera doliéndome lo que hizo, mi corazón quería perdonarlo.

Salí de New Liberty con un nudo en el pecho y una punzada de dolor más intensa que en días anteriores. No debería ser así. Me estaba desenamorando de él, se lo había asegurado a Valerie mil veces. Andrew ya no significaba nada: lo que fuera de él no me importaba, las decisiones que tomara no eran asunto mío. Si me había prestado a hablar con Luca, era porque… porque el chico no tenía culpa de nada. No era porque lo amara con toda mi alma, no era porque quisiera verlo de nuevo, no era porque lo necesitara en mi vida.

No. Andrew era pasado y el dolor también pasaría.

Los cinco minutos de bicicleta hasta casa de mis padres fueron insoportables. Tenía las mejillas húmedas cuando le puse el candado a la rueda y me temblaron las manos al abrir la puerta. Luca ya habría terminado las clases, pero no me había llamado, y me pregunté si sería buena idea hacerlo yo para ver qué ocurría.

—¿Eleonora? ¿Eres tú? —preguntó mi madre desde la salita donde se encerraba a leer cada tarde—. ¿Puedes venir un momento?

Me resigné. Me sentía como una adolescente díscola cada vez que llegaba tarde a casa.

—Son más de las siete, lo sé, pero tenía que terminar unas evaluaciones antes del fin de semana y… —Me interrumpí al ver a mi padre allí. No era habitual. Tampoco lo era el gesto de lástima de mi madre ni que la tele estuviera encendida—. ¿Qué pasa?

—¿No has visto las noticias en todo el día?

—No, ¿por qué?

—Jackie Woodward ha fallecido. Está saliendo en la tele otra vez.

«No, por favor. No».

Aguanté el aliento un segundo, dos, tres… y me senté despacio sin apartar los ojos de las imágenes de la pantalla. Era la entrada a una residencia muy bonita, con un jardín repleto de flores pese a la nieve que se acumulaba junto al camino. Enfocaron a un médico, que explicó algo sobre un fallo multiorgánico, el avanzado estado de alzhéimer, una pérdida para el mundo del arte, una gran mujer en vida…

El teléfono de casa sonó de repente y mi padre respondió al tercer timbrazo. Era mi hermano, ya estaba al tanto de la noticia.

—Cogeré un avión en cuanto me sea posible —oí que le decía a mi padre—. El entierro es el domingo en Boston. ¿Lo sabe Sugar?

—Está aquí ahora mismo. Acaba de llegar.

—¿Y se ha enterado de todo lo demás?

¿Qué era todo lo demás?

Mi padre dedujo por mi expresión de desconcierto que no sabía de qué hablaba Brandon y me pasó el teléfono para ponerme al día de lo sucedido con Richard Dreyfus.

No se detuvo en demasiados detalles, los justos para asegurarse de que entendía lo que significaba, los necesarios para saber que nadie salía impune de una amenaza contra Alexander Woodward.

Los suficientes para darme cuenta de por qué lo hizo Andrew.

—Tenía miedo de las consecuencias, Sugar. Tu trabajo y el suyo no era lo único que estaba en juego; también el de su padre, incluso el mío, si me apuras —me explicó con paciencia—. Dreyfus lo amenazó con desvelar secretos que no debían salir a la luz bajo ningún concepto, y Andrew hizo lo mejor que pudo hacer. No me preguntes por qué lo sé, sabes que no puedo hablar de ello, pero te aseguro que fue una de las decisiones más difíciles que ha tenido que tomar en su vida. Si lo hubiera hecho por salvar su propio pellejo en la empresa, yo mismo le habría dado una paliza. —Me reí entre lágrimas. No conocía a nadie más pacífico y menos agresivo que Brandon—. Tenía motivos para no contártelo, créeme. Cuando hablamos…

—¿Tú hablaste con él? —Contuve un sollozo contra la mano y noté cómo mi madre se tensaba a mi lado. Mis emociones eran algo nuevo para ella y no sabía cómo comportarse—. ¿Cuándo?

—Sugar… —Chasqueó la lengua. ¿Iba a decirme que sus conversaciones con Andrew también eran alto secreto? ¿Tenía que rogarle?—. He hablado con él todo este tiempo. Andrew no quería que lo supieras, quería dejarte espacio, arreglar las cosas, poner a ese cabrón de Dreyfus en su sitio antes de intentar… recuperarte. Él te quiere, te quiere muchísimo, y entiende que estés enfadada.

Y yo creí que se estaba salvando a sí mismo, que todo era por asegurarse el futuro que tanto deseaba. No lo escuché, no lo vi cuando intentó explicármelo. Estaba protegiendo a los suyos, tenía miedo de lo que pudiera pasarme a mí, pero también a Luca, a su padre, a mi familia… Había secretos que yo no conocía y que él se aseguró de que así fuera, aunque callar supusiera un riesgo.

—Eleonora, ¿estás bien? —se preocupó mi padre, que recuperó el teléfono antes de que yo lo dejara caer al suelo.

No pude contenerme más. La pena por la muerte de Jackie y la consternación por lo ocurrido con Richard Dreyfus chocaron como en una tormenta perfecta, y el nudo de mi pecho se transformó en

lluvia, en relámpagos, en suspiros que sonaban igual que truenos, en lágrimas que hacía tiempo que me desbordaban por dentro. Todo lo que me había prohibido sentir, lo que me negaba a mí misma y lo que retenía para no parecer débil salió a la superficie, y me golpeó tan fuerte que no vi la tristeza en el rostro de mi madre ni percibí sus brazos cuando me rodeó con ellos.

Lloré hasta vaciarme, hasta que me dolieron los ojos y se me aligeró el alma, y me quedé muy quieta abrazada a mi madre porque, por extraña que hubiera sido nuestra relación, aún podía contar con ella.

—¿Quieres ir por tu cuenta al entierro o vendrás con nosotros? —me preguntó cuando me notó más calmada. Era tan típico de ella formular una cuestión tan inoportuna—. No me mires como si hubiera dicho una barbaridad, Eleonora. Todos sabemos que te gusta hacer las cosas a tu manera y no cuentas nunca con nadie. Tu padre y yo iremos a ofrecer nuestras condolencias a Andrew. Puedes venir en coche o sacar un billete de tren. Lo que prefieras. Y ahora ve a lavarte la cara, hija; llorando no vamos a solucionar nada.

...

Un mar de paraguas negros desfiló en silencio desde la iglesia católica de Renewal hasta Central Burying Ground acompañando al féretro de Jackie Woodward en su último paseo por Boston, como ella siempre deseó. Al frente de la comitiva, los hombres Woodward, vestidos con riguroso traje y corbata negra, ocultaban su dolor tras oscuras gafas de sol a juego con sus emociones. Incluso Luca, siempre tan risueño, había perdido la juventud en favor de un rictus doloroso imposible de disimular a los dieciséis años.

No tuve el valor de acercarme al chico al acabar el servicio conmemorativo, porque hacerlo implicaba mirar a Andrew a los ojos y empaparme de su dolor, y aún no estaba preparada para ese momento. Además, él tenía a Giselle a su lado. La morena era la viva imagen de la oscura perfección, de riguroso negro, con un vestido entallado precioso, unos tacones imposibles y un gracioso sombrerito, del que caía un fino tul que le cubría parte de la mirada.

Me separé de mis padres y de Brandon cuando se aproximaron al lugar del sepulcro. Las ramas de un viejo árbol me resguardaron de la llovizna y contemplé desde allí los gestos de cariño que Giselle y Andrew se regalaban mientras la cubría con el maldito paraguas negro. Pertenecían al mismo mundo, a uno donde yo, con mi vestido de fondo de armario y la chaqueta que me había prestado mi madre, no tenía acceso.

Alexander Woodward dedicó unas palabras de despedida con la voz tomada por la emoción. El peso de sus decisiones pasadas se notó en cada frase, pero era tarde para demostrar el amor que sentía por la mujer que estaban a punto de enterrar. El rostro de Andrew no perdió la tensión durante el discurso, como tampoco lo hizo cuando su hermano habló de la madre entregada que había consagrado su vida al arte.

Andrew fue más personal. Enumeró lo que echaría de menos de ella, sus conversaciones, su risa, su pasión por el color. El sufrimiento que transmitió me golpeó una y otra vez hasta que las piernas me fallaron, y me apoyé contra el árbol para no caer de rodillas en la tierra mojada.

Y cuando acabó, cuando besó la rosa blanca que sostenía y la dejó sobre la superficie de caoba pulida, me sentí muy miserable por estar tan lejos de él. Porque quería abrazarlo, pero la brecha que yo misma había abierto entre nosotros no se salvaba con un simple salto.

—¿Ni siquiera vas a acercarte a ofrecerle tus condolencias? —me preguntó Brandon al acabar el entierro.

—Está ocupado ahora mismo. No necesita a nadie más.

Giselle lo sostendría si flaqueaba. Seguía sin apartarse de él.

Una inoportuna ráfaga de aire puso del revés varios paraguas y levantó el bajo de algún vestido. Alguien cerca de mí emitió un gritito ahogado y toda la atención de la familia recayó en el árbol donde yo aguardaba el regreso de mis padres.

Nuestras miradas se encontraron en la distancia, como si aquel soplo de viento las hubiera guiado la una hasta la otra. Les mantuve el pulso a sus ojos, nunca pude esconderle nada cuando me miraba con tanta intención, pero una nueva intervención de Giselle, un

oportuno susurro al oído, bastó para romper el contacto conmigo. Un matrimonio de ancianos que comentaban con lástima la gran pérdida se interpuso en nuestro camino y la llegada de mis padres colocó el broche final al momento.

—No vamos a quedarnos a la celebración —declaró mi madre. Papá se mostró de acuerdo con un asentimiento—. ¿Y tú, Brandon?

—No, tengo que coger el vuelo en dos horas. Ya le he dicho a Andrew que me marchaba. Pero Sugar puede que quiera quedarse.

—Tu hermana sabe hablar por sí misma, Brandon. No es necesario que medies por ella —lo regañó mi madre. Me habría reído de haber podido—. ¿Qué vas a hacer, Eleonora?

—Mañana tengo que madrugar. La vida no se detiene para los que seguimos aquí. ¿Nos vamos, por favor?

Evité a toda costa mirar en dirección a Andrew por última vez y caminé cabizbaja mientras la llovizna arreciaba y se convertía en una lluvia densa, que obligó a todo el mundo a correr hacia el aparcamiento junto a la iglesia. Los paraguas negros se dispersaron y el cielo quedó libre por fin. La nube gris que me perseguía era tan triste como el silencio después de una despedida.

—¡Nora! —oí a lo lejos, detrás de mí, y sentí el impulso de echar a correr yo también—. ¡Nora, espera!

El destino no iba a permitirme salir indemne, así que le planté cara con calma y recé para que la lluvia me diera el coraje necesario. Tal vez un encuentro con Andrew fuera lo mejor para cerrar la herida.

O tal vez no.

Esquivó a un par de personas que le ofrecieron más condolencias, pero no se detuvo hasta llegar a mí. De cerca parecía extenuado. La sombra del paraguas acentuaba sus ojeras. No escondió la pena detrás de ningún cristal tintado; su mirada hablaba de añoranza por la pérdida y agotamiento, el tipo de cansancio que no se solucionaba durmiendo.

—Hola —susurró—. Has venido.

—Sí. Lamento lo de tu madre. No llegué a conocerla, pero sé que fue una gran mujer y que la querías mucho. —Dio un paso más,

trató de cubrirme con el paraguas, pero levanté una mano para que no lo hiciera—. ¿Ella se fue…?

—Tranquila. Se fue tranquila y en paz. No sufrió.

—¿Y tú…?

—Yo estoy bien.

Había algo precioso en esa costumbre suya de leerme el pensamiento, algo que significaba mucho para mí.

—Transmíteles mi pésame a tu padre, a Hamilton y a Luca. Me habría gustado acercarme, pero…

—Estás empapada. —Sí, el agua me calaba los huesos hacía rato, no tenía importancia. Llorar por dentro también mojaba—. Mi padre va a ofrecer una pequeña recepción en honor a Jackie, aunque tratándose de él dudo que sea algo íntimo. Ven conmigo. John puede llevarte luego donde quieras.

—No, yo… —Busqué a mis padres por los alrededores. Estaban charlando con alguien en la acera de enfrente—. Me están esperando. Tengo que irme.

—Por favor… —No podía rogarme así, no tenía derecho a hacerlo, ni a tenderme la mano, ni a bajar el paraguas para que la lluvia lo empapara también. No era justo que utilizara su mirada de anhelo para convencerme. Sabía que no me resistiría, que mi debilidad bebía del fondo de esos ojos—. Vamos donde quieras, pero ven conmigo. Por favor.

—Yo… —Miré de nuevo a mis padres. Se estaban impacientando. Brandon se había marchado ya y ellos aún tenían que regresar a Salem—. No sé si…

—Andrew, tenemos que irnos —irrumpió Giselle. Le puso una delicada mano de uñas perfectas en el brazo y lo protegió con su paraguas—. El coche espera. Hola, Nora. Me alegro de verte. —Moví la cabeza a modo de saludo, pero no me salió la voz. A ella no le importó en absoluto mi falta de elocuencia. Su atención estaba en Andrew—. Tu padre quiere que pasemos por la galería de Newbury a dejar algunas flores antes de ir a su casa.

—Sí, es verdad. Dame un minuto, ahora voy.

Giselle marcó el terreno besando a Andrew en la mejilla y susurrándole un «no tardes» que sonó impaciente. Él le dispensó

una caricia en la cintura para apartarla.

—Parece que a mí también me esperan —evidenció con una mueca—, pero ven a la recepción. Podemos hablar allí. Me han dicho que te va muy bien en el nuevo trabajo. Quiero que me lo cuentes.

—Solo es provisional. Cuando acabe este mes, volveré a engrosar la lista de desempleados.

—Andrew, ¿vamos? —insistió Giselle.

—Vete. Tu familia te necesita.

—Y yo te necesito a ti. —Cerré los ojos y contuve el aliento mientras sus dedos apartaban el pelo mojado de mi frente—. Supongo que es difícil tenerlo todo.

—Supongo que sí… —susurré.

62

Andrew

8. Mi puerta siempre está abierta. Puedes venir con cita o improvisar.
Aquí no hay horarios cuando el corazón necesita expresarse.
Decálogo de la buena confidente de Nora Clark

Una palmada más en el hombro como muestra de apoyo y me lo dislocarían irremediablemente. La gente actuaba por repetición cuando no sabían cómo comportarse, y yo ya estaba un poco cansado de mantener el tipo y agradecer que en algún momento hubieran formado parte de la vida de mi madre.

Sí, era bonito comprobar cuántas personas la iban a extrañar. Había ayudado a muchos artistas, contribuyó en causas que dejaron huella en la sociedad, fue una mujer extraordinaria. Pero se había ido y era hora de que todos ellos también se fueran a sus casas para que Luca, Hamilton e incluso mi padre pudieran descansar después de un día gris y triste.

—Una gran pérdida —dijo otro amigo de mi padre, al tiempo que descargaba la mano en mi hombro.

Pesqué al vuelo una copa de *champagne* de una bandeja y me la bebí de un trago con los ojos cerrados. Al abrirlos, me pareció estar viendo una visión. Nora, calada hasta la médula, salió del ascensor particular del ático y se adentró con inseguridad entre las personas que atestaban el recibidor. El pelo le chorreaba, la chaqueta le colgaba del cuerpo sin consistencia alguna y sus pies, calzados en unas bailarinas negras, dejaban un rastro de agua en el suelo, que alguien debería limpiar para que no hubiera resbalones desafortunados. Esa manía suya de huir de los paraguas negros iba a costarle un buen resfriado como no se secara pronto.

La seguí a una distancia prudente mientras buscaba entre los invitados. Desentonaba en el ambiente: era como una pieza de puzle

que no encajaba en el cuadro, una pincelada de luz en mitad de un lienzo negro.

«Mi rayo de esperanza», pensé con una sonrisa. Que estuviera allí significaba algo. Lo significaba todo.

—No sé qué demonios ves en ella. Es un completo desastre —observó Giselle después de comprobar hacia dónde dirigía mi atención—. ¿Tiene algún problema con resguardarse de la lluvia o le gusta parecer un perrillo mojado y abandonado? Lo está poniendo todo perdido.

—Como si fueras a limpiarlo tú —le recriminé sin perder de vista a Nora. Se había detenido a mirar unas fotos colgadas en la pared—. Es preciosa, incluso así.

—Si tú lo dices… La verdad, cuando intuí que había una mujer en tu vida no pensé que fuera alguien como ella. Es tan… simple.

—¿Y qué esperabas? ¿Alguien como tú?

Giselle dio un sorbo a la copa que sostenía en la mano y encogió un hombro con elegancia. Si le ofendió mi pregunta, no lo exteriorizó.

—¿Y por qué no? Alguien con clase, con estilo.

—A ella no le hace falta nada de eso. Es perfecta.

Puso los ojos en blanco en desacuerdo y me deseó suerte en cualesquiera que fueran mis intenciones. En realidad, no tenía la menor idea de qué hacer, salvo mirarla y esperar a que se diera cuenta de que estaba allí, detrás de ella, deseando abrazarla con todas mis fuerzas.

El encuentro de Nora con mi padre me dejó más atontado todavía. Él le dijo algo al oído y ella le sonrió avergonzada. Sus mejillas se encendieron, los ojos le brillaron, y como siempre que los nervios hacían de las suyas, se mordió la uña del pulgar mientras atendía a lo que mi padre le contaba.

—Andrew, hijo, te acompaño en el sentimiento —expresó con pesar la que fue asistente de mi madre durante más de diez años—. Espero que podáis descansar un poco cuando acabe el día. Ya se sabe cómo son estas cosas.

—Gracias, Patrice. Gracias por haber venido.

Estreché la mano de su marido, que también me palmeó el hombro, como no podía ser de otra forma, y me excusé para ir en busca de Nora. La había perdido de vista, mi padre hablaba con otras personas, y no sabía dónde se había metido.

De pronto, vi a una mujer del servicio cargada con un albornoz y varias toallas dirigirse al despacho de mi padre y la intercepté por el camino.

—El señor Woodward me ha pedido que…

—Lo sé. Yo me encargo, descuide.

La puerta no estaba cerrada y Nora no me oyó entrar. Miraba las decenas de fotos que mi padre tenía expuestas sobre la repisa de la chimenea de aquel fastuoso despacho que jamás utilizaba. Él prefería el ajetreo de las oficinas y tener a mano a cualquiera para convertir su vida en un infierno con sus órdenes y exigencias. Allí, sin embargo, guardaba sus recuerdos en blanco y negro, fotos antiguas con una única protagonista: mi madre.

—Después de ver esto, pensarás que fui muy cruel cuando te hablé de la relación que mantenían. —La única señal de que me había oído fue un leve estremecimiento al sobresaltarse con mi voz —. Quítate el abrigo. Entrarás en calor enseguida.

El albornoz era enorme en comparación con su cuerpo menudo. Estuve a punto de ofrecerle mi ayuda para bajarle la cremallera trasera del vestido, tan mojado como todo lo demás, pero se envolvió por completo antes de deshacerme del atontamiento que me producía mirarla. Serví un par de *whiskies* en dos robustos vasos de cristal tallado y le tendí uno. Le vendría bien un extra de fuego en las venas y a mí, algo que me apaciguara el pulso.

—Deberías estar atendiendo a los invitados.

—Estoy atendiéndote a ti. —Le pasé una toalla para el pelo y nuestros dedos se rozaron. Dios mío, tocarla era extraordinario—. Pensé que no vendrías.

—Ya sabes lo obstinada que es mi madre cuando se le mete algo en la cabeza. No le gusta quedar mal con la gente que aprecia, pero mi padre estaba cansado, querían volver pronto a Salem, así que… —Se humedeció los labios con el licor y tosió al notar la quemazón en la garganta—. Solo quería ser cortés, nada más.

—Nada más, ¿eh?

—Bueno, puede que también viniera por Luca —disimuló. Aproveché para acercarme a ella—. El viernes no pudimos hablar, fue todo muy repentino, y supuse que…

—Luca acaba de marcharse. Ha ido a comer algo con Hamilton y Daphne. Esta noche volverá a Ashford Hall, tiene que centrarse en los finales.

—Claro, los finales —musitó, y dio otro sorbito al *whisky*. Evitaba mirarme, retrocedía ante mis pequeños avances, parecía un ciervo asustado a punto de salir corriendo—. Entonces, será mejor que me vaya. Ha sido un día duro para ti, para todos vosotros, y querrás descansar y…

—Te echo de menos, Nora. —Cerró los ojos, le temblaron los labios y dos gruesas lágrimas se unieron a las gotas que perlaban el suelo. Me maldije por hacerla llorar, pero necesitaba decirle lo que sentía, porque si se marchaba de nuevo, si me dejaba solo, no podría soportarlo—. Sé que no tengo derecho a nada después de lo que hice, pero te echo de menos. Han sido los cuatro peores meses de mi vida, quería hablar contigo a todas horas, explicarte qué pasó, por qué me comporté así, pedirte perdón tantas veces como fuera necesario…

—Ya sé por qué lo hiciste. Brandon me lo contó, no tienes que disculparte. Había muchos factores en juego que desconocía e hiciste lo mejor para todos. Yo era el mal menor, lo entiendo.

—¿El mal menor? ¿Eso crees? ¿Tan poca credibilidad les das a mis sentimientos que piensas que perderte fue un mal menor para mí? —Me reí con disgusto—. Te quiero, Nora. Estoy… Estoy completa e irremediablemente enamorado de ti. Y lo que hice fue tan horrible que lo daría todo por volver atrás y cambiar lo que pasó. Todo menos nosotros, no movería ni una coma de nuestra historia. Eres el amor de mi vida, Eleonora Clark.

—Eso… Eso no es verdad.

Negó con la cabeza y los ojos apretados, y la tentación de sus lágrimas me dio el empujón que me faltaba para pegarme a ella. Estaba harto de la distancia, harto de añorarla teniéndola delante,

de sentirme vacío cuando solo necesitaba tocarla para estar completo.

—¿No me crees? —La sujeté del mentón con ternura—. Mírame, Nora. Mira lo que has hecho conmigo, mira en qué me has convertido. Mi madre dijo que llegaría este día, que daba igual cuánto me resistiera. No podría levantar barreras a la mujer que me robara el corazón y, joder, ni siquiera me diste la oportunidad de poner el primer ladrillo para protegerme. Soy tuyo desde antes de saberlo, así que, si no eres el amor de mi vida, me he equivocado de vida, pero no de amor.

—Eso es de Shakespeare —musitó, seria.

«Culpable», pensé.

Por un instante, temí que el silencio volviera a separarnos. Me asusté. Si confesarle que la amaría en esta vida y en todas las que vinieran no era suficiente, solo me quedaba caer de rodillas y suplicarle.

O dejarla marchar.

Se me aceleró la respiración al contemplar esa posibilidad, la presión en el pecho empezó a ser insoportable y el cansancio de los dos últimos días me castigó con una visión de mí sin ella. La habitación se quedó sin aire, no me llegaba a los pulmones, no podía respirar, no podía perderla, no lo soportaría…

—Andrew, respira. Te tengo.

«Te tengo».

Esas dos palabras rompieron un dique interior y me devolvieron a la vida. Sentí sus manos temblar sobre las mías, vi sus labios conteniendo las palabras. No era el único que tenía miedo en aquella habitación.

—Te tengo —repitió, apenas un suspiro.

Mi frente rozó la suya, en su aliento encontré mi lugar y silenciamos los meses de dudas con un roce de labios que sabía a promesa y a lluvia. Nos debíamos los días sin vernos y las noches en vela, y discusiones, y enfados, y sonrisas robadas, y caricias desnudas, pero no tenía prisa. Necesitaba demorarme en aquel abrazo toda una vida, o al menos hasta que mi corazón volviera a latir con normalidad, si es que eso era posible estando a su lado.

—¿Me odias? —le pregunté, unos minutos después, con la cara enterrada en su pelo mojado.

Por más que quisiera pensar que se había acabado la pesadilla, Nora aún no había admitido sus intenciones. Seguía ahí, pegada a mi pecho, con las mejillas bañadas en lágrimas, aferrada a la tela de mi camisa con los nudillos blancos.

—Ya no.

—¿Me quieres?

—Andrew…

—Necesito oírlo. —Me separé para mirarla y busqué en el bolsillo un pañuelo para limpiarle la cara. Encontré algo mejor en el fondo: la flor de mayo. El nácar parecía haberse marchitado desde que no tocaba su piel—. Sé que no lo hice bien, que no te merecías lo que pasó. Lo sé, Nora, y también que debería haberte contado lo que ocurría. Dios, tu hermano me llamó idiota tantas veces… Yo solo quería protegerte, protegeros a todos, y ahora no sé cómo hacer para que vuelvas a confiar en mí, no sé cómo tenerte de nuevo, Nora, y eso me está ahogando, me está…

—¡Para! Para de una vez, por favor. —Levantó una mano y se llevó la otra a los labios, que le temblaban sin control. Se me rompió el alma al darme cuenta de que la había perdido de verdad, de que no podría retenerla en mi vida—. Me tienes —declaró al fin—. Siempre me has tenido. Siempre, Andrew, incluso cuando te odiaba, te…

¡Al demonio con las palabras! La besé con todas mis ganas, como aquella primera vez en la biblioteca. Y ahí, en la intensidad de aquel beso, dio comienzo nuestra nueva historia.

Dejamos atrás la culpa y el rencor con los que habíamos peleado los últimos meses y abrimos la puerta a sentimientos reales, sin escondernos, sin secretos, solos ella y yo. No podíamos empezar de cero como dos desconocidos; todavía teníamos muchas conversaciones pendientes e infinidad pensamientos que aclarar, nos esperaban horas de sinceridad y trabajo duro para construir un futuro. Pero, cuando salimos del despacho de mi padre, su mano envolvía la mía y mi corazón sonreía pese a la tristeza que ensombrecía el día. En los ojos de Nora brillaba la luz que daba

sentido a mi existencia y en su cuello… en su cuello volvía a lucir la pequeña flor de mayo.

Había depositado en ella todas mis esperanzas: si un día lograba devolvérsela, no la dejaría marchar nunca más.

Era todo lo que Nora representaba, dulce y fragante, dura como el invierno, resiliente como la primavera. Tan bella, tan fuerte, capaz de adaptarse y de pelear contra el tiempo.

Mi alivio, mi desesperación.

Mi preciosa *mayflower*.

Epílogo

Nora

Un año después

El reloj del vestíbulo marcaba las cinco en punto cuando las puertas del Auditorio Hawthorne se abrieron y una oleada de murmullos elegantes llenó el aire como un coro contenido. El mármol del suelo reflejaba los estandartes azul marino y dorado que pendían de las columnas y ondeaban con la corriente de los ventiladores, como si los colores mismos respiraran la historia de Ashford Hall.

Me mantuve en un segundo plano junto a la entrada lateral para que Marjorie Oakland, al frente del comité de graduación, no me reclutara en su afán por poner orden entre las familias. Era maravilloso percibir la emoción que emanaba de ellos por ver a sus hijos graduarse, pero yo ya estaba suficientemente nerviosa como para lidiar con tantos sentimientos.

Señoras con tocados discretos, caballeros de trajes impecables, antiguos alumnos, profesores retirados y los siempre imponentes miembros de la Junta de Administración. La nueva junta de Ashford Hall. No había lugar para Richard Dreyfus, Caroline Frederickson ni ninguna de las personas que conformaron el aquelarre que me empujó al exilio forzado un año y medio atrás.

Nadie hablaba ya de lo que ocurrió aquel enero de 2023. O, al menos, no en voz alta.

—Nora, la toga. Ponte la toga —me regañó Patty Yang en voz baja, nerviosa por la graduación y por lo que se le venía encima al terminar el curso.

El director Blackwell había manifestado su intención de jubilarse y la nueva junta había propuesto a la profesora Yang para ocupar su lugar. No había nadie más cualificado que Patty, pero la idea de dirigir la batuta del internado asustaba solo de pensarlo.

—Siempre me emocionan estos momentos tan importantes —declaró Rose, al tiempo que se limpiaba una lágrima con un pañuelito de papel—. Están todos tan guapos…

Una de las últimas decisiones que adoptó Andrew antes de dejar su puesto de administrador fue jubilar al viejo Benicio Patterson como bibliotecario jefe y proponer a Rose para el cargo. Después de lo que ocurrió con Richard, fue Sebastian Fuller el que asumió la presidencia provisional, y todos sabían que ese pelele lameculos no se opondría a nada de lo que dijera Andrew. Estaba dominado por el miedo a que alguien también escarbara en su mierda.

Ahora Rose era la orgullosa bibliotecaria Evans, a cargo de las tres bibliotecas y de tres jóvenes contratados para asumir las funciones de las que ella se había ocupado sola durante años.

Se lo merecía. Era una mujer extraordinaria.

Me puse de puntillas para mirar por encima del mar de birretes que se amontonaban en la entrada del auditorio, preparados para iniciar el desfile inaugural. No había tenido oportunidad de hablar con Luca; la elección de universidad lo tenía más preocupado de lo normal y se había pasado las últimas semanas llamando a mi puerta día sí y día también. Barajaba dos opciones sobre la mesa y ni Andrew ni sus padres, ni siquiera la influencia de su abuelo, iban a lograr que se decidiera.

El dilema no era si UCLA o Nueva York eran mejor o peor, tampoco marcharse a la otra punta del país o quedarse cerca de su familia. El verdadero dilema de Luca era la chica que acababa de entrar en el auditorio transformada en una preciosa jovencita que no se parecía en nada a la chiquilla que se marchó de Ashford Hall el verano anterior.

—Maya Dreyfus, ¿crees que puedes entrar a hurtadillas en Hawthorne sin saludar a tu antigua orientadora? —Los ojos de la muchacha se abrieron de par en par y vi cautela en su mirada, y vergüenza, mucha vergüenza—. Estás preciosa, cariño. Me alegro de que estés aquí. ¿Has visto a Luca?

—Me ha parecido que estaba haciéndose fotos con Owen y los demás, pero no me he acercado. No sé si le gustará que haya

venido.

Chasqueé la lengua con pesar y la abracé.

La detención de su padre y todo el circo mediático que se montó a raíz del escándalo también perjudicó al resto de los Dreyfus. Con las cuentas embargadas y la espada de Damocles pendiendo sobre la cabeza de Richard, los representantes de la familia decidieron que el gasto de matriculación en Ashford Hall era excesivo y Maya no inició undécimo grado en el internado. Se marchó a Nueva York con su madre, que poco después inició los trámites de divorcio. Jonathan tampoco fue a Harvard. Se graduó por los pelos, según me contó Patty. No había vuelto a interesarme por él desde entonces.

La separación de Luca y Maya fue tan dramática como cabía esperar. Fue ella la que empleó el sentido común, la que marcó las distancias a pesar de que su corazón se quedó con Luca. Pero los Woodward no se rendían con facilidad. El chico era tan persistente y cabezota como su tío, y de ahí sus dudas. Quería ir a UCLA, pero también quería a Maya.

—Se llevará una sorpresa tremenda cuando te vea, estoy convencida. ¿Has venido con tu madre?

—Sí, pero ella se ha quedado en el hotel. Nunca le gustó este lugar, y ahora mucho menos. ¿Y usted cómo está, señorita Clark? —preguntó con cautela—. ¿O debería llamarla *doctora* Clark? Leí su artículo en la revista, me lo mandó Luca cuando salió publicado. Todo eso de las clínicas ilegales, todas esas chicas a las que hicieron daño… es horrible. ¿En qué estaban pensando para acudir a un sitio así? Hay que tener muy poca cabeza.

—O estar muy desesperada —añadí. Su comentario era un dardo dirigido a una persona concreta—. Sé que Luca te contó lo de Amber. No la juzgues, ¿de acuerdo? No fue fácil para ella.

—Tampoco para usted —replicó, enfadada—. Si hubiera tenido las agallas de hablar antes, todo hubiera sido diferente. Si le soy sincera, creí que nunca volvería a verla aquí, como si nada.

—Como si nada no, Maya. Fue difícil al principio. Este lugar me hizo mucho daño, pero a mí se me da bien encajar los golpes. Soy fuerte y perseverante, y resisto cualquier pisotón. —Me llevé la

mano a la pequeña flor de mayo de Andrew en un gesto instintivo. Lo hacía siempre que el pasado me removía por dentro—. Pero no hablemos de cosas tristes. Será mejor que vayas a sentarte. A la señora Oakland le dará un síncope si te ve de pie y a Patty le dará otro si no me pongo la toga y me uno al claustro de una vez.

—Ahora es usted una jefaza y tiene que dar la cara, ¿no?

—Es lo que peor llevo: detesto estos momentos en los que todo el mundo te mira —le confesé, y ella me recompensó con una sonrisa luminosa—. Te veo después en la fiesta, ¿de acuerdo?

Cuando los graduados comenzaron a desfilar, el auditorio entero se puso en pie. Las togas azul marino avanzaron por el pasillo central en una coreografía de pasos medidos, y las bandas doradas sobre los hombros relucieron como si cada uno de ellos llevara una antorcha propia. Los conocía a todos. Los miedos, las dudas, los desvelos por el futuro de cada uno se habían quedado en mi despacho encerrados bajo llave. Ahora caminaban erguidos, solemnes, sosteniendo con firmeza sus birretes y orgullosos de haber llegado al final de aquel camino.

Luca saludó a su hermanita con los dedos y sonrió a su madre al pasar junto a ella, pero frunció el ceño al ver las tres butacas vacías unas filas más adelante. Buscó mi mirada en el escenario y la pregunta sonó en mi cabeza igual que si la hubiera formulado a gritos.

«Vendrán», pensé, y le guiñé un ojo para que respirara tranquilo. Andrew se encargaría de que Alexander y Hamilton llegaran a tiempo.

—Bienvenidos a la Ceremonia de Graduación de la Clase de 2024 de Ashford Hall —anunció la poderosa voz de Lawrence Blackwell desde el atril.

Y el coro, desde la galería superior, entonó el himno escolar:

—*Per ardua ad lucem…* —cantaron.

«A través de las dificultades hacia la luz». Era tan irónico.

Las notas se alzaron hasta el artesonado de madera, y por un instante, incluso las sombras parecieron detenerse a escuchar. Un aplauso ensordecedor rompió la calma en suspenso del último

acorde y el orgullo del director se reflejó en sus pupilas y en la emoción que le embargó el rostro.

—Esta generación —comenzó tras aclararse la garganta— ha aprendido que la grandeza no se mide por la ausencia del error, sino por la dignidad con que se enfrenta la adversidad. Hoy no solo celebramos logros académicos; también el temple, la resiliencia y la verdad.

Al pronunciar esa última palabra, «verdad», su mirada fugaz, contenida, se cruzó con la mía. No fue un gesto casual, fue una demostración más de afecto, de disculpa, de arrepentimiento. Se había pasado todo el curso tendiéndome la mano para que perdonara el grave error que cometió al creer en la palabra de Richard Dreyfus, y aunque ya no había nada que perdonar, todavía me emocionaba saber que había un corazón bueno debajo de la capa de frialdad que lo caracterizaba.

Amber Frederickson fue, contra todo pronóstico, la pieza maestra que empujó a las demás a encajar en su lugar. Aquella muchacha engreída, soberbia, elitista y sin una pizca de empatía me demostró que también guardaba un lado justo y honesto. A pesar de no contar con la aprobación de su madre, a pesar de lo que podía suponer para ella desvelar lo que ocurrió en realidad, tuvo el valor de sentarse frente a Blackwell y confesar que su decisión de abortar no tuvo nada que ver conmigo. Amber jamás pasó por el gabinete de orientación, no recibió ningún panfleto de clínicas ilegales, no la aleccioné, no la aconsejé. No hice nada, porque yo ni siquiera sabía que era ella hasta que fue demasiado tarde.

Luego vinieron otras voces en mi auxilio. La de Luca, indignado porque Richard hubiera sacado de contexto cada palabra que él le confió con inocencia. La de Maya, que se había dado cuenta hacía mucho tiempo de que su padre no era un hombre de honor. La de la familia Navilov, que amenazó con retirar los fondos que donaban al internado si no se me restituía en mi puesto. La de Susan, la de Rose… Incluso la señora Donaldson, la entregada secretaria de dirección, le dijo a Blackwell que era un obtuso y un cabeza hueca.

Aún se me llenaban los ojos de lágrimas cuando recordaba el apoyo de todos ellos.

—Todavía me cuesta creer que este día haya llegado —declaró Lyla Amstrong con voz trémula. Era la encargada del discurso, la mejor de su promoción—. Durante años lo imaginamos: el último día, los birretes al aire, las lágrimas, las fotos…, y no sé vosotros, pero yo tengo miedo. Miedo del futuro, de no saber qué viene después, de no tener horarios ni timbres ni profesores que nos reprendan por correr por los pasillos. Voy a echar de menos sus normas, director Blackwell.

El auditorio rio, y Lawrence, emocionado, fingió un ceño fruncido y contuvo la sonrisa.

La puerta lateral al otro lado de las columnas emitió un sofocado chirrido, que captó toda mi atención. También la de Luca, que giró la cabeza con brusquedad para comprobar lo mismo que yo.

Hamilton fue el primero en aparecer. Tan serio, tan frío. Le dedicó un cabeceo a Daphne y tomó asiento con la vista al frente. Su conducta hacia Luca había mejorado bastante, pero seguía siendo un gilipollas de cuidado. Al chico, por suerte, ya no le afectaba tanto la desconsideración de su padre y utilizaba la ironía con mucha pericia. Era divertido ver el desconcierto en los ojos de Hamilton cuando se enfrentaba a su hijo.

Alexander entró unos segundos después. Cada vez que lo veía, me preguntaba si Andrew tendría ese mismo aspecto al llegar a su edad. Era tan atractivo que hasta Valerie fantaseó en una ocasión con convertirse en la madrastra de Andrew.

La sonrisa sincera que Luca le dedicó a su abuelo hablaba de la buena relación que mantenían. Se había creado un vínculo diferente entre ellos, uno más afectivo, uno que Alexander no tuvo con ninguno de sus hijos a su edad, y era bonito. Luca sentía admiración por su abuelo, pero no más que Alexander por su nieto.

Andrew fue el último en entrar y el resto del mundo desapareció. Llevaba dos semanas en Dubái, dos eternas semanas intentando cerrar un trato comercial para Commonwealth Nexus. Ahora también era un poco suya. Alexander le hizo una oferta que le costó aceptar, pero fue la mejor decisión. En JP Morgan Chase no se tomaron muy bien lo que pasó con Dreyfus, les dolió perder a uno

de sus mejores clientes, y los rumores de que los tentáculos de Alexander Woodward habían sido los desencadenantes de la hecatombe no sentaron bien a los socios mayoritarios.

A sus casi setenta y cinco años, Alexander insistía en que estaba lejos de retirarse, pero algo le había hecho recapacitar tras la muerte de Jackie, y el cambio incluía tener a sus hijos más cerca. A los dos.

Andrew se apoyó en una columna y le dedicó un estudiado levantar de cejas a su sobrino, un gesto que llevaba implícito un mensaje: «Estoy aquí, he cumplido y me debes cien pavos, listillo». A Luca le dio la risa floja, era su forma de dejar ir la tensión y de mostrar lo feliz que se sentía porque Andrew hubiera llegado a tiempo.

—Si no deja de mirarte así, va a derretir el escenario —me susurró la profesora Mendoza, mientras Lyla terminaba su discurso.

Me sonrojé.

Los ojos oscuros y cansados de Andrew me repasaron con lascivia y hasta la última célula de mi cuerpo reclamó su contacto. Dos semanas sin él eran muchas horas de añoranza. La diferencia horaria convertía nuestras conversaciones en un imposible; el ajetreo del final de curso era agotador; la mudanza a la nueva casa, una completa desorganización. No se me daba bien comprar muebles ni cortinas.

Pero ya estaba allí, y ni la corbata floja ni el aspecto desaliñado ni las catorce horas de vuelo le habían arrebatado ese algo que daba alas a todas las fibras de mi ser.

Los aplausos me devolvieron al momento presente. Jeff Holman ocupó el atril y desplegó el pergamino que contenía la lista de los graduados. Un par de bedeles con trajes de gala instalaron una pequeña mesa al final de la línea de profesores y el director Blackwell depositó el Libro de las Promesas con movimientos ceremoniosos. Todos los alumnos firmaban en la reliquia a su llegada al internado y volvían a hacerlo el último día, con la solemnidad de la despedida.

—Greta Aaleen, Robert Alister III, Lyla Amstrong… —Holman fue llamándolos uno a uno para entregarles su diploma. Debían saludar a los profesores antes de estampar la firma en el libro y

volver a sus asientos en las primeras filas—. Rory Steward, Owen Swanson… —El amigo de Luca hizo un gesto muy a lo Rolling Stone que le valió las risas del auditorio—. Preston Virot, Monique Walas, Luca Woodward…

Me sentí como si mi propio hijo fuera a graduarse. Las lágrimas me nublaron los ojos y se derramaron sin remedio. Cuando Luca estuvo delante de mí para el saludo correspondiente, se le escapó un resoplido.

—Señorita Clark… Me prometió que no lloraría.

—Crucé los dedos —reconocí en un susurro, y él aguantó la sonrisa—. Enhorabuena, Luca. Estoy muy orgullosa de ti.

—A lo mejor esto no es adecuado, pero te quiero mucho, Nora. Gracias por todo.

—No me digas esas cosas o estropearé el maquillaje. Vamos, continúa, estás haciendo tapón. Por cierto, han venido a verte. —Señalé con el mentón detrás de él. Maya estaba en mitad del pasillo, haciendo fotos con su teléfono. Luca contuvo la respiración y se pasó la mano por la nuca, tan nervioso que por poco tira el birrete —. Pórtate bien con ella, ¿de acuerdo?

—Siempre.

Unos minutos después, cuando Anderson Zuccery, el último alumno, ocupó el lugar junto a sus compañeros, el director Blackwell, en mitad de un silencio absoluto, llevó la mano derecha de un hombro a otro en una acción lenta y estudiada.

—*Virtus et Veritas*, graduados.

Los alumnos pronunciaron a una el lema de Ashford Hall y cambiaron la borla del birrete de derecha a izquierda. Un segundo después, los gorros volaron al aire, y el azul y el dorado se entrelazaron en una lluvia de tela y euforia.

El coro entonó una versión increíble de *It's Time*, de Imagine Dragons, que enfatizó con su letra el propósito de crecer, seguir adelante y mantenerse auténtico, y yo, que había contenido las emociones hasta el límite, volví a deshacerme en lágrimas al igual que la profesora Mendoza, cuyos pucheros resultaron de lo más graciosos para los presentes.

Cuando el público comenzó a dispersarse y el eco de los aplausos se extinguió, me quedé unos minutos más en el auditorio vacío. Pensé en el año que se cerraba y en la ironía de la felicidad que me recorría por dentro. Si alguien me hubiera dicho un tiempo atrás que me sentiría como en casa en aquel lugar, me habría reído sin remedio.

Sin embargo, era feliz. Muy feliz. Ashford Hall seguía siendo el mismo templo de tradiciones arcaicas, pero yo ya no era la misma mujer.

—A través de las dificultades hacia la luz —murmuré con el rostro elevado hacia el resplandor que se filtraba por las vidrieras del techo.

Aquella frase no era solo un himno, no eran solo palabras: era mi camino, el que me había llevado allí, el que me descubrió lo fuerte que era y me mostró que la valentía no consistía solo en aguantar los golpes, sino también en saber perdonar a quien levantaba el puño.

Unos brazos me rodearon por la cintura, y me dejé envolver por la mezcla perfecta de sensualidad y hogar que tanto había echado de menos. Andrew, mi Andrew, el amor de mi vida, el hombre de mis sueños. El camino también me llevó a él, a ese deseo adolescente inalcanzable que se quedaba en los recuerdos y desaparecía en la memoria. Había días en los que aún me parecía imposible que nuestra historia fuera cierta, y me despertaba de madrugada solo para mirarlo y asegurarme de que no era el producto de mi imaginación.

—¿Estás bien? —Sus labios rozaron la línea de mi oreja a propósito, porque sabía lo sensible que era en ese punto. «Provocador»—. Es un día para celebrar, pero pareces triste. ¿Es por Luca?

Asentí.

—Me da mucha pena que se gradúe. Me siento melancólica, no sé, es… es como Boston sin ti. La ciudad no es la misma cuando te vas, y Ashford Hall no será lo mismo sin él. Además, si decide ir a UCLA…

—Después de lo que he visto entre los setos del jardín, dudo que elija Los Ángeles. Él y Maya estaban teniendo una conversación muy interesante en la que sobraban las palabras, ya me entiendes. —Depositó un suave beso en mi cuello y estrechó más el abrazo—. En cuanto a mí… Se acabó lo de echarnos de menos.

—¿Qué significa eso? —Le arreglé el cuello de la camisa y terminé de aflojarle la corbata. Era más él sin tanta formalidad—. Ahora estás aquí, sí, pero mañana volverás a irte a China o a Japón, y yo volveré a quedarme sola. Otra vez. No quiero pasarme el verano en una eterna videoconferencia.

—Mejor, porque me gusta más cuando discutimos cara a cara y luego lo arreglamos. —Ese había sido nuestro día a día desde que vivíamos juntos. Era emocionante—. Hamilton quiere quedarse la delegación asiática y mi padre está de acuerdo. Así que tienes ante ti al nuevo director de Proyectos Financieros del Atlántico Norte.

—Pero… —Abrí la boca, muy sorprendida—. ¿En serio? Pero…

—Y… —me interrumpió y depositó un beso en la punta de mi nariz— te gustará saber que he hablado con Sanders Jenkins nada más aterrizar. Commonwealth Nexus se hará cargo de sus cuentas a partir del mes que viene. El preacuerdo ya está firmado.

—¡Andrew! ¡Es una gran noticia! No me habías dicho que estabas en negociaciones con el señor…

Recibí un beso arrebatador que borró cualquier reproche. Y a ese beso le siguió otro, y otro más. Olvidé la celebración de la graduación, la gente que esperaba, mis nuevas responsabilidades, las normas del internado, la falta de decoro… y nos perdimos entre las columnas del auditorio, con el mundo entero suspendido a nuestro alrededor.

Así me sentía con él: en mitad de una pausa temporal continua, libre para volar, viva para querer, fuerte para imaginar que todos mis temores eran como ese paraguas negro que detestaba. A veces no quedaba más remedio que usarlo, pero, por encima de la oscuridad y de los miedos, siempre había un rayo de sol que aguardaba el momento de brillar.

FIN

AGRADECIMIENTOS

No sé qué hubiera sido de *Como Boston sin ti* de no haber contado con las personas que se mueven en mi círculo de confianza, sin los mensajes, los audios, las bromas o las bofetadas cuando era incapaz de ver más allá de mi paraguas negro. A veces soy mi propia arma de destrucción masiva y me olvido de mirar el proceso con la perspectiva adecuada.

Patricia González, Maribel Catalán, María García, Tessa C. Martín, Victoria Cucarella y María Nieto: os debo tiempo, paciencia y gratitud, y puede que algún vino. Gracias por vuestra rápida respuesta, por dejar que mis prisas os roben horas, no solo como lectoras cero, también como consejeras y amigas. Sois demasiado buenas, no me cansaré de repetirlo.

Marien Fernández (Adyma Design), mi portadista y maquetadora, la que transforma mis ideas en cubiertas tan divinas como la de esta novela. No hay nada que no puedas convertir en arte, me lo demuestras cada vez que te necesito. Eres maravillosa.

Carolina Ramos, mi incansable correctora. Tú sabes que yo siempre rodaré los ojos por ti, aunque sea más correcto ponerlos en blanco. Esta historia ha supuesto un esfuerzo tremendo que no sé cómo agradecerte. Perdón por las prisas y gracias por ser tú, mi chica.

Juanjo, Jordi, mamá, papá: a vosotros ya no puedo deciros «gracias», es una palabra muy corta para todo lo que os debo. Os quiero muchísimo.

Y tú, sí, tú, lector, lectora, que has llegado hasta aquí; tú que lees, comentas, ríes, lloras y disfrutas de cada una de mis historias; tú, que eres el motor de mi imaginación… GRACIAS por seguir a mi lado.